
POR LA AUTORA DEL *BESTSELLER LOS AMANTES DE PRAGA*
ALYSON RICHMAN
UNA TRAVESÍA DE AMOR Y LIBROS QUE DESAFÍA EL TIEMPO
El coleccionista de historias
Planeta

ALYSON RICHMAN

EL COLECCIONISTA DE HISTORIAS

Planeta

Contenido

Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56

Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87

Capítulo 88
Capítulo 89
Epílogo
Nota de la autora
Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros

Para Charlotte.

Los libros son objetos valiosos [...]. Son el hilo del que todo pende y pueden salvarnos cuando todo lo demás está perdido.

Louis L'Amour, *La educación de un hombre errante*

Prólogo

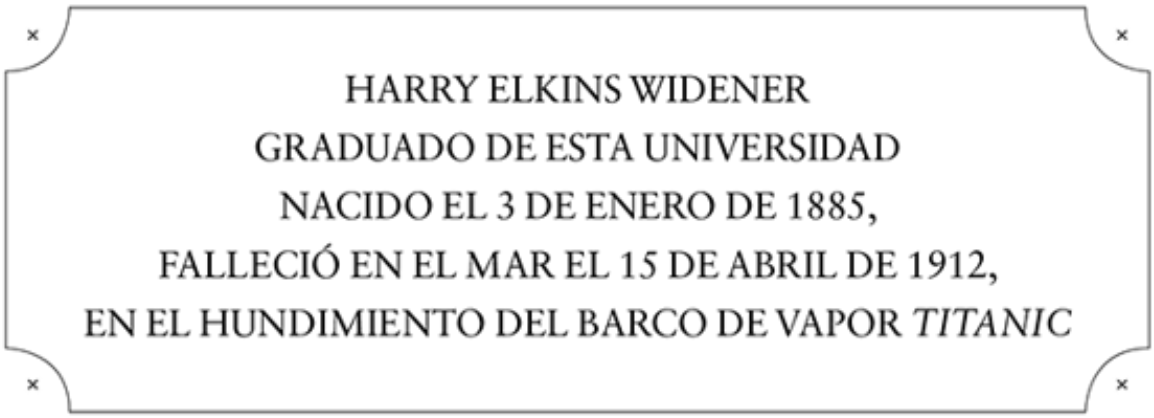
No regresé por el libro…

Yo no regresé por el libro, no importa cuántos de los guías que dan los recorridos en Harvard hayan sugerido lo contrario a lo largo de los años.

De pie frente a la biblioteca que lleva mi nombre, el estudiante más creativo se imaginará a mi madre tiritando en el bote salvavidas, haciendo espacio para que yo pueda sentarme a su lado, suplicándome con la mirada que ignore las reglas estrictas en cuanto a que las mujeres y los niños deben subir primero a las barcas. Exagerarán el romanticismo que rodea mi muerte a mis apenas veintisiete años, diciendo que según la leyenda regresé a mi camarote en busca de uno de mis libros más preciados y que esa fue la última vez que alguien me vio.

Como en toda buena historia, hay tanto verdad como ficción en lo que se dice. Y en algún lugar entre ambas están las páginas de mi vida.

No me enojo cuando escucho a uno de esos guías compartir ese relato exagerado. Vestidos con sus sudaderas carmesí, con la mirada rebosante de inteligencia y posibilidades, mantienen vivo mi espíritu. Incluso casi un siglo después, es maravilloso flotar por encima de un grupo de futuros alumnos, cuya juventud rezuma por cada poro, y sentir cómo la emoción crece en su interior al mirar los peldaños del edificio que mi madre mandó construir en mi honor y leer la placa conmemorativa en el interior:



Las madres en el grupo mirarán esa estructura impresionante, con sus columnas corintias y sus vestíbulos de mármol, y sus corazones palpitarán de dolor al imaginar la insoportable pérdida de un hijo y la magnitud del sufrimiento que motivó a una mujer a edificar un monumento tan majestuoso para su hijo fallecido. Entenderán que, para mi madre, cada ladrillo representaba una palabra de su elegía sobre mí. Era un panegírico escrito no con tinta y papel, sino con argamasa y piedra.

El amor que mi madre sentía por mí estremecerá a la multitud, sin importar la edad que tuvieran, cuando el guía les comente una verdad indiscutible: en el centro de la biblioteca, sobre el enorme laberinto de estantes de donde los estudiantes han tomado innumerables volúmenes a lo largo de los años, hay una habitación especial creada únicamente para mí.

Si entras verás una réplica exacta del amado despacho que tenía en casa. Todos los paneles de roble fueron importados de Inglaterra. Cada librero tallado y cada lomo forrado de piel ha sido colocado con cuidado.

Son la fortaleza y el dolor de mi madre, de nuevo entremezclados. Semanas antes de que se inaugurara la biblioteca, entró en la habitación para dar instrucciones exactas a los hombres de dónde colocar mi escritorio y a cuántos centímetros de él poner mi silla.

Alzó su dedo elegante para señalar la pared arriba de la chimenea esculpida y les dijo que ahí debían colgar mi retrato.

Este es el corazón del edificio.

El corazón de esta historia.

Donde el amor surge del dolor.

Los guías hablarán del estudio con veneración. Y, a diferencia de las otras leyendas, todos estos detalles que le relatarán al público sí serán verdaderos.

A petición de mi madre, cada semana ponen flores frescas en mi escritorio para emular la sensación de que estoy a punto de entrar, sentarme y empezar a leer.

Aquí es donde vive mi fantasma ahora.

Aquí es donde la espero a ella.

Capítulo 1

Universidad de Harvard
1992

Violet tuvo que recurrir a toda su voluntad para levantarse de la cama esa mañana; sin embargo, logró ponerse los jeans, enfundarse una sudadera y recogerse la melena pelirroja.

Al salir de su dormitorio, el mundo le mostró su furia y el escozor del aire fresco despertó sus sentidos. Violet apenas levantó la vista del suelo mientras recorría el estrecho camino detrás de la Dexter Gate hacia la biblioteca Widener. Al entrar al Harvard Yard, la quietud de la mañana había desaparecido y la universidad bullía de vida. Bajo el techo del follaje de otoño y sobre la explanada de pasto verde cuidado con esmero, los estudiantes reposaban en grupos, lanzando carcajadas con las cabezas echadas hacia atrás. Algunos atletas pasaron en bicicleta y una pareja se besaba antes de separarse para ir a clase. Violet se ajustó las correas de la mochila y subió los escalones de piedra del edificio. Todo le pesaba tanto que le dolía.

Sin embargo, cuando entró al vestíbulo de mármol, su estado de ánimo cambió. El mundo frenético de la vida del campus se evaporó y la quietud cayó como nieve a su alrededor. Cerró los ojos y aspiró el olor que amaba desde que era niña, como si ahora llegara a un mundo amigable. La fragancia del papel, del pegamento y del cuero. El aroma de los libros.

Desde el accidente, su trabajo como auxiliar de biblioteca para la colección de manuscritos y libros raros de Harvard era lo único que la había mantenido con los pies en la tierra. Cuando presentó su solicitud de trabajo de medio tiempo en la Oficina de Empleo Estudiantil, no imaginaba que el puesto que le asignarían no solo le brindaría el dinero adicional que necesitaba, sino también un refugio.

Cuando le informaron del empleo, Violet supuso que consistiría sobre todo en encargarse de los libros raros que solicitaban los estudiantes o académicos, sacarlos de los estantes y llevarlos al tranquilo santuario de la sala de lectura de la biblioteca Houghton. Más tarde se daría cuenta de que haría mucho más.

Madeline Singer, directora de programas especiales y bibliotecaria curadora de la Colección Harry Elkins Widener, fue la última persona con quien se entrevistó en el proceso de contratación.

—Me da mucho gusto conocerte. —Madeline le hizo una seña para que tomara asiento—. Leí tu solicitud, y mis colegas me han hablado maravillas de ti.

—Encantada de conocerla también —dijo Violet, acomodándose en una silla.

Miró las pilas de papeles en el escritorio de Madeline, los montones de libros entre los que sobresalían notas adhesivas y la taza de café que tenía grabado en letras mayúsculas: «SOLO UN CAPÍTULO MÁS». Su nerviosismo inicial disminuyó.

—Nos reunimos mi equipo y yo y nos alegra poder ofrecerte un empleo como auxiliar en la biblioteca. Tenemos un grupo maravilloso de alumnos que trabajan con nosotros, todos ellos son grandes amantes de los libros. Como podrás imaginar, solo les ofrecemos este trabajo a los estudiantes que son muy conscientes del gran valor de nuestra colección.

—Gracias. —Violet hizo énfasis en la palabra, esperando aumentar así su gratitud. Había deseado este empleo con todas sus fuerzas—. Sé lo invaluables que son muchos de estos libros, señorita Singer. Seré sumamente cuidadosa.

—Bien. Eso es lo que queremos oír.

Madeline se acomodó un mechón de cabello plateado detrás de la oreja.

—La mayoría de nuestros libros raros y manuscritos están disponibles cuando los solicitan. Te daremos una ficha con la información necesaria y la signatura topográfica que indica su ubicación —explicó—. La misión de nuestros auxiliares es poner cada libro en un carrito y transportarlos por los túneles y elevadores de la

biblioteca que se conectan con la sala de lectura de la biblioteca Houghton. Todo eso es muy fácil. Más tarde, uno de los otros ayudantes revisará el protocolo contigo.

»La única excepción es cuando la solicitud es sobre la colección conmemorativa Widener. Para Harvard, esos libros son particularmente valiosos. No es casualidad que la señora Widener se asegurara de que la colección de Harry fuera la habitación central de la biblioteca».

Era cierto. Desde el momento en que cruzabas el umbral del edificio podías ver la sala conmemorativa de Harry, y su retrato al óleo sobre la chimenea se hacía visible al llegar a lo alto de la escalera de mármol.

—Creía que esos libros no podían salir de ahí —admitió Violet.

Los libreros de madera del despacho de Harry iban del piso al techo y cada uno estaba repleto de valiosos volúmenes encuadernados en piel. Pero estaban protegidos detrás de vidrieras. A Violet la colección siempre le pareció como la exposición permanente de un museo. Podías ver su vasta biblioteca, pero no podías tocarla.

—Sí, están disponibles para su lectura, pero tienen un código de alarma. Así que, cuando necesites sacar un libro, tendrás que venir a buscarme a mí o a otro bibliotecario para que pongamos el código y puedas sacarlo de la vitrina con una llave.

Violet asintió y tomó nota mental.

—Y ya que estamos hablando del tema, quizá leíste en la edición del *Crimson* de la semana pasada que recientemente fuimos víctimas de una vandalización muy desafortunada en la Widener. Rajaron varios libros y arrancaron páginas de otros.

Violet había leído el artículo en el último número del periódico escolar. La perturbó mucho pensar que alguien pudiera destruir un libro a propósito.

—Sí, lo vi… ¡Es un horror!

—Sí lo es. Y ahora tenemos que estar mucho más alertas en cuestión de seguridad. En particular, me preocupa la colección Widener y la sala conmemorativa. El personal debe tomar todas las

precauciones posibles. Incluso dejamos de poner un libro de la colección de Harry sobre su escritorio porque tenemos que mantener seguro cada volumen.

—Entiendo —dijo Violet.

—La administración nos ha pedido que mientras realizan la investigación, solo haya personal de la biblioteca dentro de esa sala y nadie de la compañía de seguridad independiente que nos apoya. Sé que no está dentro de tus funciones, pero quisiera saber si las próximas semanas puedo confiarte la tarea de que sacudas el escritorio de Harry y la mesa que está en esa habitación.

—Por supuesto.

—También hay otra cosa… —agregó Madeline inclinándose hacia adelante—. Estoy segura de que sabes que en la sala conmemorativa Widener siempre hay flores frescas en el escritorio de Harry Widener. Se ponen ahí cada semana desde que se inauguró la biblioteca.

—Sí —respondió Violet.

Recordó lo conmovida que se sintió aquella vez cuando su guía, parado en la escalinata de la biblioteca, les contó que la señora Widener había pedido que llevaran flores frescas cada semana al despacho de Harry y las colocaran sobre su escritorio, de modo que pareciera que su hijo pudiera llegar en cualquier momento para sentarse y leer.

—Sería muy sencillo hacer una orden permanente a la florería, pero siempre he pedido yo misma las flores porque quería darle un toque personal y honrar el legado de Harry. La curadora que estaba antes que yo hacía lo mismo. Recuerdo cuando me comentó que pedir las flores la ayudaba a sentirse conectada con el espíritu de Harry. —La mirada de Madeline se enterneció—. Siempre he sentido lo mismo.

—Es un sentimiento hermoso —dijo Violet—. Estoy segura de que si Eleanor Widener estuviera viva, estaría muy conmovida por el hecho de que tantos curadores le hayan dado tanta importancia a su petición.

—Sí. Sin duda. ¡Puedes imaginar cuánto me molesté conmigo misma cuando olvidé hacer el pedido la semana pasada! Le eché la

culpa a la investigación y a la inminencia de la fecha límite para entregar un artículo en el que estoy trabajando. En fin, estaba pensando que sería buena idea darle la responsabilidad a una alumna motivada como tú, que puede darle seguimiento a estas cosas. —Entrelazó las manos—. No quiero sobrecargarte, pero por supuesto te pagaremos todo el tiempo extra que trabajes.

—Con toda sinceridad, me parece muy bien. Me encantaría trabajar unas horas más.

—Maravilloso. Te lo agradezco mucho. Eso me permitirá concentrarme en mi investigación. —Madeline lanzó un suspiro profundo—. Espero publicar mi artículo esta primavera.

—Es un placer ayudarla.

—Bien. Es una cosa menos de qué preocuparme, gracias. Este artículo es un proyecto que emprendí por gusto, y estoy ansiosa por terminarlo.

—¿Puedo preguntar de qué trata?

Violet era curiosa por naturaleza. Siempre le gustaba saber en qué estaban trabajando los académicos y docentes de Harvard.

—Mi tema central son los vendedores de libros que ayudaron a formar la colección temprana de Harry; A. S. W. Rosenbach en particular.

—¿El comerciante de libros de Filadelfia? —La voz de Violet se avivó.

Madeline se sorprendió.

—¿Sabes quién es?

—Sí. —Violet se irguió con una confianza inesperada. Le costaba trabajo creer que podía contribuir a la conversación—. Crecí en Filadelfia. En una excursión escolar en la preparatoria visitamos la biblioteca Rosenbach. Esa fue la primera vez que vi tantos libros hermosos bajo el mismo techo.

Madeline lanzó una risita.

—Entonces estás en el lugar indicado. Me da mucho gusto que empieces a trabajar aquí. Y si te interesa mi investigación… he estado

buscando a un alumno brillante para que me ayude a transcribir algunas de las cartas que intercambiaron estos dos hombres.

—¿En serio?

Sin duda alguna a Violet le interesaba saber más sobre el vendedor de libros más famoso de Filadelfia. El recuerdo de la casa de Rosenbach en la calle Walnut y de sus viejas habitaciones llenas de libros nunca la había abandonado.

—Me encantaría ayudarla —agregó.

—Eso es música para mis oídos.

Los ojos de Madeline brillaron detrás de sus lentes. Hojeó sus papeles y sacó una hoja con una foto de Rosenbach. Vestido con un saco de *tweed*, con anteojos y aspecto erudito, la imagen mostraba que poseía todas las características distintivas de un bibliófilo.

—Cuando Harry era un joven alumno de Harvard, fue Rosenbach quien orientó su primera incursión en la colección de libros. No solo le ayudó a comprar la gran mayoría de los que forman esta colección, sino que siempre supo por qué Harry los apreciaría.

—¡Guau! —exclamó Violet mientras observaba la imagen—. Definitivamente no mencionaron todo eso en nuestra excursión escolar.

—Me imagino que no tuvieron tiempo. Rosenbach tuvo una vida muy ocupada. Pero, por supuesto, él vivió hasta una edad avanzada a diferencia del señor Widener. Tenía solo veintisiete años cuando se ahogó.

La expresión de Violet cambió. Madeline la observó por un momento.

—Voy a ser completamente franca contigo. Escuché sobre lo que sucedió en el verano. El profesor Gupta me lo comentó cuando investigué las referencias que pusiste en tu solicitud de empleo. —Hizo una pausa y estudió sus palabras—. Espero que este trabajo te ayude a sanar.

Violet se tensó.

—Gracias. Ha sido difícil, pero estoy tratando de seguir adelante.

—Estoy segura de que conoces la historia de esta biblioteca, de cómo nació del dolor.

—Sí.

—No quiero sugerir que te elegí a ti sobre los otros por lo que te sucedió. Pero sí diré que soy muy consciente de las emociones que motivaron la edificación de esta biblioteca. Eleanor Widener la creó no como un mausoleo a la memoria de su hijo, sino como una celebración de su vida y su amor por los libros. Creo que ese espíritu sigue siendo esencial para la biblioteca Widener.

—Entiendo muy bien esa relación —dijo Violet—. Los libros de mi abuela fueron el legado que me dejó.

—Otra razón más por la que eres la candidata perfecta para este trabajo. Eso y que el profesor Gupta dice que fuiste una de sus alumnas más talentosas. Me enseñó tu ensayo sobre Francis Bacon. Muy acertado.

»Bacon —agregó Madeline— también ocupa un lugar especial en la historia de Widener».

Violet trató de recordar algún vínculo que hubiera descubierto durante su investigación, pero no encontró ninguno.

—No sabía…

—Sí, bueno. —Madeline echó un vistazo rápido al reloj de pared —. Por desgracia tengo que apurarme, tengo una cita. Considera el día de hoy como un *amuse-bouche* que abrirá tu apetito para trabajar aquí. Dejaremos la historia de Bacon para otro momento.

—Lo esperaré con ansias —respondió Violet.

—Aquí en la biblioteca estarás ocupada, y tenerte con nosotros me hace muy feliz.

Madeline se puso de pie, tomó una carpeta de su escritorio y la metió en su portafolio de piel.

—Entonces, primero lo primero. Haz el pedido de las flores para que las entreguen el miércoles y luego haz lo mismo cada semana. Francine revisará contigo el protocolo para sacar los libros, y tú y yo hablaremos de mi investigación sobre Rosenbach la próxima vez que nos reunamos.

Madeline metió la mano a su bolso, sacó una pluma y un cuaderno, y garabateó un número de teléfono.

—La florista nos conoce muy bien. Su familia nos ha surtido las flores desde que se inauguró la biblioteca. Costará cuarenta y cinco dólares, incluido el envío. Y al elegir las flores, solo asegúrate de que estén dentro de la paleta de colores que prefería la señora Widener. Los colores de los rayos del sol. Que sean coloridas.

Capítulo 2

Dos días después, Violet traspasó el cordón de seguridad y entró a la sala conmemorativa Widener con un florero de cristal lleno de fresias amarillas y rosas blancas. Madeline había pedido el ramo hace unos días, justo antes de que le confiara esa responsabilidad. Con todos los problemas provocados por el vándalo de libros, Madeline especificó que Violet sería la responsable de recoger las flores en la recepción principal y llevarlas a la sala conmemorativa.

La chica aceptó con gusto. Ese día, mientras colocaba las flores sobre el escritorio, sintió que su cuerpo se relajaba al ver los libros hermosos que llenaban el lugar.

Esa mañana no se sentía bien, pues no había podido conciliar el sueño otra vez. Permaneció despierta hasta tarde, mirando la pantalla de su computadora en un intento por terminar un artículo sobre la influencia de Emily Dickinson en la teoría feminista; pero después de imprimirlo le derramó el café encima. Esa mañana temprano tuvo que apresurarse a imprimir otra copia en el Centro de Ciencias y pasar a dejarla a la oficina del profesor Gupta, antes de dirigirse a toda carrera a la biblioteca para alcanzar a recibir las flores que entregarían temprano, y llevar el ramo al escritorio de Harry antes de que Madeline llegara al trabajo.

Violet sintió algo espiritual al entrar a la sala. No solo era la intimidad de estar en un espacio que había sido creado para evocar la sala de lectura privada de un caballero de la época eduardiana; eran todos los detalles que habían puesto ahí con tanto cuidado y atención.

Detrás del reflejo del vidrio, los estantes brillaban con las encuadernaciones de piel de diferentes colores, un arcoíris estampado de rojo oscuro, café rojizo y verde pino. Sobre la chimenea de mármol negro colgaba un retrato al óleo del mismo, Harry. Por siempre de

veintisiete años, vestido con su traje de corte fino, el cabello oscuro partido con cuidado a la mitad, la mirada lúcida y tranquila.

Enmarcado en paneles de roble y decorado con un friso de hojas doradas de laurel y con la cabeza de una mujer coronándolo, la pintura era el punto focal de la sala. El artista, Gabriel Ferrer, lo había pintado sentado en la comodidad de una silla tapizada de seda color granate. Una mano se posaba ligeramente sobre la mejilla y la otra sostenía un libro con un dedo entre sus páginas, como si el pintor lo hubiera sorprendido en el momento en que se tomaba un descanso de su lectura.

Violet alzó la vista hacia el retrato, y experimentó sentimientos encontrados. Frente a ella, otra vida interrumpida en la juventud. Una muerte trágica, igual que la de su Hugo. Ahora, cada día que pasaba en Harvard, parecía como si deambulara sin una parte clave de sí misma.

Su terapeuta había llamado a esa sensación «miembro fantasma». Es la manera en la que un amputado puede sentirse luego de perder una parte física de su cuerpo.

Sin embargo, para ser franca, Violet sentía que había perdido mucho más que una extremidad. Hubiera podido lidiar con un apéndice faltante, pero perder a Hugo no fue algo secundario, era algo que impregnaba todo su ser. Habían sido inseparables. Lejos estaban las conversaciones en las que ella y Hugo discutían sobre quién vendía el mejor helado Rocky Road: J.P. Licks, en la calle Charles, o Emack & Bolio, en Harvard Square. Extrañaba que le quitara de la mano el cono de helado a medio derretir para ayudarla a que no se le manchara el vestido de algodón. Extrañaba las miradas furtivas que le lanzaba cuando estudiaban en la biblioteca Lamont, con la luz parpadeando en sus ojos ámbar. Extrañaba su risa ronca. El sonido de su voz.

Violet y Hugo comenzaron a salir desde el otoño de su primer año en la universidad. Eran tan unidos como dos cuerpos podían serlo. Incluso ahora, a casi tres meses de su muerte, Violet no podía creer que en verdad se hubiera ido. Ya había perdido la cuenta de cuántas

veces, en algún lugar del campus, ya fuera en el arbolado y descuidado jardín Dudley o afuera del Centro de Atletismo, creyó ver su nuca, advertir su característica melena castaña rizada.

Aunque sabía que no debía permanecer en la sala conmemorativa, Violet se acercó a la repisa esculpida de la chimenea y miró el retrato que colgaba encima. Era extraño, como si su mente quisiera engañarla de nuevo. En el pasado había escuchado a otros estudiantes decir que cuando visitaron el Louvre, en París, sintieron que los ojos de la Mona Lisa los mirarban a ellos en particular.

—Podías moverte a un rincón, dar un paso atrás o a un costado, y sentías que sus ojos siempre te seguían —le había comentado un estudiante durante la clase de Historia del Arte en el primer año.

Ahora Violet sentía lo mismo al ver los ojos del retrato de Harry Widener.

Estaba cansada, esa debía ser la explicación. No solo estaba lidiando con el dolor, sino también con las exigencias de sus nuevas clases y sus obligaciones laborales.

Violet trató de calmarse, pero de pronto la asaltó otra sensación extraña. Una ráfaga de aire frío recorrió la habitación. Volteó para ver si había alguna ventana abierta por ahí cerca, pero en ese espacio interior no había ninguna. Violet permaneció completamente inmóvil, tratando de encontrar el origen de la brisa.

Otra ráfaga de aire frío la golpeó casi enseguida. Esta vez estaba segura de que la corriente había salido de la chimenea y había atravesado el despacho de manera escalofriante, moviéndose por la habitación hasta el escritorio de Harry, donde las flores frescas parecieron estremecerse. Algunos pétalos cayeron sobre la superficie de madera del escritorio.

Violet volvió a alzar la mirada hacia el retrato de Harry. Sabía que sonaba absurdo, pero había sentido que él la miraba directamente.

Capítulo 3

La muerte no me silenció. No sofocó mi capacidad de sentir o de amar. No me arrastró para siempre a las profundidades del enorme y oscuro océano ni extinguió mi espíritu. Emergí tras el hundimiento del barco, ya no en mi forma física, sino ilimitado, lleno de luz y transformado.

Sería un error pensar que los muertos permanecen estáticos. Nuestra curiosidad no muere con nuestro cuerpo físico. Buscamos conocimiento. Ansiamos empatía. Un fantasma es el mayor lector del mundo.

A lo largo de los años, he pasado innumerables páginas mientras observo cómo continúa la vida de las personas a las que amo. En el caso de mi madre, fui testigo de su dolor inconmensurable y de cómo al final descubrió un nuevo propósito en la construcción de una biblioteca que garantizara un hogar permanente para mis libros.

He presenciado nacimientos y muertes, cimas de triunfo y valles de desesperación.

Y también tengo mis propios recuerdos, que regresan a mí: mi madre, sentada en la sala de su casa en Filadelfia, vestida con olanes de seda azul, con un libro abierto sobre el regazo.

—Te encantará —me dijo.

Acababa de comprar una nueva traducción de *Rubaiyat*, de Omar Khayyám. La portada verde esmeralda, con el título embozado en hoja de oro, parecía una joya cuando lo levantó para enseñármelo.

Siempre le gustaron los relatos de tierras lejanas. Nació con el alma de una exploradora. Detrás de sus ojos gris claro, ardía una impetuosa curiosidad y el deseo de aprender.

En su rostro se dibujaba una sonrisa cuando citaba alguno de los versos de este poeta persa, como si revelara un secreto que solo

nosotros dos compartíamos.

Fue mi madre quien me hizo descubrir el mundo que existía en la breve distancia entre el lector y el escritor, donde dos almas podían mezclarse sin haberse tocado jamás. Creía que un buen libro hablaba a través de ti. Por eso nunca coleccionó libros únicamente como objetos de exhibición. En su lugar, para saciar su apetito de belleza tenía sus colecciones: su porcelana francesa, sus piezas de plata y sus joyas. Cuando se trataba de libros, simplemente compraba lo que amaba leer.

Esa fue la primera lección que aprendí de ella sobre coleccionar. «Solo compra lo que amas» era uno de sus lemas favoritos.

Por su parte, los hombres de mi familia a menudo compraban objetos de mucho valor para aumentar su reputación como expertos. No querían ser un ejemplo del proverbio que decía que los nuevos ricos no apreciaban la elegancia ni el buen gusto. En las paredes de Lynnewood Hall, mi tío y abuelo trabajaron juntos para crear una de las colecciones de arte más envidiables del país. Las paredes de nuestra mansión estaban adornadas con pinturas de Rembrandt, Van Dyck, Tiziano y Rafael. Mi abuelo contrató al famoso John Singer Sargent para que pintara su retrato y el de otros miembros de nuestra familia, esperando que el resultado evocara a los pintores flamencos de los siglos XVI y XVII que tanto admiraba.

Pero siempre había algo más profundo en la manera en la que mi abuelo coleccionaba. Bajo la fachada de un astuto hombre de negocios, era particularmente sensible a la fragilidad de la vida.

No hablaba mucho de los dos hijos que mi abuela y él perdieron en los primeros días de su matrimonio. A mí me pusieron mi nombre en honor a mi tío Harry, quien murió a los once años. Mi abuelo resentía a menudo el peso de esa pérdida.

—Aún eres muy joven para saberlo —me dijo un día que estábamos fuera de la mansión de la familia, Lynnewood Hall, en los últimos días antes de que acabaran de construirla.

Sobre las grandes columnas, en el frontón de piedra caliza, mi abuelo había pedido que se realizara un diseño poco común. En el centro, encima de una pequeña ventana circular, habían un reloj de arena esculpido. A los lados había cuatro figuras: una madre, un padre y sus dos hijos.

—Pero las dos cosas más importantes en este mundo son la familia y el tiempo —me recordó.

Y, si bien no lo dijo en voz alta, yo sabía que, por más que amara coleccionar obras de arte invaluables, mi abuelo estaba compartiendo su sabiduría conmigo: las cosas más valiosas en el mundo no se pueden comprar.

Capítulo 4

Madeline levantó un folder grande y grueso del escritorio.

—Estas son las fotocopias de la correspondencia entre Harry y A. S. W. Rosenbach que necesito que transcribas.

Le dio el legajo a Violet. Un cuerda delgada amarrada a su alrededor sujetaba el conjunto de papeles.

—Espero que te parezcan tan interesantes como a mí. Gracias a la amistad y a la relación comercial que tenía con Rosenbach, Harry pudo solicitar que le presentaran al famoso vendedor de libros británico Bernard Alfred Quaritch, poco después de que se graduara de Harvard y empezara la colección para su biblioteca. En la primavera de 1912, Harry viajaba por Europa con su familia, y la tienda de Quaritch fue uno de los últimos lugares que visitó antes de abordar el *Titanic*. De hecho, Quaritch fue quien le vendió el famoso Pequeño Bacon.

Violet alzó las cejas.

—Ah, esa es la relación con Bacon que mencionó en nuestra primera entrevista.

—Oh, sí —dijo Madeline sonriendo—. Los guías de Harvard nunca mencionan el libro invaluable por el que supuestamente Harry dejó los botes salvavidas para regresar a su camarote, ¿verdad? Eran los *Ensayos* de Francis Bacon. Esa fue la última compra importante que hizo Harry, y es evidente que para él era valioso.

—No tenía idea —dijo Violet, dando unas palmaditas sobre el folder—. Es interesante. Nos dicen que siempre sirven helado en el comedor porque era el postre favorito de Harry y que todos los alumnos de primer año tienen que hacer un examen de natación

porque él se ahogó. Pero esta es la primera vez que escucho hablar de Quaritch o del Pequeño Bacon.

Madeline asintió.

—Pero la historia de que Harry regresó a buscar el libro de Bacon siempre me ha parecido apócrifa. El ejemplar era tan pequeño que bien pudo llevarlo guardado en su bolsillo. —Señaló el folder—. De hecho, ahí hay una carta que le escribió a Rosenbach, poco después de adquirirlo en Londres, en la que le dice que nunca se separaría de él. Así que, si tenía la intención de llevarlo con él a todas partes, no veo por qué habría tenido que regresar al camarote a buscarlo.

Concentró su mirada en Violet.

—Algo me dice que hay algo muy especial escondido en esas cartas; que existe otra historia sobre lo que pasó cuando Harry estuvo en Londres negociando su gran compra de libros, una historia que va mucho más allá del Pequeño Bacon. —Se inclinó sobre su escritorio, tomó un pañuelo desechable y se sonó—. Bueno, esa conversación la tendremos en otro momento. —Metió otro folder en su portafolio de piel—. Como de costumbre, voy tarde para una reunión.

—Empezaré a transcribirlas esta tarde —prometió Violet.

—Maravilloso, me será de mucha ayuda tener la transcripción. Conforme vayas trabajando, trata de elaborar lo que aquí llamamos *miniscula*, que es un esquema sobre la manera en la que Harry escribía las minúsculas y mayúsculas, para que podamos incluirla en los archivos para facilitar la tarea a futuros académicos que quieran leer los originales. —Sonrió—. Podrías empezar a leer las cartas en algún lugar en la Widener. Creo que te inspirará escuchar su voz dentro de las paredes de la biblioteca.

Violet ansiaba sentarse en el despacho de Harry para leer las cartas, pero, aunque en la sala conmemorativa había dos mesas de madera con sillas, sabía que estaba prohibido. Así que, en su lugar, se acomodó en la sala de lectura cerca de la entrada principal. Ahí, en uno de los escritorios, abrió el folder y sacó las cartas que Madeline había

fotocopiado cuando visitó el archivo de Rosenbach en Pensilvania. Violet había investigado un poco por su cuenta para familiarizarse con algunos de los actores clave del estudio de Madeline. Mientras investigaba, sentía como si estuviera leyendo sobre los personajes de una novela.

Harry era el hijo de en medio de George y Eleanor Widener. Sus dos padres provenían de familias adineradas y privilegiadas. Pero su abuelo, P. A. B. Widener, tenía raíces mucho más humildes: era un carnicero con un gran espíritu emprendedor que hizo su fortuna vendiendo carne de borrego a las tropas federales durante la Guerra Civil. Luego amplió su negocio hacia la industria de tranvías, que crecía con rapidez en Filadelfia, junto con su amigo cercano William Elkins, quien era padre de Eleanor y abuelo de Harry. Los dos hombres invirtieron en Standard Oil, en U. S. Steel y en la American Tobacco Company, gracias a lo cual ambas familias acumularon enormes fortunas.

El abuelo materno de Harry empezó a coleccionar libros casi al mismo tiempo que otros magnates como J. P. Morgan y Henry Huntington, quien supuestamente decía que «ser propietario de una buena biblioteca es el camino más seguro y rápido a la inmortalidad». Y que, en la vida terrenal, nada desprendía más el aroma a abolengo que una biblioteca llena de volúmenes de anticuario y manuscritos raros. El hombre que ayudó a estos titanes de la industria a formar sus colecciones personales fue el afamado vendedor de libros estadounidense George D. Smith, cuya impresionante lista de clientes le aseguraba un tremendo éxito en todas las subastas competitivas de libros.

Pero el joven Harry conoció a su contacto más importante cuando surgió su impulso por comprar libros. Poco después de cumplir veintiún años, mientras estaba en su casa para pasar las vacaciones de Navidad durante su tercer año en Harvard, Clarence Bement, un amigo de la familia, le presentó al aún inexperto vendedor de libros Abraham Simon Wolf Rosenbach.

Violet levantó la vista de las cartas y, sin dificultades, pudo imaginarse al joven y apuesto Harry, en un día frío de diciembre, entrando a Rosenbach and Company, la elegante tienda en la calle Walnut que A. S. W. Rosenbach y su hermano esperaban que pudiera satisfacer las necesidades de la élite de coleccionistas de Filadelfia. Violet conoció el edificio durante su excursión escolar, pero ahora se imaginaba los bancos de nieve afuera y a Harry metiendo las manos en los bolsillos y, quizá, sujetando en una de ellas la lista de compras para su familia. Sin embargo, ¿y si, en lugar de ir a buscar un regalo para su madre o su hermana, había entrado a echar un vistazo a lo que pudiera esconder en la trastienda ese nuevo actor en la escena de libros antiguos?

Sobre las cartas, Madeline había sujetado con un clip la copia de la fotografía en blanco y negro de Rosenbach. Anteojos con montura metálica, cabello negro ondulado y un pisacorbatas. Violet miró en el reverso las fechas de su nacimiento y su muerte. Si Harry lo conoció a finales de 1905, cuando casi tenía veintiún años y el vendedor de libros aún era muy joven también, con solo veintinueve, entonces ambos apenas empezaban sus caminos y tenían mucho que ganar el uno del otro. Rosenbach vería la posibilidad de vincularse a un bibliófilo en ciernes que deseaba crear su propia biblioteca y contaba con vastos fondos al alcance de la mano. Y Harry vería a un joven compañero que compartía la misma pasión por los libros y que quizá estaba dispuesto a ser su mentor.

Violet sacó la primera carta del montón y observó la cuidada caligrafía cursiva. La carta estaba fechada en diciembre de 1911, seis años después de que Harry y Rosenbach empezaran su amistad y su relación comercial, y solo unos meses antes de que Harry abordara el *Titanic*. La chica hizo algunos cálculos mentales. Si para cuando Harry murió ya había acumulado más de dos mil libros con la ayuda de Rosenbach, la relación entre ambos en ese momento ya era muy profunda.

10 de diciembre de 1911

Querido Dr. Rosenbach:
¡La nevada de hoy trajo un aire navideño con ella! Me alegró mucho que pudiera conseguir los volúmenes de Pierre-Joseph Redouté para el regalo de mi madre. ¡No puedo esperar a verla desenvolverlos debajo del árbol!

Y yo tengo otras buenas noticias que compartirle. Usted sabe mejor que nadie cuánto me decepcionó tener que cancelar mi viaje a Londres el año pasado, cuando la apendicitis arruinó mis planes. Ayer supe que mis padres están planeando un viaje a Europa esta primavera. Mi madre necesita comprar artículos para la boda de mi hermana, que ya se acerca, y algunos muebles para la nueva casa de Newport. Y, por supuesto, mi padre siempre es feliz con cualquier excusa para hacer más negocios en el extranjero. Lo mejor de todo es que tendré la oportunidad de viajar con ellos.

Esperamos pasar unos días en Londres y, mientras esté ahí, sería maravilloso visitar a Bernard Alfred Quaritch y su librería. Sigo en deuda con usted por haber escrito esa primera carta de presentación cuando apenas empezaba como coleccionista. ¡Es difícil creer que ya hayan pasado cinco años!

Hay que tratar de vernos pronto y tomarnos un brandy. Sigo furioso por los libros que no pude obtener en la venta Huth. No importa cuánto me esfuerce y cuántos fondos reserve para estas cosas, ¡al parecer nunca tengo suficiente dinero para comprar todos los libros que quiero!

Un cordial saludo,
H. E. W.

Violet leyó con mucho cuidado cada una de las palabras de Harry. Era extraño, casi como si pudiera escuchar el suave murmullo de la voz de un hombre que le hablaba directamente al oído. Podía sentir el espíritu de la Navidad que se acercaba, la emoción del próximo viaje y su profunda pasión por sus libros. Madeline tenía razón: había algo especial en trabajar en esa biblioteca. Era como si el fantasma de Harry estuviera a su alrededor.

Capítulo 5

Violet juntó las cartas y el papel en el que había empezado a crear la *miniscula*, y metió todo en la carpeta. Luego miró su reloj. Tenía quince minutos para llegar a Robinson Hall al seminario de Historia. Cuando salió de la biblioteca, el aire fresco de Nueva Inglaterra la sacó de 1911 y la regresó a la realidad.

Al entrar al patio, casi choca con Theo.

—¡Ey!

Theo hizo un alto abrupto en su bicicleta y sus largas piernas cayeron de los pedales al pavimento. Sacudió su cabello, de color castaño arena, para quitárselo de los ojos y sonrió. En cada una de sus mejillas se formaron pequeños hoyuelos.

—Violet, ¿cómo estás?

—Bien —mintió.

Había tratado de evitar a los chicos de canotaje que eran amigos de Hugo desde el momento en el que regresó al campus ese otoño. No quería tener ninguna conversación como esta, en la que uno de sus compañeros de equipo le preguntara cómo estaba y ella se viera obligada a decir que estaba bien.

Ahora que solo le quedaban doce minutos para que empezara su clase, no iba a contarle que todos los días le parecían una prueba. Que era un milagro que pudiera levantarse de la cama. No tenía tiempo para explicarle y él no tenía tiempo para escuchar.

—Te he estado buscando desde que regresamos de las vacaciones de verano, pero no te encontré en ningún lado. —Theo sujetó con más fuerza el manubrio hasta que sus nudillos se pusieron blancos—. Es muy difícil creer que ya no esté aquí.

—Lo es. —Bajó la mirada y se subió un poco la correa de la mochila sobre el hombro. No quería tener esta conversación con él

justo ahí en el patio—. Me tengo que ir a clase.

—Entiendo. Habrá una fiesta en el Owl este sábado. ¿Quizá puedas venir? Sería bueno vernos. Yo también lo extraño, ¿sabes?

—Suena bien —respondió Violet, parpadeando para no llorar—. Trataré de ir —prometió antes de que el chico se alejara en su bicicleta.

Theo siempre había sido un chico bueno, alguien a quien a Hugo le gustaba llamar «sólido». Y ahora una pequeña parte de ella lamentaba haber sido tan cortante con él. Era uno de los pocos miembros del equipo de canotaje de Hugo con quien Violet disfrutaba estar. El verano después del primer año, ella y Hugo hicieron un viaje en coche para visitarlo en Delaware. Recordó la casa de piedra de su familia, con pilares altos y un porche amplio, que le pareció como salida de una película. Ese fin de semana, también fue con Hugo al Museo de Arte Brandywine, con su exhibición de pinturas prerrafaelitas. Se besaron frente al retrato de Lilith, con la cabellera pelirroja, pintado por Gabriel Dante Rossetti. Hugo le dijo al oído que, si ella hubiera nacido cien años antes, el artista hubiera querido pintarla a ella también.

En la noche, conforme el calor de la fogata improvisada los calentaba, los tres se sentaron en sillas Adirondack de cara al arroyo, tomaron botellas de Molson y escucharon algunos CD de Van Morrison y copias pirata de Grateful Dead hasta muy entrada la noche. Siempre le pareció extraño que chicos como Hugo y Theo, tan informales con sus camisetas desgastadas de cuello Henley y sus bermudas caqui raídas, prefirieran vestir como si no pudieran comprarse ropa nueva. Su madre jamás la hubiera dejado andar por ahí con hebras colgando de sus shorts cortados o agujeros en las camisetas. No había ningún glamur en aparentar que tenías problemas para llegar a fin de mes, como sí le sucedía a su familia.

La primera vez que Hugo le presentó a sus padres fue el fin de semana de la regata Head of the Charles, en su primer año de universidad. Sus padres habían venido de Connecticut para verlo en la

famosa competencia; la canoa ligera de su equipo participaba por primera vez ese año. Ella sabía que el padre de Hugo, quien también había practicado canotaje en Harvard treinta años antes, estaba muy orgulloso de que su hijo hubiera sido seleccionado como uno de los ocho canoístas del equipo.

A Violet no le avisaron con anticipación que ella estaba incluida en su cena en el Grendel después de la competencia, puesto que no estaba segura de que él les hubiera contado que estaban saliendo. Cuando la invitaron, su reacción fue una mezcla de emociones. Por una parte, estaba feliz de que Hugo pensara que su relación era lo suficientemente seria como para presentarla a su familia. Pero por la otra, la reunión también le hacía sentir cierto miedo. Le preocupaba mucho que los padres de Hugo, tan elegantes y supereducados, cuyas sonrisas perfectas con frecuencia eran fotografiadas en eventos de beneficencia y aparecían en secciones de sociedad de Nueva York, pensaran que su hijo se rebajaba con una chica del lado incorrecto de Filadelfia.

Los padres de Violet no habían ido a la universidad. Su padre reparaba postes de teléfono para las Autoridades de Energía de Pensilvania y su madre era ama de casa. Por orgullosa que se sintiera de ellos y por mucho que los amara, estaba segura de una cosa: Chip y Ginny Sayles no se iban a impresionar con ella.

Esa noche se puso sus mejores prendas. Hizo a un lado los vestidos baratos de algodón con motivos florales que le gustaba comprar en las tiendas de segunda mano que había por su casa y se decantó por su único vestido negro que era de Banana Republic, esperando que le diera un aire sofisticado. A diferencia de Theo y Hugo, ella no trataba de aparentar que no tenía dinero. Ella no lo tenía. En el reflejo de los cubiertos de plata y las copas de vino, vio que la madre de Hugo la observaba con una sonrisa tensa en su rostro terso. El padre de Hugo, encantador por naturaleza, con los mismos ojos cafés y cabello castaño que su hijo, supo cómo sacarle conversación. Le preguntó qué clases tomaba y en qué casa vivía. Cuando ella respondió que en la

Casa Lowell, el elegante dormitorio de ladrillo y columnas blancas en la calle Mount Auburn, la expresión de la madre de Hugo se suavizó, como si la chica al fin dijera algo digno de ser mencionado.

Violet no se avergonzaba de sus orígenes obreros, pero no se podía negar que, en Harvard, esos orígenes la marginaban. La riqueza era algo que muchos de sus compañeros daban por sentado. No era necesariamente el tipo de fortuna de los Widener, con sus mansiones Lynnewood Hall en Elkins Park, Pensilvania, y Miramar en Newport, Rhode Island, sus propiedades en expansión creadas por Horace Trumbauer, el mismo arquitecto que más tarde diseñaría la biblioteca conmemorativa de Harry. Pero, sin excepción, la mayoría de los estudiantes en Harvard tenía un patrimonio mucho mayor que el suyo, más humilde.

Su abuela Helen, con quien Violet siempre fue muy cercana y quien acababa de fallecer el año anterior, ni siquiera conocía sus verdaderos orígenes. La habían dado en adopción cuando nació y los arreglos se hicieron mediante el histórico orfanato St. Joseph, que estaba en la esquina de la Séptima y la calle Spruce en Filadelfia.

La abuela Helen no tenía idea de quién era su familia ni por qué habían decidido abandonarla.

—Imagínate, podría ser francesa o hasta italiana —bromeaba con frecuencia.

Pero Violet sabía que su abuela deseaba saber más sobre sus antepasados.

La abuela Helen era la única persona que Violet conocía que amaba leer tanto como ella. Cuando la visitaba en su departamento al norte de Filadelfia, al entrar a la sala poco iluminada, el olor del té Lipton aromatizaba el ambiente y casi siempre encontraba a su abuela, que ya tenía el cabello blanco, sentada en su sillón rosa con estampado de flores. A su espalda la iluminaba una lámpara de latón y entre sus manos, finas como el papel, sostenía un libro.

Helen solía decirle a Violet que a veces, cuando leía un libro, buscaba en la trama algo que pudiera explicar por qué sus padres biológicos la habían abandonado. Las novelas siempre ofrecían muchas razones posibles. A sus padres no les alcanzaba para alimentar

una boca más. Su madre era una mujer ingenua que se metió en problemas con un hombre casado. O las otras opciones que la hacían estremecer cuando las consideraba, como que alguien hubiera abusado de su madre y la hubiera dejado sola en una situación desesperada.

Una tarde, casi un año antes de que la abuela Helen muriera, Violet estaba sentada en la otomana a su lado. Había llevado una bolsa de papel de estraza llena de libros que le compró a su abuela en la venta para la recaudación de fondos de la biblioteca porque pensó que podrían gustarle. Sacó uno de la bolsa y su rostro brilló de alegría.

—Apuesto que este te encantará —dijo, ofreciéndoselo—. Está escrito desde la perspectiva de Gretel, de *Hansel y Gretel*, pero ahora es una anciana y al fin tiene la oportunidad de contar su versión de la historia. —Violet tomó la mano de su abuela con su mano libre—. Sé que los cuentos de hadas siempre han tenido un lugar espacial en tu corazón.

—Sí —respondió la abuela Helen, poniendo la cobija tejida sobre su regazo—. Siempre me han gustado mucho.

Los primeros recuerdos de Violet no eran estar sentada en el regazo de su mamá mientras ella le leía, sino con su abuela en ese sillón rosa floreado.

—¿Te acuerdas de ese libro que me leías antes? *¿El libro de cuentos del hada feliz*?

Violet aún recordaba la portada: un hada con un vestido rojo brillante, las letras del título dibujadas como si fueran ramas de un árbol.

—¿Cómo olvidarlo?

La expresión de su abuela parecía alejarse.

—¿Y en dónde está? —preguntó Violet al tiempo que dejaba en el suelo el libro que había llevado y comenzó a buscar en los estantes de piso a techo atiborrados de ediciones de tapa dura y de tapa blanda con páginas usadas y amarillentas, que Helen había comprado en ventas de garaje a lo largo de los años.

—Está en el estante de arriba, hasta la derecha. —Su abuela ni siquiera necesitaba ver. Sabía exactamente dónde estaba.

Los dedos de Helen se contrajeron sobre el borde la cobija.

—Tráemelo por favor, querida —dijo con voz suave—. Ya es hora de que te cuente la historia detrás de ese libro.

Violet empujó la otomana hasta el librero y se paró en ella de puntitas para bajar el viejo libro del estante superior. La sobrecubierta estaba rota en ciertos lugares y la portada tenía varias manchas de agua, que había causado que el dibujo del vestido rojo de la niña se destiñera, y ahora era color coral.

Con el libro en las manos, la inundaron los recuerdos de estar con su abuela cuando era niña.

Violet lo puso en el regazo de su abuela.

—Toma, abue.

—Hay una historia que no se encuentra en estas páginas —le confió Helen—. ¿Te acuerdas que yo siempre te decía lo afortunada que eras por saber de dónde venías?

—Sí —asintió Violet—. Lo recuerdo.

—Bueno, pues este libro es lo único que me acompañaba cuando me adoptaron. —Tragó saliva; su pecho subía y bajaba bajo su bata de flores estampadas—. Supongo que debería estar agradecida de que mis padres me dijeran que era adoptada. En esas épocas, muchos decidían no decirles a sus hijos. Pero mi padre creía en siempre decir la verdad y fue él quien me contó que el libro estaba dentro de una bolsa llena de pañales de tela y una biblia cuando me recogieron.

Helen pasó la palma sobre la frágil cubierta del libro. Violet apenas podía escuchar cómo su abuela se obligaba a decir otra frase; era triste verla luchando para contarle la dolorosa historia detrás del libro.

—Nunca descubrí nada más de mis padres biológicos, lo sabes —dijo—. Este libro es lo único que tengo de ellos. —Alisó la cubierta con la mano—. Tuve que pedirle a tu madre que lo pusiera en el estante superior hace unos años, poco después de que muriera tu abuelo, porque lo leía una y otra vez durante todas las noches que estuve aquí sola.

Violet sabía por qué su abuela siempre volvía a ese ejemplar. Seguía buscando un mensaje que explicara por qué la habían abandonado.

Incluso a los ochenta años, no dejaba de buscar pistas.

Capítulo 6

26 de diciembre de 1911

Estimado Dr. Rosenbach:
¡La Navidad fue un verdadero éxito! Qué maravillosa sorpresa encontrar los libros de Tennyson envueltos bajo el árbol. Son mucho más hermosos de lo que había imaginado, y usted y mi madre sin duda se superaron a sí mismos para mantener el secreto. Y, como probablemente ella misma ya le dijo, le encantaron las ilustraciones botánicas de Redouté. En verdad es un maestro de la precisión, ¿no cree? Mi madre dijo que casi podía sentir que las flores se salían de la página.

Agradezco mucho su nota de ayer y estoy en deuda con usted por ayudarme a afinar mi lista para Quaritch. No puedo agradecerle lo suficiente por sus comentarios sobre qué libros favorecerían mi colección. Sabe cuánto valoro su opinión.

A pesar de que mi madre llenó la casa con montañas de regalos durante las vacaciones, ahora quiere aprovechar nuestro viaje como una excusa para hacer varias compras en Nueva York y Filadelfia antes de irnos. Al parecer, necesita dos meses para prepararse para la sociedad inglesa y, por supuesto, solo los mejores atuendos y joyas la dejarán satisfecha. ¡Pero yo quiero llevar mis maletas vacías por completo para tener más espacio y traer el mayor número posible de libros a casa!

Espero con ansias la respuesta del señor Quaritch.

Cordialmente,
Harry E. Widener

29 de diciembre de 1911

Estimado señor Widener:

Me alegra escuchar que está contento con los ejemplares de Tennyson. Su madre sabía que los deseaba y estaba muy entusiasmada cuando le dije que

había logrado ganarlos en una subasta.

Su emoción me recordó lo maravillada que estaba cuando le dije que había obtenido El primer folio de Shakespeare en la subasta de William Van Antwerp para usted y que estaba agradecido con Quaritch por su ayuda para conseguirlo. Me alegra que puedan verse cuando esté en Londres y no puedo esperar a escuchar qué otras ediciones agregará a su floreciente biblioteca.

Pasando a otro tema, esta semana llegaron a mis manos unos nuevos volúmenes magníficos, incluida una maravillosa selección de obras ilustradas de George Cruikshank que creo que serán de gran interés para usted. Hay que buscar un momento para vernos y hablar.

Cordialmente,
A. S. W.

2 de enero de 1912

Estimado Dr. Rosenbach:
¡Han llegado buenas noticias! Hoy recibí otra carta de Quaritch. Está cazando varios libros que le pedí en mi última carta. Su nota indica que debo escribir directamente a la señorita Ada Lippoldt, su nueva asistente, si tengo nuevas solicitudes, puesto que ella podrá atenderlas con mayor rapidez. ¿Alguna vez ha tratado con ella? Al parecer, la agenda de Quaritch se ha vuelta más apretada después de la venta de Robert Hoe. Sin embargo, ¡estoy loco de alegría y emoción!

Con mi más sincero aprecio,
Harry E. Widener

Capítulo 7

Violet: era como si hubiera estado esperándola desde siempre. Quería que fuera ella quien conociera mi historia. No la versión apócrifa que se había modificado a lo largo de los años, embellecida por innumerables guías de Harvard con sus comentarios exageradamente sentimentales y románticos, sino más bien mi verdadera historia, sin adulterar y tan pura como yo la había vivido. Una vida vinculada a un secreto que había sido enterrado durante demasiado tiempo.

Y ahora por fin había llegado Violet a mi biblioteca, con su empleo de estudiante y su investigación. *Violet*: incluso su nombre me provocaba alegría. Hay mucho poder en los pétalos frágiles de esa diminuta flor morada, la violeta. Delicada en apariencia pero muy firme en sus raíces; simboliza la fe, la conciencia mística y la inspiración. Había cierta perfección inherente en el hecho de que su nombre estuviera entrelazado con la flor.

Me alegré al ver que Violet leía las cartas que le envíe a mi viejo amigo y mentor Rosenbach, después de todos estos años. Sus ojos brillantes se concentraban en las transcripciones; su juventud tan fresca y limpia era como la página nueva y blanca de un manuscrito.

Sentí que hizo una pausa cuando leyó por primera vez el nombre de Ada. ¿Sería porque es la única ocasión en la que menciono a Ada en toda mi correspondencia con Rosenbach? ¿O quizá porque Violet es muy joven y el nombre de otra mujer joven de hace ya casi un siglo llamó su atención? No podría decir cuál fue la razón, pero sí sé que, cuando yo vi el nombre de Ada ahí de nuevo, impreso, mi vieja alma espectral padeció de una manera que no solo me causó un dolor por la añoranza, sino que me hizo sentir extremadamente vivo.

Ada. En la biblioteca conmemorativa no encontrarán las otras cartas que le escribí. Tampoco están guardadas en los archivos de

Rosenbach ni en la librería de Quaritch, que aún existe en Londres. Están en otro lugar, escondidas de los ojos curiosos. Pero todavía puedo recitarlas. Esas cartas forman parte de mí.

2 de enero de 1912

Estimado señor Widener:
Mi nombre es Ada Lippoldt. Recientemente empecé a trabajar como ayudante del señor Quaritch en las colecciones de libros raros y manuscritos de nuestra tienda. Como le mencionó en la carta que le envió, me ha pedido de manera directa que lo ayude en cualquier cosa que pudiera necesitar antes de su llegada a Londres esta primavera. Tenemos varios libros nuevos que podrían ser de su interés, en particular en vista de las recientes adquisiciones de la biblioteca Robert Hoe.

Sé que usted tiene una relación establecida con el señor Quaritch y con la tienda, pero espero con ansias poder ayudarle. Cualquier orientación en cuanto a sus preferencias o aversiones que quisiera compartir conmigo me será de mucha ayuda, ya que estoy tratando de seleccionar una lista de libros que pueda ser de su interés.

Atentamente,
Ada Lippoldt

Ese invierno, fue un placer responderle a Ada y compartir con ella el tipo de libros que me interesaba ver cuando llegara a Inglaterra.

5 de enero de 1912

Estimada señorita Lippoldt:
Estoy en deuda con el señor Quaritch por haberle sugerido que se comunicara conmigo. Qué alegría es describir el tema de mi incipiente colección. Si bien tengo una inclinación por los grandes escritores ingleses, Dickens, Shakespeare y Robert Louis Stevenson, también estoy abierto para adquirir las obras de otros autores de casi cualquier parte, puesto que, para mí, la «caza» es casi tan cautivadora como mirar lo que acabaré por exhibir.

Mi mayor deseo es crear una biblioteca en la que mis ediciones estén en condiciones ejemplares. La búsqueda de la primera edición de los Poemas de Robert Browning, así como la adquisición de El primer folio de Shakespeare, completo y en perfectas condiciones, han sido momentos cumbres en mi joven vida de coleccionista.

A menudo me parece que la procedencia de un libro es tan interesante como su autoría. ¿Cuál es la historia detrás del recorrido de esta edición en particular? ¿Por qué manos ha pasado a lo largo de los años antes de que llegara a las mías? En especial, me gustan las obras que han sido codiciadas por otros autores, que los inspiraron o que eligieron regalar a las personas que amaban y adoraban.

Pero como cualquier bibliófilo, amo los libros con encuadernaciones antiguas, ilustraciones hermosas y cosas que los hacen únicos por derecho propio.

Espero con ansias leer la lista que me envíe.

Muy cordialmente,
Harry E. Widener

17 de enero de 1912

Estimado señor Widener:
Me dio mucho gusto recibir su carta. Sonreí al leer lo que lo inspira a comprar cada libro en particular. Me alegró escuchar que lo motiva lo que yo suelo denominar como el alma del libro. Debo admitir que su carta sobresale entre la oleada de cartas que recibe el señor Quaritch. Muchos coleccionistas no hablan de la vida inherente detrás de una edición rara. A menudo la consideran una simple mercancía, una inversión que puede comprarse o venderse, como una acción en el mercado de valores. Prefiero por mucho su visión.

Como lo prometí, hablaré con el señor Quaritch sobre sus inclinaciones particulares, y juntos revisaremos nuestra colección y nos aseguraremos de tener varias ediciones raras que pueda examinar cuando llegue esta primavera.

Reciba un cordial saludo,
Ada Lippoldt

Incluso ahora, casi ochenta años después, cuando pienso en la segunda carta de Ada, veo la palabra que me vinculó a ella. La evocación del término *alma*. No era un vocablo que saliera libremente de los labios de un hombre o mujer de la época eduardiana. Pero, hasta donde podía recordar, coleccionar libros era como un empeño espiritual para mí. Buscaba edificar algo desde el exterior que mirara al interior. Quería una biblioteca que reflejara quién era yo. Ya fuera mi primera edición de *La isla del tesoro*, que conmemoraba mi amor de niño por el viaje y la aventura, o una novela épica de Dickens que reflexionaba sobre las oportunidades desaprovechadas, los errores y malentendidos de la vida, yo los amaba todos.

La idea de ir a la librería de Quaritch ya no era lo único que me emocionaba hacer esa primavera. Ansiaba descubrir el rostro detrás de las palabras de Ada, plasmadas en ese papel color azul cielo. Era como un secreto escondido en la hoja y que flotaba en mi mente como una invitación que debía ser revelada en tinta invisible. Marqué la fecha en la que se suponía que zarparíamos en el *Mauretania*: 13 de marzo de 1912. Tendríamos dos semanas en Londres antes de regresar en la navegación inaugural del *Titanic*. Ansiaba partir.

Capítulo 8

Violet se desplomó en la cama de su dormitorio y sintió que el largo día se alejaba. El tapiz morado estilo batik que había colgado sobre la ventana difuminaba el sol cálido de la tarde. Dentro de la habitación se proyectaban largas sombras. Agradecía no tener más compromisos. Necesitaba descansar. Las dos horas que pasó esa mañana en la biblioteca leyendo las palabras de Harry Widener le habían resultado tranquilizadoras. Pero una vez que empezó la rutina diaria de la vida universitaria, con sus presiones académicas y encuentros inesperados, como ver a Theo y tener que esquivar la realidad de la muerte de Hugo, simplemente se sintió exhausta.

Lo único que Violet quería hacer era dormir. Cuando soñaba, el dolor desaparecía.

—Vi, ¿estás ahí?

Un golpe fuerte en la puerta la despertó. Era Sylvia, una de sus compañeras de departamento. Reconocería esa voz en cualquier parte. Sonaba como una sirena de niebla en sus oídos.

Violet se giró en su cama.

—Estoy durmiendo —se quejó.

La puerta se abrió y Sylvia asomó el rostro.

—Vi, solo quiero saber cómo estás —dijo.

—Gracias. Estoy bien —masculló Violet.

Sylvia entró al cuarto.

—Duermes todo el tiempo, nunca te vemos y, cuando estás aquí, siempre tienes cerrada la puerta que da a la sala común. Todos estamos muy preocupados. Te he dejado por lo menos cinco mensajes en tu contestadora.

Violet se incorporó y echó un vistazo al buró. La luz roja seguía parpadeando en el aparato.

—Lo siento, Syl. Solo estoy muy cansada. Siento que debo guardar todas mis energías para mis clases. No quiero reprobar.

Sylvia se acercó al escritorio de Violet y encendió la lámpara.

—Entiendo que estés cansada, en serio —dijo acercándose a la cama de Violet para sentarse—. Tu cerebro ha estado trabajando horas extra desde el accidente de Hugo. Pero no puedes recluirte en una isla, Vi. Lo único que queremos es ayudarte.

Violet recorrió la habitación con la mirada. El lugar era un completo caos. Carpetas en el suelo, una bolsa rebosante de ropa sucia, una caja de comida a medio terminar sobre el escritorio. Jenny, una de sus otras compañeras, había hecho ya antes un comentario de que Violet necesitaba empezar a limpiar su cuarto o mantener la puerta cerrada para que las demás no vieran su desorden. La chica había decidido tomar la decisión más fácil: sencillamente cerró la puerta.

—Te extrañamos, Vi —dijo Sylvia con dulzura.

—Lo sé. Pero odio la mirada de lástima que todos me lanzan cada vez que me ven en el campus. Me molesta. —Las palabras escaparon de su boca—. Odio tener que fingir que estoy mejor cuando no es así.

—Nadie te tiene lástima. Todos estamos tristes. Francamente, Violet, ninguno de nosotros puede creer que él ya no esté.

—Me doy cuenta de que no soy muy buena compañía, así que solo les estoy haciendo un favor manteniéndome apartada.

—Sabes que eso no es cierto —insistió Sylvia—. Vamos a cenar. Solo tú y yo. Jenny y Lara ya se fueron. Podemos encontrar un rincón en el comedor solo para las dos y no tenemos que hablar de Hugo, a menos que tú quieras.

Violet forzó una sonrisa. De sus tres compañeras de departamento, Sylvia era la más cercana a ella. Si bien provenían de familias muy diferentes, ya que los padres de Sylvia eran médicos y sin duda era tan rica como Jenny y Lara, a Violet siempre le pareció que era la más centrada. Quizá se debía a que sus padres eran más liberales que los de sus otras dos compañeras, que eran más petulantes. Los padres de Sylvia se conocieron durante su residencia en el Hospital General de

Massachussets y, tras cuatro años en Boston, decidieron vivir una vida más tranquila en las afueras de Portland, Maine, de modo que a su única hija le brindaron una infancia idílica y sólida.

Sylvia complementaba a Violet en la mejor manera posible. Era extrovertida pero no autoritaria. Era estudiosa pero también divertida. Y fue Sylvia quien, siendo la timonel del equipo de canotaje en el primer año de universidad, le presentó a Hugo.

Las paredes del comedor de la Casa Lowell estaban pintadas de amarillo diente de león. Su tono característico la hacía única entre las residencias de estudiantes de Harvard cercanas al río. La sala tenía un ambiente alegre que desafiaba los sombríos retratos al óleo que colgaban en su perímetro. Pero, a diferencia de tantas otras viviendas en el campus, no había rincones oscuros donde hacerse pequeño. Las grandes ventanas en forma de arco en un extremo y los detallados candelabros de tres niveles que colgaban del techo daban luz adicional, además las largas mesas de madera y las sillas estilo *shaker* en el centro exhortaban a la convivencia.

—¿Dónde quieres sentarte? —preguntó Sylvia cuando entraron al comedor con sus charolas.

—Lo más al fondo que se pueda —respondió Violet. Luego levantó el mentón en dirección a una mesa lejana donde no había nadie.

Tomaron asiento una frente a otra y miraron su plato de comida. Los ojos cálidos color castaño de Sylvia y su cabello oscuro en corte bob eran un consuelo para Violet. Por ruidosa que fuera con su voz de sirena de niebla cuando le gritaba a los canoístas en el bote para que siguieran el ritmo, Sylvia también podía ser reservada y sensible. En ese momento solo estaba ahí sentada con su charola frente a ella, picoteando las chuletas de pavo y el puré de papa.

—¿Cómo va tu nuevo trabajo en la biblioteca? —preguntó—. ¿Has tenido que poner en orden a alguna pareja que esté besándose entre los estantes?

Violet rio. Todos sabían que era una tradición de Harvard que algunas parejas trataran de tener una cita a escondidas en los recovecos de la Widener, evadiendo a los guardias de seguridad.

—Todavía no, pero la buena noticia es que me cae muy bien Madeline Singer, la curadora. Al principio pensé que me la pasaría llevando y trayendo libros raros de las otras bibliotecas a la sala de lectura de la Houghton, pero la señora Singer me pidió que también me encargara de comprar las flores para el escritorio de Harry Elkins Widener cada semana. Y, mejor aún, me está dejando que la ayude un poco con su investigación.

—¿En serio? —Sylvia se llevó otra cucharada de puré de papa a la boca—. Eso es genial.

—Sí. Me pidió que transcribiera parte de la correspondencia personal de Harry, y es increíble.

Sylvia se limpió la boca con una servilleta de papel.

—Es bueno por fin verte emocionada por algo.

—Espero poder encontrar un poco de inspiración para mi tesis el próximo año. Todavía no escojo un tema. Quizá pueda ampliar mi artículo sobre Francis Bacon… ¿Sabías que Harry compró una edición rara de bolsillo de los ensayos de Bacon antes de abordar el *Titanic*?

—No. No tenía idea. Es como la respuesta a la pregunta final de un programa de concursos —dijo Sylvia riendo—. Pero sí recuerdo que él es la razón por la que siempre hay helado en el comedor.

Volteó a ver el congelador en el rincón que contenía botes helado de fresa, chocolate y vainilla.

Violet vio cómo Sylvia se acercaba al congelador para tomar una bola de vainilla y una de chocolate. No tuvo el corazón para decirle que gran parte de la leyenda de Harry en la universidad no estaba basada en hechos. ¿Siquiera era importante? El que hubiera un montón de universitarios merodeando alrededor del congelador para servirse de uno de los botes de postre congelado hacía que el nombre de Harry saliera de la biblioteca y entrara al mundo de los vivos. Violet sintió que algo cambiaba en su interior, el aire se hizo más ligero en la sala. Era una sensación maravillosa. Era como alegría.

Capítulo 9

De todas las emociones que experimentamos en una vida, la alegría es la que me gustaría ser capaz de reservar para los malos tiempos. ¿No sería maravilloso sellar nuestra felicidad en un libro y luego poder recuperarla? En mi corta vida, siempre tuve la tranquilidad de saber que cada libro en mi biblioteca me esperaría hasta que yo lo deseara. Su historia jamás desaparecería del interior de sus hojas impresas. Lo único que necesitaba hacer era sacarlo del librero, y la luz parpadeante de sus ilustraciones, el humor de sus personajes, el laberinto de su trama, cada partecita de él permanecería estática hasta que abriera la portada encuadernada en piel y pasara la primera página.

Y, aunque la capacidad de embotellar la alegría, de poder absorberla a voluntad seguía siendo imposible, algo se abrió en mi interior al ver a Violet hacer una pausa cuando leyó el nombre de Ada. Por primera vez en años sentí cierta urgencia, un anhelo de que esta chica melancólica conociera a la extraordinaria mujer detrás de ese nombre.

Siempre había agradecido que la correspondencia privada entre Ada y yo hubiera permanecido oculta; que fuera imposible encontrarla en algún archivo o biblioteca. No quería que mi familia leyera nuestras palabras, menos los académicos ansiosos por llenar los espacios vacíos de mi vida. Quería conservar su intimidad: una narrativa que solo nos perteneciera a nosotros.

Pero después de todo este tiempo, si esas cartas por fin se descubrieran, ¿revelarían una historia que ameritara ser compartida? Aún ahora, cuando regreso a esos primeros intercambios epistolares de hace tantos años con Ada, la alegría me embarga. En esas páginas, mi felicidad ya no es esquiva: despliega sus alas para liberarse en el aire y que yo pueda respirarla.

18 de enero de 1912

Estimado señor Widener:
Muchas gracias por su última carta. Tomé nota de los autores a los que es especialmente aficionado y, en nuestra colección, tenemos varias ediciones raras de algunos de ellos que considero que podrían tentar su apetito de coleccionista. Estoy deseosa de mostrarle una edición particular de David Copperfield que ha pertenecido a una colección privada en Londres por más de sesenta años y que recién incorporamos a nuestra librería. En verdad es única en su clase e incluye una nota del mismo Dickens.

En otros temas, de forma inesperada acabo de enterarme que viajaré a Estados Unidos en representación del señor Quaritch. Llego el 1.º de febrero y estaré en Manhattan algunos días para reunirme con el bibliotecario personal de uno de nuestros clientes. Si por alguna razón tiene que ir a la ciudad de Nueva York mientras esté ahí, sería maravilloso conocerlo en persona antes de su viaje a Londres.

Reciba un cálido saludo,
Ada Lippoldt

Sin duda, para esa época era una carta muy atrevida viniendo de una mujer. Una parte de mí deseaba salir corriendo a la oficina de Rosenbach para mostrársela, pero el caballero en mi interior supo, por instinto, que lo mejor era mantenerla privada.

Además, la secrecía de la correspondencia con una mujer tan interesante solo aumentaba la emoción. Le respondí al día siguiente.

25 de enero de 1912

Estimada señorita Lippoldt:
Qué maravilla recibir su carta. Para mí será un placer verla en Nueva York. Me emociona escuchar sobre el libro de Dickens. Parece un verdadero premio para cualquier biblioteca y le agradezco que haya pensado en mí tan pronto como lo tuvo en su poder.

Si su agenda se lo permite, quisiera invitarla a cenar durante su estancia en Manhattan. Quizá podríamos vernos en el restaurante Delmonico's, en el

centro. Creo que le parecerá un telón de fondo perfecto para conversar, y el Alaska al horno es el mejor que se puede encontrar en este lado del estanque. Por favor, infórmeme si estará disponible.

Reciba mis más cordiales saludos,
Harry Elkins Widener

Ahora que recuerdo esas cartas, me sorprende la audacia de cada una de nuestras propuestas. ¿Nuestro interés compartido por los libros fue lo que nos permitió ignorar las estrictas formalidades de la época? ¿O quizá yo ya intuía lo verdaderamente única que era Ada? Hasta la fecha, en realidad no podría decirlo. Pero de algo sí estaba seguro: de todas las mujeres con las que había cruzado caminos durante mis fines de semana en Harvard o en las fiestas de mi madre y otros eventos variados del círculo social de la familia, nunca había conocido a una joven que amara los libros tanto como yo. Conforme se acercaba la fecha de su viaje, la posibilidad de conocer a Ada ocupaba cada vez más mis pensamientos. Tanto que, por más que disfrutara pasar tiempo en mi biblioteca privada, cada día me resultaba más difícil leer.

—Vaya, qué apuesto estás —dijo mi madre la mañana del día en que iba a ver a Ada en Nueva York.

Había echado mi cabello negro hacia atrás con mi mejor pomada y llevaba mi traje más fino de Wanamaker's: gris oscuro a rayas con un chaleco de tres botones a juego. Debajo llevaba una camisa blanca almidonada y una corbata negra de seda.

En su sala color verde salvia y azul cielo, mi madre estaba acurrucada en uno de sus divanes de seda con un libro abierto en el regazo y el servicio de té al alcance de la mano. En una mesita lateral, una rebanada de pastel a medio comer reposaba sobre un fino plato de Limoges.

—¿Vas a algún lado? —preguntó.

—A Nueva York —respondí.

Miró hacia la ventana. Afuera, los jardines de Lynnewood Hall estaban cubiertos de nieve.

—No creo que hoy sea el mejor día para viajar —dijo antes de llevarse la taza a los labios—. Quizá sea mejor reprogramarlo. ¿Vas a encontrarte ahí con un amigo?

—Es para un libro. Una posible adquisición para mi biblioteca.

En el rostro de mi madre se dibujó una sonrisa.

—¡Ah, la caza! —exclamó riendo—. Ni la lluvia ni la nieve te detendrán entonces —agregó, sabiendo que no valía la pena gastar energía para hacerme desistir. Aunque sí me preguntó si nuestro chofer me llevaría en coche o si tomaría el tren.

—En tren —le informé.

—Bien —dijo—. Es más seguro que el coche. Sabes lo resbalosas que pueden ser las carreteras, y no quiero estar preocupada.

Nuestro chofer me llevó a la estación de tren central en Filadelfia y a la una y media abordé el vagón Pullman privado de la familia. Había hecho el trayecto a Manhattan innumerables veces y sabía que tomaría sólo tres horas; eso me daría tiempo más que suficiente para dejar mi maleta en el nuevo hotel Vanderbilt, en la calle 34 y la avenida Park, y luego dirigirme directo al centro para reunirme con Ada.

Arropado entre las elegantes paredes de mi compartimento, saqué mi novela y traté de relajarme. Sin embargo, a pesar del mobiliario lujoso, de los asientos de terciopelo y los accesorios de latón brillante, era difícil acallar mi mente. Miré el decantador de cristal lleno de jerez que descansaba en la barra y me serví una copa, esperando que eso calmara mis nervios. Me decía que esta no era una cita romántica con la señorita Lippoldt, que solo era una reunión de negocios entre dos bibliófilos con ideas afines.

En Harvard tuve muy pocas oportunidades para socializar con mujeres. Las casi doscientas jóvenes que asistían a Radcliffe estaban aisladas en su patio, alejadas del resto del campus de Harvard. Aunque sus clases las impartían los mismos profesores, no tenían permitido

entrar a nuestros edificios y, claro está, tampoco a nuestros salones de clase o dormitorios. La sala de lectura principal en la biblioteca también les estaba vedada.

Aparte de mi madre y mi hermana, las mujeres me parecían criaturas por completo misteriosas. Las imaginaba como elegantes garzas blancas que emergen cerca de las ciénagas, hermosas y enigmáticas, pero permanecen fuera del alcance.

Sin embargo, la curiosidad que Ada me provocaba ya se había despertado. Me di cuenta de que no sabía nada de ella: no sabía nada sobre su familia o su educación, ni siquiera su edad. El señor Quaritch solo se había referido a ella como la «señorita Ada Lippoldt». En parte sentía como si estuviera en una novela que solo Dickens pudiera escribir, en la que llegaría al Delmonico's muy nervioso y aturdido para terminar encontrándome a una mujer tan vieja como la señorita Havisham sentada en una de las mesas. Su correspondencia fresca y ligera era solo el disfraz de la anciana que la escribía.

Metí la mano al chaleco, saqué mi reloj de bolsillo y miré la hora. Sabía que en pocas horas todas mis preguntas serían respondidas.

Estaba previsto que llegáramos a las cinco de la tarde. Le había enviado un telegrama a Ada antes de que saliera de Londres para informarle que había hecho la reservación para cenar en el Delmonico's a las siete de la noche el 3 de febrero. Todo parecía ir conforme a lo planeado.

A pesar de la nieve que caía afuera, el tren siguió avanzando sin inconvenientes por la vía hacia Manhattan. Hasta que de pronto dejó de hacerlo.

Justo cuando empezaba a imaginar la comida caliente y la agradable velada que estaba por venir, se escuchó un rechinido agudo y el jalón de los frenos provocó un alto abrupto.

—Señor Widener —el conductor entró a mi vagón—, ha habido un accidente desafortunado —me informó con rapidez—. Una carreta tirada por caballos se salió del camino y terminó sobre las vías. El pobre animal yace ahí también. —Su voz bajó un poco de volumen—. Tendremos que esperar a que alguien venga y despeje la vía antes de poder seguir avanzando.

—¿Y cuánto tiempo llevará eso?

Volví a sacar el reloj. Ahora contaba con un tiempo limitado para no llegar tarde a mi cita con Ada.

—Lo siento, señor. Es difícil saberlo con exactitud. Esperamos que la ayuda llegue pronto, pero la nieve lo dificulta más.

—Lo imagino —dije con amabilidad.

Con cada minuto que pasaba, sabía que era más probable que llegara tarde o, peor aún, que no llegara en absoluto a la cena. Pensar que Ada estaría esperándome en el restaurante, que los minutos podrían llegar a convertirse una hora de espera me parecía increíblemente angustiante. Me negaba a hacerle pasar una vergüenza y tampoco quería que pensara que era un canalla desconsiderado.

Me puse rojo de frustración.

—Estamos haciendo todo lo que está en nuestras manos para llegar a Nueva York tan pronto como sea posible, señor Widener.

Asentí. No podía hacer nada más que esperar.

Pasaron dos horas antes de que el tren empezara a moverse de nuevo. Durante ese tiempo, debí de concebir en mi cabeza como cien telegramas distintos para Ada. Tendríamos que llegar a la estación más cercana para enviarlo a un Western Union en Manhattan y que luego un mensajero lo llevara al Delmonico's. En cuanto llegamos a Trenton, Nueva Jersey, las palabras que había escrito salieron de inmediato a la oficina.

Estimada señorita Lippoldt:
Mi tren se retrasó debido a un accidente. Tendremos que reagendar nuestra reunión. Por favor, déjeme un mensaje en el restaurante indicándome a dónde puedo comunicarme con usted. Le envío mis más sinceras disculpas.

H. E. W.

Cuando al fin llegamos a la Ciudad de Nueva York, ya llevaba dos horas de retraso. Deseando contra toda probabilidad que Ada siguiera esperándome en el Delmonico's, hice que un botones llevara mi maleta al hotel y me fui directamente al restaurante.

—Se fue tan pronto le dimos el telegrama, señor Widener —me informó el *maître* cuando entré al elegante comedor.

Sacó una nota de un cajón y me la entregó. En ella solo decía: «H. E. W. Me estoy hospedando en el hotel Martha Washington, estaré ahí hasta el jueves».

En ese entonces, en Nueva York casi no había más opciones para una mujer soltera que hospedarse en el Martha Washington. Debí haberlo adivinado, pero estaba tan nervioso por haber llegado tarde que sentí la necesidad de verlo confirmado en papel. Paré otro taxi y me dirigí al hotel, esperando dejarle un mensaje a Ada y encontrar una manera de volver a concertar una cita.

Sin embargo, lo inesperado volvió a suceder. Al entrar al vestíbulo con piso de baldosas del hotel, advertí a una mujer con rizos color castaño sentada en la recepción. Llevaba una chaqueta péplum azul marino, una falda larga y una bufanda color lavanda atada con elegancia alrededor del cuello.

—¿Señor Widener? —preguntó alzando la vista de un libro—. Sabía que vendría.

Capítulo 10

Estando de pie en medio del vestíbulo principal del hotel, puedo decir que al fin entendí lo que significaba sentirse atraído al instante por otro ser humano.

El latido de mi corazón se aceleró; las palmas me empezaron a sudar. Cuando cerró el libro y acomodó uno de sus rizos castaño rojizos, sentí que me costaba respirar.

No pude enunciar mi disculpa porque me interrumpió y levantó su mano esbelta.

—El clima hoy está horrible, así que de cierta forma pensé que quizá se retrasaría. Me da mucho gusto poder tener la oportunidad de conocerlo antes de regresar a Londres.

Se levantó y metió el libro en su bolso satchel; sus ojos grises me miraron directamente.

—Intentémoslo de nuevo. Soy Ada Lippoldt, es un placer.

—Harry Elkins Widener —repetí mi nombre para guardar las formas—. Para mí también es un placer conocerla al fin.

—Bien, no perdamos más tiempo —dijo eufórica—. Hay un restaurante aquí donde los hombres también pueden entrar. —Miró el reloj del hotel e hizo su cálculo—. Tenemos una hora antes de que cierren la cocina. ¿Vamos?

Con su acento británico, todo lo que Ada decía sonaba encantador. Me desabroché el abrigo de lana, aún húmedo por los copos de nieve derretidos, y me lo puse en el antebrazo. Avanzó y yo la seguí. Las lámparas en forma de esferas destellaban por encima de nosotros como una cobija de estrellas.

En el comedor principal del hotel Martha Washington, la atmósfera era diferente a la del Delmonico's. Allá, la sala estaba envuelta en

silencio y las mesas iluminadas con velas colocadas en portavelas de cristal, cuya luz bañaba a los comensales con una elegancia calmada. Aquí, era una arena de energía frenética. Las mujeres estaban sentadas en grupos y hablaban emocionadas entre ellas; había varias sufragistas que aún vestían sus pantalones morados y verdes, y conversaban acerca de su última misión.

Desde cualquier punto de vista, aquí yo era el advenedizo, el único hombre que ahora era una visita en un salón lleno de mujeres. Ya no sentía que Ada fuera mi invitada, sino que ella me había invitado a mí a un espacio secreto y sagrado; un lugar que estaba ocupado por mujeres únicas que viajaban sin chaperones o sin una alianza de oro en el dedo, y que no necesitaban el permiso de un hombre para decir lo que pensaban. Era como si alguien hubiera abierto una cortina a un mundo que me era bastante desconocido.

Frente a unos tazones de sopa de champiñones y cebada, seguidos de un escalope de pollo, la asalté con preguntas sobre cómo había conseguido el empleo en la librería de Quaritch. Satisfizo mi curiosidad y sus ojos brillaban mientras empezaba a contarme esos pasajes de su historia.

—Desde que era niña, mi camino siempre me ha parecido claro —dijo Ada con la mirada resplandeciente sobre la luz de la vela—. Quería estar cerca de libros.

Comió otro bocado de su comida, luego tomó su vaso y bebió un sorbo.

—Tuve la fortuna de ser admitida a la universidad de Newnham, donde estudié Literatura Inglesa —agregó—. Newnham y Girton, ambas parte de Cambridge, son los únicos dos lugares en los que una mujer como yo puede obtener educación superior en Inglaterra. —Ada comió unos bocados más—. Teníamos permiso de asistir a las conferencias en otras universidades de Cambridge, pero aún se nos negaba el acceso a la biblioteca principal.

—Qué injusto —dije empático—. Una biblioteca debería ser accesible para todos.

—¡Exacto! Qué alivio que estemos de acuerdo en eso —exclamó riendo.

—No me gustaría que mi hermana o mi madre no tuvieran acceso a los mismos libros que yo amo si quieren verlos en Harvard o en cualquier otra biblioteca.

—Así es. ¿Por qué un lector debería tener un trato preferencial solo con base en el género? ¡Es una locura!

Su pasión era embriagadora. Para ser francos, yo no había pensado mucho en las reglas de Harvard que establecían que las mujeres de Radcliffe solo podían usar su propia biblioteca. Y sin duda no quería decir en voz alta cuál era la lógica que tenían detrás, que sabía que se basaba en su preocupación de que las mujeres pudieran distraer de sus estudios a jóvenes como yo. Pero ahora escuchaba con mucha atención cada una de sus palabras.

—Lo es —accedí con entusiasmo—. Como dice el dicho, el conocimiento es…

—Poder —me interrumpió para acabar mi frase—. Esa es una de mis frases favoritas de Francis Bacon.

—¡La mía también! Sigo a la caza de alguno de sus libros para mi colección.

—Entonces, lo tendré en cuenta —respondió con una sonrisa—. Admiro su pasión, señor Widener.

—Y yo admiro lo que usted hace. Es raro encontrar a una mujer en el negocio de los libros.

—En Newnham tuvimos la suerte de que nuestra biblioteca estuviera bajo la supervisión de una mujer con mucho carácter. Se llama Katharine Stephen. Ella me inspiró.

Ada dejó el tenedor sobre el plato y su rostro se llenó de vida. Era como si tuviera el amanecer frente a mí.

—De hecho, es prima de Virginia Woolf —agregó—. ¿Lo puede creer?

—Así que viene de una fina estirpe literaria —bromeé.

—Sí. —Volvió a reír—. Lo mejor de lo mejor. La verdad es que le debo mucho a la señorita Stephen. Ella alimentó mi creencia de que podía hacer una carrera en el mundo de los libros. Me dio un empleo de medio tiempo cuando era estudiante. Mi tarea era archivar la

colección de libros raros de Newnham. Recibimos muchos regalos de distintos benefactores. Primeras ediciones y manuscritos ilustrados que databan hasta del siglo XV. Estoy muy agradecida de que me haya brindado su orientación. —Hizo una breve pausa—. Y fue la señorita Stephen quien también me presentó a Charlotte Quaritch.

—¿Charlotte Quaritch?

El nombre me sorprendió. No sabía nada de ella.

—Sí. Cuando falleció Bernard, el fundador de la librería Quaritch, se la heredó a su hija Charlotte, a su hermana menor Gertie y, por supuesto, a Bernard Alfred, con quien usted ha estado en contacto. Pero es a Charlotte a quien le debo mi puesto. Ella creía en la importancia de apoyar a otras mujeres que querían trabajar en el mundo de los libros. En realidad, fue una actitud muy moderna de su padre asegurarse de que ella también fuera dirigente en la tienda.

Ada echó un vistazo alrededor de la sala. Las otras comensales se levantaban de sus mesas. Las luces de las velas se atenuaban.

—Creo que he pasado mucho tiempo hablando de mí. La cocina cerrará pronto.

—Yo siento que no ha pasado el tiempo —dije.

Hubiera querido detener el tic tac del reloj, que el comedor se quedara abierto toda la noche.

—Ni siquiera he tenido tiempo de despertar su interés por la edición especial de Dickens —dijo con voz rítmica—. Me temo que no he hecho mi trabajo.

—Lo ha hecho —respondí firme.

No podía decirlo en ese momento, pero ya me había vendido algo mucho más importante. Ella y yo hablábamos el mismo idioma. Podía sentir cómo su espíritu casi saltaba de su cuerpo cuando me comentaba sobre los libros que entraban y salían de la tienda.

Prestaba atención a cada una de sus palabras, fascinado por su inteligencia, su belleza y su encanto indiscutible. Lo que me ofreció esa noche no solo fue la oportunidad de comprar un volumen raro y

valioso de *David Copperfield*: tuve la sensación de que me abrió las puertas a su mente.

Capítulo 11

Violet levantó el teléfono de su dormitorio y llamó a la florista local para hacer el pedido de flores semanal para el escritorio de Harry. No quería decepcionar a Madeline. Su trabajo era una de las pocas cosas que la hacían feliz últimamente. Era algo que ahora tenía solo para ella, algo que existía sin tener alguna relación con Hugo.

—Quisiera pedir el ramo para la sala conmemorativa de Widener —dijo.

—¿Qué le gustaría? —preguntó la florista—. ¿Quizá algo con los colores de otoño?

—¿Podría decirme qué tiene disponible?

—Hoy llegaron unas hermosas gerberas color azafrán y mandarina, y también varias zinnias magenta magníficas. Son colores muy brillantes y harían contraste muy bonito en el arreglo.

Violet cerró los ojos. Podía imaginar con nitidez los colores rosa oscuro, amarillo y naranja.

—Perfecto —dijo Violet.

—¿Lo pongo en la cuenta de siempre?

—Sí, por favor.

—Mi nombre es Lottie, por cierto —dijo la mujer—. Hace ya más de cuarenta años que hago los arreglos florales aquí, y mi padre lo hacía antes que yo. Quiero que sepa que nos llena de orgullo surtir las flores a la biblioteca desde que la señora Widener las pidió por primera vez.

—Yo soy Violet. Acabo de empezar mi trabajo de medio tiempo en la Widener y también ayudo a la señorita Singer.

—¿Una estudiante?

—Sí, de tercer año.

—Gusto en conocerte —dijo Lottie—. Y me encanta tu nombre.

—Gracias. Era el color favorito de mi abuela.

—Las violetas son unas de las flores más resistentes. Pueden sobrevivir incluso en la nieve y el hielo. Así que es muy buena elección para un nombre.

—No lo sabía. —Violet se sorprendió sonriendo al otro lado de la línea—. Agradezco su ayuda con el ramo. Ahora soy la responsable de hacer el pedido cada semana para la señorita Singer. Así que supongo que en el futuro estaremos en contacto con frecuencia.

—Siempre es un gusto ayudar, querida.

Violet colgó el teléfono y miró el montón de ropa que estaba tirado en un rincón. Decidió no ponerse sudadera y pantalones deportivos ese día. Hizo un gran esfuerzo para caminar hasta el armario de madera, abrió las puertas y sacó una blusa blanca y unos pantalones de algodón. Estaba a punto de ponérselos cuando la bufanda color lavanda que Hugo le había regalado para la Navidad del año pasado se deslizó de un gancho y cayó al piso, directo sobre sus pies.

Se agachó y la recogió. El material diáfano era suave al tacto. Violet no había pensado en ella durante mucho tiempo. Desde la muerte de Hugo, le resultaba demasiado doloroso pensar en cualquier recuerdo de él. Pero aquel en el que ella y Hugo se habían recostado frente a la chimenea en la cabaña de huéspedes de sus padres, desenvolviendo los regalos que se hicieron uno al otro, ahora la llenaban con calidez en lugar de tristeza. Saboreó recordar cómo la había besado cuando ella sacó la bufanda de su hermosa envoltura y luego rodeó sus hombros con ella, juguetona.

—Mi pequeña prerrafaelita —bromeó él.

Apartó un mechón de su cabello pelirrojo y volvió a besarla, feliz de haber podido darle un buen uso a la clase de Historia del Arte que habían tomado juntos el semestre anterior.

Violet se envolvió el cuello con la bufanda. El recuerdo de Hugo la embargó. Casi podía sentir sus dedos rozando su piel.

Pensó que quizá estaba lista para llevarse con ella un pedacito de él a la biblioteca.

Capítulo 12

Me alegró ver que Violet se había puesto su bufanda. El color me recordó el que Ada había usado en nuestro primer encuentro, pero además sabía que Violet la había ignorado innumerables veces desde que regresó a la escuela.

Sentí que algo cambió en el ánimo de Violet cuando se la puso alrededor del cuello. Ese es el impresionante poder de la memoria. Sin movernos a ningún lado, podemos viajar al pasado. Volvemos a estar con las personas a las que amamos, reviviendo cada detalle; las emociones regresan a nosotros. La memoria es el único poder que tenemos para reconectar con las personas a las que hemos perdido.

Lo vi cuando se llevó el material de gasa a la nariz y aspiró su aroma.

Violet. Sonreí al pensar que quizá el joven le había regalado esa bufanda porque era el color que evocaba su nombre.

Esa mañana, Violet tomó el camino largo, así que cruzó el río Charles, que brillaba en tonos gris ostra. Dos canoístas solitarios remaban con gracia sobre el agua. Planeé sobre ella para asegurarme de que su mirada no permaneciera mucho tiempo en los miembros de la tripulación porque no quería que se hundiera en un pozo de pensamientos tristes sobre Hugo.

Agité las ramas de los árboles de maple, con sus hojas naranjas y doradas, y me aseguré de que algunas flotaran en el viento. Persuadí a un jilguero para que aleteara cruzando su camino. Luego dirigí a un ampelis color ámbar y miel para que despertara su espíritu.

Los pájaros tienen el poder de recordarles a quienes están en duelo que los cielos están llenos de guardianes. A lo largo de los años, he recurrido a ellos muchas veces en nombre de la gente a la que amo. Todo empezó en las semanas posteriores a la muerte de mi padre y mi propia muerte, cuando mi madre se recluyó en Lynnewood Hall,

incapaz de levantarse de la cama. Fue entonces cuando descubrí que tenía el poder de utilizar mi energía de ciertas maneras para ayudar a otros a superar su pena.

Desde el momento en que llegó a la ciudad de Nueva York con los otros sobrevivientes del *Titanic* y nuestro vagón Pullman privado la llevó sin tardanza de vuelta a nuestra casa, mi madre pasó catorce días en cama, apenas capaz de probar bocado, con los ojos enrojecidos por los ríos de llanto. Casi no tenía fuerzas para preguntar por mi hermana, quien también estaba desconsolada y quería cancelar su boda.

La recámara de mi madre estaba hundida en tinieblas. Las pesadas cortinas de seda, corridas. Las lámparas de porcelana, apagadas.

Ser testigo de su angustia fue particularmente doloroso para mí. Me sentí impotente. Lo único que quería hacer era consolarla, así como ella siempre me tranquilizó con su amor y su calidez. Tenía unas ganas desesperadas de hacerle saber que no había sufrido; de decirle que, aunque ya no pudiera verme o tocarme, seguía ahí, con ella.

Su doncella entró con una charola con té y pan tostado.

—Por favor, señora —le dijo Amalie con dulzura.

Llevaba siglos trabajando con mi madre. Y, si bien por lo general era una sirvienta quien llevaba la comida, el personal esperaba que la compañera más confiable de mi madre pudiera convencerla de que alimentara un poco su cuerpo debilitado.

—Solo un poco de comida. También le traje sus conservas francesas de frambuesa favoritas.

A pesar de que mi madre hacía un esfuerzo para esconder el rostro, Amalie podía ver que su ama lloraba.

Yo también podía. Me movía por la habitación como vapor, invisible pero presente. Las lágrimas de mi madre me laceraban como una guadaña.

—¿Puedo abrir las cortinas? —La voz de Amalie era suave como el algodón hilado—. Deberíamos dejar que entre un poco de luz a la recámara, señora. No es bueno que esté aquí en la oscuridad.

—No. —Fue lo único que respondió mi madre porque no tenía fuerza para decir más.

No pude soportarlo un minuto más. Mi querida madre, incapaz siquiera de levantarse de la cama y disfrutar la belleza del mundo natural al otro lado de su ventana. Eran principios de mayo. El jardín estaba colorido con iris, flores de cerezo rosadas en los árboles e hileras tras hileras de tulipanes franceses blancos y amarillos. Pero el indicio de las flores no era suficiente para que mi madre supiera que aún estaba ahí para ella.

Sabía que tenía que crear un evento extraordinario y fenomenal para que se diera cuenta de que solo yo, su querido hijo, habría podido orquestarlo.

Solté las cintas que mantenían las cortinas cerradas. Luego le comuniqué mi deseo a los pájaros y ellos devolvieron mi llamado.

La pesada seda azul cayó al suelo, y la luz se derramó en la habitación.

—Oh, Dios mío —dijo Amalie cuando las cortinas quedaron echas un montón en el suelo.

Ignoró por un momento el brocado en el suelo y levantó la vista para mirar la luz del sol. Sus ojos viajaron a través de la ventana hacia el espectáculo que se extendía en el jardín.

—Señora, debe venir a ver esto. Nunca había visto nada parecido. Es un milagro, se lo prometo.

Se acercó a la cama y ayudó a mi madre a meter sus pies desnudos en las pantuflas. Le extendió la mano para que se apoyara mientras su cuerpo debilitado intentaba ponerse de pie.

Despacio, con los dedos de una mano entrelazados con los de Amalie y los de la otra cubriendo sus ojos de la luz del sol, mi madre se acercó a la ventana.

Permaneció ahí varios minutos antes de decir algo. Lo asimiló todo y tuvo la certeza de que era una señal.

A lo largo de la gran extensión del jardín cubierto de un césped muy verde, varios cientos de pájaros de distintas variedades: azulejos, petirrojos, pinzones, gorriones e incluso varias decenas de cardenales de invierno, habían salido de sus nidos para venir al jardín.

Amalie siempre había sido supersticiosa y yo sabía que en ese momento podía ser una buena aliada para mí.

—Creo que es una señal del señorito Harry —afirmó, llevándose el puño al corazón.

Mi madre no se convencía del todo, pues miraba pasiva la increíble escena.

Decidí que era necesario hacer más, así que di otro empujoncito.

Les rogué a los pájaros que hicieran una cosa más por mí y aceptaron, de manera unánime.

Les pedí a todos que llenaran el jardín con una melodía.

Piaron. Graznaron. Percutieron sus picos y batieron sus alas.

Después de eso, mi madre supo que yo estaba en el éter. Que quizá era invisible, pero seguía siendo parte del aire.

Se sostuvo de la cortina de seda para evitar desplomarse. La evidencia de que no había desaparecido por completo casi la hizo arrodillarse.

El duelo de mi madre se extendió de días a meses, pero en ese tiempo llegó a entender cada vez más lo que pasaba. A veces, cuando estaba en la privacidad de su sala disfrutando un nuevo libro, se sorprendía a sí misma leyendo en voz alta. Y aunque los sirvientes pensaban que lo hacía por soledad, yo sabía que no era así. En realidad, mi madre me leía a mí.

Cuando Violet cruzó la calle Mount Auburn para entrar al Yard, por supuesto que no tenía idea de que yo la acompañaba.

Pero cuando la bufanda color lavanda ondeó en la brisa y sus ojos se centraron en la naturaleza a su alrededor en lugar de caer en el abismo del duelo por Hugo, sentí que había dado el primer paso para hacerle saber a esta joven que la vida, por frágil que fuera, seguía siendo hermosa.

Capítulo 13

Las flores semanales de la sala conmemorativa Widener se entregaban en la oficina principal, y ahí esperaban a que Violet las recogiera.

—Son hermosas y alegres —comentó el guardia sobre el colorido arreglo cuando Violet le mostró su credencial de estudiante con una mano y tomó el florero, apretándolo contra su pecho, con la otra—. Y combinan con su bufanda —agregó con una gran sonrisa.

Cuando Violet subió la escalera y se acercó al umbral del despacho de Harry, exploró su interior con la mirada. Alguno de los bibliotecarios debió de haberse llevado las flores de la semana pasada, sabiendo que unas nuevas llegarían esa mañana, puesto que el escritorio de Harry estaba vacío.

Movió el poste de latón y la cuerda, y se aventuró en el interior. Violet sabía que era un privilegio poder entrar a esa habitación sagrada. No solo eran las tres mil doscientas ediciones raras anidadas detrás de dieciséis vitrinas de vidrio soplado a mano, sino que también había mucha belleza e historia dentro del lugar. Desde la alfombra persa rojo oscuro bajo sus pies hasta el tragaluz azul lechoso del techo con el friso del zodiaco a su alrededor: todo había sido creado y amueblado con gran cuidado.

Violet colocó el arreglo en la esquina del escritorio de Harry y advirtió cómo la atmósfera de la habitación cambió de inmediato cuando el ramo estuvo en su lugar. La señora Widener había tenido razón al hacer esa solicitud. El espacio necesitaba vida para que se sintiera que el espíritu de Harry no había desaparecido con su muerte. Sin las flores, todo sería sombrío, como un mausoleo para un viejo coleccionista de libros. Al ver el escritorio de roble, la silla detrás de él y la lámpara Tiffany azul y verde colocada en su esquina, era innegable que las flores frescas insuflaban vida a la sala y la hacían

sentir como si su legítimo propietario hubiera salido solo por un momento. Era muy fácil imaginar que Harry regresaba y se paraba junto al viejo gabinete de madera lleno de tarjetas del catálogo, para luego sacar un pedazo de papel con el número de referencia correspondiente a uno de los libros en sus estantes. Era un poco extraño, pero todo se sentía vivo.

Violet levantó la mirada hacia el retrato. ¿Por qué las pocas veces que había entrado a esa sala había sentido como si Harry le sonriera?

Sentía que era una locura siquiera pensar que era posible, pero cada vez que caminaba hacia el óleo tenía la misma sensación. ¿Era la luz que, cuando golpeaba el barniz brillante, provocaba un centelleo en sus ojos oscuros? ¿O el ángulo desde el que ella observaba la pintura? Violet no lo sabía.

Se acercó al retrato y se concentró en el modelo. La expresión tranquila, sus dedos afilados e incluso el libro en su regazo. Era probable que un sinfín de estudiantes de Harvard se hubieran asomado desde el otro lado del umbral de esta sala para echar un vistazo al interior. ¿Alguno de ellos se habría obsesionado como ella con la historia detrás del joven en el cuadro? ¿Por el hombre a quien esta biblioteca debía su nombre?

Violet no lo creía. Sentía como si la hubieran atrapado con una cuerda mágica, y alguien que sabía exactamente lo que ella necesitaba la había usado para guiarla al interior.

Cerró los ojos un momento y dejó que la calma la inundara. Madeline le había comentado que, cuando Harry estaba vivo, su estudio en Filadelfia no solo tenía el escritorio y la silla que Eleanor Elkins había donado, sino también un sofá-cama donde podía acostarse y leer siempre que lo deseara. «Qué maravilla poder tener una habitación en tu propia casa donde acurrucarse todo el día a leer», pensó Violet.

En su casa, su recámara siempre había estado abarrotada de libros. Nunca pudo deshacerse de un solo libro de bolsillo, ni siquiera de aquellos cuyas portadas estaban rotas ni de los que tenían las páginas onduladas por haber caído en la tina mientras los leía. Su madre se había dado por vencida y ya no le decía que necesitaba deshacerse por

lo menos de algunos, que cualquiera que entrara a su cuarto pensaría que era una acumuladora. Solo la abuela Helen parecía comprender la importancia de tener tus libros a tu alrededor. Era como estar rodeada de amigos.

Al salir de la sala conmemorativa, Violet casi choca con Madeline. Ninguna de las dos iba viendo por dónde caminaba.

—Ah, qué bueno que nos topamos —bromeó Madeline—. ¿Cómo vas? ¿Estás disfrutando tu trabajo como asistente?

—¡Sí, mucho! —respondió—. Aunque todavía no ha habido solicitudes de la Colección Widener. En general me piden libros de la biblioteca Pusey o de la Lamont.

—Bueno, sabes dónde encontrarme si necesitas algo.

Madeline levantó la mirada sobre el armazón de sus lentes para mirar la sala conmemorativa y sonrió al ver las flores frescas de esa mañana.

—Me gustan las flores que elegiste, Violet.

—Ya empiezo a entenderme con Lottie. Tengo que darle a ella todo el crédito.

—Aun así, buen trabajo. Conseguiste congraciarte con el círculo más íntimo de los cuidadores de Harry.

—No puedo creer que el padre de Lottie viviera en esa época y se haya encargado de las flores cuando la señora Widener las solicitó por primera vez.

—Bueno, Lottie ya tiene casi ochenta años. Y su padre vivió hasta pasados los noventa. Debe de ser bueno para la salud pasar los días entre flores.

Violet sonrió. Le encantaría poder pasar todo el día en la sala conmemorativa con su ramo semanal, sacando libros de los estantes de roble labrado y viendo de vez en cuando la mirada tranquila en el retrato de Harry.

—Bueno, a finales de semana hay que hablar sobre esas cartas entre Harry y Rosenbach. Tus transcripciones me han facilitado mucho las cosas. Tengo algunas más para ti, si tienes tiempo.

—Por supuesto —respondió Violet.

—Genial. Y estoy pensando que quizá puedo curar una pequeña exhibición en la rotonda para destacar algunos de los libros a los que Harry hace referencia en ciertas cartas. ¿No sería interesante? —preguntó Madeline.

Violet pensó que Madeline veía cada libro de la colección de Harry como si fuera la pieza de un rompecabezas: cada uno era un portal con el poder para iluminar algo nuevo.

—Sí —dijo Violet—. Me parece que sería maravilloso.

Con cada ejemplar que Madeline sacaba de la biblioteca de Harry, Violet sentía que echaba un vistazo por una cerradura. No podía esperar a ver si desentrañaría algo inesperado.

Capítulo 14

Las horas que Violet trabajaba como auxiliar de biblioteca se le pasaban volando. Ahora que Hugo ya no estaba y que la alegría que le brindaba ya no era parte de su vida diaria, el resto del tiempo que pasaba en la universidad le parecía eterno. No dejaba de mirar su reloj, en un intento por anticipar adónde tenía que ir después. Se la pasaba corriendo a clase o haciendo huecos para terminar su trabajo de oficina; yendo a comer antes de que cerraran el comedor o conviviendo con sus compañeras de departamento para que no sintieran que las ignoraba. La vida le parecía una serie de compromisos.

El único lugar en el que no le sucedía eso era en el trabajo. Cuando estaba en la biblioteca, el tiempo se evaporaba por completo. Con cada libro que solicitaban, sentía que estaba en una misión para encontrarlo y entregarlo de la manera más rápida y eficiente posible. Mientras que en clase se sentía perezosa y cuando estaba en su dormitorio solo quería dormir, en el trabajo se sentía revitalizada. Violet amaba sacar los libros de los estantes y ponerlos con cuidado en un carrito; disfrutaba seguir las rutas por los caminos subterráneos y recorrer las zonas del intrincado sistema de almacenamiento que ninguno de sus amigos siquiera sabía que existía. Se sentía como una emisaria o una paloma mensajera que le proporcionaba algo importante a un alumno o a un académico. Y cuando no estaba transfiriendo libros entre una de las bibliotecas y la sala de lectura de la Houghton, disfrutaba haciendo los pedidos de flores semanales para el escritorio de Harry. Esa tarea en particular la hacía sentir, como dijo Lottie, que estaba realizando su pequeña contribución al cuidado del estudio de Harry.

Ahora, acababa de darse cuenta de que solo le quedaban dos minutos para llegar a su primera clase. Su seminario de Épica Anglosajona era en el Emerson Hall, que por suerte estaba cerca de ahí, en el Yard; sin embargo, sabía que aun así tendría que correr a toda velocidad para llegar a tiempo. De inmediato se echó la mochila al hombro, bajó corriendo la escalera de mármol y cruzó las altas puertas de bronce. La clase era en el tercer piso del Emerson. Cuando llegó al salón no tenía aliento y la bufanda lavanda ya no rodeaba su cuello, sino que caía irregular sobre un costado. Cruzó el umbral sin hacer ruido y encontró un asiento. Como solo había veinte alumnos en la clase, su retardo no pasó inadvertido.

—Qué gusto que hayas venido hoy —dijo el profesor Jenkins con una sonrisa burlona cuando Violet sacó su cuaderno.

Alrededor de la mesa, sus compañeros ya estaban analizando los comentarios que el profesor había anotado en los ensayos del primer periodo, los cuales acababa de devolverles.

Jenkins se inclinó sobre su escritorio, sacó el ensayo de Violet de su carpeta y se lo dio. En la parte superior de la primera página, había garabateado una enorme «C» con marcador negro y subrayado la calificación con dos trazos furiosos.

Violet sintió un hueco en el estómago. Leyó los comentarios al margen. Al parecer, Jenkins se había enojado por casi todo lo que ella había escrito. Era evidente que pensaba que no había comprendido nada en su análisis de *Beowulf*. Cuando terminó de leer todas las notas, Violet pensó que el profesor había sido generoso al ponerle una C. En otro momento menos indulgente le hubiera puesto una F.

—Bien —dijo Jenkins aclarándose la garganta—. Ahora que ya todos tuvieron la oportunidad de ver sus ensayos, empecemos la clase de hoy con algo que todos podemos hacer con cierta pericia: una lectura en voz alta, ¿les parece bien?

»Violet. ¿Podrías empezar? —agregó señalándola—. ¿Qué tal el inicio de la página ciento veintiséis del *Libro de Exeter*? «El

marinero» es un ejemplo perfecto de la elegía anglosajona, si debo decirlo…».

El sonido del crujido de páginas llenó la sala.

La mirada de Violet se fijó en el largo poema. Odiaba leer en voz alta. Nunca había sido buena para hablar en público. Se equivocaba con facilidad porque a menudo se perdía en el texto o se tropezaba con las palabras. Pero su miedo aumentó aún más ahora que tenía que leer frente a todo el grupo.

Como si la mala calificación en su primer ensayo no hubiera sido suficiente, ahora su profesor iba a pensar que no podía hilar dos palabras correctamente.

—¿Algún problema, Violet? —La voz de Jenkins rasgó el aire—. El tiempo no se detiene, te estamos esperando.

—Mmm… sí —tartamudeó—. Perdón.

Bajó la vista hacia la página y trató de concentrarse, respirando profundo antes de empezar.

—«Este cuento es verdadero y mío…» —leyó Violet.

—Un poco más fuerte, por favor, para que podamos escucharte. —La voz de Jenkins retumbó sobre la de ella.

Violet se puso roja de vergüenza. El poema tenía ciento veinticuatro versos: ¿Jenkins la haría leerlo todo? Sentía que despedazaba el poema con cada palabra que pronunciaba. Tuvo dificultades para sentirse segura y encontrar el ritmo natural del poema.

—«Me arrastró de un lado / a otro en pena…».

Sentía que las palabras se torcían en su boca. Con cada verso mutilado, el rostro de Violet se volvía carmesí. Estaba a punto de cerrar el libro de golpe y salir corriendo avergonzada del salón, cuando de repente la asaltó un recuerdo de Hugo. Estaban haciendo la tarea juntos en el Yard. Hugo intentaba encontrar una relación entre dos obras de teatro de Shakespeare para un ensayo que tenía que escribir. En un momento de frustración, aventó el libro, se puso de pie de un salto y empezó a representar a todos los personajes de *Sueño de*

una noche de verano. Su rostro parecía tan feliz al recitar las palabras con pasión, llevándose las manos al pecho con cierto humor. Había empezado como una forma de alivio a través de la risa, pero después se convirtió en un canal para su alegría.

De pronto, Violet sintió una garra en su interior: el anhelo de sentir la misma emoción. El recuerdo de Hugo experimentando tal libertad le ayudó a relajarse y la tranquilizó. Hizo un esfuerzo por sentirse cómoda con el lenguaje, se rindió ante las palabras que se posaban su lengua como si fueran música:

Mientras se precipitaba bajo los acantilados.
Mis pies estaban envueltos
en bandas de hielo, atados con escarcha,
con cadenas congeladas
y las dificultades gemían
alrededor de mi corazón.
El hambre desgarraba…

Su voz vertía el poema en una cadencia marcada y triste. Y si bien las palabras que enunciaba no exudaban la misma alegría que Hugo había encauzado tan solo un año antes en el Yard, habían dejado de ser solo versos en la página: ahora eran un medio que le permitía liberar sus emociones.

Todo el grupo permaneció quieto, cada uno de los alumnos

estaba por completo paralizado en su asiento. Cuando llegó al final, incluso el profesor Jenkins parecía conmovido.

Violet se enjugó los ojos. En el funeral de Hugo quiso recitar una elegía adecuada para él. Estuvo despierta toda la noche mirando la pantalla de su computadora, tratando de redactar un tributo apropiado para quien amó de forma tan profunda. Se negaba a conmemorarlo como el atleta de oro; sus compañeros de equipo podían hablar de eso. Ella quería rendirle tributo a otra parte de él: al novio sensible, romántico y poético que podía crearle una oda a un croissant de chocolate o un haikú a un copo de nieve en un frío día de invierno.

Pero esa mañana, cuando llegó a la iglesia y vio a los padres de Hugo devastados y a la multitud de deudos sentados en las bancas hombro con hombro, se paralizó. Supo que no podría levantar la mirada y ver el rostro de la madre de Hugo, con los ojos enrojecidos de tanto llorar, ni a su padre, conmocionado y estático como una piedra. Cuando el sacerdote la llamó para que hablara, Violet no pudo levantarse de su asiento. Le pasó a Theo la hoja de su discurso y fue él quien encontró el valor de pararse en el púlpito y leerlo frente a la multitud.

Capítulo 15

Harvard no es un lugar para los tímidos o los cobardes. Eso lo aprendí muy pronto en mis primeras semanas ahí. Mis padres temían que, dada mi timidez, entre clases me recluyera en mi habitación o en la biblioteca, y no saliera de mi caparazón.

Pero unos meses antes de mi primer semestre en el campus, una ocasión en la que solo estábamos los tres en el comedor pequeño de Lynnewood Hall, mi madre aprovechó la oportunidad para hablar de mi futuro alojamiento.

—Harry —dijo luego de que todos nos sentamos alrededor de la mesa de caoba, en el salón de paredes rojo oscuro y adornos de latón empotrados que le daban una apariencia hogareña y cavernosa—. ¿Has pensado en dónde vivirás cuando estés en Harvard?

—No, no lo he pensado —admití. Estaba más emocionado por mis futuras clases que por el techo que tendría sobre mi cabeza—. Supongo que en los dormitorios del Yard.

—No, no —me interrumpió levantando una mano para callarme—. Mis amigas me han dicho que son espantosos. No tienen calefacción. ¡Y al parecer las habitaciones son tan pequeñas que apenas hay espacio más que para un escritorio y una cama!

—Eso me bastará —respondí—. Siempre y cuando pueda poner un librero.

—Por lo que he escuchado, querido, no habrá lugar para eso.

—Se las arreglará. El chico no morirá de frío, te lo prometo, Nellie.

—Por supuesto que no —exclamó mamá con una sonrisa—, ¡porque les tengo excelentes noticias!

—¿Qué noticias?

A mi padre le gustaba seguirle el juego a mi madre cuando tenía esa mirada llena de entusiasmo.

—Ayer tomé el té con Emily Havemeyer Potter. Su hijo Edward comenzará su primer año en Harvard este otoño.

—Ah, maravilloso. ¡Harry tendrá un amigo ahí desde el inicio! —dijo mi padre al tiempo que cortaba su filete.

—Es mucho mejor que eso —continuó mi madre—. Emily es amiga de Eleanor Roosevelt y me dijo que Franklin tenía una suite maravillosa en el Westmorly Court. Está muy cerca del campus, puedes llegar caminando. Y me dijo que los chicos pueden quedarse con el contrato de Franklin cuando él se gradúe esta primavera.

—Pues suena muy bien —dijo mi padre, limpiándose la boca con la servilleta—. Un negocio inteligente es un negocio eficiente. ¿Verdad, Harry?

Mi abuelo siempre decía esta frase, característica del hombre que se hizo millonario gracias a su propio esfuerzo, tal como él. No le gustaba perder tiempo y le agradaba sacar el máximo retorno de inversión.

Asegurar un lugar que era lo suficientemente bueno para un Roosevelt, en términos sencillos, constituía un buen negocio.

El departamento que compartía con Edward era considerado el más elegante del campus. El Westmorly Court se ubicaba en una franja de inmuebles conocida como la costa dorada de Harvard. En ese lugar, encontramos todos los lujos imaginables para dos jóvenes de primer año. Aparte de las tuberías modernas y la luz eléctrica, el edificio, con su elegante fachada de ladrillo y sus ventanas palladianas blancas, hacía alarde de una alberca con ornatos de mármol, una sala de billar, una cancha de squash e incluso un solárium en el techo.

Mientras nuestras madres se escribían por anticipado para discutir cuál sería la mejor decoración para nuestras habitaciones antes de que llegáramos (sábanas de Wanamaker's, en Filadelfia; dos tapetes orientales de Hardwick & Magee, y los muebles de las recámaras

fabricados especialmente en Carolina del Sur), yo estaba más preocupado por compartir un espacio con alguien a quien nunca había visto antes.

Edward resultó ser todo lo que yo no era. La primera noche, mientras estábamos sentados en el par de sillas Morris que Franklin Roosevelt había tenido la amabilidad de dejar en el despacho frente a la chimenea, metió la mano en el bolsillo de su chaqueta y sacó su pipa.

—¡Saca la nariz de ese libro, Harry! —insistió—. Tenemos que salir de aquí y divertirnos un poco.

Solo me faltaban veinte páginas del libro que estaba leyendo, pero era claro que Edward no me iba a dejar quedarme y terminarlo.

—Algunos de nosotros estamos pensando en ir al Vendôme, en Somerville. Hay una velada ahí esta noche y habrá algunas damas… —A Edward se le iluminaron los ojos.

Reí. Pensé que bromeaba.

—Es la primera noche que pasamos aquí —dije.

—¡Exacto! —Edward chascó los dedos—. ¡Hay que aprovecharla!

A pesar de ser larguirucho, era sorprendentemente fuerte. Me levantó de la silla y me dio un codazo para que me pusiera mi mejor esmoquin. Al cabo de una hora, teníamos el cabello brillante por la pomada y las mejillas frescas por la colonia.

Esa noche aprendí algo esencial sobre Edward: adoraba a las mujeres. Disfrutaba las pláticas coquetas. Y, mientras que yo era tímido, él, como observé con asombro desde los costados aterciopelados del salón de baile del hotel Vendôme, era tan fluido en su conversación como cuando tomaba champaña.

La mañana siguiente me encontré a Edward cuando salía del baño en bata.

—Hola, Harry —dijo, sonriendo en el abotargamiento de la cruda —. Quizá la próxima vez no deberías aburrir a las damas con todas esas citas y referencias de libros esotéricos. Es un poco pesado, ¿sabes? —Me dio un golpecito en el hombro—. Son de Beacon Hill, no de

Oxford. ¡Prefieren bailar un *cakewalk* que hablar de William Shakespeare!

Capítulo 16

El idioma inglés es hermoso cuando la lengua se rinde a cada sílaba, a cada vocal. Destella con su propia electricidad, posee su propia magia cuando se habla en voz alta.

Esa primera noche con Ada, la emoción auténtica por el lenguaje fue algo que nos hizo conectar incluso más que el amor que compartíamos por los libros.

—¿Cuál es su palabra favorita? —me preguntó Ada esa noche después de la cena.

Estaba de pie en el vestíbulo del hotel. En ese momento, después de nuestra maravillosa conversación durante la cena, me pareció mucho más encantadora que cuando nos conocimos unas horas antes.

—Nunca nadie me había preguntado nada parecido antes —dije, tratando de ganar un poco de tiempo.

Había tantas palabras maravillosas en nuestro idioma, pero cuando vi a Ada, ahí de pie, la palabra *celestial* salió de mi boca sin que lo pensara dos veces.

Al parecer, mi respuesta la entusiasmó.

—Qué palabra tan improbable en boca de un caballero —dijo con una risita—. Francamente, yo también adoro esa palabra.

—Vaya. No se burle de mí ni un segundo más —me quejé—. Si este es un juego, debe decirme la suya.

Reflexionó un momento, y pude sentir que su mente se movía con rapidez entre más de una palabra.

—Fosforescencia —declaró al fin en tono decidido—. Me gusta su musicalidad y amo su significado.

—Excelente decisión.

Sonreí, divertido. No quería dejarla ahí en el vestíbulo. Quería seguir con los juegos de palabras con ella toda la noche.

—Hay un verso magnífico de Emily Dickinson en el que dice: «… encontrar esa fosforescencia, esa luz interior, que es el genio de la poesía…».

Quise decirle que ahora era ella quien sonreía; que entendía exactamente de qué hablaba Dickinson cuando decía «esa luz interior». Ada Lippoldt era fosforescente. Brillaba como si bajo su piel ardiera una vela.

Volvió a verme. Pero ahora mi mirada viajó de sus ojos al arco de cupido perfecto que se formaba en sus labios.

—Señor Widener —dijo, haciendo que volviera a nuestra conversación. Su voz fue un recordatorio para que recuperara mis buenos modales—. Lamento tener que decirle buenas noches —se disculpó—. Mañana tengo un día muy ajetreado. Voy a reunirme con Belle da Costa Greene.

—Ah, la bibliotecaria personal del señor Morgan —dije—. Por favor, salúdela de mi parte.

—Sí, por supuesto. No es común encontrar a otra mujer en el negocio de los libros. Estoy muy emocionada de conocerla.

—Puedo imaginarlo —respondí.

No mencioné cómo Morgan había pujado más alto que mi abuelo en varias subastas; eso lo guardé para mí. Aun así, había sido generoso al respaldar mi membresía al Club Grolier, la sociedad de bibliófilos más antigua de Nueva York.

—Pero lo veré de nuevo en unas semanas, cuando vaya a Londres.

Aunque era poco habitual en mí, decidí hacer algo audaz.

—¿Habría alguna posibilidad de convencerla de que vaya conmigo al Delmonico's mañana por la noche? Es una lástima haber tenido que cancelar lo que tenía planeado debido a la nieve y mi tren.

Sus ojos se desviaron hacia la ventana, al exterior. La nieve había disminuido y ahora solo caían algunos copos desde el cielo oscuro hasta la banqueta, derritiéndose al aterrizar.

—Temo que tengo planeada otra cita.

—Por supuesto. Su agenda debe estar muy apretada.

Parecía que seguía considerando la invitación.

—Bueno, quizá podría mover algunas cosas en la mañana. Nunca antes había ido al Delmonico's y su invitación es muy tentadora.

Me puse el sombrero y sonreí.

—Señor Widener, su confianza en que podré organizar todo para abrirle un espacio es envidiable —dijo.

—Bueno, soy un bibliófilo —le recordé—. Y que venga a cenar conmigo, señorita Lippoldt, es el único final satisfactorio que puedo imaginar.

Esperé a Ada en la mesa de la esquina al fondo del Delmonico's. Llegó vestida con un abrigo de terciopelo color ciruela y con un vestido de seda color crema que se deslizaba sobre su delicada silueta. No llevaba joyas en el cuello ni tampoco aretes en las orejas. Mientras otras damas en la sala lucían adornos con cuentas y plumas de avestruz, Ada irradiaba en su elegante simplicidad y rezumaba una confianza interior que la distinguía de las otras mujeres que estaban envueltas en perlas.

El *maître* la acompañó hasta mi mesa y jaló la silla para que se sentara.

—Espero no haberlo hecho esperar —se disculpó—. No hubo ni una pausa en el trabajo de hoy, pero negocié la compra de algo muy importante que adquirimos en la venta Huth el pasado noviembre —explicó con una gran sonrisa—. El señor Quaritch va a estar muy contento.

—Bueno, pues ahora ya me tiene intrigado —dije, haciendo a un lado el menú—. ¡Provocarme de esa manera es una tortura! Deme todos los detalles —agregué en tono juguetón.

—Sería prematuro —exclamó riendo. Sus ojos brillaban como dos monedas de bronce resplandecientes a la luz de las velas—. Pero esperemos que pronto.

—Aun así, ¡debemos pedir champaña para brindar por usted!

—No es necesaria tanta extravagancia.

A pesar de sus protestas, pude percibir que estaba encantada con la idea.

Le hice una seña al mesero y pedí una botella.

—Si no puede decirme de qué libro se trata ni quién lo compró —bromeé mientras servían nuestras copas—, ¿al menos puede citarme alguna de las líneas de sus páginas?

—¡Ah! ¡Otro juego! —dijo y luego soltó una risita.

—Por supuesto —respondí, feliz por cómo nos estábamos divirtiendo.

—«Algunos libros tienen que degustarse» —dijo—. «Otros se deben tragar y unos cuantos masticar y digerir».

Sus ojos estaban rebosantes de maldad mientras esperaba para ver si conocía la respuesta.

Levanté mi copa y me embebí de su imagen como si fuera el sorbo de un sediento.

—Entonces, hagamos un pequeño brindis por sir Francis Bacon —anuncié.

—Por Bacon —repitió, levantando su copa de champaña.

Chocamos nuestras copas y nos miramos a los ojos mientras las burbujas se estremecían entre nosotros.

—Ada —dije su nombre al tiempo que dejaba mi copa.

—¿Sí?

No tenía la intención de preguntarle nada. Solo quería decir su nombre, que cayera de mis labios. Sonaba a música. Hermoso. Esa era la magia de decir en voz alta algo que amas.

Capítulo 17

Ada se fue a Londres al día siguiente. Yo me quedé más tiempo en Manhattan para asegurarme de despedirla como correspondía.

En el muelle de Chelsea, el clima era helado.

Iba vestida con un traje de lana azul marino, un sombrero de ala ancha y una capa corta color amatista sobre los hombros. Nos despedimos cerca de la rampa de embarque de segunda clase.

—La veré en unas semanas en Londres —dije—. Espero con ansias ver qué libros tiene para mí.

—Será un placer —respondió.

Lo que no nos dijimos, porque hubiera ido en contra de todas las normas sociales de la época eduardiana, era que ambos sentíamos que había un hilo invisible que nos conectaba al otro.

Dejé que lo tácito nos rodeara hasta que sonó la sirena del buque de vapor.

En mi imaginación, me vi inclinándome hacia ella para besarla. En su lugar, solo sonreí y, en señal de cortesía, toqué el ala de mi sombrero cuando se dispuso a abordar.

—Nos vemos en marzo —dije con firmeza, aunque en lo único en lo que podía pensar era que deseaba que no se fuera.

Volteó una última vez cuando subió a la rampa y pronunció las palabras que me hicieron la persona más feliz del mundo.

—Señor Widener, ¡no olvide escribirme!

Esa noche, en nuestro vagón Pullman mientras iba de regreso a Filadelfia, le escribí a Ada de inmediato. Su viaje en barco a Inglaterra le llevaría aproximadamente siete días. Mi carta tardaría el mismo tiempo. Estaba decidido a que cuando ella llegara mi carta estuviera esperándola.

12 de febrero de 1912
Lynnewood Hall
Elkins Park, Filadelfia

Estimada señorita Lippoldt:
Espero que, para cuando reciba esta carta, haya regresado con bien a Londres y que esté cálida y cómoda en su oficina en la librería de Quaritch. Fue un privilegio pasar tiempo con usted en Nueva York y siempre le estaré agradecido por haberme dado una segunda oportunidad para llevarla a cenar después de que la nieve retrasara mi tren.

Sin permitirme ser demasiado atrevido, siento que debo decirle cuánto disfruté conocer a alguien que ama los libros tanto como yo, ¡y que es tan vivaz!

Dickinson debió estar viendo el futuro cuando utilizó la palabra fosforescencia, ya que, en mi opinión, no hay nadie que encarne esa palabra con tal plenitud como usted.

Por otro lado, he estado pensando en el libro de Bacon que mencionó cuando cenamos juntos la última vez. Había dos ediciones disponibles en la venta Huth y, por desgracia, no pujé por ninguna. ¿El señor Quaritch pujó por ambos? De ser así, ¿la edición en miniatura sigue disponible? Despertó mi interés y no puedo evitar pensar que la edición de bolsillo rara podría ser otra buena añadidura a mi biblioteca, si no fue esa la que ya adquirió otro coleccionista.

Infórmeme tan pronto como pueda. Debo confesar, en aras de las palabras de Bacon, que mi apetito para adquirirlo ha crecido desde que nos separamos.

Mis más cordiales saludos,
Harry E. Widener

Dos semanas después, su carta llegó a Lynnewood Hall:

20 de febrero de 1912
Quaritch Ltd.

Leicester Square, Londres

Estimado señor Widener:
Su encantadora carta estaba esperándome a mi regreso de Estados Unidos. Tengo que expresarle mi más sincera gratitud por la hospitalidad y la calidez que me brindó durante mi viaje a Nueva York. No dejo de sonreír cuando pienso en usted en medio del comedor Martha Washington: el único caballero en un mar de mujeres. Fue bastante valiente al aceptar mi invitación, y ese será siempre uno de mis recuerdos favoritos, ¡junto con el Alaska al horno del Delmonico's!

Me alegra decir que le tengo buenas noticias. Como bien anticipó, el señor Quaritch tuvo éxito en la puja de ambos ejemplares de Francis Bacon en la venta Huth. Uno de nuestros clientes compró la edición extendida, dedicada al cuñado de Bacon, sir John Constable Knight. Es una edición rara y hermosa con un origen especial, pero con toda alegría puedo decirle que el segundo libro está disponible. Otra edición excepcional de su Ensayos, impresa en 1598 y a la que los coleccionistas se refieren como el Pequeño Bacon porque es casi del tamaño de la mano de un caballero. Debo decirle que lo he visto y que desafía esa descripción, y sé que sería perfecto para su colección.

Si hay algo que le interese, por favor hágamelo saber y me aseguraré de que permanezca aquí para que pueda verlo cuando llegue a Londres el próximo mes. Ya aparté para usted el Cruickshank y el Dickens de los que hablamos en la cena. Su curiosidad e intelecto fueron un verdadero obsequio durante mi viaje, y solo espero poder encontrar una forma de corresponderle cuando venga a Londres.

No creo ser fosforescente, pero sus palabras, si bien demasiado generosas, son muy apreciadas.

Con cariño,
Ada Lippoldt

Debí de leer su carta una docena de veces. ¿Fue ridículo que además me haya acercado el elegante papel azul claro a la nariz para saber si lo había impregnado con su fragancia?

Metí su carta al cajón de mi escritorio, saqué una hoja y le respondí de inmediato. No tenía ninguna duda de que debía poseer el Pequeño Bacon, pero también quería que la dinámica entre nosotros

siguiera avanzando. Mi abuelo me dijo alguna vez que había escuchado decir al señor Morgan que «un hombre siempre tiene dos razones para hacer algo: una buena razón y la razón real».

La buena razón era que quería ese libro. La razón real era que deseaba tener una excusa para escribirle a Ada.

Estimada señorita Lippoldt:
Estoy feliz de escuchar que el señor Quaritch tiene el Pequeño Bacon en su poder y le agradezco mucho que lo aparte para mí hasta mi llegada.

Ahora que mi viaje a Londres está cada vez más cerca, ya empecé los preparativos. Por favor, avíseme si puede darse un momento en su agenda para que la invite a cenar. Veré a Bernard Alfred en su club para cenar el jueves, pero la noche siguiente, así como la mayor parte del fin de semana estaré libre.

Con cariño y admiración,
Harry Elkins Widener

Su respuesta fue precisamente lo que quería escuchar:

Estimado señor Widener:
Su última carta fue un rayo de sol en esta tarde lluviosa. Para mí será un placer cenar con usted cuando esté en Londres. Ese jueves de su llegada, estaré en la librería cuando se reúna con Bernard Alfred (está muy emocionado de mostrarle el Pequeño Bacon y los otros libros que lo están esperando). Quizá podríamos cenar el sábado, que no estoy ocupada en la tienda. Me emociona mucho pensar que tendrá el Pequeño Bacon en sus manos.

Con afecto y agradecimiento,
Ada Lippoldt

Sus cartas siguieron llegando cada tantos días, y yo las respondía de inmediato. Nuestra correspondencia alcanzó tal profundidad que una tarde escribí:

Mi muy querida Ada…

Su última carta, que había llegado solo unos días antes de que mis padres y yo abordáramos el barco de vapor *Mauretania* para Southampton, había empezado con: «Mi muy querido Harry».

La puse con las otras, guardadas en una caja laqueada lejos de miradas curiosas, en el cajón inferior de mi armario.

Apenas podía respirar.

Capítulo 18

Violet guardaba todos los recuerdos de su tiempo con Hugo en una vieja caja de zapatos. Los boletos de la primera película que vieron juntos. El llavero con el remo de canoa que ella había sacado del cajón donde él tenía cosas basura. El bloc de notas tamaño carta que tenía el hermoso retrato de John Singer Sargent en la portada y que él le había comprado en la tienda del museo de Bellas Artes, el MFA.

Sin embargo, su mayor tesoro eran las postales que él le había escrito durante las vacaciones de invierno de su segundo año de universidad. Sus padres lo llevaron a Londres para Navidad y él le escribió una casi cada día. Violet se acordó de ellas cuando Madeline mencionó que tenía más cartas de Harry a Rosenbach para que las transcribiera, las que redactó justo antes de irse a Inglaterra.

La caja estaba en el estante superior de su clóset, junto a sus tenis y botas. Extendió el brazo y la bajó, luego la puso sobre la cama. No había vuelto a ver esas postales desde la muerte de Hugo. Cuando abrió la tapa, una capa de pétalos de rosa secos le dio la bienvenida. Flores frágiles, disecadas: un recuerdo del último día de San Valentín que pasaron juntos. En su dolor, ya casi había olvidado esa velada. El ramo de rosas rojas que él le envió a su dormitorio. La fiesta en el club Owl, con todos los miembros en esmoquin; ella tuvo que pedirle prestado a Jenny un vestido negro de terciopelo. Había sentido como si jugara a disfrazarse con la ropa de su compañera de departamento.

Probablemente era la única chica en la fiesta que llevaba joyería de fantasía y aretes de presión, porque siempre le dio mucho miedo perforarse las orejas; no obstante, aun así, Hugo la llevaba del brazo, orgulloso. A pesar de que estando en Harvard constantemente experimentaba el síndrome del impostor, Hugo siempre la hizo sentir que su lugar estaba con él. Desde que tomaron juntos la clase de

Historia del Arte, a menudo citaban una broma íntima, decían que ella era idéntica a Elizabeth Siddal, la musa pelirroja de muchos pintores prerrafaelitas, una mujer que a pesar de sus raíces obreras, había llegado a ser una artista por derecho propio.

—Eres su doble moderno —le dijo Hugo mientras estudiaban juntos para los exámenes parciales, tratando de memorizar los cientos de pinturas que podrían preguntarles en el examen—. No solo es el cabello pelirrojo, también tus ojos y tu boca.

Ella se rio y le dijo que estaba loco, pero en el fondo advirtió otra cosa que compartían. Como Elizabeth Siddal, había sido lanzada en un círculo en el que sus raíces humildes eran un anatema.

Esa noche en el Owl, Hugo apretó su mano con fuerza y se abrió paso en la sala llena de canoístas y jugadores de rugby que eran más grandes que ellos.

No parecía impresionado por las paredes atiborradas de retratos de miembros anteriores que se habían distinguido en sus carreras, embajadores y senadores entre ellos, aunque sí se emocionó al ver a todos los canoístas de distintos años vestidos con el uniforme de su equipo. Violet recordó que sus compañeras de departamento se pusieron muy felices de que hubiera podido conseguirles una invitación, y habían pasado toda la noche jugando juegos de bebidas frente a la chimenea. Jenny casi terminó desmayada.

Mientras que desde hacía mucho tiempo las rosas que recibió esa noche se habían marchitado y sus bordes se habían vuelto quebradizos, las postales estaban en perfectas condiciones, como si las hubiera recibido una semana antes. En algunas de ellas se veían el Támesis o el Big Ben. Otra que envió unos días después era de un centinela montando guardia en el palacio de Buckingham. Pero su favorita siempre fue la del exótico interior de azulejo en la Leighton House, la antigua residencia y estudio de sir Edward Leighton, quien también retrató a Siddal. En un lado de la tarjeta escribió: «Ojalá estuvieras aquí. ¡Vi dos pinturas que me recordaron a ti!».

Y en el otro lado, había escrito su dirección:

Violet Hutchins

3013 Avenida Frankford
Filadelfia, PA
19121
Estados Unidos

Miró la caligrafía de Hugo. Lo imaginó sentado frente al escritorio en su cuarto de hotel. Aunque estaba en una nueva ciudad y de vacaciones con sus padres, había pensado en ella. Sacó otra carta de ese viaje. Esta estaba escrita en una hoja membretada del hotel:

Vi:
Hoy te extraño muchísimo. Mamá y papá pasaron el día en la Sociedad Nacional del Retrato y tuve la suerte de poder ir a Reading para conocer uno de los clubes náuticos, aunque llovía mucho como para salir a remar. Espero poder regresar en junio para la regata de Henley. En sus tiempos, la canoa de mi papá ganó el segundo lugar en esa regata, así que ha estado recordando mucho sus días como canoísta en Harvard. Espero que estés disfrutando tus vacaciones con tus padres. ¡Hay tantas librerías viejas por aquí! Tenemos que regresar juntos algún día, solo tú y yo.

Te extraño.
Con amor,
H

La librería de Harvard estaba solo a unos cuantos pasos de la Widener. Si rodeabas la parte posterior de la biblioteca, pasabas por la entrada trasera y cruzabas la pequeña reja en forma de arco que llevaba a la animada avenida Massachusetts, llegabas en unos cuantos minutos.

Violet había entrado varias veces durante sus primeras semanas en Harvard. Amaba pasearse entre las mesas de libros nuevos y perderse entre los estantes de ficción al fondo de la tienda. Le recordaba la librería en la calle South, en su pueblo natal, en donde tocaban música *indie* y el personal vestía camisetas y lentes con armazón de carey. Pero fue Hugo quien le enseñó por primera vez el sótano, a menudo ignorado, en el que había estantes llenos de libros de segunda mano y títulos en liquidación.

Un día soleado de septiembre, compraron un café y croissants de chocolate en Au Bon Pain, en el Square, y se pasearon por la calle hacia la tienda. Violet se había sentido fascinada por su naturaleza romántica, la forma amorosa con la que la guiaba de la mano por esas escaleras, aunque aún tuviera los dedos impregnados con la mantequilla del croissant.

—Tienen una excelente sección de poesía —dijo sonriendo mientras la conducía al rincón al otro extremo.

Ella sintió como si estuviera en su propia película. Un chico apuesto, de más de un metro ochenta de estatura, con brazos fuertes y un sonrisa Colgate, le mostraba un lugar escondido en el que los libros y las palabras se mezclaban con las feromonas que desbordaban de la piel de ambos.

Hugo sacó un ejemplar, un libro que tenía dobladas las esquinas de varias páginas, y lo abrió al azar.

—Veamos qué tenemos aquí —dijo juguetón. Bajó la vista al poema y luego la miró a ella—. ¿Te lo leo?

—Sí —respondió ella con una risita—. Me siento como si abriera una galleta de la fortuna al final de la comida. ¿Qué dice?

—Es de Hafiz, un poeta persa que al parecer vivió en el siglo XIV.

—Continúa —lo instó.

—Bien…

Sacudió su melena castaña para apartarla de su rostro y empezó despacio:

Estoy lleno de amor esta noche
ven a mirarme a los ojos y vámonos.
Navegando, querida mía, en un largo viaje por el océano.
Este mundo no te tocará,
te mantendré cómoda en mi asiento.
Vamos a trazar un mapa
para poner celosa a la luna
con un resplandor saltando de tu mejilla.

—¿Qué te parece? —preguntó con una gran sonrisa.

Violet no podía creer que estuviera saliendo con un atleta apuesto que no se avergonzaba de leer poesía. Y era más increíble aún que en realidad parecía disfrutarlo y sentirse conmovido por el poema.

No tuvo tiempo de responder, pues Hugo ya había devuelto el libro a su estante y la había tomado entre sus brazos para besarla.

Esa noche, cuando caminaban de vuelta a la Casa Lowell, la luna llena brillaba en el cielo oscuro.

Hugo le hizo una seña para que la mirara cuando se pararon frente a la puerta principal de la majestuosa residencia de ladrillo.

—Creo que esta noche pusimos celosa a la luna, Vi.

Ella miró la esfera blanca con sus halos de luz brillante.

—Creo que sí —respondió, entrelazando sus dedos con los de él.

Ahora, en su tercer año, sentada en el piso de su cuarto, esos recuerdos de Hugo parecían coexistir en su memoria entre algo del pasado y algo siempre presente. Encontró otra tarjeta postal de su viaje a Londres. Una fotografía del Portobello Road, con sus fachadas color pastel: rosa, azul pálido y amarillo limón. Los rayos del sol golpeaban las ventanas y los balcones de hierro, y de una de las fachadas exteriores colgaba una tetera rojo brillante.

Al reverso, Hugo solo había escrito: «Te extraño. Nos vemos en diez días. Te amo, H».

Volvió unos días antes del regreso a clases y ella fue a visitarlo a la casa de su familia en Connecticut. Ese fue el día en que le regaló la

bufanda color lavanda y también una caja de chocolates Cadbury que le había comprado en Inglaterra. Todo estaba comprimido en su mente, como una foto que estaba siempre grabada en su cerebro.

Empezaba a devolver los recuerdos a la caja de zapatos cuando Jenny tocó a su puerta.

—Hola —saludó asomando la cabeza al interior—. Theo nos invitó a todas a una fiesta en el Owl esta noche. ¿Quieres venir?

Violet regresó de inmediato a la realidad al ver a Jenny vestida con su uniforme de futbol y su cabello rubio atado en una cola de caballo.

Jenny debió percibir la reticencia de Violet.

—Sabes que si no participas más en este tipo de cosas, la gente seguirá adelante. Invitarán a otras chicas que saben que lo apreciarán más.

—Lamento que mi novio haya muerto y que ahora yo sea tan deprimente, Jen.

—Sabes que no quería decir eso.

—No exactamente —respondió Violet mientras se ponía de pie y regresaba la caja a su estante. Luego cerró la puerta del clóset.

—Mira —agregó—, no creo que las invitaciones a las fiestas se acaben solo porque no voy. Ya no estoy saliendo con un canoísta. Es probable que ni siquiera le cayera bien a esos tipos para empezar. Yo no tengo una casa de verano en Nantucket y no los conocí en los internados, como tú.

Jenny puso los ojos en blanco.

—Todas esas tonterías de que no perteneces aquí ya empiezan a aburrir, Vi. Nadie te trataba diferente cuando Hugo estaba vivo, y no van a hacerlo ahora que ya no está. Aquí no hay jerarquías invisibles. Es solo una fiesta normal en el Owl, no un maldito baile de gala.

—No lo entenderías —dijo Violet sacudiendo la cabeza—. Cuando encajas en algún lugar, no es difícil estar ahí.

—Todo esto está solo en tu cabeza. Lo sabes, ¿verdad? Solo ven esta noche. A Hugo no le hubiera gustado que te encerraras en tu cuarto todos los fines de semana para leer postales viejas. Hubiera querido que vivieras tu vida.

Entonces Hugo pasó por su mente. Se quitaba la camiseta Henley y dejaba al descubierto su pecho desnudo en la luz enceguecedora. Ella estaba recostada en una cobija azul y blanca, con un bikini en la parte superior y shorts; sus piernas estaban bronceadas por los primeros días del verano. El pasto verde cerca del desfiladero estaba lleno de tréboles. Había pasado la última hora buscando uno de cuatro hojas para regalárselo como símbolo de buena suerte.

Al final encontró uno y estaba a punto de dárselo cuando él empezó a correr hacia el agua. Sostuvo el trébol de la suerte en la mano, con cuidado de no romper sus hojas verdes. Recordaba el momento exacto en el que empezó a correr.

El sol caía sobre sus hombros desnudos, la brisa había dejado de soplar y los sándwiches de ensalada de pollo que habían preparado yacían, a medio comer, sobre unas servilletas a cuadros. Estaba muy contenta consigo misma por haber insistido en salir de casa de sus padres esa tarde para pasar un tiempo solos. Kent, Connecticut, estaba lleno de lugares escondidos que deseaba explorar. Lo único que quería era tener una tarde sin pláticas banales, sin la presión de almorzar con Chip y Ginny ni de tener que demostrar que ella era digna de su único hijo. Esa mañana, tuvo que sacarlo a la fuerza de la silla de la terraza. Tenía un tazón de cereal en el regazo; en la leche flotaban arándanos frescos.

—Vayámonos unas horas, solo tú y yo —le dijo tratando de sacarlo de la silla.

Hugo puso el tazón de cereal en la mesa de mimbre a su lado y sonrió.

—Entonces, ¿vamos a nadar desnudos? —propuso.

Ella rio y le prometió que lo pensaría si encontraban un lugar apartado. Llenaron una canasta de mimbre, tomaron una botella de la cava de vinos de su padre y salieron hacia un lugar que Hugo prometió que la dejaría sin aliento.

Cuántas veces había repasado en su cabeza esos momentos después de que acabaron de almorzar. El frágil trébol de cuatro hojas anidado en su mano derecha. Intentaba tratarlo con cuidado, era tan ligero como el papel, temía que el viento se lo llevara.

—¡Vamos! —exclamó Hugo, haciéndole señas para que fuera con él al tiempo que ya corría sobre la tierra cubierta de musgo—. Ya tengo suerte, Vi. ¡Te tengo a ti!

Con cuidado, dejó el trébol sobre la servilleta y colocó una copa de plástico sobre él. Hugo tenía razón: ya tenían toda la suerte que necesitaban.

—¡Vi! —volvió a llamarla.

Él corría en zigzag, volteando cada ciertos pasos y lanzando su enorme sonrisa infantil en su dirección.

Su risa se propagaba en el aire.

Ella trataba de alcanzarlo. Sus pies descalzos trotaban sobre el musgo.

Violet nunca había sido buena para correr. Perdía el aliento con facilidad. Sus piernas eran mucho más cortas que las de Hugo, y él ya estaba varios metros más adelante.

Al borde del agua, cuando ella ya casi lo alcanzaba, levantó la mano para apartarse el cabello que tenía sobre el rostro.

Él juntó rápidamente las palmas, preparándose para echarse un clavado. En ese momento preciso se veía eufórico, lleno de vida de todas las maneras posibles.

Dio un salto: los músculos gemelos se tensaron, los de la espalda se extendieron al echarse hacia adelante, en una posición perfecta como una flecha. Despegó de manera tan elegante y fácil como lo hubiera hecho un dios griego.

Su cuerpo golpeó la superficie del agua, que salpicó en el aire como fuegos artificiales.

Violet, ya al borde del malecón, miró hacia abajo, inhalando el aire salado, esperando que Hugo emergiera.

El agua volvió a quedar completamente inmóvil durante varios minutos más. Fue entonces cuando ella empezó a gritar.

Capítulo 19

—Lamentamos lo de Hugo.

Uno tras otro, cada miembro del equipo le expresaba sus condolencias en el Owl. Violet había anticipado que eso pasaría cuando Jenny y Sylvia la convencieron de salir con ellas, pero nada de eso disminuyó la sensación de incomodidad o el dolor.

—Lo queríamos como a un hermano —le confió uno de ellos.

—Era el mejor del mundo —dijo otro.

Para cuando abrieron el segundo barril de cerveza, Violet ya había perdido la cuenta de cuántos chicos habían levantado su vaso de plástico rojo para brindar por su novio muerto. Quería irse.

—No empieces —dijo Jenny cuando Violet le informó que se regresaba al dormitorio—. Apenas empieza la diversión.

A Violet nada le había parecido divertido esa noche. Desde el momento en el que entró en la casa gregoriana, con su pompa, su atmósfera ceremonial y sus detalles patricios, los recuerdos que tenía de haber estado ahí con Hugo ahogaron todo lo demás en su mente.

—Yo me regreso contigo —le ofreció Sylvia—. Entiendo. Esto debe ser superduro.

Violet subió para buscar los abrigos de ambas.

—Hola —exclamó Theo, que estaba parado en el rellano superior —. Esperaba que vinieras.

—Sí, la verdad no creía poder hacerlo todavía, pero Jenny insistió tildándome de aguafiestas.

—Eres todo menos eso, Vi.

—No estoy tan segura. Al que se le daba lograr que todos se la pasaran bien era a Hugo, no a mí —explicó con una leve sonrisa.

—Bueno, ese no es tu trabajo. —Advirtió que las manos de la chica estaban vacías—. ¿Quieres que te traiga algo de tomar?

Sabía que Theo solo trataba de ser amable, pero lo único que quería era volver a su cuarto y meterse a la cama.

—Siento que solo tengo ganas de dormirme temprano. Ha sido una semana muy larga.

—Te entiendo. —Theo la acompañó hasta el guardarropa—. Aquí estoy si alguna vez quieres hablar. Yo también lo extraño. Era como un hermano para mí y no puedo creer que ya no esté.

—Gracias —respondió hurgando en un montón de abrigos hasta que encontró el suyo y el de Sylvia.

—Es difícil hablar de eso. Lo sabes. Yo estaba ahí cuando sucedió y no dejo de repasarlo en mi cabeza una y otra vez.

—Me imagino, Vi. Es horrible.

—Ajá. Lo es. —Se puso el abrigo y sostuvo el de Sylvia en el brazo —. En verdad agradezco tu interés. En serio. Pero estoy haciendo un gran esfuerzo por no perder la cordura. Y si hablo de eso, voy a empezar a berrear frente a ti y quiero ahorrártelo, de verdad.

—Entiendo, pero al menos déjame acompañarlas a ti y a Syl al dormitorio. Es tarde, y es lo que un caballero haría. —Hizo una pausa —. Es lo que Hugo hubiera hecho.

Violet sonrió.

—Gracias.

Los tres salieron de la fiesta y Violet sintió que el peso de la ausencia de Hugo cambiaba en su interior. Odió cada minuto que pasó en el Owl. Aún extrañaba en demasía a su novio y deseaba poder tomar una píldora mágica para borrar ese recuerdo inamovible que tenía de él justo antes de que saltara por el desfiladero.

Pero tenía que empezar a abrir los ojos y apreciar a ese pequeño grupo de gente a su alrededor que quería ayudarla a mantener vivo su espíritu.

Theo esperó hasta que estuvieron frente a la puerta de la Casa Lowell.

—Gracias —dijo Violet.

—Nos vemos, chicas —se despidió agitando la mano antes de regresar a la fiesta.

Violet abrió la puerta y la sostuvo para que Sylvia pasara. Luego le echó una última mirada al cielo oscuro de la noche. Era difícil no advertir lo blanca que estaba la luna esa noche. Algo en su interior se ablandó al verla. Quizá Hugo sí estaba ahí con ella. Le gustaba imaginarlo como un rayo de luz que caía sobre ella para protegerla y hacerla sentir menos sola.

—Nadie cree en fantasmas o espíritus hasta que pierden a un ser querido —había dicho Madeline alguna vez, refiriéndose a la manera en la que Eleanor Widener disfrutaba sentarse, con toda la intención, en la sala conmemorativa y sentir la presencia de Harry—. Anhelamos lo sobrenatural cuando sucede lo incomprensible.

Violet no hubiera comprendido ese anhelo un año antes, pero ahora lo entendía demasiado bien. Ese deseo de sentirnos conectados con quienes amamos, incluso en la muerte, era extraordinariamente poderoso. Madeline lo dijo mejor cuando describió la misión de Eleanor de crear la biblioteca de Harry: la esperanza era el antídoto de la desesperanza.

Capítulo 20

Lynnewood Hall era un remolino de actividad conforme se acercaba nuestro viaje a Europa. Mi madre tenía dos doncellas adicionales para ayudarle a Amalie a empacar sus baúles. Llevaban un vestido tras otro para su inspección, luego lo envolvían en papel especial para evitar que se arrugara. También mostraban las joyas para su aprobación. Escuché que mi madre le dijo a mi padre que se llevaría su valioso collar de perlas naturales, que estaba asegurado por más de doscientos mil dólares.

Él no se opuso a que mi madre lo llevara. Se sentía tan orgulloso como ella de sus hermosas alhajas. Ella las portaba como si fuera una emperatriz. Su valor era incomparable a cualquier joya que la mayoría de sus pares pudiera poseer.

—La compañía de seguros dice que está asegurado solo cuando lo estés usando —la previno mi padre—. Está estipulado que debes llevarlo puesto en todo momento.

—¿Hasta cuándo duermo, George? —preguntó divertida.

—Bueno, en ese momento yo te protegeré de los ladrones. Así que supongo que te lo podrás quitar entonces, querida.

—Qué alivio —respondió con un brillo en los ojos—. Entonces, perlas hasta la hora de dormir.

Sonreí al verlos a ambos emocionados, a su manera, por este viaje. Las semanas precedentes, mi padre pasó casi todas las tardes en su estudio escribiendo telegramas a sus múltiples socios comerciales con instrucciones sobre todos los asuntos que debían atender mientras él estaba en el extranjero. Mi madre se reunió con el decorador que la había estado ayudando con la compra de muebles y tapices para la casa que mis padres estaban construyendo en Newport, Rhode Island. Mi madre ya la había bautizado Miramar, que evocaba literalmente a eso: mirar el mar.

Yo esperaba con tanta emoción el viaje que ya podía saborear y olfatear la sal del océano.

Y cuando no estaba ocupado escribiendo las múltiples listas de los libros que quería comprar, me la pasaba soñando con ver a Ada de nuevo.

Tres días antes de partir, fui una última vez a la calle Walnut para ver a Rosenbach, el Doctor, como le decían de cariño sus amigos y su familia. Aunque su familia era una de las familias judías más antiguas de Filadelfia, establecida en la zona a principios del siglo XIX, sus ancestros eran comerciantes, no académicos. De ahí el evidente orgullo familiar cuando él continuó sus estudios después del bachillerato en la Universidad de Pensilvania para obtener su doctorado.

El trayecto que hacía para llegar a Filadelfia desde nuestra residencia familiar era corto, además de que siempre disfrutaba visitar la tienda de Rosenbach. La exhibición en la vitrina principal de la hermosa casa de ladrillo cambiaba con frecuencia, con base en sus adquisiciones más recientes. Esa última vez que lo visité, estaba dedicada a las obras originales de William Shakespeare. Rosenbach había puesto un letrero enfrente en el que anunciaba que toda la colección estaba a la venta por novecientos ochenta y cinco dólares.

Yo ya poseía un *Folio* completo de Shakespeare y no necesitaba hacer esa compra. Estaba más interesado en saber lo que Rosenbach tenía en la trastienda. Esas ediciones que permanecían fuera de la vista, de las que quizá ni siquiera él estaba seguro de querer desprenderse. ¡Es ahí donde siempre se encuentra el verdadero valor!

Entré a la tienda en la que había estado muchas veces desde que era un estudiante de veinte años en Harvard; la campanilla de la puerta repicó cuando entré.

Rosenbach salió vestido con su traje hecho a la medida, chaleco y corbata. Era robusto, como mi madre acostumbraba describir a las personas que tenían algo de carne sobre los huesos. Su rostro, de mejillas sonrosadas, era casi el de un querubín. Detrás de sus lentes

con armazón metálico sus ojos brillaban con la chispa de un hombre que vivía para la gran caza.

—Harry, querido muchacho, qué maravilla tenerlo de visita. —Parecía sinceramente feliz de verme—. ¡Se ve muy bien!

Le agradecí y colgué mi abrigo y sombrero junto a la puerta.

—Nos vamos en cinco días y, si por mí fuera, ya hubiera abordado el barco. Hay tantos libros que ver allá y tan poco tiempo.

—¡En efecto! —exclamó entusiasta.

Rosenbach me guio por la habitación principal, con sus vitrinas y paredes repletas de volúmenes, hacia su «sala de libros», donde podíamos hablar con mayor privacidad.

Esa habitación se distinguía por su techo de yeso con molduras, sus libreros abarrotados de libros forrados de piel y las obras de maestros neerlandeses en elegantes marcos de oro alineados en las paredes. La erudición y elegancia eran el reflejo perfecto de mi amigo.

—Harry, ¿una copa? —preguntó al tiempo que se colocaba detrás de su escritorio y se servía un generoso trago de brandy.

Había duplicado la superficie de su escritorio al agregar archiveros en cada extremo.

—No, gracias —respondí, aprovechando para echar un vistazo a los libros que había afuera.

—Bueno, tome asiento entonces. Póngase cómodo. Debe estar emocionado de que pronto conocerá a Quaritch.

—Sí, mucho —dije mientras me acomodaba en una silla dorada estilo Luis XVI cuyos reposabrazos estaban esculpidos con la cabeza de un águila calva.

La sala de libros era el lugar en el que Rosenbach presidía las conversaciones.

—¿La señorita Lippoldt le sugirió algunos libros en particular que podrían interesarle?

A la mención del nombre de Ada me desconcerté. Le había comentado a Rosenbach que Quaritch le había pedido a ella que investigara qué era lo que me interesaba ver, pero nunca compartí con él que ya nos habíamos reunido dos veces en Nueva York.

—No mencionó nada más que un ejemplar autografiado de *David Copperfield* —mentí. Sabía que no podía atreverme a mencionarle el Pequeño Bacon, ya que Ada me hizo jurar que no hablaría de su más reciente adquisición.

—Bueno, será maravilloso que vaya y conozca la tienda. Que conozca a Quaritch.

Se recargó en el respaldo de su silla y presionó sus dedos contra su regazo, meditando sus pensamientos.

—Los bibliófilos nos sentimos atraídos entre nosotros como imanes. Y es interesante ver ahora cómo las mujeres entran en escena. ¡Me alegro! —exclamó extendiendo las manos en mi dirección—. Por supuesto, también está la señora de John Rylands en Manchester, Inglaterra. ¡Quién hubiera pensado que una mujer tendría la audacia de comprar toda la biblioteca de lord Althorp Spencer! Y ahora el señor J. P. Morgan tiene la fortuna de contar con una bibliotecaria personal, culta y apasionada, como es Belle da Costa Greene. Así que me produce curiosidad esa misteriosa señorita Lippoldt.

—Regresaré con un informe completo —prometí.

Sonrió.

—Esperaré con ansias.

Tenía algo que pedirle, pero era esencial que lo hiciera parecer lo más informal posible.

—Recientemente tuve una conversación con un amigo que mencionó había perdido un libro que fue suyo de niño. Era muy valioso para él. Me gustaría obsequiárselo, así que quisiera saber si tiene un ejemplar en su colección que pudiera comprar.

—Está dejando de lado lo más importante, Harry. ¿De qué libro se trata?

Reí. Había escrito el título en un pedazo de papel. Se lo di y él me sonrió.

Una sonrisa enorme se dibujó en su rostro.

—Publicado en 1885 por Lockhorn Press. Hermosas ilustraciones. Impresión en pequeño formato. Lo conozco bien.

—Pero ¿tiene uno que yo pueda comprar?

—¿Cree que lo tentaría si no lo tuviera, querido muchacho? —Se puso de pie y presionó las palmas sobre el borde de su escritorio—. Deme un momento —dijo disculpándose.

Había visto a Rosenbach hacer eso miles de veces. Me dejaba ahí sentado mientras él buscaba entre su abundante inventario en uno de los muchos almacenes. Tenía una memoria sorprendente de dónde estaba archivado todo, y yo siempre esperaba ahí sentado, solo, mientras él perdía la noción del tiempo entre su vasta colección para encontrar justo el libro que yo estaba buscando.

Casi treinta minutos después, regresó con el ejemplar.

—¡Aquí está!

Sonaba victorioso. Se acercó a mí y me lo dio.

—Las ilustraciones en verdad son muy hermosas.

Lo abrí despacio, divertido por la manera en la que el texto estaba acompañado de una serie de grabados coloridos de hadas con alas grandes y delicadas. El artista también había dibujado muchos insectos de jardín en el borde de cada hoja. Grillos de color verde brillante, escarabajos negros y mariposas color azafrán adornaban cada página. Era fácil imaginar el deleite que este libro le habría brindado a un niño pequeño.

—Me gustaría comprarlo —le dije—. ¿Cuánto cuesta?

—Tres dólares —respondió—. No creo que vacíe sus cofres.

—Esas son buenas noticias —respondí con un guiño.

Dejando las bromas de lado, sabía que Londres mermaría mis finanzas de manera importante. Si bien iba a Filadelfia algunos días a la semana para aprender más sobre el negocio familiar y sus propiedades, no recibía un sueldo. Vivía de la mesada mensual que recibía de mi fideicomiso.

La expresión de Rosenbach se volvió más seria.

—¿Le gustaría escuchar algunas de mis sugerencias para cuando esté allá? —Hurgó entre unos papeles que estaban sobre su escritorio —. Hice una lista de los libros que sé que Quaritch adquirió recientemente, pero que no ha vendido todavía. Si no me equivoco, quizá haya algunos buenos ejemplares para agregar a su biblioteca.

—Por supuesto. —Me incliné emocionado. Tenía muchas ganas de hablarle sobre el libro de Bacon en miniatura—. Dicen que el *Titanic* no se puede hundir. Así que mi intención es cargarlo con tantos libros como pueda llevar.

Capítulo 21

El sonido de unas campanas despertó a Violet de un sueño profundo. Cada domingo en la tarde, a la una en punto, las campanas repicaban en la torre de Lowell. El monasterio de San Danilov, en Moscú, había donado diecisiete campanas a la Casa Lowell en 1930 como un obsequio de un exalumno distinguido, quien las salvó de que las fundieran durante el régimen de Stalin. Era una de las muchas características que distinguían a Lowell de las otras Casas en Harvard. Con su patio abierto, sus reuniones de té semanales y el elegante Baile anual de invierno, era uno de los lugares más atractivos para vivir en el campus.

Fue su compañera de cuarto del primer año, Sylvia, quien le preguntó a Violet si quería irse con ella y otras dos chicas para compartir un departamento durante el segundo año. Violet jamás había estado en las mismas clases que Lara o Jenny, y apenas había salido con ellas, salvo por alguna u otra fiesta ocasional, antes de que todas aceptaran compartir departamento. Sabía que Lara estaba en pregrado de medicina y que Jenny jugaba en el equipo de futbol soccer, pero eso era todo. Al final, el número de chicas que habitarían el departamento fue suficiente para que les asignaran uno pequeño en Lowell. Y este año, su suite era incluso un poco más grande, con un área común que tenía ventanas con vista al patio interior.

A pesar de que no era muy cercana a sus otras dos compañeras como lo era con Sylvia, Violet estaba contenta de vivir en un dormitorio que tuviera tanta historia. Le encantaba imaginar a las famosas alumnas que había cruzado sus puertas y apreciaba las tradiciones del lugar, en particular los pastelillos que servían en la reunión de té semanal.

Pero ese día, a Violet no le pareció tan encantador el repicar de las campanas de Lowell. Se puso la almohada sobre la cabeza para

amortiguar el ruido. Casi no había bebido la noche anterior en la fiesta del Owl, pero la cabeza le retumbaba.

Cuando las campanadas al fin terminaron, se levantó de la cama y tomó su canasta de aseo personal y su toalla para ir al baño. Tenía los ojos hinchados y sentía como si su boca estuviera llena de algodón. Esperaba que al lavarse los dientes y meterse bajo el agua caliente de la regadera se animaría.

Se puso las sandalias y abrió la puerta hacia la sala común. Lara y Jenny estaban sentadas en el sofá, leyendo.

—Hola —dijo Lara alzando la vista de su libro de química—. Nos preguntábamos a qué hora despertarías.

—Noche larga… —masculló Violet—. Quizá no debí haber dormido hasta tarde. Tengo que entregar un ensayo mañana.

Lara tomó la taza de café que estaba en la mesa.

—Pues, escuché que la fiesta de anoche fue divertida. Lamento habérmela perdido. Las audiciones acabaron hasta bien pasada la medianoche.

Violet sabía que Lara tenía mucho trabajo con la compañía de ópera de la Casa Lowell y conocía bien lo prestigioso que era para ella ser una de las alumnas a cargo de asegurarse que la institución de ópera más antigua en Nueva Inglaterra funcionara sin problemas. La afiliación de la ópera con la Casa era otra tradición que hacía que vivir en Lowell fuera algo especial.

—¿Cómo van los ensayos de la ópera? —Violet no podía recordar qué habían decidido representar—. Recuérdame, ¿este año es Puccini?

—No. ¡Rossini! *La italiana en Argel*. —La emoción de Lara era palpable con solo mencionarlo—. Creo que anoche encontramos a la mezzosoprano perfecta.

—Qué alivio —dijo Jenny con sarcasmo, levantando la mirada de su revista—. ¿Significa que no nos van a correr a todos del comedor a las siete de la noche cuando tengan que ensayar?

—Eso no puedo prometerlo —respondió Lara riendo—. Pero sí significa que quizá nos den buenas críticas en el *Boston Globe*.

—¡Increíble! —Violet intentó parecer emocionada, pero las palabras sonaron planas—. Me voy a bañar —agregó, feliz de tener una excusa para salir de ahí—. Luego nos vemos, chicas.

—No si te quedas todo el tiempo encerrada en tu cuarto —contestó Jenny.

Violet la ignoró. No era un crimen querer estar sola, y sus compañeras no podían sacarla del departamento por esa razón. No tenían más opción que aguantarla, sin importar lo deprimente que pensaran que se había vuelto.

Bañada y con la mente despejada, Violet fue a la Widener a estudiar. Si bien Lowell tenía su propia biblioteca, un lugar hermoso con paneles de roble que hacía eco a la tradición y erudición de la historia de elite del edificio, no quiso arriesgarse a toparse con nadie conocido ahí. La Widener se había convertido en su refugio.

Con la lluvia reciente, la calle Mount Auburn estaba tapizada de hojas mojadas. A unos pasos del patio, frente al puesto de periódicos Out of Town News, vio a dos de los antiguos compañeros de canotaje de Hugo leyendo lo que parecía ser uno de los boletines del equipo. El quiosco, con su marquesina de cobre rotulada con las palabras HARVARD SQUARE claramente impresas en el pequeño arco sobre el portal, era característico de la vida de Cambridge. Los periódicos estaban apilados a ambos lados de la entrada. Las revistas que exaltaban los restaurantes de la ciudad y la vida nocturna se exhibían en las estanterías exteriores.

Durante el tiempo que había estado en Harvard, había entrado miles de veces. Pero una de las ocasiones que más recordaba había estado con Hugo; fue un día en que la lluvia los sorprendió y tuvieron que entrar al quiosco en busca de un refugio temporal. El lugar olía a chicle de menta y papel periódico. Él compró dulces o mentas en la caja, y se besaron al fondo, donde se exhibían las tazas de Harvard y los osos de peluche miniatura con camisetas blanco y carmesí. No

había límite en la variedad de *souvenirs* de la universidad disponibles para los miles de posibles estudiantes que la visitaban año tras año. Violet aún tenía la sudadera que su padre le compró después de su primera visita al campus.

Ese recuerdo ahora parecía increíblemente lejano. Lo sacudió de su cabeza y avanzó hasta el otro extremo de la calle para asegurarse de que los amigos de Hugo no la vieran. La fiesta de la noche anterior la había agotado lo suficiente, y lo único que quería hacer en ese momento era terminar su ensayo para el seminario del profesor Gupta.

Se dirigió a la escalera de mármol y entró a la biblioteca Widener. A esas alturas, ya conocía el edificio como la palma de su mano. La balaustrada de alabastro. Las pinturas de John Singer Sargent que habían sido encargadas para honrar a los hombres que perdieron la vida en la Primera Guerra Mundial añadían otra capa de dolor y duelo al edificio. Violet se preguntó si Eleanor Widener siquiera contempló el hecho de que, si Harry no hubiera fallecido en el *Titanic*, bien hubiera podido perder la vida tan solo cinco años después, cuando Estados Unidos participó en esa guerra devastadora.

Violet se detuvo en la entrada de la sala conmemorativa. Echó un vistazo al interior para ver cómo estaban las flores, recordándose que el siguiente lunes tendría que hacer otro pedido para el miércoles. Luego continuó subiendo hasta el segundo rellano y se encaminó hacia una de las salas de lectura.

Entró a ese espacio silencioso, recargó su mochila en una de las sillas y se sentó. Sacó su cuaderno e inhaló el aire. Desde que empezó a trabajar en la Widener, el olor a papel y tinta se había convertido en una fragancia familiar. Sin embargo, en ese momento, mientras releía su transcripción de las cartas de Harry a Rosenbach, advirtió un vago aroma a tabaco que flotaba en su dirección. Olía a humo de pipa.

Estaba prohibido fumar cualquier tipo de sustancia en todos los edificios de Harvard, por lo que Violet se desconcertó de inmediato. Miró alrededor para ver si alguien más había notado el olor, que cada

vez le parecía más intenso. Pero las otras personas que estaban en la sala parecían absortas en su propio material de lectura.

Estiró el cuello en busca de algo que pudiera explicar ese aroma intenso a hoja de tabaco con matices de vainilla y roble. Pero no veía a nadie que estuviera fumando una pipa. Aun así, el olor la envolvía, aunque fuera incapaz de ubicar su origen.

Capítulo 22

Fumar pipa era una de las pocas actividades que compartía con mi padre. Cuando tenía veinte años, me llevó a su tienda de tabaco favorita en Filadelfia, donde habían elaborado una mezcla exclusiva para él, y me ofreció la oportunidad de crear la mía. El propietario me hizo oler las latas de hojas ahumadas, traídas de lugares tan cercanos como Roanoke y tan lejanos como India, y me permitió elegir las que me parecieron más atractivas.

—Empieza con una mezcla de Virginia para la base —me aconsejó mi padre.

El tabaquero colocó varias hojas amarillas sobre una pequeña balanza para pesarlas.

—¿Y qué hojas le gustaría agregar como condimento, señor Widener? —preguntó mientras sacaba un pañuelo de su delantal para limpiarse la mano.

Mi padre volteó a verme.

—Y bien, Harry, ¿qué te gustaría?

Su anillo de rubí, ese que nunca se quitaba, centelleó bajo la luz.

Me incliné a olfatear las latas que olían a cuero, vainilla, cerezo y roble.

Quería que mi mezcla de tabaco condensara el olor de mi despacho, que me recordara el aroma de la lectura, de una biblioteca. Pero con mi padre me limitada solo a lo esencial.

—Creo que me gustaría algo que oliera a roble —respondí.

El tabaquero asintió y se subió en una escalerilla para bajar una lata de un estante superior. La abrió y yo inhalé, asintiendo en señal de aprobación.

Luego buscó otra lata en un estante inferior.

—Muchos de mis clientes consideran que este es un excelente complemento para el roble. —Abrió la tapa—. Aquí tiene, señor.

Ahuequé mi mano sobre la abertura y respiré el intenso aroma a cuero. Me recordó la silla de piel en la que leía en casa.

—Sí. Perfecto —dije.

—Entonces, tendremos que añadir un matiz más, Harry —me aconsejó mi padre. Me sugirió vainilla.

Esta vez, el tabaquero bajó cuatro latas para que pudiera olerlas.

—Todas estas son diferentes mezclas de vainilla. Bourbon, tahitiana, francesa y africana. Cada una tiene sus propias características —me informó.

Bajé la mirada e inhalé cada una, en busca de su esencia característica.

—La bourbon, por favor —respondí de inmediato, decidido.

—La fragancia de los reyes —dijo mi padre riendo. Su aprobación era evidente.

No fue el origen real de la vainilla bourbon lo que me atrajo, sino la sensación que me produjo. Algo similar a lo que experimentaba cuando me dejaba llevar por un libro. Era como viajar en el tiempo. Evocaba la ensoñación. Provocaba el misterio.

Este sería mi aroma, mi latita de libros y sueños. A partir de ahora, podría sacarla en cualquier momento de mi bolsillo y, en forma de volutas de humo azulado, perfumar el aire.

—Gracias, padre —dije cuando firmó el pagaré.

Hizo un pedido de su mezcla personal para llevarse a casa. Yo conocía muy bien esa fragancia. No sabría decir si estaba consciente de ello cuando la creó, pero la suya también olía a una combinación de tinta y papel, aunque era diferente a la mía: olía a dinero.

Capítulo 23

Violet volvió a inhalar el aroma. El humo había penetrado en sus orificios nasales, era como si planeara sobre ella. Se inclinó hacia una chica que acababa de sentarse frente a ella.

—Perdón, quizá la pregunta te parezca rara, pero ¿no hueles como si alguien estuviera fumando pipa? —dijo Violet en un murmullo.

La chica negó con la cabeza e hizo un gesto como si no entendiera a qué se refería.

Violet volvió a mirar alrededor. Ni una sola persona en la biblioteca estaba distraída por el olor del humo, ni por ninguna otra cosa, si vale mencionarlo.

Cerró su computadora y bajó las escaleras hacia la sala conmemorativa. Al parecer, nadie percibía el olor a humo, pero, para Violet, el aroma se hacía más intenso conforme se acercaba al antiguo despacho de Harry.

Lo primero que Violet advirtió cuando se detuvo afuera de la sala fue que Madeline había cambiado el libro que estaba en exhibición en la rotonda. Bajo el cristal de la vitrina, estaba la primera edición de las *Leyendas de Ingoldsby*, escritas por un clérigo del siglo XVIII de nombre Richard Barham. Apenas la semana anterior Madeline había mencionado que estaba considerando exhibir ese volumen específico de la colección de Harry.

—La primera edición tenía un error del impresor —le contó Madeline—. Dejaron una página en blanco en algunos de los ejemplares, así que, en uno de ellos, el autor usó esa hoja para escribir una dedicatoria a su amigo E. R. Moran. Ven, te lo voy a mostrar.

Salieron de la oficina de Madeline en la Houghton y se dirigieron a la Widener, tomando el túnel y el elevador hasta la sala conmemorativa.

—Nunca dejará de sorprenderme —dijo Madeline con una sonrisa al mirar el retrato de Harry.

Luego marcó el código de la alarma en el panel junto a la puerta.

Violet siguió a Madeline mientras esta deslizaba la escalera para alcanzar el ejemplar que buscaba. Subió los peldaños, abrió la vitrina y sacó el volumen encuadernado en piel.

Bajó despacio los peldaños de la escalera de madera, llevó el libro a una de las mesas y lo abrió en la primera página.

—Mira esto —dijo.

El dedo de Madeline señaló la dedicatoria, escrita en tinta negra opaca, que rezaba:

> *Por un error que solo puedo agradecerme a mí mismo,*
> *de alguna manera esta página quedó en blanco.*
> *Ah, Moran, amigo, te tengo.*
> *Buscarás en vano una falla en alguna página de mi libro.*

—Al leer esto puedes sentir el verdadero afecto que el autor tiene por Moran. Su profunda amistad —comentó.

Violet observó la caligrafía anticuada, la escritura perfecta y precisa que, no obstante, también poseía su propio humor.

—Eso era lo que Harry buscaba para su colección: tener libros que no solo fueran raros y valiosos por su antigüedad o porque fueran primeras ediciones, sino porque tenían una historia especial detrás.

—La huella de otra persona. Alguien que lo hubiera amado igual que él —agregó Violet.

—Precisamente —dijo Madeline—. Veo que empiezas a entender qué era lo que lo motivaba.

Violet asintió. La verdad era que, esos días, su paciencia se agotaba con casi todas las personas que la rodeaban. Sus compañeras de departamento; los amigos de Hugo, pero siempre que aprendía algo nuevo sobre Harry su frustración disminuía.

—Hubiera querido tener la oportunidad de conocerlo.

—Lo sé —reconoció Madeline—. A veces siento que flota por aquí, entre los libros, para asegurarse de que cuido bien de ellos. En algunas ocasiones, se ha caído algún libro del estante mientras yo estaba inmóvil, y siempre era un libro que nunca antes había visto. —Volteó a ver a Violet y le sonrió—. Siempre aprendo algo de ellos, así que siento que es un pequeño recordatorio de su parte de que somos afortunados de estar aquí, rodeados de tanto conocimiento.

Ahora que Violet estaba parada en la rotonda, fuera de la sala conmemorativa, vio que Madeline había puesto la edición de Moran en una de las vitrinas de exhibición, junto con otros objetos de la colección, abierto en la página donde estaba la dedicatoria. Leyó la descripción que Madeline había preparado, en la que explicaba por qué el libro era único.

Al observar la exposición temporal que Madeline había curado, se sintió feliz de poder saber tanto del conocimiento que había tras bambalinas sobre Harry y su biblioteca.

De pie frente al umbral de la sala, justo del otro lado de la cuerda que hacía de barrera, se dio cuenta de que el aroma a tabaco la había seguido hasta ahí. Era innegable. Dejó su mochila en el suelo y alzó el brazo hasta su nariz. ¿Había estado cerca de alguien que estuviera fumando? ¿Había sido ella quien llevó ese olor a la biblioteca?

Pero su ropa solo olía a detergente. Miró alrededor, recorriendo el perímetro de la sala y de la rotonda: no había una sola persona a la vista que hubiera podido traer el olor a tabaco quemado.

Se paró en el centro del umbral, con la mirada fija en el retrato de Harry. Años antes su abuela Helen le había regalado un libro sobre fantasmas, y recordó haber leído que, supuestamente, a veces comunicaban su presencia mediante la manifestación de cierto olor.

Violet tuvo una idea descabellada. ¿Sería posible que el fantasma de Harry tratara de decirle que estaba ahí?

Capítulo 24

El olor a humo fue intencional. Sabía que si Violet detectaba el aroma de algo que se quemaba, aunque solo fuera el olor de tabaco en una pipa, podría llamar su atención. No hay un solo bibliófilo que sea insensible al olor a humo que proviene de una biblioteca. Estaba un paso más cerca de llegar a ella.

Me he vuelto muy hábil desde que soy un fantasma. He aprendido a usar los poderes que puedo extraer del mundo espiritual y aprovecharlos bien. Por ejemplo, estuvo Oliver, quien a sus apenas catorce años empezó a trabajar en mi biblioteca como *mensajero*, subiendo y bajando las escaleras frente a los estantes, buscando los libros que le solicitaban en una jornada de ocho horas al día. Chicos como él fueron los primeros *ayudantes* de la biblioteca; eran muchachos tenaces del barrio norte de Boston cuyas familias irlandesas dependían de ellos para tener un ingreso adicional. Lo que hice por él fue asegurarme de que descubriera un billete de veinte dólares en el suelo cada año en la época de Navidad. También estuvo Ella Archibald, quien trabajó como bibliotecaria durante la Segunda Guerra Mundial. En su caso, una tarde hice que un joven que estudiaba la maestría en Literatura no pudiera encontrar el libro que necesitaba para que se viera obligado a pedirle ayuda a la hermosa e inteligente Ella. Mi viejo corazón de fantasma se regocijó cuando su nieto de dieciocho años subió las escaleras de la biblioteca el año pasado, en el recorrido de la universidad.

De la misma manera, me alegré ahora que Violet se preguntó si el aroma que la seguía era una señal, que pensó que quizá Harry Elkins Widener en verdad intentaba decirle que quería comunicarse con ella.

Planeé sobre ella y dejé que la fragancia del tabaco la impregnara. El aroma la acercó a mi retrato.

Era una buena chica y odiaba romper las reglas. Pero yo necesitaba que entrara al salón, así que hice algo que me dolió un poco: solté una de las hojas de laurel doradas que enmarcaban mi retrato y dejé que cayera al piso, sabiendo que ella tendría que cruzar la barrera para levantarla.

Las hojas de laurel son el símbolo de la sabiduría, del conocimiento tanto adquirido como intuitivo. Quería que Violet supiera que ella poseía ambos.

Capítulo 25

La mañana siguiente Violet sacó la hoja labrada de su mochila y se la enseñó a Madeline.

—Traté de protegerla —dijo la chica, sacándola de la camiseta que usó para envolverla—. No quería que le pasara nada.

Madeline la tomó y la examinó.

—Me alegra que lo hayas hecho.

—Fue algo muy extraño —explicó Violet—. Ayer estaba sentada en la sala de lectura de la Widener, tratando de hacer mi tarea, cuando de pronto olí humo. No como si la biblioteca se incendiara ni nada por el estilo —aclaró—. Era más el tipo de humo que sale de una pipa. Miré alrededor, pero al parecer nadie más lo olía. —Violet sacudió la cabeza, sabía que a Madeline debía de parecerle una locura—. Incluso me levanté y caminé, pero el olor me siguió hasta la sala conmemorativa.

—Qué extraño —dijo Madeline.

—Luego, cuando llegué a la rotonda, el olor era más intenso. Y conforme más me acercaba a la sala conmemorativa se volvía más penetrante… como si estuviera en medio de una nube de humo.

—¿En serio? —La voz de Madeline expresaba confusión.

—Estaba en el umbral, mirando el retrato de Harry, cuando la hoja simplemente se cayó de la pared y aterrizó frente a la chimenea —explicó Violet.

La hoja ornamental yacía sobre la mesa, entre ellas. Madeline la levantó con cuidado.

—Qué historia tan increíble. No sé qué decir. —Dejó la hoja en la mesa—. El personal de la biblioteca no sabe mucho acerca del friso que enmarca el retrato de Harry. Fue diseñado por una firma en Londres bajo la supervisión del arquitecto de la biblioteca, Horace Trombauer.

Violet extendió un dedo para delinear los bordes de la hoja; su cuerpo se relajó al tocarla.

—Definitivamente es un laurel, que en la mitología griega simbolizaba la sabiduría —explicó Madeline—. Y no solo aquella que se aprende de los libros, sino también la que proviene de los dioses. El reino espiritual, podría decirse.

—¿En serio? —preguntó Violet con mayor interés.

—Sí. De hecho, se supone que el rostro femenino que está grabado en el centro, sobre el retrato de Harry, representa a Atenea, la diosa de la sabiduría —agregó Madeline—. Al menos eso fue lo que mi predecesora me dijo cuando le pregunté —dijo Madeline y luego sonrió.

Violet volteó hacia el retrato y luego de vuelta a la hoja.

—Fue muy extraño. Nada lo golpeó o lo sacudió de la pared o algo parecido. No hubo ningún ruido ni reverberación. Solo se cayó, así nada más.

Madeline se rio.

—Déjame contarte un secreto. Tu experiencia me hace pensar que en realidad yo no estaba loca todas esas veces que sentí que el fantasma de Harry podría estar deambulando en algún lugar de esos libreros. Quizá Harry solo trataba de llamar tu atención.

Capítulo 26

Sí, era verdad que intentaba hacer que Violet se diera cuenta de que nada de lo que estaba percibiendo, el olor a tabaco, la caída de la hoja de laurel, era coincidencia. Si hay algo que un fantasma aprende con rapidez es que los vivos no pueden apreciar la sutileza cuando se trata de recibir comunicaciones del otro mundo.

Mi madre nunca hubiera creído que yo estaba intentando enviarle una señal si una sola paloma se hubiera posado en su alféizar y, con el pico, hubiera creado un mensaje en código Morse. Tuve que enviar cien pájaros a que trinaran en su jardín para que se diera cuenta, sin ninguna duda, de que en verdad era yo.

Y en muchas ocasiones no basta una sola señal. La mayoría de las personas, en particular los universitarios de veinte años como Violet, necesitan enfrentarse a una serie de eventos desconcertantes, incluso absolutamente estrafalarios, para que siquiera puedan empezar a concebir la idea de que alguien en el otro lado está tratando de decirles algo.

Así que no iba a dejar de intentar que Violet me prestara atención. Ya llevaba cierto tiempo esperando que entrara a mi despacho en la biblioteca, mucho más de lo que me atrevía a admitir.

Pero ahora percibía un cambio en ella. Por fin empezaba a darse cuenta de que la serie de incidentes extraños no era producto de su imaginación y que quizá el espíritu de Harry Elkins Widener estaba tratando de comunicarse con ella.

Y por supuesto que así era.

Necesitaba una cosa más para llevarla al reino de los verdaderos creyentes. Como el buen bibliófilo que era, no conocía una mejor forma de lograrlo que asegurarme de que un volumen en particular cayera en sus manos.

La semana siguiente, mientras Violet estaba entre los montones de libros en la Widener, un tomo cayó de uno de los carritos de metal que debían regresarse a su lugar.

Era *Cartas de Julia o la luz del más allá*, de W. T. Stead.

El libro era una reimpresión de la edición original de finales del siglo XIX, publicada en tapa blanda por una pequeña editorial independiente. Violet lo levantó y lo examinó. La portada mostraba la imagen de un anciano con barba cana cuyo parecido a Walt Whitman era inquietante.

> W. T. Stead fue un pionero. Nacido en Inglaterra en 1849, hijo de un sacerdote, alcanzó gran éxito como periodista de investigación al exponer una miríada de escándalos que asolaba a la sociedad británica, como la prostitución infantil y la pobreza extrema en los barrios de Londres. Más tarde, se interesó en el espiritismo. En su viaje a Nueva York para dar una plática sobre ese tema en el Instituto Carnegie, pereció cuando el *RMS Titanic* se hundió en el Atlántico Norte.

Violet leyó la historia de la vida de Stead en la contraportada. De inmediato, su mente relacionó que tanto él como yo habíamos fallecido la misma noche y en la misma circunstancia.

Cuando estaba a punto de colocarlo otra vez en el carrito, lo empujé de sus manos y volvió a aterrizar en el piso. Esta vez, se abrió exactamente en la página que yo quería que leyera:

> En ocasiones, una persona es elegida para recibir información de una entidad espiritual. Estas entidades poseen conocimientos que desean compartir. La persona puede recibir una visita en forma de olores, de la sensación de alguien está en el mismo espacio que ella, como si no estuviera sola.

Y como en verdad necesitaba que entendiera que yo estaba en esa habitación con ella, esta vez provoqué un fuerte chasquido. Violet levantó la mirada hacia mi retrato y vio cómo otra hoja de laurel caía al piso.

—¿Harry? —dijo en voz baja—. ¿En serio estás aquí?

Tenía ganas de cantar y bailar y reír de felicidad porque al fin había podido llegar a ella. Era como si se hubiera abierto una puerta enorme y yo sabía que a partir de ese momento, si podía seguir encontrando maneras creativas de comunicarme con ella, me escucharía.

Tiré el libro al suelo por tercera vez y, de nueva cuenta, aterrizó en otra página específica que quería que leyera.

Se agachó y leyó: A menudo, un fantasma encuentra maneras de llamar la atención…

Violet levantó la vista del libro y recorrió la habitación con los ojos, como si esperara verme volando alrededor de los libreros de mi despacho.

Mi retrato sobre la chimenea permaneció por completo inmóvil, pero mi espíritu reverberaba en temblores infinitos y diminutos. Violet se estremeció.

Ahora sabía que podía sentirme.

Capítulo 27

Muchos escritores y poetas han utilizado hasta la última gota de tinta escribiendo sobre la emoción del amor. Y si bien yo no fui bendecido con el talento de Byron para las palabras, al abordar el *Mauretania* con rumbo a Inglaterra sabía que cada pensamiento en mi cabeza tenía que ver con reunirme de nuevo con Ada.

Había envuelto el libro infantil que le compré a Rosenbach y se lo había enviado a Ada por correo. Adentro puse una nota con un pequeño dibujo de un barco de vapor con la calcomanía de un hada que sostenía una varita con la que rociaba estrellas sobre el barco. «Nos vemos pronto»: era todo lo que decía la nota, junto con mis iniciales, H. E. W.

Aunque antes de salir de Nueva York le había enviado una carta en la que le confirmaba dónde cenaríamos juntos aquel sábado, sabía que vería a Ada el martes anterior en la librería de Quaritch, en la calle Griffin, donde iría a examinar lo que Bernard Alfred me tenía reservado.

La adrenalina recorría todo mi cuerpo cuando me imaginaba que vería a Ada en su elemento. No fantaseaba con estar en una isla tropical con ella ni con recorrer juntos el Mediterráneo en un yate. En su lugar, prefería cerrar los ojos e imaginarla caminando entre los libreros en la tienda de Quaritch, sonriendo conforme sacaba los libros que sabía que ambos amábamos.

Durante los primeros días de la travesía, mis padres se preocuparon por muchas cosas que nada tenían que ver conmigo: la boda de mi hermana, la construcción de la mansión en Newport y la continua búsqueda de un chef francés para el nuevo Ritz-Carlton de Filadelfia que mi padre auspiciaba. Era una bendición poder alimentar mi

propia emoción mientras inhalaba el aire salado y contaba los días hasta llegar a tierra.

Nos hospedamos en el Ritz en Londres. Como mis padres poseían acciones del hotel y de su filial hermana en París, sin hablar de la expansión de la cadena en nuestra propia ciudad natal, desde nuestra llegada nos trataron como si fuéramos de la realeza.

Esa primera tarde, mi madre y yo tomamos el té en el hermoso salón de paredes verde pistache y sillas rosas. En ese momento caí en cuenta por qué ella había elegido tonos similares para su propia sala: el lugar le iba como anillo al dedo. Mi madre resplandecía como flor de invernadero siempre que se rodeaba de tales lujos.

—Harry —dijo rozando mi mano. Sus dedos siempre eran ligeros como la lluvia—. Dime en qué estás pensando para tu biblioteca. ¿El señor Quaritch reservó algo especial para ti?

Reí. A nuestro alrededor, los espejos de las paredes brillaban con nuestro reflejo. Las mesas estaban llenas de mujeres con plumas en los sombreros y joyas destellantes. Los ojos de mi madre centelleaban de placer.

—De hecho, hay varias cosas que quiere que vea. Una en particular me tiene muy emocionado.

Se inclinó hacia mí.

—¿Otro Dickens?

—Sí, me está guardando una edición rara de *Copperfield*, pero tiene algo que ambiciono aún más.

—¡Ah, Harry! ¡Dime! —Apretó mi mano de nuevo, ahora con más fuerza—. No deberías emocionar a tu vieja madre de esa manera.

Si alguien se veía vieja, sin duda no era mi madre. Su espíritu aventurero le infundía la habilidad sobrenatural de verse mucho más joven de lo que era, a pesar del maquillaje, los vestidos de seda y las perlas que una mujer de su posición tenía que portar.

—Por el momento es un secreto, pero tú serás la primera en saberlo si logro obtenerlo.

Al pronunciar esas palabras, ni siquiera yo estaba seguro de si hablaba del Pequeño Bacon o de mi otro secreto: la señorita Ada

Lippoldt.

Capítulo 28

Poco importaban el esmog, la humedad y la lluvia, ¡estar en Londres era maravilloso! Latía con su propia energía en las resbaladizas calles adoquinadas, en sus taxis negros y sus horizontes de mármol.

Sin embargo, lo mejor de todo era que para mí la ciudad olía a libros. Desde el momento en el que bajé del barco, sabía a qué lugares quería ir para inhalar los exuberantes aromas del papel y la celulosa, de la piel y la tinta. Había muchas librerías. Podías entrar a Fortnum & Mason para comprar sándwiches y complementar la comida en la puerta de al lado, en Hatchards, la librería más vieja de la ciudad. Y si eso no saciaba tu apetito, podías ir al establecimiento de libros antiguos de Francis Edwards, en el West End, o acudir a Foyles, en Charing Cross. Estaba emocionado por haber regresado a esta gran ciudad.

Dejé a mis padres en el Ritz, en su suite color ostra, para que se recuperaran del viaje. Mi madre había ocupado una habitación entera solo para sus maletas, y Amalie estaba muy ocupada tratando de asegurarse de que los vestidos de mi madre estuvieran planchados y en orden.

La única evidencia de la presencia de mi padre eran tren elegantes esmóquines que colgaban en el guardarropa, y su pomada para afeitar y la navaja que estaban junto al lavabo de porcelana.

—Me voy a la librería Quaritch —le dije a mi madre.

Estaba parado en la parte menos congestionada de la sala. Un ramo de rosas color lavanda decoraba la mesita de centro, donde también reposaba una tarjeta del concierge.

—¿Dónde está mi padre?

—En el Ateneo con algunos socios —respondió levantándose para mirarse en el espejo de cuerpo completo. Amalie estaba de rodillas,

cosiendo un dobladillo que se había rasgado con uno de los tacones de mi madre—. ¿Te reunirás con él después de que veas a Bernard Alfred?

—No estoy seguro —respondí—. Se supone que Bernard Alfred y yo iremos a cenar, pero Rosenbach me dijo que últimamente no ha estado muy bien de salud.

—Bueno, si cancela, puedes cenar abajo conmigo. Me voy a ver con Annabel Harkness. Está aquí en Londres también.

Sonreí. Mi madre hubiera disfrutado mucho tenerme a su lado para que la conversación con Annabel fuera más interesante, pero había otra persona a quien yo tenía muchas más ganas de ver.

Ada.

El trayecto a pie del hotel a la calle Griffin, donde se ubicaba la Quaritch Ltd, era corto. En el centro de Piccadilly, la tienda ocupaba un lugar privilegiado entre los negocios abarrotados y los mejores restaurantes y lugares de entretenimiento de la ciudad.

De pie en la banqueta al otro lado de la calle, me impresionó el aspecto tan diferente que tenía la tienda comparado con mi visita de unos años antes. Observé su enorme escaparte en el que se exhibían ediciones raras de manera tan elegante como si fueran joyas, pero lo único que podía imaginar era a la encantadora Ada en su escritorio, examinando con sus dedos ágiles uno de los libros de su colección.

La última vez que vine acababa de graduarme de Harvard. Era joven y entusiasta, un coleccionista novato que apenas empezaba. En esa época, el mero hecho de que un vendedor de libros tan reputado como Quaritch estuviera dispuesto a reunirse conmigo era uno de los mejores momentos en mi vida.

Pero ahora era algunos años mayor, mi biblioteca había crecido desde entonces y ahora contaba con varios miles de ediciones raras. Ya había establecido mi compromiso y dejado claro que amaba la caza de libros tanto como el mejor bibliófilo. Era miembro del club Grolier en la ciudad de Nueva York, un respaldo que me distinguía como un coleccionista de libros serio. También había publicado mi propio

catálogo de los libros de mi colección y creado mi propio sistema de archivo. Nadie podía tildarme de aficionado.

Crucé la calle, me ajusté el sombrero y caminé hacia la puerta. Detrás de ella me esperaban muchas oportunidades maravillosas. Extendí la mano hacia la manija de latón como si fuera la estrella más brillante.

—Señor Widener, lo estábamos esperando —me saludó una mujer mayor en la puerta.

Mientras me guiaba hasta la habitación principal de la tienda, no dejé de buscar a Ada con la mirada.

Libreros de madera oscura labrada. Vitrinas que exhibían grabados raros. Encuadernaciones de piel color borgoña y café coñac llenaban la habitación de techo a piso; las letras doradas brillaban bajo la luz del sol que veteaba la sala.

En el centro había una mesa larga de madera con sillas su alrededor. Su superficie era lo suficientemente ancha como para sostener el volumen más enorme en el mundo. La rodeé. Y esperé.

Bernard Alfred llegó unos minutos después. Su suave rostro redondo, su imponente corpulencia y sus ojos brillantes enmarcados en los anteojos de armazón metálico lo hacían parecer como un primo lejano de Rosenbach.

—¡Señor Harry! —me saludó con una calidez y afecto genuinos—. ¡Qué gusto verlo de nuevo!

—El gusto es mío —respondí estrechando su mano—. Fue una verdadera decepción cuando tuve que cancelar mi viaje el año pasado.

—Bueno, ¡pero ya está aquí! ¡Me alegra verlo tan bien!

—Sí, completamente restablecido —respondí con entusiasmo.

—Maravilloso —exclamó juntando las palmas frente a él—. Estoy impaciente por mostrarle los libros que nos solicitó que le reserváramos.

Bernard Alfred caminó hacia un rincón de la habitación y levantó una pila de libros que luego puso sobre la mesa. El primer volumen era una edición autografiada de *David Copperfield*. Luego seguía un tomo de *El Renacimiento en Italia*, de John Addington Symonds. Debajo, había una edición rara de *La muerte de Arturo*, de Thomas Malory.

Tomé el volumen dorado de *La muerte de Arturo* y lo abrí con cuidado en la página del título. La edición era mucho más espléndida de lo que había imaginado. El papel era terciopelo al tacto.

Solo tuve que mirarlo un segundo para que mi mente empezara a calcular cuánto podría negociar con Bernard Alfred para bajar el precio que habíamos acordado por correo.

—Espero que tenga espacio para más —dijo con alegría—. Guardé lo mejor para el final ¡Ada! —gritó hacia la puerta.

Al instante, Ada entró a la habitación con un pequeño libro encuadernado de color café.

—¿Quería ver el Bacon, señor?

Ahí estaba, delgada y alta, vestida en un traje sastre. Su garganta estaba envuelta en la misma bufanda lavanda que llevaba la primera vez que nos conocimos.

Le extendió el libro a Quaritch haciendo una reverencia, pero levantó los ojos y me vio solo a mí.

Capítulo 29

Los dedos largos y afilados de Ada sostenían con cuidado la edición miniatura del siglo XVI. El libro era tan pequeño que cabía en una sola mano.

—Señor Widener —Su voz adquirió musicalidad al decir mi nombre.

—Hola de nuevo, señorita Lippoldt.

—Ah, sí, casi lo olvido. ¡Ustedes dos se conocieron en Nueva York el mes pasado! —intervino Bernard Alfred—. Entonces, Harry, ¡ya conoce a nuestra encantadora Ada! —comentó—. Tan encantadora como inteligente. Su contratación pasará a la historia como una de las mejores decisiones comerciales de mi hermana Charlotte.

—Es demasiado generoso con sus halagos —dijo Ada al tiempo que ponía el Bacon en la mesa—. Sé que estaba ansioso por ver este ejemplar, señor Widener.

Sonrió, y yo sentí como si compartiéramos un secreto.

—En efecto.

Los tres miramos el diminuto libro café. Era una maravilla contemplarlo. La portada estaba en condiciones casi perfectas a pesar de que tenía exactamente trescientos años. La piel era de un tono café muy oscuro. Bernard Alfred lo acercó y, con el índice, lo abrió en la página del título.

—¿Cómo algo puede imprimirse tan pequeño y con tal perfección al mismo tiempo? —pregunté—. Nunca había visto nada parecido.

—Nosotros tampoco. ¿Verdad, Ada?

—Cierto —dijo ella en voz baja.

Quería que Bernard Alfred nos dejara solos para hojear el libro, página por página. Quería que nuestras muñecas se tocaran, que

nuestro aliento se mezclara mientras nos maravillábamos juntos con ese libro.

Sé que para quienes no han conocido el amor esto puede parecer absolutamente ridículo, pero esa tarde me convencí de que su alma y la mía estaban hechas la una para la otra. Ahí, parado junto a la señorita Ada Lippoldt, por primera vez en mi vida, me sentí completo.

Capítulo 30

Esa tarde compré todos los libros que Bernard Alfred había apartado para mí. No solo las ediciones de Dickens, Malory y Addington Symonds, sino también otras que sacó de unos estantes y de la trastienda.

—Por favor, que empaquen estos y me los envíen a casa —le pedí —. Pero el Bacon es tan pequeño que cabe en el bolsillo de mi esmoquin. Creo que ese me lo llevaré conmigo.

Tanto Ada como Bernard Alfred se rieron de mis palabras, pero eso era lo que pensaba hacer. Qué mejor manera de guardar un libro, en particular uno que nos había acercado más a Ada y a mí, que llevarlo cerca de mi corazón.

—Usted es un hombre sabio —afirmó Bernard Alfred con una sonrisa.

—Me gusta estar preparado para cualquier eventualidad —respondí—. De este modo, si naufrago de vuelta a casa, tendré algo que leer.

—¡Buena idea! —intervino Ada—. Sería horrible si no tuviera un libro con usted.

—Y me quedaría por completo solo.

Bernard Alfred alzó sus cejas espesas. Incluso él podía percibir la química entre Ada y yo.

—Bueno, el Pequeño Bacon le servirá. Es una maravilla de la impresión. La composición tipográfica en algo tan pequeño representa un triunfo incluso en nuestra época. Pero el hecho de que fuera elaborado en el siglo XVI… —Sacudió la cabeza—. Es toda una hazaña.

—Sí —asintió Ada—. En verdad lo es.

Bernard Alfred tomó el libro y se lo dio a Ada.

—¿Podría envolverlo para el señor Widener y agregar a su cuenta los libros que se llevará?

Ada asintió, tomó el Bacon y salió por la puerta.

Era curioso, la habitación cambió con la ausencia del libro, así como con la partida de Ada.

Sentí como si estuviera en un cuadro que había sido despojado de pronto de su belleza. Los colores que me habían parecido tan vivos momentos antes ahora estaban deslucidos. Las figuras restantes, Bernard Alfred y yo, éramos de poco interés. No podía esperar a que Ada regresara.

Capítulo 31

Violet abrió el libro de W. T. Stead en la página legal. «Primera edición, impreso en 1867», decía claramente en letras de imprenta. Esta edición no era la impresión original, y Violet estaba segura de que no podía pertenecer a la colección de Harry, ya que una inspección más cuidadosa le mostró que lo que tenía en las manos era una reimpresión de 1972. Pero no tuvo ninguna duda de que debía leer ese libro.

Cuando llegó a la recepción para registrar la salida del libro, la atendió Rose, una de las bibliotecarias que manejaba las solicitudes de los estudiantes en la sala de lectura principal de la Widener.

—Hola, Violet —dijo—. ¿En qué te puedo ayudar?

—Solo quería sacar este libro —respondió dándole el volumen.

Rose lo tomó y lo buscó en el sistema de la computadora; luego selló la tarjeta de préstamo al reverso con la fecha de devolución.

—Se ve interesante —comentó, devolviéndoselo a Violet—. ¿Es para una clase?

—Es solo una investigación…

—Me cuentas si aprendes algo sobre el otro lado —murmuró—. Entre tú y yo, a veces creo que este lugar está embrujado.

—¿En serio? ¿Por qué lo dices?

Rose se inclinó sobre el escritorio.

—No vayas a pensar que estoy loca, pero muchas veces he dejado una pila de libros aquí en el carrito —señaló el que estaba detrás de ella—, y cuando regreso todos están ordenados en orden alfabético. —Agitó la cabeza—. Es extraño, ¿no? Como si a Harry Widener no le gustara el desorden.

En la biblioteca de la Casa Lowell, Violet sacó el libro de su mochila. Era delgado, no tenía más de cien páginas. Pero tan pronto como empezó a leerlo, sintió como si las palabras estuvieran pensadas especialmente para ella.

> Los muertos no mueren, solo cambian de cuerpo a espíritu. Pero el espíritu vive y respira.

De acuerdo con el prólogo del libro, W. T. Stead no escribió ni una sola oración del libro, a excepción de la introducción. En su lugar, cada palabra le fue transmitida desde el otro mundo mediante una mujer llamada Ellen, quien quería convencer a su querida amiga Julia de que su espíritu no había dejado de vivir, incluso después de que su cuerpo muriera.

Al parecer, Stead entraba en trance y escribía de manera automática: el espíritu de Ellen tomaba el control de su mano y él transcribía palabra por palabra lo que ella quería comunicar.

> No tengas miedo, querida Julia, estoy a tu lado en todo momento. Incluso sin oídos, puedo oír. Incluso sin ojos, puedo verte con tanta claridad como antes. ¡La muerte no destruye nada de eso!

Violet sintió que una calidez se apoderaba de ella. Pensó en Hugo. Anhelaba con todo su ser poder creer que Hugo seguía con ella, que los sentimientos que tenían el uno por el otro eran tan reales ahora como lo fueron cuando estaba vivo. Sin embargo, era extraño que la sensación que percibía en la sala en este momento no fuera la presencia de Hugo. De alguna forma le parecía diferente. Como si la calidez que sentía fuera más familiar que romántica. Su intuición le decía que el libro de Stead había sido un mensaje de Harry para ella, y por eso lo encontró en su biblioteca. Quizá Harry intentaba decirle que, aunque Hugo ya no estuviera físicamente a su lado, seguía presente de alguna forma. Tal vez esa era la razón por la que se había asegurado de que ella viera el libro.

Cerró los ojos e intentó imaginar a Hugo como si fuera aire. Imaginó que podía inhalarlo y exhalarlo. Todo lo que la había alimentado cuando era su novia. Su amabilidad. Su empatía. Su amor. Todo eso que ahora seguía llenando el espacio vacío en su interior. Si Harry le había enviado el libro para recordárselo, agradecía su obsequio.

Las farolas fuera de la Casa Lowell brillaban contra el cielo que empezaba a oscurecerse. Era casi el crepúsculo. Violet cerró el libro y volteó hacia afuera, mirando las esferas de vidrio que iluminaban los caminos de asfalto. Cuando era niña y esperaba emocionada que su padre regresara de la tienda con las fotos reveladas del rollo Kodak, siempre se sentía decepcionada cuando su foto favorita estaba arruinada por una mancha de luz naranja o blanca. Recordaba en particular una de la abuela Helen y ella en su cumpleaños número diez. Su padre las había capturado, a las dos, de pie frente al pastel de cumpleaños. Ella llevaba un vestido rosa, del tono del algodón de azúcar, y su abuela iba vestida con una túnica blanca sencilla y pantalones. El obturador de la cámara se había disparado justo cuando su abuela le daba un beso en la cabeza.

Sin embargo, cuando revelaron la foto, Violet se sintió muy decepcionada de que la imagen de ambas estuviera dañada por dos puntos de luz blanca. Uno en el hombro de su abuela y el otro junto a la barbilla de Violet.

Por completo afligida, le mostró la fotografía a su abuela, quien la tomó y la examinó con cuidado.

—Vi —dijo, devolviéndole la foto—, una amiga me dijo alguna vez que esas manchas son los espíritus de quienes nos aman en el paraíso. Así que nunca te molestes cuando las veas. Que estén ahí solo significa que eres superespecial. —Le volvió a dar un beso a Violet en la cabeza —. Cuando miro esta fotografía, yo veo una sola cosa: amor.

Tenía tiempo que Violet ya sentía la presencia de su abuela y, ahora, la manera en la que empezaba a pensar en Hugo también comenzó a cambiar.

Durante muchos meses, revivía una y otra vez esos momentos en que lo vio por última vez con tanta vivacidad y los momentos finales cuando vislumbró su cuerpo sin vida. No podía ni siquiera contar cuántas horas se había torturado desde entonces, reviviendo la imagen en la que sacaron del agua su cuerpo hermoso y fuerte.

En el momento en el que se dio cuenta de que no salía del agua después de echarse el clavado, gritó con todas sus fuerzas pidiendo ayuda. Corrió por el sendero pedregoso del terraplén hasta que llegó al borde del agua y se aventó. Pero, por más profundo que se hundió, no pudo encontrarlo.

Atravesó el parque corriendo hasta que encontró a alguien que tenía una camioneta vieja y la llevó a la caseta de teléfono más cercana. La persona que le respondió en el 911 le aseguró que la ayuda iba en camino, pero los veinte minutos que tardó en llegar el equipo de rescate le parecieron eternos.

Violet nunca le dijo a nadie —ni a sus padres, a sus amigos o al psicoterapeuta que su pediatra le había recomendado después del funeral de Hugo— que no podía olvidar la última imagen que tenía de él: azul e hinchado cuando los rescatistas lo sacaron en una camilla, con una herida sangrante en la cabeza y los ojos abiertos como platos sin ningún signo de vida. Ante esa imagen, Violet vomitó en el piso, incapaz de conservar la cobija que los paramédicos habían puesto sobre sus hombros. Pronto llegaron los padres de Hugo. Aún ahora podía escuchar los sollozos de la madre en sus oídos. Era un sonido tan desgarrador que Violet supo que jamás lo olvidaría.

Pero ahora, después de leer a Stead, por primera vez desde el accidente de Hugo, la idea de que el alma podía seguir viva fuera del cuerpo empezó a parecerle una posibilidad. Quizá la vida no era finita, como ella siempre había pensado. De todo lo que la gente le había dicho para calmar su dolor tras la muerte de Hugo, nada había funcionado. Pero las palabras en este libro le brindaron un verdadero alivio.

A Violet le parecía como si guardara un secreto, como si fuera un conocimiento que quizá no debía poseer o una información que, de compartirla con otros, se arriesgaría a que pensaran que se había vuelto loca.

Cuando vio a sus compañeras de departamento esa noche en la cena, simplemente picoteó la comida en su plato y solo comió unos cuantos bocados de puré de papa.

—¿Estás bien? —le preguntó Sylvia—. Parece como si acabaras de ver un fantasma.

Violet logró lanzar una risita por el comentario. ¿Qué podía responderle a Sylvia? «Bueno, no vi un fantasma, pero creo que podría haber uno en la biblioteca».

Durante una fracción de segundo, pensó que quizá podría contarles a sus compañeras el incidente del libro que se cayó frente a ella. Señalar que ni siquiera pertenecía al sistema de la biblioteca y decirles que ella creía que se lo habían enviado para hacerle entender que todo lo que sentía cuando estaba en la sala conmemorativa era real.

—Fue un día bastante extraño…

Jenny dejó su tenedor sobre el plato y alzó una ceja.

—¿Te gustaría contarnos?

—Bueno… —Supo cuál sería su reacción en cuanto las palabras salieron de su boca, pero a pesar de todo decidió continuar—. He estado teniendo unas sensaciones extrañas, casi espeluznantes, mientras trabajo en la biblioteca. Es difícil de explicar. Es como si alguien estuviera ahí conmigo.

—¡Ah! —exclamó Jenny riendo—. Esto me suena a que vamos a tener un Halloween divertido. ¿Estás diciendo que en la Widener hay un fantasma?

Lara sonrió.

—Sé que suena muy loco —dijo Violet encogiéndose de hombros —. Solo trato de explicarles lo que ha estado pasando. Hoy encontré un libro. Salió de la nada, literalmente se cayó de quién sabe dónde a

mis pies. Y la bibliotecaria no pudo encontrarlo en el sistema. Lo escribió alguien que murió en el *Titanic*, así que hay cierta conexión con Harry Widener. —Se hundió un poco en su silla.

»Créanme, sé que suena demente. Pero el libro hablaba del alma y de su incapacidad para morir, incluso después de que la muerte le arrebata el cuerpo a una persona. Leerlo me ayudó. En fin… Llámenme loca. —Tomó un sorbo de agua—. A estas alturas, no estoy segura de que me importe.

—Nadie te está llamando loca —dijo Sylvia con tono amable.

—Bueno, quizá algunas de nosotras sí… —Jenny miró a Lara—. Pero entendemos. Ha sido muy difícil para ti ahora que Hugo ya no está. Así que, si te ayuda, entonces está genial.

Violet asintió.

—Gracias.

—¿Alguien quiere acompañarme al gimnasio? —preguntó Jenny mientras apilaba sus platos en una charola y se ponía de pie.

—Tengo una reunión de la ópera —respondió Lara al tiempo que acomodaba todo en su charola para salir con Jenny.

Sylvia se quedó con Violet, esperando una señal de que hubiera terminado de comer.

—Quizá quieras cambiar de Rossini a *El fantasma de la ópera*.

Violet escuchó la broma de Jenny mientras se alejaban hacia donde se depositaban los platos sucios.

—Basta —la reprendió Lara—. Eres terrible.

Y luego ella también lanzó una carcajada.

Capítulo 32

Apenas podía ocultar mi alegría cuando, al terminar de comprar el Bacon, Bernard Alfred me informó que solo podía tomar una copa conmigo esa noche, pero no ir a cenar como habíamos planeado.

—Lo siento, Harry —dijo—. Me surgió un imprevisto. Pero hay que vernos a las cinco en mi club. Dejaremos nuestra cena pendiente para la próxima vez que venga.

Di un salto de fe y le pregunté a Ada si podía acompañarme a cenar dos días antes de lo que habíamos planeado en un inicio.

—Será un placer —respondió.

Como mi madre cenaría en el Ritz esa noche, le sugerí que nos viéramos en otro restaurante en Mayfair.

—¿Le parece a las siete treinta en el Verrey's, en la calle Regent?

—Ahí nos vemos —dijo al tiempo que me acompañaba a la puerta —. Espero que no haya caballos ni carretas atascados en las vías que lo retrasen esta vez.

—Evitaré tanto los tranvías como el metro a toda costa —prometí. Puse la mano sobre mi corazón y sentí el borde del Pequeño Bacon bien asegurado en mi bolsillo.

Salí de la tienda y me dirigí al hotel para refrescarme antes de que empezara la velada.

El cielo se había despejado y el gris plomizo de la mañana se había convertido ahora en un brillante azul aciano. Caminé al Ritz con paso lleno de energía.

La copa que tomaría con Quaritch era una formalidad y no llevaría mucho tiempo; luego tendría a Ada solo para mí, sentados uno frente al otro.

La palabra *celestial* flotaba en mi cabeza al imaginar sus ojos iluminados por la luz de la vela. El brillo emanado de su piel.

Cuando planeé mi viaje a Londres en un inicio, mi objetivo era conseguir más ejemplares valiosos para mi biblioteca. Pero un nuevo deseo de algo de mucho mayor valor me motivaba ahora. El amor.

Bernard Alfred se recargó en el respaldo del gran sillón tapizado que tenía en la sala de fumadores de su club. A nuestro alrededor, enormes retratos de hombres, con tonos que semejaban los de Rembrandt, cubrían las paredes. Bernard Alfred sacó su pipa, la puso entre sus labios y acercó un cerillo encendido a la cazoleta.

Su tabaco olía a maderas y a algo misterioso, a diferencia de los toques a vainilla bourbon del mío.

—Estoy encantado de que su abuelo decidiera comprar la Biblia de Mazarino.

—Sí —dije—. Le agradezco a usted y a Rosenbach que hayan trabajado juntos para ayudarle a adquirirla. No puedo esperar a verla cuando regrese a casa.

—Fue un placer —dijo, desestimando su trabajo con un movimiento de la mano—. Quería organizar algo especial para usted para celebrar esa adquisición y, por supuesto, también su caza del Pequeño Bacon. Así que, de nuevo, debo ofrecerle disculpas por no invitarlo a cenar esta noche. Tendremos que hacerlo otro día la próxima semana.

Alcé una mano para interrumpirlo.

—No hay ningún problema. Entiendo a la perfección.

Sacudió la cabeza.

—No creo que en realidad lo entienda, querido muchacho —dijo, exhalando el humo y relajando su cuerpo—. No quería hablar mucho del tema en la tienda, pero recientemente me encuentro en una situación muy singular.

Siguiendo la educación que me había dado mi madre, no hice preguntas. En su lugar, esperé a que Bernard Alfred hablara.

—Bien —continuó—. ¿Ha escuchado hablar del encuadernador Francis Sangorski?

Había escuchado el nombre porque Rosenbach lo mencionó en algunas ocasiones, aunque en un tono un poco peyorativo, ya que sus valiosas encuadernaciones no eran del gusto de mi querido amigo.

Eran conocidas por ser exorbitantemente caras debido al nivel de artesanado y el costo de las piedras preciosas que usaba.

—Conozco el nombre y sé que es un artesano diestro.

Bernard Alfred asintió y exhaló otra voluta de humo hacia el techo de yeso esculpido.

—Ha estado trabajando en algo en verdad increíble. Una edición del *Rubaiyat*, de Omar Khayyám, con joyas incrustadas.

Traté de imaginarme el libro como lo describía.

—Mi madre tiene la edición de Quaritch del *Rubaiyat*. La compró el año pasado. La que tiene la portada color esmeralda. Pero es de tela —comenté riendo—. Se sentirá muy decepcionada cuando sepa que no tiene la edición enjoyada.

—Sobre todo cuando sepa de qué está hecha, Harry. —Se puso serio—. No solo está adornada con unas cuantas joyas: tiene más de mil gemas incrustadas en la portada. Cortes de esmeraldas, topacios y rubíes, principalmente. Al parecer, para crearlo utilizó más de cinco mil retazos de piel y nueve metros cuadrados de hoja de oro.

—Es muy impresionante —dije.

—Sí —respondió—. Es en verdad muy impresionante. Y la historia detrás es como una novela en sí misma. —Le dio otra bocanada a su pipa y se preparó para compartirme la historia—. Hace como cinco años, él y John Stonehouse, un gerente de la librería Sotheran's, a unas cuadras de donde estamos ahora, estaban platicando. Francis Sangorski les confió que, si bien había trabajado antes con unos cuantos *Rubaiyat*, su verdadero sueño era crear una nueva cubierta sin igual. Imaginaba una portada con tres pavorreales rodeados de joyas.

Si bien era una imagen extraordinaria, no era algo que fuera de mi gusto.

—Pero el costo de una empresa así hubiera sido prohibitivo para llevarla a cabo sin una compra segura. Así, Sangorski utilizó todo su poder de persuasión para que Stonehouse le hiciera el pedido.

—Sí que sabía intimidar —dije.

—Salvo que, al regresar a la librería, Stonehouse no le dijo a su jefe, Henry Cecil, que había accedido a financiar la locura de Sangorski. En retrospectiva, me temo que fue una decisión lamentable. —Le dio una rápida calada a su pipa.

»Pero me estoy adelantando —continuó Bernard Alfred—. Sangorski se dispuso a crear la encuadernación más extraordinaria jamás diseñada. Produjo seis paneles distintos, cada uno adornado con pavorreales, flores, calaveras y símbolos persas que evocaban temas de la vida y la muerte.

—¿Y logró su cometido?

Era difícil pensar que un miembro de la sociedad inglesa, que se enorgullecía de una sofisticación moderada, hubiera accedido a una exhibición de riqueza tan manifiesta.

Bernard Alfred lanzó un quejido.

—Por desgracia, el asunto no se trata de si el ejemplar es o no un objeto extraordinario. Un vendedor necesita poder vender un libro, y este parece estar un poco maldito.

Me reí. La simple idea de que un libro estuviera maldito me parecía ridícula.

—Bueno, cuando lo acabaron, el libro se puso a la venta por mil libras. Sé con certeza que la primera persona a quien John Harrison Stonehouse se lo ofreció fue al bibliotecario del rey. Pero lo rechazó. Luego, el verano pasado Stonehouse recibió una oferta de Gabriel Wells, el comerciante de Nueva York, pero al final cambió de parecer. Al ver que nadie más en la región lo quería, pensaron en enviarlo a Nueva York para tratar de encontrar un comprador allá. Pero tuvieron problemas con los oficiales de aduana de Estados Unidos y Stonehouse se negó a pagar los impuestos e insistió que le devolvieran el libro a Londres. Pasaron los meses y, como no podía encontrar un comprador, se vio forzado a decirle a su jefe, quien se puso furioso.

—Comprensible —comenté.

—Sí. Cuando el libro regresó a la tienda, Cecil exigió que se vendiera sin tardanza, así que no tuvieron más opción que subastarlo. De inmediato.

Eché un vistazo al reloj en el rincón. Tenía menos de veinte minutos para irme y poder reunirme con Ada a tiempo.

—¿Y cómo termina la historia entonces? —pregunté tratando de apurarlo.

—Con una subasta que se celebró hoy en Nueva York. Fue una subasta absoluta, y acaban de informarme que se vendió por menos de la mitad de lo que Cecil esperaba obtener por el libro, aunque no deja de ser una pequeña fortuna.

—Lo puedo imaginar.

Volví a mirar el reloj.

—Cecil, a quien conozco bien, me pidió un gran favor. Quiere que escolten el libro personalmente por el Atlántico y que lo pasen por la aduana para evitarse los contratiempos de la última vez. Me preguntó si conocía a alguien que quisiera y pudiera hacerlo.

Le pidió la cuenta al mesero con una seña y luego me miró con un brillo en los ojos.

—Y de inmediato pensé en usted.

Ser el chaperón de un libro tan caro no era algo que me preocupara. Después de todo, ya transportaba conmigo la edición rara de Bacon y, además, llevaba en la sangre el ser cuidador de volúmenes excepcionales y valiosos.

Pero tenía que ser honesto con Bernard Alfred. Me inquietaba bastante que me asociaran con un libro que no era del interés genuino de un coleccionista, sino una baratija sobrevaluada destinada para los nuevos ricos. Dado que mis abuelos habían hecho su fortuna tan solo cincuenta años antes, el estigma de que me consideraran «nuevo rico» seguía avergonzándome. No quería hacer algo que pudiera mancillar su reputación ni la mía.

—Entonces, ¿qué dice, Harry? —insistió Bernard Alfred.

El minutero del reloj había rebasado las seis y media, y sabía que no podía llegar ni un minuto tarde con Ada, sobre todo después del fiasco de nuestra primera cena. Pero tenía un plan.

—Me temo que no podré ser la paloma mensajera oficial.

El rostro de Bernard Alfred se ensombreció.

—Pero tengo una solución —agregué—. ¿Por qué no manda a Ada?

Capítulo 33

—¿Me propusiste como voluntaria? —La risa de Ada era como lluvia de verano—. Me hubiera gustado estar ahí para poder ver la cara que puso Bernard Alfred.

Le di otro sorbo a mi vino. La lujosa decoración del Verrey's me era indiferente. Mi atención estaba centrada solo en Ada.

—Sin duda lo tomé por sorpresa —le dije—. Pero, en serio, ¿quién sería mejor chaperona que tú?

Sabía que si le asignaban la tarea de mensajera, eso no mancharía su reputación; al contrario, en todo caso agregaría otro logro a su currículum.

—Ada Lippoldt, hija de John y Lucy Lippoldt, de Sheffield, Inglaterra, la cuidadora temporal en tránsito de un libro que vale mil libras. —dijo, irónica, y se volvió a reír—. Nadie lo creería.

—Yo sí, y Bernard Alfred aceptó pensarlo.

—¿En serio? —Sacudió la cabeza—. No puedo creerlo.

—¿Por qué?

—Por varias razones. Primero, porque nos falta mucho personal en la tienda y el señor Quaritch cuenta conmigo para mantener ordenada gran parte del negocio. Así que otro viaje largo al extranjero después del que acabo de hacer a Nueva York lo inquietaría bastante, por decir lo menos. —Cortó otro bocado de su comida—. Y segundo, dudo que el señor Cecil me permita ser responsable de una carga tan valiosa porque, por si no lo has notado, soy una mujer.

—Ya había anticipado ambas respuestas —dije inclinándome hacia adelante.

—Ah, ¿sí?

—Sí —respondí divertido—. Le aseguré a Bernard Alfred que yo sería su «chaperón silencioso», tanto tuyo como del libro. Le prometí

que, para garantizar que todo vaya bien, viajaría contigo y te acompañaría a ti y al libro en la aduana.

Seguía pareciendo confundida.

—Le expliqué que la manera más rápida de fueras y volvieras de Nueva York era si abordabas conmigo el *Titanic*.

—¿Es en serio? —Ada seguía incrédula.

—Sí, ya todo está en marcha. —Hice una pausa—. Eso si quieres venir conmigo…

—¡Por supuesto que sí!

—¡Esa era la respuesta que esperaba! —exclamé golpeando la mesa con la palma de la mano—. Y no falta mucho tiempo. El *Titanic* zarpa el miércoles 10 de abril de Southampton.

—Bueno, si todo esto llegara a suceder, aún tendré tiempo de enseñarte Londres. —dijo y luego se rio.

De alguna manera, durante toda nuestra conversación, había logrado comerse casi todo su pollo rostizado.

—Veinte días exactos —dije agitando el índice.

—Entonces, más vale que te termines el filete —bromeó—. Tenemos mucho que hacer antes de partir.

Capítulo 34

Violet salió del comedor y se dirigió a la biblioteca. No solo tenía que terminar un ensayo para su clase de Literatura, sino que también le había prometido a Madeline que transcribiría más correspondencia de Widener. Esa tarde, Madeline le había dado a Violet un fajo de cartas fotocopiadas, la mayoría de ellas de Rosenbach para Harry, pero también otras que habían sido donadas a la colección. Había algunas de Bernard Alfred Quaritch, de Londres, así como algunas que Harry le había enviado a Luther Livingston, otro amigo y vendedor de libros al que admiraba.

> *Estoy a punto de hacer un viaje rápido a Inglaterra. Zarpamos a la una de la mañana en el Mauretania y regresaremos el 10 de abril en el viaje inaugural del* Titanic.

Cuando Violet llegó al final de la carta, se enteró de que Harry le había confiado a Livingston que su abuelo acababa de adquirir la Biblia de Mazarino, una de las pocas biblias de Gutenberg que existían en el mundo y, por ende, un triunfo para cualquier coleccionista.

Cerró los ojos y trató de imaginar a Harry preparándose para su viaje. Su emoción por el hecho de que su abuelo hubiera obtenido un libro tan valioso, que algún día podría ser parte de su propia colección. Violet imaginó su energía palpable, sus grandes expectativas sobre los nuevos ejemplares que descubriría al otro lado del océano.

Pero también se dio cuenta de que no había podido encontrar en ninguna de sus cartas, en sus pláticas con Madeline o en los archivos alguna mención de que Harry tuviera algún tipo de vida emocional, de

que estuviera enamorado. Tenía veintisiete años, una edad perfecta para sentar cabeza. Su familia tenía dinero, él era culto y, según todos los testimonios, incluido el obituario escrito por un compañero de Harvard, A. Edward Newton, era un caballero hecho y derecho.

Pero Violet no podía deshacerse de esa idea, era casi como si le hubieran implantado esa duda a propósito: ¿por qué nadie se había preguntado si Harry estuvo alguna vez enamorado?

¿Cómo iba eso que Stead escribió sobre crear un código para hacer preguntas al otro mundo?

Violet sabía que estaba haciendo algo que podría parecerle ridículo a cualquiera en la universidad; sin duda a Jenny y a Lara. Pero ¿qué tenía que perder?

Se levantó de la mesa y caminó en dirección a la sala conmemorativa. Por supuesto, no había nadie ahí. Giró la cabeza y examinó su entorno. Ningún estudiante subía la escalera, ningún bibliotecario caminaba por la rotonda. Estaba sola y nadie la veía. Violet reunió todo su valor, movió la cuerda de seguridad y entró a hurtadillas.

Una vez adentro, caminó hasta el escritorio y la silla de Harry. Había una fotografía suya en blanco y negro exhibida en un marco de plata; sus ojos eran cálidos y amables. Las flores que había pedido para esa semana seguían frescas. Inhaló el perfume de las rosas y se sentó en la silla.

—Harry —murmuró, mirando la fotografía fijamente en espera de que eso ayudara—. Si puedes oírme, ¿podrías hacer algún sonido?

Esperaba que quizá se cayera otro libro o que la lámpara del escritorio empezara a parpadear para mandarle alguna señal.

Esperó varios segundos y pensó que no llegaría a nada. Sabía que solo contaba con unos minutos antes de que alguno de los bibliotecarios del turno vespertino la viera y le dijera que se levantara del escritorio. Quizá sería Madeline quien descubriría su infracción; tal vez incluso perdería su trabajo.

—Harry —repitió su nombre—. Te escucho.

En ese momento juró haber escuchado un ruido. Miró alrededor, pero no había nadie, absolutamente nadie. Sin embargo, estaba segura

de que había escuchado algo.

El sonido salió de debajo del escritorio.

—Harry… —Necesitaba la confirmación absoluta de que no imaginaba cosas—. Solo dame la señal una vez más. ¿Sí?

Violet permaneció inmóvil, con las manos entrelazadas sobre su regazo.

Esta vez el sonido fue inconfundible. Escuchó el golpe en el escritorio.

Le había mandado una señal. Se había comunicado del más allá.

Sería una locura compartirlo con alguien. Sin embargo, en los pocos minutos que estuvo sentada frente al escritorio, Violet pudo hacerle una pregunta:

—¿Alguna vez has estado enamorado? Golpea una vez para sí, dos para no.

Él respondió con un solo golpe. Al escucharlo, el corazón de Violet se aceleró.

Pero, cuando estaba a punto hacerle otra pregunta, el bibliotecario entró a la sala.

—¿Violet? —preguntó con voz severa—. ¡Sabes que nadie está autorizado a sentarse en el escritorio del señor Widener!

La chica se levantó de un respingo y casi se desploma sobre el escritorio.

—Lo siento mucho, señor Berns. Solo quería pensar qué flores pedir para la próxima semana. Fue un error, le juro que no volverá a pasar.

—Espero que no —dijo echando chispas por los ojos. Su mirada casi la atravesaba.

Los otros auxiliares bibliotecarios habían prevenido a Violet de que no se sentara en ninguno de los muebles de la sala conmemorativa, tampoco en la mesa grande y, por supuesto, jamás en el escritorio de Harry. La única persona que tenía autorización de sentarse en el escritorio de Harry había sido Eleanor Widener, cuando estaba viva.

Madeline le había comentado a Violet que su primera jefa en la biblioteca, una mujer que ya rozaba los setenta años cuando Madeline empezó a trabajar ahí, hace más de treinta años, una vez le contó que había visto a la señora Widener cuando visitaba la biblioteca antes de su muerte en 1937.

Al parecer, pedía que le llevaran un libro en particular de la colección.

—Creo que era la primera edición de *La isla del tesoro* que Harry valoraba tanto —le dijo Madeline—. La señora Widener se sentaba frente al escritorio y leía cada página, muy despacio, hasta que casi se hacía de noche. Luego se alistaba y se marchaba.

Capítulo 35

—¿Tienes algún libro favorito? ¿Uno que hayas releído más que cualquier otro? —me preguntó Ada cuando estábamos en el postre.

—Probablemente es *La isla del tesoro* —respondí al tiempo que quebraba la costra de azúcar de mi crème brûlée con la cuchara.

—¿Y por qué ese?

—Bueno, cada vez que lo leo descubro algo nuevo. Cuando era más joven, lo leía solo como un libro de aventuras. Amaba la búsqueda del tesoro de Jim Hawkins; el viaje peligroso. Pero, conforme fui creciendo, la narrativa del *coming-of-age* me pareció más incisiva… el periplo de un joven en su camino de la niñez a la adultez. Y, por supuesto, las dolorosas lecciones sobre la naturaleza humana que aprende en el trayecto.

—Es maravilloso cuando uno encuentra una conexión tan profunda con un protagonista —comentó Ada.

—Más que eso —dije riendo—. ¡Yo quería ser Jim Hawkins! ¿Y qué hay de ti?

—¡Ah! —exclamó—. Supongo que siempre tuve debilidad por Dante Gabriel Rossetti.

—¿En verdad?

Su respuesta me sorprendió. Esperaba que dijera Jane Austen o Charlotte Brontë.

—Sí. En realidad, su poesía me vuelve loca desde que estaba en el primer año de universidad. —Sonrió como el gato de Cheshire—. ¿Puedo contarte un pequeño secreto, Harry?

—Por favor. Soy todo oídos.

—He estado trabajando para obtener un libro de su poesía que alguna vez fue propiedad de lord Frederic Leighton, un barón, pintor,

amigo y benefactor del mundo artístico y bohemio londinense. En particular de los prerrafaelitas. Una de las amigas de su hermana fallecida, Emilie Barrington, encabeza una campaña para hacer que conviertan su antigua residencia en Mayfair en un museo. Y ahora está considerando vender ese libro como parte de sus esfuerzos para recaudar fondos.

—Despertaste mi curiosidad —dije. Quería que me compartiera más información—. ¿Lo comprarás para que lo venda Quaritch o para tu propia colección?

Su rostro se ensombreció un poco.

—Dudo que algún día mi sueldo me permita adquirir un libro tan especial. Pero pensé que podía darme una idea de cuánto dinero quiere la señora Barrington antes de informarle a Bernard Alfred de mi interés en comprarlo.

—Una estrategia inteligente. ¿Cuándo te reúnes con ella?

—Este domingo en la tarde.

Mi corazón dio un vuelco. Eso era apenas en dos días.

—¿Quizá necesites a un chaperón?

Pensar en desperdiciar cualquier oportunidad de pasar tiempo con Ada mientras estaba en Londres me parecía imposible.

—¿Acaso ahora soy como el libro enjoyado? —preguntó bromeando.

—Una joya, sí —insistí—. Pero mucho más valiosa que cualquier libro.

Tomó un bocado de su crème brûlée.

—Una oferta tentadora, señor Widener.

—Ahora debes terminarte tu postre —insistí—. Un poco de tentación es buena.

El sábado pasé la tarde con mis padres. Parecían felices de estar en Londres, aunque al parecer los negocios de mi padre cruzaran el Atlántico con él. Mi madre también se esforzaba por lidiar con la avalancha de telegramas que llegaban.

La inminente boda de mi hermana también requería enormes esfuerzos de planificación intercontinental. Durante el desayuno, mis padres intercambiaban información sobre el evento como si estuvieran en una reunión de la junta directiva de la empresa.

—Ya casi vamos en ciento ochenta y tres invitados para la boda y ni siquiera hemos incluido a nadie del lado de Fitz —se quejó mi madre.

—Dudo mucho que los Dixon se quejen del tamaño de nuestra lista de invitados —comentó mi padre, colocando el periódico de la mañana sobre su regazo—. Fitz Dixon tiene suerte de casarse con nuestra Ellie.

—Cierto. —Mi madre sonrió.

Al levantar su taza, el anillo de rubí en el dedo meñique de mi padre atrapó la luz de la mañana.

—Me alegraré cuando esta boda quede atrás y podamos concentrarnos en asuntos más importantes.

Al parecer, a mi madre le molestó el comentario. Se irguió, echando los hombros hacia atrás.

—La boda de Ellie es importante. Será una noticia de primera plana, querido.

—Cualquiera se puede casar, Eleanor —dijo mi padre con un suspiro—. Que uno de nuestros pura sangre gane en Saratoga o que mi padre adquiera un Gutenberg, esas sí son noticias.

Luego sacudió la cabeza, era evidente que estaba aburrido.

Mi madre volteó a verme en busca de apoyo.

—Fitz es buen partido para Ellie, ¿no crees?

Sonreí. Sabía que la Navidad pasada mi hermana le había pedido a Rosenbach que comprara unos libros de deportes para él, con la esperanza de despertar su interés en coleccionarlos y así forjar un vínculo con nuestra familia.

—Es deportista —respondí—. Y la resiliencia le será muy útil cuando esté casado con Ellie.

—Emilie Barrington es muy inteligente.

La voz de Ada parecía embelesada cuando nos reunimos en Holland Park. Llevaba un abrigo largo color berenjena con ribetes bordados con tonos marrón. Me dio un beso en la mejilla e inhalé la ligera fragancia de lavanda que emanaba su piel.

—Era una amiga muy querida de Alexandra Leighton, la hermana mayor de lord Leighton. De hecho, le encargaron escribir la biografía del lord tras su muerte.

—Muy impresionante…

—Como el lord no tuvo herederos, y Alexandra ya falleció también y la otra hermana murió antes, Emilie se ha dado a la tarea de preservar la casa y el estudio Leighton. No puedo esperar a que estemos ahí. Me han dicho que es como entrar a otro mundo cuando pones un pie dentro.

Y tenía razón. Cuando llegamos unos minutos después a la reja de hierro de la residencia privada de lord Leighton, Emilie Barrington nos dio la bienvenida. Era una mujer menuda de unos setenta años. Su cabello gris estaba sujeto en un chongo impecable; su vestido era negro y solemne.

Pasamos frente al recibidor de paneles oscuros y por la arcada que en otro tiempo llevaba a la oficina privada de Frederic Leighton.

—Sigo intentando recuperar su antiguo escritorio —se lamentó Emilie, mirando la habitación vacía—. Subastaron todos los muebles después de su muerte, así que ahora mi misión es encontrarlos y devolverlos al lugar al que pertenecen.

Ada y yo nos miramos. Estaba feliz de que me hubiera invitado a compartir esta aventura con ella. Mientras mi madre estaba ocupada eligiendo batas para el ajuar de Ellie y mi padre almorzaba con uno de los ejecutivos de la línea naviera White Star, en la que había invertido recientemente, yo estaba aquí con Ada para intentar convencer a la imponente heredera de estas propiedades de que le vendiera un libro de poesía. ¡Mi día no podía ser más perfecto!

—Vengan… —nos dijo Emilie—. Demos una vuelta antes de hablar del Rossetti.

Nos hizo una seña con la mano y entramos a una habitación que me dejó sin aliento. De piso a techo, la habitación estaba decorada con azulejos azul celeste y marino. Y alrededor del borde del techo abovedado había un friso dorado brillante con imágenes de pájaros y otros animales.

Entramos y nos quedamos boquiabiertos parados en el piso de mosaico, mirando alrededor, mudos ante esa belleza.

—¿No es increíble? —dijo Emilie entusiasmada.

Sentí como si nos hubiéramos transportado a una página de la edición ilustrada de *Las mil y una noches*.

—Los azulejos son importados de Damasco —explicó Emilie—. Pueden imaginar cómo debió de ser esta habitación cuando lord Leighton seguía vivo. Por fortuna, la recuerdo bien —dijo y procedió a describirla—. Había platos de cerámica de Izmir, Turquía. Un pavorreal disecado con plumas resplandecientes en la balaustrada del cubo de la escalera. —Respiró hondo y cerró por un momento sus párpados delgados, como si volviera a ver la casa en todo su esplendor de antaño—. Todas las paredes estaban llenas de varias pinturas. No solo suyas, sino también de muchos artistas talentosos como John Everett Millais, Thomas Armstrong y George Frederic Watts.

—Puedo imaginar lo hermoso que debió ser. Incluso así de vacía como está ahora, es imponente —dijo Ada en un murmullo.

—En verdad lo es —admití.

Cruzamos otra arcada hacia lo que debió de ser la sala.

—Pensé que era importante enseñarles algunas de estas habitaciones —dijo—. Me temo que su estudio en el primer piso es un caos. No apto para visitas. Una gotera en la ventana del techo provocó muchos daños.

—Estoy segura de que aun así podremos encontrar un lugar donde hablar —sugirió Ada con amabilidad.

—Sí —asintió Emilie—. Vamos al jardín y hablemos ahí. Hoy el clima es hermoso, y siempre percibo mejor el espíritu de Frederic cuando estoy ahí afuera, entre los árboles.

Seguí a ambas mujeres al exterior, donde nos sentamos en sillas de hierro forjado bajo las copas de los árboles, llenas de hojas verdes.

—Entonces, están aquí para hablar del libro de Rossetti —dijo Emilie—. Por fortuna, es lo suficientemente pequeño y lo pude traer conmigo. —Abrió su bolso, adornado con un marco de latón, y sacó el libro—. ¿Les gustaría verlo?

Los ojos de Ada brillaron.

—Sí, por favor —respondió extendiendo ambas manos.

El libro era más grande que el Bacon, pero aun así era fácil de cargar. Miré cómo Ada se detenía en la portada. La palabra *Rossetti* estaba impresa en letras de hoja de oro. La encuadernación era casi del mismo color de su abrigo.

—Ábralo —la animó Emilie.

Despacio, Ada lo abrió en la página del título. Ahí estaba escrito: «Para mi amigo Frederic, verdad y belleza, siempre», con la firma garigoleada de Rossetti debajo de la dedicatoria.

Ada tocó el papel. Yo podía sentir cómo su adrenalina aumentaba mientras sostenía en sus manos lo que alguna vez se intercambió entre el artista y el poeta.

—Es un libro especial, como pueden ver —afirmó Emilie—. Sé que ahora Rossetti no goza de tanto favor como alguna vez. Pero los coleccionistas de verdad no se dejan llevar por la moda.

—En efecto —respondí.

No quería decir mucho, porque deseaba que Ada obtuviera el mejor precio, pero lo que Emilie acababa de decir me pareció acertado. Como mi madre acostumbraba decir: «Uno compra no para impresionar, sino lo que en verdad ama».

En silencio, Ada continuó pasando más páginas. Buscaba un poema en particular.

Cuando lo encontró, su rostro irradió tanto brillo como el sol.

—Es este —dijo señalando la página.

Sus ojos se empañaron de alegría y empezó a leer en voz alta:

Yo estuve aquí antes,
no sé decir cómo y cuándo:

conozco el prado detrás de la puerta,
el dulce aroma penetrante,
los sonidos susurrantes,
las luces a lo largo de la costa.
Tú has sido mía antes.

Ada hizo una pausa antes de continuar hasta los últimos versos del poema, pero fue en esa fracción de segundo, cuando sus ojos se clavaron en los míos, que sentí que me estaba comunicando miles de palabras. Sentí amor.

—«Luz repentina» —dijo Emilie, que era el nombre del poema—. Es uno de mis favoritos. Sobre todo ahora que ya estoy en el ocaso de mi vida, me da esperanza de que quizá el amor continúa después de que nos hemos ido.

—Sí, yo quiero creer que el verdadero amor es eterno —dijo Ada.

Pasaron varios minutos en que permanecimos en un silencio respetuoso y los versos del poema seguían flotando en el aire. Escuché en mi oído la voz de Ada recitando las estrofas una y otra vez. Quise comprar el libro yo mismo solo para poder recordarla diciendo estas palabras.

Fue Ada quien acabó por romper el silencio. Le preguntó con delicadeza el precio a la señora Barrington.

Era evidente que Emilie Barrington había pensado en el precio antes de aceptar ver a Ada. Era inteligente y estaba bien informada. Me di cuenta desde el momento en que la vi.

—Doce libras —declaró con voz firme.

A pesar de que, por un breve momento, se conmovió después de que Ada leyera el poema, Emilie ahora se concentraba en cerrar el negocio que tenía entre manos.

Yo sabía que era demasiado. Emilie ya había admitido que los prerrafaelitas ya no estaban de moda. Tampoco había subastado el libro, lo que indicaba que creía que había muy poca demanda pública por él. Lo único que tenía ante ella era a una posible compradora

entusiasta con un apego emocional a la poesía de Rossetti y que quería algo que tuviera grabada su caligrafía.

Ada permaneció sentada en silencio. Me di cuenta de que estaba meditando su respuesta. Me costó mucho trabajo no intervenir y decirle a Emilie que el precio era demasiado alto, pero sabía que no era una adquisición que yo debía negociar. Ada había comprado libros antes y lo había hecho en nombre de uno de los vendedores de libros y anticuarios más importantes en el negocio. No era una novata.

—Eso es más de lo que el señor Quaritch pensaba invertir.

Emilie alzó una ceja.

Yo permanecí imperturbable. Disfrutaba viendo a Ada en acción. Era como observar una partida de ajedrez. Ada no revelaría que en realidad quería el libro para sí misma.

—Me temo que, sencillamente, es mucho —agregó con amabilidad, pero con firmeza.

Si la respuesta de Ada desconcertó a Emilie, no lo mostró.

—Dígame, señorita Lippoldt, ¿cuánto cree que vale este libro de poesía?

Ada se alisó la falta con las palmas. Cuando levantó la cabeza, miró a Emilie directo a los ojos.

—Es invaluable —respondió—. Pero el valor del mercado, bueno… esa es otra historia por completo. —Tras una breve pausa, se dio cuenta de que el juego había empezado—. Mi oferta es de ocho libras.

Es posible que hoy ocho libras no parezcan mucho, pero hubieran sido como ochocientos dólares de hoy. Una cantidad importante, en particular para una joven de la clase trabajadora como Ada.

—Eso es mucho menos de lo que esperaba —dijo Emilie—. Como sabe, el motivo para vender el libro es recaudar fondos para la restauración de esta casa. Mi intención es hacerla un museo que perdure por años y preserve el importante legado de lord Leighton.

—Entiendo. Y valoro que los fondos recibidos se destinen a una causa que vale mucho la pena —respondió Ada—. Sin embargo, ocho

libras es todo lo que puedo ofrecer.

Su profesionalismo era perfecto.

—¿Y usted, señor Widener? —preguntó Emilie volteando en mi dirección. Sus ojos danzaban y, aunque su cabello ya tenía reflejos plateados y su piel estaba arrugada por la edad, sabía coquetear muy bien si le resultaba útil para lograr lo que quería—. Quizá le gustaría tener este libro en su colección.

Respetuoso, rechacé su oferta. La única propietaria de ese libro sería Ada.

Solo que Emilie aún no se había dado cuenta.

Capítulo 36

Salimos del jardín de Leighton House sin el libro de Rossetti. Miré el rostro de Ada en busca de algún indicio que me indicara cómo se sentía.

—Esa Emilie es una verdadera fiera, ¿verdad? —dijo Ada, como divertida con lo sucedido.

—Sí, eso parece. Pero el precio que sugirió era extravagante.

—Así es —admitió Ada—. Quizá solo era una prueba. Sé cuánto pediríamos por él si lo vendiéramos en la tienda. Y dudo que hubiera más que solo unos cuantos interesados por él si lo subastaran.

De nuevo me impresionó. Ada era inteligente, dueña de sí misma e impasible frente a las acciones de otras personas. Si me quedara varado en una isla desierta, ahora con gusto desecharía mi querido ejemplar de *La isla del tesoro* de mi infancia, que siempre dije que sería mi compañero fiel. La quería a ella.

—Es cierto —dije—. Pero sé lo difícil que es renunciar a algo que amas.

Sus dedos enguantados rozaron los míos. Pequeñas corrientes eléctricas recorrieron mi cuerpo luego del breve contacto. Armándome de valor, tomé su mano en la mía y la apreté con delicadeza.

Volteó y me miró. La punta de su nariz estaba rosada por el frío; sus mejillas se ruborizaron.

—Pero no soy tonta —dijo alegre—. ¡Nunca pagaría una cantidad excesiva que está muy por encima del valor del libro!

Reí.

—¡El dilema que todo coleccionista conoce muy bien! Pero ¿vas a darte por vencida, así sin más?

—Todavía es pronto para decirlo. Hablaré con Bernard Alfred para saber si está dispuesto a comprarlo por más de las ocho libras que

sugerí.

Mis dedos estaban ahora cómodamente entrelazados en los suyos.

—¿Y qué hay de ti? Deseas mucho tener ese libro. Déjame negociarlo para ti.

Se alejó de forma abrupta y soltó mi mano.

—Por favor no me subestimes, Harry. Llevo ya tres años trabajando en el negocio de los libros y sé cómo se hacen las cosas. No hubiera ofrecido lo que ofrecí de no tener los fondos para garantizar su compra.

—Por supuesto —dije, sonrojándome.

—Nunca le había dicho esto a nadie —agregó—, pero cuando estaba en Cambridge encontré un tesoro escondido en una de las librerías locales. No era una tienda de anticuario cuyo personal fuera muy conocedor, nada similar a Quaritch. Básicamente vendían y compraban libros de segunda mano que ya nadie quería, libros sobre todo de estudiantes que terminaban la universidad y querían vaciar sus dormitorios. En fin, en una de las cajas encontré una primera edición de la *Celestina* de Charlotte Smith. Creo que solo me costó un chelín. El mes pasado, Bernard Alfred lo vendió en mi nombre por trece libras y me dejó quedarme con diez. Eso es casi lo que gano en dos meses de trabajo en la librería.

Celestina, el título del libro no me era familiar. Sin embargo, era bastante adecuado para que ella lo encontrara.

—¡Qué maravilla! —exclamé—. Ya eres una auténtica coleccionista por derecho propio.

—Bueno, veamos si Emilie me hace una contraoferta —respondió con una sonrisa.

—Sí. —Extendí la mano para volver a tomar la suya y sentí alivio cuando la aceptó—. Como mi madre dice siempre —agregué volteando hacia ella, nuestros rostros, nuestros labios casi tan cerca como para tocarse—, cuando algo es bueno, vale la pena esperar.

Pasamos el resto de la tarde paseando en el Holland Park. Los senderos sinuosos estaban perfumados con el aroma de los sicomoros y los abedules, cuyas hojas incipientes y cortezas húmedas desprendían el perfume de la primavera inminente.

Dejamos atrás el tema de los libros y empezamos a hablar de nuestras familias, de nuestros viajes, de nuestros gustos y aversiones. Me enteré de que amaba los bizcochos de fresa y que su té favorito era el lapsang souchong. Cuando le dije que el mío era el Lipton, estalló en carcajadas.

—Eso no me lo esperaba.

Sus dedos enguantados rozaron su boca para acallar su risa, y sentí unas ganas inmensas de besarla.

—Lo sé —respondí bromeando—. Estoy lleno de sorpresas.

Caminamos varios minutos antes de llegar a una hilera de cerezos que empezaban a florear.

—Estos son mis favoritos —comentó Ada—. Lamento que no vayas a poder verlos cuando florezcan.

No había nadie alrededor. Me aseguré de que no hubiera otras parejas o alguna madre con su bebé en carriola. Estábamos solos por completo.

—Ada —dije a media voz—, ¿puedo besarte?

Sus ojos brillaron bajo el sol de primavera y en su rostro se dibujó una gran sonrisa.

—Claro que sí, señor Widener. Definitivamente puedes.

Capítulo 37

Harry dio un solo golpe. Sí había estado enamorado. Violet estaba exultante. Hasta donde sabía, no había nada escrito sobre el hecho de que Harry hubiera tenido algún amor. Por supuesto, nada de eso hubiera sido un tema en su correspondencia con Rosenbach, Livingston o Quaritch. Sin embargo, en ninguno de los otros materiales que ella conocía en los que se hablaba de él, incluidos los artículos del *Harvard Crimson* publicados en su época como estudiante y los que más recientemente escribió Madeline, se mencionaba a una prometida, una novia o alguien a quien pudiera estar cortejando.

Violet miró el retrato de Harry. Era joven y apuesto, y tenía una expresión de sensibilidad. Tenía sentido que hubiera amado a alguien y que fuera correspondido. Pero ¿quién era ella?

Tras el regaño del señor Berns, tuvo que alejarse del escritorio de Harry y perdió la oportunidad de hacerle más preguntas. No obstante, su mente bullía con todo lo que deseaba saber de él. Su cuerpo cosquilleaba de emoción. En los ochenta años que habían pasado desde su muerte, se habían revelado muy pocos detalles de la vida personal de Harry. ¿Acaso sería ella quien descubriera algo nuevo sobre la historia de Harry Elkins Widener?

Antes de que empezara a transcribir las cartas de Rosenbach para Madeline, Violet había realizado una búsqueda rápida en la biblioteca para informarse sobre Harry. Se dio cuenta de que, mientras que los archivos de la Widener contenían mucho material sobre la construcción de la biblioteca, y una gran cantidad cartas de la señora Elkins Widener donde describía lo que deseaba que el edificio representara, y en las que se comprometía a brindar un apoyo

financiero total, existía muy poco material que permitiera conocer detalles sobre la vida de Harry más allá de su inagotable amor por los libros.

Por lo que Violet había leído en viejas ediciones del *Harvard Crimson*, ahora archivadas en microfichas, Harry había sido miembro del Club Owl y del Hasty Pudding, en donde representó *Los lotófagos* con sus compañeros de la compañía de teatro. Pero no pudo encontrar nada que hiciera referencia a un compromiso matrimonial, ni siquiera un artículo de periódico que mencionara que lo habían visto en un evento social con alguna mujer en particular, como hacían algunas columnas de chismes de la época.

En la edición de septiembre de 1918 de *The Atlantic*, Violet descubrió un homenaje de A. Edward Newton para él. El autor, un viejo amigo y compañero de clase, relataba que Harry una vez le enseñó uno de sus amados tesoros: una copia de *La tarea*, de Cowper, que había le pertenecido a W. M. Thackeray. El aclamado novelista había escrito una dedicatoria: «Un gran propósito en un gran hombre, un gran amor por su madre. Un retrato magnífico y fiel. ¿Acaso un artista podría elegir mejor situación que esta?».

De acuerdo con su amigo, Harry señaló la dedicatoria y dijo:

—¿No te parece un sentimiento encantador? Y aun así dicen que Thackeray era un cínico y un esnob.

Nadie, absolutamente nadie que haya indagado sobre Harry o Eleanor Elkins Widener negaría que madre e hijo eran cercanos. Después de todo, ella había creado un monumento al estilo del Taj Mahal para su amado hijo tras su muerte, con lo cual se aseguró de que su nombre estuviera para siempre relacionado con los libros. Sin embargo, ¿hubo alguna vez alguien que hubiera conquistado el corazón de Harry?

Cuando Violet abrió la pesada puerta de madera, el aire de otoño con olor a maple le llenó el olfato: se sintió revitalizada. No le comentaría nada a sus compañeras de departamento sobre lo que acababa de suceder en la sala conmemorativa. Pensarían que estaba

loca; quizá incluso llamarían a los servicios de salud, genuinamente preocupadas. Tendría que descubrir por su cuenta otra forma de hacerle más preguntas a Harry y ver si él podía responderle.

Al entrar al patio interior vio a Theo, quien caminaba con una enorme calabaza con un tallado muy elaborado. Él también debió de haberla visto, pues la llamó cuando ella se acercaba a la reja principal.

—¡Vi! —gritó

La chica se detuvo y esperó a que él se acercara.

—Hola —la saludó—. Pensé que eras tú.

—¿Estás entregando calabazas de Halloween? —preguntó Violet señalando la que tenía en los brazos.

Hugo se rió.

—¿Esto? Bueno, me encargaron que hiciera la «casa del terror». Vamos a tener una fiesta de Halloween en el Owl el viernes en la noche. Deberías darte una vuelta.

Violet esbozó una leve sonrisa. No estaba segura de querer asistir a otra fiesta en el Owl.

—Vamos —insistió—. Es una fiesta de disfraces. Va a estar divertida. Todas tus compañeras de departamento estarán ahí.

—Agradezco la invitación. En serio. Solo que es muy difícil.

—¿Me prometes que lo pensarás? —propuso sonriendo. Luego levantó la calabaza en su dirección—. No me gustaría que todo mi esfuerzo fuera para nada.

De no haberse cruzado con Theo, Violet hubiera olvidado por completo que faltaban solo dos días para Halloween. Era cierto que hacía ya varias semanas que las tiendas en Harvard Square estaban llenas de duendes y brujas, pero los adornos naranja y negro de la temporada había perdido su atractivo rápido. Muy pronto pondrían pavos de cartón y sombreros de peregrino, y el día de Acción de Gracias significaría que era momento de volver a casa unos días, donde se sentaría a la mesa con sus padres y trataría de fingir que ya se había recuperado de la muerte de Hugo y que había vuelto a ser la hija feliz de antes.

Era extraño pensar que, apenas el año pasado, ella y Hugo estaban acurrucados en el dormitorio del chico, él rodeándola con sus brazos mientras pensaban de qué disfrazarse para la fiesta anual de Halloween en el Owl. Violet sugirió que de Lucille Ball y Desi Arnaz, pensando que, con su cabello pelirrojo y los rizos espesos de Hugo, ya tenían la mitad del disfraz. Estaba segura de que podría encontrar un vestido de lunares en la tienda de segunda mano del Ejército de Salvación.

—Quizá es demasiado obvio —dijo Hugo, acariciándole el interior del brazo—. Podemos hacer algo mejor.

—Solo te digo que yo no voy a ir de sirvienta francesa ni de Gatúbela si tú vas de Batman, ¿okey? —dijo bromeando y acurrucándose más contra su pecho.

Él sabía que Violet tenía más bien el tipo de chica buena y no de *femme fatale*.

—Me dejé llevar por lo del pelo rojo. Es una cosa menos que comprar para el disfraz —explicó la chica.

Hugo rio.

—Bueno, podemos tomarlo en cuenta.

El chico miró hacia el librero. El libro de poesía de Dante Rossetti que ella le había regalado en su primer aniversario estaba justo al lado de su libro de texto de Ciencias Políticas.

—Siempre he dicho que eres mi Elizabeth Siddal.

Violet sonrió. Podrían disfrazarse de Rossetti y Siddal. Ella era la musa del poeta y también su amada. Sería perfecto.

—Claro, es excelente —exclamó—. Y en verdad nos representa.

—Sí. Solo nosotros podríamos ser ellos.

—Tal vez sería mejor hacer énfasis en las dotes de Rossetti como pintor, más que como poeta. Eso podemos explotarlo mejor.

Violet ya había empezado a imaginar cómo aprovechar esa combinación. Podía ver sin dificultad a Hugo con sus rizos oscuros, como los de Byron, enmarañados, una bata blanca de artista con algunas manchas de pintura y un pincel en el bolsillo lateral. Sin embargo, no lo imaginaba con una paleta y un pincel en las manos

durante toda la fiesta. Desaparecerían en cuestión de minutos para ser reemplazados por un vaso desechable con cerveza tan pronto como sus compañeros lo recibieran en la puerta.

—Y tú puedes vestirte como Siddal en uno de los retratos que hizo de ella —dijo él.

—Sí.

Media docena de imágenes pasaron rápido por su mente.

Al final, eligió el retrato de Siddal que Rossetti había pintado en 1859, Bocca Baciata. Violet se soltó el pelo y lo dividió por la mitad, luego se puso una peineta dorada en un lado y una flor blanca de seda en el otro. Encontró una túnica verde botella en una tienda de segunda mano y la adornó con un collar dorado. A diferencia de Hugo, ella no necesitaba tener ambas manos libres durante la fiesta, por lo que no tuvo ningún problema en cargar la granada durante toda la noche para dar la idea de que acababa de salir del lienzo de Rossetti.

Ahora, le pareció extraño recordar que esa noche Hugo mencionó que era una lástima que el famoso retrato para el que Siddal posó como Ofelia —ahogada y flotando en un río, con un ramillete de flores coloridas en una mano— no fuera obra de Rossetti, sino de su amigo John Everett Millais.

—Esta noche hubieras sido una Ofelia magnífica —había dicho.

Pero ahora Violet sintió escalofríos al pensar en la trágica imagen de la chica ahogada en el agua. El presagio de que uno de los dos perdiera la vida en el agua le parecía insoportable.

Ese viernes en la noche, Violet no dedicó ni un segundo a pensar si iría o no a la fiesta de Halloween del Owl. Mucho menos pensó en un disfraz. Las pocas horas de tiempo libre que tuvo esa semana, después de terminar sus tareas y hacer el trabajo para Madeline, las pasó en la biblioteca buscando libros sobre las diferentes maneras en las que a lo largo de los siglos, los médiums se habían comunicado supuestamente con el mundo espiritual. Se instalaba junto a la mesita auxiliar del área común con sus libros sobre fantasmas, sesiones victorianas y la historia del ocultismo. Los relatos que hablaban de experiencias tipo ouija en las que los espíritus se apoderaban de un puntero móvil para señalar una a una las letras de sus respuestas eran los que más habían

llamado su atención. Si pudiera hacerle preguntas específicas a Harry, como el nombre de la mujer de la que se había enamorado, quizá él podría deletrearlo.

Uno de sus descubrimientos más fascinantes hablaba de un fantasma que estaba muy cerca de su hogar en Harvard. Le sorprendieron varios artículos del *Harvard Crimson* que hablaban de que los estudiantes creían que la Casa Lowell estaba embrujada con el fantasma de Amy Lowell, la famosa poeta y hermana del expresidente de Harvard Abbott Lawrence Lowell, quien estuvo a cargo de la universidad en la época de Harry. Aunque era una ávida lectora y una estudiante apasionada, su padres, con creencias conservadoras, le prohibieron asistir a la universidad. El periódico afirmaba que, a lo largo de los años, tanto estudiantes como docentes declararon haber presenciado apariciones de Amy flotando en los pasillos e incluso haber percibido el tenue olor de los cigarros que a ella le gustaba fumar.

Violet ya no pensaba que estuviera alucinando que el fantasma de Harry quería comunicarse con ella. A lo largo de los años, numerosos alumnos y profesores de Harvard reportaron, antes que ella, sus propios encuentros con espíritus del otro mundo. En su exhaustiva investigación, incluso encontró artículos escritos por el filósofo y psicólogo del siglo XIX, también alumno de Harvard, William James, quien dedicó gran parte de su vida a explorar la existencia de lo paranormal. Violet pasó una hora leyendo sobre las experiencias de James tras la muerte de su hijo, Herman. La desolación que sintió al perder a su hijo incitó a James a buscar la orientación y el consuelo de una médium famosa llamada Leonora Piper.

Si bien al principio era escéptico, William James acabó creyendo que Piper tenía el verdadero don de comunicarse con los muertos. «Sabía cosas que era imposible que supiera sin la ayuda de alguien del otro mundo», escribió.

Cuando James fundó la Sociedad Americana de Investigación Psíquica en 1910, la comunidad académica de Harvard no solo no ignoró sus solicitudes ni su curiosidad por el ocultismo, sino que estuvieron abiertos a sus hallazgos y lo apoyaron.

Lo único que Violet deseaba era que el ambiente actual fuera igual de abierto. Tal como el escepticismo de Lara y Jenny había mostrado en la cafetería, sabía que la mayoría de la gente pensaría que se había vuelto loca.

En el momento en el que se disponía a abrir otro libro, la puerta se abrió de par en par, y Lara y Jenny entraron. Violet no se sorprendió al ver que Lara llevaba un disfraz de sirvienta francesa, con la falda muy corta y un plumero en la mano, y que Jenny iba vestida con un *body* negro de licra, acompañado con unas orejitas de gato en la cabeza, bigotes dibujados en las mejillas y una cola pegada al trasero.

—¿No vas a venir esta noche? —preguntó Lara con impaciencia.

—No. No estoy de humor. Me voy a quedar aquí a leer.

—Anda —se quejó Jenny—. Halloween es la noche perfecta para salir. Quizá tengas suerte y hasta veas a tu fantasma de la biblioteca.

Cuando Sylvia entró a la sala común, Violet seguía leyendo, vestida con sus pantalones deportivos y su sudadera. Eran casi las diez de la noche y la chica creyó que ya no vería a sus compañeras durante varias horas. Era común que las fiestas del Owl acabaran cerca de la una de la mañana.

—Regresé para ver cómo estabas —dijo Sylvia desplomándose en una de las sillas.

—Gracias, estoy bien —respondió Violet alzando la vista del libro.

Sylvia estaba vestida con una gabardina sobre la pijama.

—Sal un poco. No es bueno que te quedes todo el tiempo encerrada. Siempre estás en clase o en la biblioteca. —Miró el material que leía Violet—. ¿Qué es eso?

Extendió un brazo y tomó la fotocopia que Violet había sacado de uno de los artículos que James había escrito en 1910 para la Sociedad

Americana de Investigación Psíquica. Junto a él, había un libro cuyo título rezaba: *Espiritualismo e investigación psíquica en Inglaterra*.

—Solo estoy investigando un poco —dijo Violet.

Su respuesta fue deliberadamente vaga.

—¿Para un ensayo?

—Todavía no estoy segura. Tal vez.

Sylvia cambió de posición. Se echó hacia atrás y se removió un poco para liberar los pliegues de su gabardina.

—Ponte algo y ven, Vi. Vamos.

—Okey, está bien —respondió cerrando el libro—. Pero solo como una hora, y no me voy a poner un gran disfraz ni nada.

—Yo no te voy a decir nada. —Sylvia abrió su gabardina y señaló su pijama rosa—. Si alguien me pregunta por mi disfraz, soy una mezcla de exhibicionista, detective y madre agotada que acaba de dejar a su hijo en la guardería.

Violet se rio. Sylvia había establecido tan bajo el nivel del disfraz que no pudo oponerse.

Capítulo 38

Una guirnalda de brillantes luces naranja adornaba la fachada georgiana de ladrillo de la Owl House. En lo alto de la escalera principal, dos calabazas talladas flanqueaban la puerta negro azabache.

Al acercarse al edificio, Violet miró de reojo el perfil de Sylvia. Incluso en ese disfraz descuidado, su belleza era innegable. Tenía el cabello castaño y espeso, y la silueta alta y esbelta de una amazona. Su piel estaba impecable y su sonrisa, de dientes blancos perfectos, era deslumbrante. Cuando sonreía, iluminaba toda la habitación.

Alguna vez Hugo comentó que debido al estricto código del Owl, que establecía que cada miembro masculino podía tener una sola invitada femenina, pocas veces se veían chicas feas en el lugar. Para la mayoría de las alumnas en el campus, obtener una invitación a una de estas fiestas se consideraba un triunfo social. Al estar ahí, Violet padecía el síndrome del impostor, incluso cuando estaba con Hugo y él la llevó al club después de que lo «bautizaran» oficialmente, como decían para referirse al proceso de iniciación en el que daban preferencia a los hijos de las mejores familias protestantes blancas anglosajonas, a los atletas y a aquellos cuyos padres y abuelos habían sido miembros. Ella no compartía nada con ninguno de los otros miembros, salvo que asistían a la misma universidad. Fuera de eso, era como si hubiera llegado de Marte.

Violet sabía que Jenny y Lara jamás rechazarían una invitación al Owl. Para ellas era un orgullo que las invitaran y harían cualquier cosa para asegurarse de permanecer en esa selecta lista de invitados. Parecía que a Sylvia no le preocupaba tanto; Violet pensaba que se debía a que Sylvia tenía otras aspiraciones más allá que solo salir con

jóvenes populares en el campus o con los que tenían las mejores posiciones sociales. Ella sería médico como sus padres y, debido al rigor de las clases de pregrado, jamás hubiera tenido el tiempo o la disposición mental para dedicarse a la tarea oportunista de ser trepadora social como lo hacían Jenny y Lara.

Cuando Violet y Sylvia se acercaron a la entrada del club, Theo iba saliendo.

—Hola. —Les echó un vistazo rápido a sus disfraces—. ¿Se supone que son asaltantes de bancos con flojera o algo así?

Violet se rio.

—Dime cuántas Gatúbelas y sirvientas francesas hay ahí adentro. Sé que, con Lara y Jenny, al menos ya tienen un par. Queríamos hacer algo original.

—Pues sin duda lo lograron —respondió.

Él iba vestido con un traje morado de terciopelo y llevaba una peluca rubia y unos lentes oscuros enormes.

—¿Y tú quién se supone que eres? —pregunto Sylvia con una enorme sonrisa—. ¿Elton John?

—Casi le atinas, Syl. Pero yo pensaba en David Bowie.

—Ah, muy bien.

—Hice mi mejor esfuerzo.

Theo les abrió la puerta y entraron.

—Vi, Syl, ¡vinieron!

Violet escuchó el inconfundible gritito de Jenny que las recibió en el vestíbulo. Su rostro estaba sonrojado por el alcohol. Un mechón rubio se había soltado de su cola de caballo, y la corta crinolina debajo de su disfraz de satén negro se le había levantado y su trasero quedaba al descubierto. Tomó la mano de Violet y estalló en carcajadas.

—¿Qué con esas gabardinas? —Su risa recorrió toda la sala—. ¿Son un par de cazafantasmas?

De inmediato empezó a interpretar desentonada la canción principal de la película y luego hizo gestos como si les disparara a fantasmas imaginarios en el techo labrado y en el rincón del vestíbulo.

—Vamos, Jen —dijo George Finney, uno de los amigos de canotaje de Hugo, acercándose a ella y pasando un brazo por su cintura—. Creo que alguien ya bebió demasiado.

—¿Sabías que Vi piensa que el fantasma de Harry Widener intentó comunicarse con ella en la biblioteca? —Estalló de nuevo en carcajadas y luego le dio otro sorbo a su vaso.

George les dirigió una sonrisa forzada a Violet y Sylvia, y se llevó a Jenny al piso de arriba; unas plumas de su plumero se desprendieron y flotaron en el aire.

—Lo siento —se disculpó Theo—. Supongo que es difícil encontrar un buen servicio de limpieza en estas épocas —bromeó—. En fin, ¿les puedo ofrecer algo de beber?

Lo siguieron al bar, donde había una enorme ponchera plateada. Uno de los miembros servía con un cucharón la bebida especial de esa noche, que era color rojo brillante y humeaba debido al hielo seco que flotaba en su superficie.

Theo le dio un vaso a cada una y luego se sirvió otro para él.

Cuando se disponían a subir a la sala de billar, escucharon otra vez el inconfundible chillido de Jenny. Esta vez no era de risa, sino un verdadero grito de angustia.

—¿Qué demonios?

Theo se asomó para tratar de averiguar qué había ocasionado todo el caos. Un grupo de gente aún disfrazada había retrocedido hasta el pasillo. Segundos después, Jenny bajó la escalera, histérica. Estaba cubierta por completo de yeso blanco.

—¿Qué pasó? —le preguntó Theo a George.

—Un pedazo del techo se le cayó encima, así nada más. Todo el yeso se desplomó sobre su cabeza. También se está saliendo agua por una tubería… —George hablaba tan rápido que era difícil entenderle.

Justo cuando parecía que el caos no podía empeorar, empezó a sonar la alarma de incendios.

La policía del campus de Harvard llegó en cuestión de minutos, seguida de los bomberos. Tenían que asegurar la integridad estructural

del edificio, y el personal de mantenimiento debía reparar la fuga. Se llevaron a Jenny a la enfermería en un carrito del campus.

Sylvia y Violet se las ingeniaron para salir ilesas.

—Las acompaño a su Casa —dijo Theo, que salió para reunirse con ellas—. No quiero que les pase nada ahora que parece que nos visitó nuestro propio fantasma enfurecido —agregó para bromear.

Violet no contestó. Sabía que podía ser una coincidencia que todo el yeso le cayera solo a Jenny, o quizá era simple mala suerte. Pero no pudo combatir el deseo de que en verdad Harry la estuviera cuidando, de que quisiera enviarle a Jenny su propio mensaje.

Capítulo 39

Quería mantener segura a Ada, protegerla. Amaba todo de ella. Amaba su voz. Amaba su inteligencia, cómo su mente parecía estar siempre activa, cómo la alimentaba la curiosidad. Admiraba su conocimiento, no solo sobre temas relacionados con los libros, sino también sobre la gente y el mundo. Aunque se crio en un pueblo al este de Londres, no era una mujer sobreprotegida o ingenua; era una mezcla de sofisticación y dulzura. Deseaba besarla por siempre.

Estábamos parados en el frondoso Holland Park, las urracas y los zorzales piaban en las alturas y por un momento todo se detuvo.

—Ada —dije su nombre una vez que mis labios se separaron de los suyos—. Llevo toda la tarde pensando en hacer esto.

—¿Solo la tarde? —bromeó.

Sentí cómo se calentaba mi cuello bajo la ropa.

—La verdad, desde Nueva York —dije riendo.

Levantó su mano enguantada para cubrirse la boca, pero alcancé a ver su sonrisa.

—Yo también.

La alegría me inundó. Sus palabras repicaron en mis oídos. Amor. Así se sentía. Lo había leído en innumerables páginas. Lo había escuchado en las letras de las canciones y los versos de los poemas. Pero ahora finalmente lo entendía.

Pasé la mano a lo largo de su manga y sentí su brazo bajo la tela. Hasta lo que no podía ver me parecía hermoso.

—Me gustaría que tuviéramos el parque solo para nosotros —dije.

—Casi parece como si lo tuviéramos —murmuró agachando la cabeza.

—Casi parece que tú eres mi secreto más profundo.

Toqué su mano enguantada de nuevo.

—¿Tienes otros?

—Solo otro —confesé—. Hice que pusieran un cajón oculto en el escritorio de mi casa. Se abre gracias a un pequeño mecanismo que se activa en la esquina izquierda, debajo del borde superior. Solo tienes que encontrarlo con la uña. Únicamente yo sé que existe. —Una brisa fría sopló sobre nosotros—. Y ahora tú.

Parecía encantada de saber algo que nadie más sabía.

—¿Y qué guardas ahí?

—Me temo que te vas a decepcionar.

—No lo haré. Lo prometo. Dime.

—Un ejemplar de *La isla del tesoro*.

—Ah… Jim Hawkins —bromeó.

—¿Te dije que quiero ser él en otra vida?

—Pero ¿por qué lo guardas ahí? Incluso si es una primera edición. Seguramente hay libros más raros y valiosos qué esconder, ¿no?

Negué con la cabeza.

—Puede sonar absurdo, pero es el libro que me robó el corazón. Es el libro por el que quise ser coleccionista. El tomo que guardo en el cajón no es una primera edición ni siquiera una edición rara. Es solo el ejemplar que leí de niño.

—Ah —exclamó, y su sonrisa brilló como los rayos del sol sobre el agua—. En ese cajón guardas tu corazón.

—Una parte diferente —insistí. Habíamos dejado de caminar. Tomé su mano en la mía otra vez, pero ahora la apreté un poco más—. La mayor parte de mi corazón está aquí contigo.

Su mirada respondió por ella. Sin más palabras que decir, supe que sentía lo mismo. Dejé que el silencio nos envolviera.

Seguimos paseando por el parque, y todas las personas que se cruzaron en nuestro camino desaparecieron.

Llegamos a una banca de piedra y decidimos sentarnos. Muy pronto, nuestra conversación volvió al libro de Rossetti.

—¿Estás ansiosa por volver a comunicarte con la señorita Barrington? —pregunté.

Sabía que antes para mí hubiera sido muy difícil pausar así la negociación de un libro que deseaba tanto tener.

—Es sábado, y la adquisición de un libro de poesía de Rossetti no es lo suficientemente importante como para molestar al señor Quaritch en fin de semana. Sé que esto tendrá que esperar hasta el lunes.

—Muy bien —dije—. Entonces, ¿de verdad no hay nada que podrías estar haciendo además de estar conmigo?

—Siempre hay algo que hacer, señor Widener —respondió juguetona.

—Pero seguro debes de tener hambre. Ninguno de los dos ha almorzado.

—¿Me estás invitando a algún lado? —dijo alzando las cejas.

—Ya aceptaste mi invitación para cenar esta noche. —Sonreí—. ¿Sería muy atrevido pedirte también que almuerces conmigo?

—¿Qué hora es?

Miré mi reloj de pulsera.

—Casi las tres.

—Ya no es hora del servicio del almuerzo. Pero por aquí hay muchos lugares donde podemos tomar el té.

Comimos bizcochos y sándwiches como tentempié. Dejé que mi té se enfriara mientras Ada hablaba de los libros que habían moldeado su infancia, desde *Margaritas y gotas de lluvia* hasta los cuentos de hadas que tanto amaba, muy parecidos al que le envié después de su visita a Nueva York. Yo la escuchaba absorto.

—¿Y cuál era tu favorito cuando eras niño? —preguntó.

No tuve que pensarlo mucho para responder.

—*Un jardín de versos para niños* —dije—. Cada noche, mi madre se sentaba en mi cama y me leía uno de los poemas.

—Ah, ¿entonces fue ahí donde empezó tu romance literario con Robert Louis Stevenson?

—Supongo que las semillas de todo gran amor se sembraron en algún lugar —confesé—. El mío empezó en mi recámara de bebé, cuando tenía a mi madre solo para mí. Sin sirvientas, sin niñeras. Solo ella y yo, con un libro entre nuestras manos.

—Continúa —insistió—. Quiero saber más.

—Bueno… —Dejé salir las palabras despacio—. Mi madre no era una mujer a quien le gustara jugar o llevarme a dar largos paseos, como podrás imaginar. Pero amaba los libros y amaba leer para mí cuando era niño. Conforme pasaba las páginas, hacía que las palabras cobraran vida. Su voz se transformaba. El tono rígido y patricio que utilizaba en las habitaciones formales de la casa cambiaba por completo. La única manera en la que podría describirlo es diciendo que se suavizaba. —Hice una pausa—. Era como si la madre que conocía fuera de mi recámara estuviera tallada en mármol, pero la que me sentaba en su regazo para leerme era suave como la franela.

—Qué hermoso —comentó Ada—. Mi padre era quien me leía. Esos son los recuerdos que más aprecio ahora que ya se ha ido.

—Lo siento —dije—. No sabía.

—Está bien —respondió sin darle importancia—. Todavía tengo los libros que leíamos juntos. Él está ahí, entre las páginas.

Nuestras teteras estaban vacías y casi nos habíamos terminado los sándwiches y los bizcochos.

—Creo que debería regresar a casa antes de nuestra cena de esta noche —Ada miró el reloj sobre la chimenea del salón de té.

—Entonces, ¿mando el coche para que te recoja a las siete? —pregunté.

—Eso sería maravilloso —respondió, luego se puso de pie y alisó los pliegues de su falda.

Pagué la cuenta, salimos a la calle y esperamos a que llegara un taxi.

—Puedo irme sola —dijo mientras el portero abría la puerta del coche.

—De ninguna manera —insistí.

—Te aseguro que no corro ningún peligro si me voy sola. Lo hago todos los días.

—Ese no es el tema —respondí y me metí al carro, sentándome a su lado—. Solo quiero pasar unos minutos más contigo.

—Harry, el caballero —bromeó sonriendo mientras miraba por la ventanilla.

El sol de la tarde había sido reemplazado por nubes.

—Al 54 del Bayswater Road, por favor —le informó al conductor.

En el asiento trasero del taxi, deseé no tener que pasar ni un solo segundo sin ella entre ese momento y la cena. Faltaban unas cuantas horas para nuestra reservación, pero, si hubiera podido avanzar el tiempo, sin duda lo habría hecho.

No podía esperar.

Capítulo 40

Debo decir que cuando llegamos, me di cuenta de lo modesta que era la vivienda de Ada. La casa de huéspedes en Bayswater Road no estaba deteriorada, pero su sencillez no correspondía con el tipo de alojamiento que Ada se merecía.

—No se parece nada a Lynnewood Hall —dijo sonriendo cuando el taxi se detuvo enfrente.

Recordaba mi dirección por nuestra correspondencia, y ahora la magnificencia que evocaba ese nombre me hizo estremecer.

—«Casa de Huéspedes de la señorita Tatum» —dije leyendo la placa que estaba al frente—. Es mucho más hermosa, porque tú la engalanas con tu presencia —le aseguré.

—Un hombre con el don de las palabras. —Me dio unas palmaditas en la mano—. Nos vemos a las siete —agregó cuando el conductor le abrió la puerta.

—Te estaré esperando en el coche —prometí.

Conforme el taxi avanzaba por las calles de Londres para llevarme a la opulencia del Ritz, sentí que una extraña soledad se apoderaba de mí.

Nunca fui del tipo de los que se lamentan por estar solos. Me sentía bastante cómodo en mi soledad. En Harvard, mi compañero de departamento, Ed, siempre se burlaba de mí por mi propensión a pasar demasiado tiempo metido en los libros, en lugar de aprovechar todo lo que Cambridge tenía que ofrecer. Por el contrario, él asistía a todos los partidos de polo, de beisbol y, por supuesto, a todas las veladas a las que lo invitaban. Pero para el segundo año, cuando solo tenía dieciocho, Ed superó todas sus correrías del pasado: ¡abandonó la escuela para fugarse con una mujer cinco años mayor! No me sorprendí mucho cuando la historia se publicó en los periódicos y creó

un escándalo del cual escribieron en todas las columnas de chismes. La verdad es que más bien me sentí aliviado. Como resultado de su partida precipitada pude tener la suite de Westmorly Court solo para mí.

Aunque encontraba el tiempo para jugar billar con mis compañeros del Owl o para actuar en obras de teatro junto con mis amigos del Hasty Pudding, una parte de mí siempre anhelaba estar solo.

Sin embargo, ahora, mientras caminaba por el piso de mármol del vestíbulo del hotel, animado y lujoso, me atravesaba una profunda sensación de vacío porque Ada no estaba conmigo.

—¡Harry!

Mi madre tocó a mi puerta tan pronto como entré a la habitación adyacente a la suite de mis padres.

Abrí y entró dando unos pasos eufóricos. Su cabello color ceniza estaba recogido en un elegante chongo; en los espesos mechones se hundían peinetas de carey y concha nácar. Llevaba un vestido azul pizarra y de su cuello colgaban sus magníficas perlas.

—¿Cómo te fue hoy, querido? —Me besó en ambas mejillas y pude oler su perfume: una combinación de gardenia y rosa.

—Ajetreado.

—¡Cuéntame!

—Fui en una expedición en busca de un libro de poesía de Gabriel Rossetti.

—¿Rossetti? No sabía que te interesaba…

—Es nuevo —respondí.

Fui deliberadamente vago. No quería que mi madre me hiciera preguntas que sin duda acabarían en un interrogatorio sobre la posición social de Ada; sabía que la respuesta jamás sería de su agrado.

—Casi no has estado con nosotros en este viaje —dijo caminando despacio por la habitación hasta que se sentó en una silla con tapiz de terciopelo—. ¿Vas a cenar esta noche con Quaritch?

Odiaba mentirle a mi madre. La amaba mucho. Teníamos un vínculo que a veces me parecía que era más fuerte que el que tenía con

mis hermanos. Mi hermano menor, George Jr., y mi hermana, Ellie, disfrutaban las exhibiciones ecuestres y las carreras de caballos, y a menudo se les podía encontrar en los establos de la familia. Pero a mi madre no le interesaba mucho la vida ecuestre; prefería coleccionar sus objetos hermosos y soñar con su siguiente aventura. Cuando quise unos ex libris para mi biblioteca, los mandé a hacer a Londres con el famoso artista Walter Crane y me aseguré de seleccionar una figura que se pareciera a mi elegante madre, sentada junto al portillo de un barco con un mapa del mundo detrás.

Así que esa tarde no mentí. Solo le conté una historia.

—¿Sabías que el señor Quaritch me pidió que, durante nuestro viaje de regreso a casa, fuera el chaperón de un libro muy especial que acaban de venderle a un comprador neoyorquino? Es una edición enjoyada del *Rubaiyat*, de Omar Khayyám. Contiene más de mil gemas, y nueve metros cuadrados de hoja de oro decoran sus páginas. Es una edición mucho más extravagante que el ejemplar encuadernado en piel verde que tienes en casa.

—Eso suena más a joyería que a un libro. —Se tocó el cuello—. Pero qué maravilla que te haya elegido a ti para cuidarlo.

—Creo que enviará a alguien de su propio personal en el *RMS Titanic*. Yo solo seré un refuerzo para garantizar que esté seguro. Sin embargo, me siento honrado de que pensara en mí.

—Tu padre le aconsejaría que contratara un seguro. Es lo más razonable.

—Por supuesto —respondí jalando una silla para sentarme a su lado.

Una gran cantidad de rayos de sol atravesaba las cortinas de gasa. Mi madre tenía cincuenta años. En las finas arrugas de su rostro se quedaba atrapado un poco de su maquillaje, pero sus ojos tenían mucha vitalidad y brillo. A pesar de la riqueza y la formalidad de la vida en la que se había criado y de la que siguió disfrutando al casarse con mi padre, era evidente que ansiaba la aventura.

A menudo, sentía que me veía como a un personaje en una historia marcada por un entusiasmo que ella disfrutaba desde fuera, pero del que no podía participar. Su vida sin duda estaba rodeada de lujos, pero no tuvo más opción que casarse con un hombre rico y respetar en todo momento el orden social de las cosas. Cuando yo leía sobre el amor en alguno de mis libros favoritos, nunca relacionaba ese concepto con el matrimonio de mis padres a pesar de que sabía que debían amarse profundamente, ya que no dormían en recámaras separadas en Lynnewood Hall, a diferencia de mis tíos y mis abuelos, quienes tenía habitaciones diferentes. No obstante, aun así su unión era una alianza que las páginas de sociales celebraban y que sus respectivas familias elogiaban; familias que, por cierto, ya tenían una relación de negocios y de amistad, así como una riqueza desorbitada.

Así, su matrimonio no exigía tener que vencer obstáculos en nombre del amor, como Romeo y Julieta. Era una relación fundada en el afecto, pero también edificada con ladrillos de oro.

Si le hubiera dicho a mi madre que iba a cenar con Ada, su primera pregunta no hubiera sido «¿Por qué te gusta?» o «¿A qué se dedica?», sino «¿Quiénes son sus padres? ¿Dónde vive?».

Yo apenas había visto la fachada de la casa de huéspedes de Ada y solo conocía algunos fragmentos de su infancia en Suffolk. No sabía más cosas como para responder a ninguna de las inquietudes más mundanas de mi madre. Ada y yo estábamos unidos por algo que trascendía esos asuntos. Al parecer, la atracción entre un hombre y una mujer era tan misteriosa y absorbente como la atracción que sentía un coleccionista por un libro en particular, en detrimento de otros. Desafiaba la lógica. Se transformaba en obsesión. Esa era la definición de la pasión misma.

Llegué a Bayswater Road cinco minutos antes de las siete, y Ada ya me estaba esperando afuera. Llevaba un vestido negro de encaje y su cabello castaño rojizo formaba un rizo detrás de su largo cuello de alabastro.

El chofer le abrió la puerta y Ada se sentó a mi lado. Su perfume, tan diferente a la fragancia de rosa y gardenia de mi madre, olía a lavanda y salvia.

—Buenas noches, señorita Lippoldt —dije mirándola.

Era incapaz de no sonreír siempre que estaba en su compañía.

—Buenas noches a usted, señor Widener —respondió.

Sus dientes brillaron como perlas.

—A la calle Regent —le dije al chofer.

—¡Sí, señor! —respondió desde el asiento delantero.

Avanzamos por Londres y la noche se extendía ante nosotros. No podía esperar a ver cómo sería nuestro siguiente capítulo juntos.

Capítulo 41

Violet había comenzado la mañana con un poco de tragedia inesperada. Al llegar a la Widener, dos agentes de la policía de Cambridge estaban en el vestíbulo, conversando con Madeline. Al parecer, el «vándalo de libros» había atacado de nuevo. Una estudiante de posgrado descubrió que le habían arrancado páginas a uno de los libros que tenía en su cubículo de estudio; además, en la guarda habían garabateado un mensaje preocupante. Al parecer, el culpable había escrito con plumón indeleble negro: «No pararé hasta que las voces en mi cabeza me digan que lo haga».

Cuando Violet pasó frente a Madeline en el patio interior, advirtió lo angustiada que estaba. Más tarde, cuando tuvo un tiempo a solas con ella, descubrió que Madeline había sido quien llamó a la policía de la ciudad.

—Ya no es algo que pueda resolverse internamente —explicó Madeline—. Es claro que la persona responsable de estos daños no está bien y que podría causar más estragos pronto.

—Es terrible —dijo Violet—. ¿Cómo puedo ayudar?

—Todavía no, pero es posible que la policía te llame para hacerte preguntas. ¿Has visto a alguien sospechoso en los archivos?

Violet negó con la cabeza.

—No, solo a estudiantes y al personal. Nada que me pareciera fuera de lo ordinario.

De todos modos, comprendía la preocupación de Madeline y no le molestaba que la policía la interrogara. Como todos los demás, Violet no tenía idea de quién estaba profanando los volúmenes de la biblioteca Widener. Y aunque tenía la extraña sensación de que el fantasma de Harry podría estar deambulando por las habitaciones de

su biblioteca, jamás creería que él pudiera profanar un libro. Los amaba demasiado como para hacer eso.

Violet se apresuró al edificio Emerson para su clase, aliviada de poder contar con unos momentos para hablar con el profesor Gupta. Quería preguntarle si le podría dar permiso de cambiar el tema de su tesis. Le explicó que ahora quería concentrarse en la manera en la que varios escritores reconocidos habían empezado a investigar la existencia de la vida después de la muerte tras sus pérdidas personales. Le explicó que se había sentido muy interesada al saber del establecimiento del Ghost Club (el Club Fantasma) en el Trinity College, en Dublín, y del grupo posterior de científicos y celebridades literarias en Inglaterra que exploraron el mundo espiritual tras sufrir la muerte de un ser querido, entre quienes se encontraban Charles Dickens y Arthur Conan Doyle. Dickens había perdido a su amada hermana, Fanny, quien falleció de tuberculosis; Doyle empezó a interesarse en el espiritualismo al principio de la Primera Guerra Mundial, cuando muchos jóvenes, incluido su hijo Kingsley, estaban muriendo en el frente.

Violet argumentó que las lecturas que quería hacer se verían beneficiadas si también pudiera utilizarlas en su ensayo para el seminario.

—Es una premisa interesante —dijo el profesor Gupta al tiempo que hojeaba la propuesta y la bibliografía que Violet había adjuntado.

—Ya investigué y no encontré ninguna otra tesis sobre el tema en la universidad—dijo—. Aunque hay algunas sobre William James, quien fundó un instituto para investigaciones psíquicas aquí hace como cien años. Al parecer, aunque no lo crea, en esa época la universidad apoyó sus investigaciones.

—Lo creo —respondió Gupta alzando la mirada y esbozando una sonrisa. Dejó el documento sobre su escritorio—. Creo que deberías hacerlo —agregó—. Y espero con ansias leer lo que encuentres.

—¡Gracias! —Violet sintió que una descarga de adrenalina recorría su cuerpo—. ¿No es maravilloso? ¡No tenía idea de que hubieran nombrado el James Hall en su honor! ¡Y pensar que ahí tomo la clase de Psicología!

El profesor Gupta se rio.

—Entonces, es una hermosa sinergia para tus estudios. Y tengo que decirte que me da mucho gusto verte feliz otra vez.

Violet sonrió.

—Sí. Es bueno sentirse como una alumna normal de nuevo —dijo.

Salió muy animada de la oficina. Ahora podría escribir sobre un tema que le interesaba y al mismo tiempo obtener créditos escolares.

No podía esperar a ver qué más descubriría y, lo más importante, saber si habría más mensajes de Harry. Quizá incluso llegaría el momento en el que escucharía algún mensaje de Hugo. Quería estar abierta a cualquier posibilidad.

Violet escondió su nuevo tablero de ouija debajo de la cama. Odiaba pensar que alguna de sus compañeras de departamento, incluso Sylvia, lo encontraran y pensaran que se había vuelto loca.

Después de su última clase de la tarde, lo sacó y lo puso en su cama. Desempacó el tablero y puso el puntero sobre él.

Solo había usado la ouija una vez, cuando era niña en una pijamada en casa de su amiga Nancy. Con su grupo de amigas, hizo una parodia de una sesión espiritista y canturrearon: «Ligero como una pluma, rígido como tabla» para invocar a los espíritus y que estos levantaran del suelo a una de ellas.

Por supuesto, no funcionó, aunque Karen Lombardi insistía que sintió que su cuerpo se separó unos centímetros de la alfombra. El resto de la noche, Violet y sus amigas le hicieron una pregunta tras otra a la ouija, moviendo sus manos sobre cada letra (a saber si Mary Flaherty o Francis O'Reilly estaban empujando el puntero, aunque ellas insistían en que no). También sacaron la Bola 8 Mágica de Nancy, creyendo que ambos objetos tenían el poder de revelar información del otro mundo.

Pero ahora, casi una década después, seguía preguntando lo mismo: información que no podría encontrar en ningún otro lugar.

Violet se daba cuenta de que todo parecía una locura, pero creía que al menos debía tratar de encontrar otra manera de comunicarse con Harry, puesto que ya la habían regañado por sentarse en su escritorio en la Widener. Pero quizá, aunque sabía que la posibilidad era muy remota, Harry se comunicaría otra vez con ella, ahora mediante el tablero.

Su mente era un torbellino de preguntas. ¿Por qué la había elegido a ella? ¿Había alguna razón por la que quería llamar su atención? Sin embargo, esas eran preguntas que requerirían una respuesta elaborada en la que se deletrearan las palabras. Necesitaba hacer unas más simples.

El tablero de la ouija tenía en una esquina superior una imagen del sol y en la otra de la luna. Del lado derecho, debajo del sol, estaba la palabra «SÍ»; en el izquierdo, debajo de la luna, la palabra «NO».

Decidió formular una pregunta sencilla para ver si el puntero se movía hacia alguna esquina.

Con los hombros encorvados y las piernas cruzadas debajo de su cuerpo, Violet se sentó sobre la cobija y murmuró la primera pregunta hacia el tablero.

Su pregunta era simple:

—Harry, ¿estás ahí?

Mantuvo los dedos suspendidos sobre el puntero, pero no sucedió nada. ¿No se suponía que debía salir disparado sobre la superficie hacia cada letra hasta dar la respuesta completa?

Esperó. Concentró toda su energía otra vez en su pregunta. En la biblioteca había escuchado el golpe de inmediato. Pero ahora, no pasaba absolutamente nada.

Miró el triángulo de plástico, esperando poder moverlo solo con su voluntad, pero nada lo hizo deslizarse. Sus muñecas seguían firmes. La pieza triangular permanecía por completo inmóvil.

En el momento en el que iba a hacer otra pregunta, escuchó que llamaban a su puerta. Un golpe, luego otro.

Se paralizó.

—Hola, ¿Vi? ¿Estás ahí?

Reconoció la voz de Lara.

Los golpes se hicieron más insistentes. Violet esperaba que, si la ignoraba, Lara acabaría por irse. Pero, cuando estiró las piernas, por accidente golpeó el tablero de la ouija con el pie y este cayó al piso con un estruendo.

—¿Todo bien? —Lara hizo girar el picaporte y abrió la puerta despacio—. ¿Qué haces, Vi? —Miró al piso, donde yacían el tablero y el puntero—. ¿Estás en tu sesión privada o algo así?

Violet se sonrojó avergonzada.

—Violet, en serio creo que te estás volviendo loca, ¿sabes? Definitivamente no estás bien.

—Estoy bien. En serio. Deja de hacer un escándalo por nada.

—¿Nada? Te encerraste en tu cuarto para hablar con el tablero de ouija, ¿y en serio esperabas que te respondiera?

—En primer lugar, las puertas no pueden cerrarse con llave. Y ni siquiera tienes idea de lo que estaba haciendo.

—Supongo que tratabas de hablar con Hugo, y eso confirma lo que todos sospechamos desde hace meses: que no puedes enfrentar el hecho de que ya no esté. Y… —suspiró profundo—, que ya no sabes qué es real.

—¡No estaba tratando de hablar con Hugo! —explotó Violet, indignada. Y no mentía.

—Podríamos ir a los Servicios de Salud. Sería buena idea. —Lara bajó la voz—. Me preocupas. Nos preocupas a todos. —Luego le brillaron los ojos—. ¿No hubo hoy un incidente en la biblioteca? ¿Es cierto que alguien escribió una nota en uno de los libros en la que decía que no pararía hasta que las voces en su cabeza se lo ordenaran?

Violet sintió pánico. ¿Lara estaba insinuando que ella había sido quien escribió el mensaje?

—¿Crees que fui yo? ¿Cómo puedes pensar algo tan horrible?

—Bueno, no creo que sea imposible. Tú misma nos dijiste que pensabas haber percibido a un fantasma en la biblioteca, ¿o no? —Cruzó los brazos sobre su pecho—. Incluso si no eres tú la que

destroza los libros, sí parece que te encierras en tu cuarto para tratar de hablar con Hugo.

Violet miró la ouija que estaba en el suelo. ¿Sus compañeras de departamento habían estado hablando entre ellas, diciendo que quizá se había vuelto loca?

Y si mintiera y dijera que sí estaba intentando comunicarse con Hugo, ¿eso la haría parecer menos loca?

A lo largo de la historia, innumerables escritores, académicos, madres y padres que sufrieron la intolerable muerte de un ser querido hicieron algo similar. Pero ¿alguna vez alguien forzó a Víctor Hugo o a Charles Dickens a internarse en un manicomio por atreverse a considerar la existencia de un mundo espiritual? ¿Por tratar de comunicarse con alguien del otro lado?

¿Por qué los escépticos no podían guardarse sus juicios por un momento y dejar que los deudos exploren esa posibilidad en paz?

Pero Violet no tenía ganas de estarse defendiendo de Lara justo ahora.

—No necesito ir a los Servicios de Salud —le dijo con voz cansada —. Solo era una investigación para mi seminario.

—¿Con un tablero de ouija? ¡Vamos, Vi! —exclamó Lara sacudiendo la cabeza. Su recelo y desaprobación eran palpables.

—Si realmente quieres saberlo, cambié el tema de mi tesis. Ahora voy a escribir sobre el Ghost Club del Trinity College del siglo XIX. ¿Has escuchado hablar de él?

—No —respondió Lara—. Nunca había oído hablar de él.

—Se fundó en 1862 para investigar los fenómenos psíquicos y de la presencia fantasmas, para saber si el espíritu seguía existiendo después de la muerte. Charles Dickens fue uno de los miembros fundadores. Arthur Conan Doyle también era miembro.

—Ah —exclamó Lara—. ¿Y se encerraban en sus cuartos y empezaban a murmurarles a los tableros de ouija? ¿O eso solo es parte de tu investigación de campo?

—¿De qué sirve investigar si lo haces con la mente cerrada? Eso no tiene sentido.

La expresión de Lara se suavizó.

—Supongo que tienes razón, Vi. Pero puedes entender por qué me preocupé cuando escuché murmullos raros que salían de tu cuarto.

—Sí, pero créeme. No me estoy volviendo loca. Solo estoy tratando mantener una mentalidad abierta.

Capítulo 42

Me apenaba escuchar el llamado de Violet y no poder responderle directamente. ¿Cómo podría saber que los poderes de los fantasmas son limitados? Tenemos restricciones que empiezan en el momento en el que entramos al reino espiritual.

Es un aprendizaje que se lleva a cabo por ensayo y error. Los que acaban de morir no reciben ningún manual que les diga qué podemos y no podemos hacer.

Tras mi muerte, en las primeras semanas aprendí muy rápido que mis capacidades no eran infinitas. Ser un fantasma es como vivir fuera de una esfera de nieve: soy como un niño curioso que puede observar un mundo hermoso a través del cristal, pero que no puede acercarse ni tocarlo por completo. Siempre habrá una barrera que me separará de mis seres queridos. Cada tanto puedo sacudir un poco ese mundo, como cuando alivio a los dolientes con la ayuda de la madre naturaleza tal como cuando logré convencer a los pájaros para comunicarme con mi madre o cuando agité las hojas de otoño para Violet.

Sin embargo, la buena noticia es que cada fantasma tiene un lugar en el que cuenta con mayor libertad. A algunos les lleva semanas llegar adonde tienen más poder para comunicarse. A otros les lleva meses; a ciertos, incluso años. Pero, sin importar cuánto tiempo les lleve descubrir su fuente de energía, siempre debe ser un lugar en el que su alma pueda nutrirse y siempre debe ser específico para cada uno. En mi caso, era estar cerca de mis libros. En la tumba que mi madre edificó para mí. Mi biblioteca en Harvard.

Escuché a Violet cuando me hizo esas preguntas en su dormitorio, pero no podía responderle. Tenía que esperar a que regresara a la Widener. Por eso hice lo que cualquier amante de los libros debe hacer: dejar que la trama siguiera su curso.

Capítulo 43

Unos días después, luego de terminar sus clases del día y cenar temprano en el comedor, Violet entró a la biblioteca con el tablero de ouija guardado en una bolsa. Tenía la intención de donarlo al Ejército de Salvación esa tarde, pero al llegar se dio cuenta de que la tienda cerraba a las seis. Ahora se dirigía a los archivos del Widener para sacar más libros sobre el Ghost Club del Trinity.

Cuando iba subiendo la escalera de mármol en dirección a la sala del catálogo de fichas se encontró a Theo.

—Hola, Vi —la saludó—. ¿Qué hace una chica linda como tú en un lugar como este?

—Esa es buena —respondió riendo—. ¿Qué haces?

—Voy al archivo a buscar unos libros para mi clase de Historia. ¿Tú?

—Voy a buscar unos libros para mi investigación —respondió—. Solo que necesito los números de catálogo y luego ya voy para allá.

Theo acompañó a Violet a la sala del catálogo.

—¿Dónde están los tuyos? —preguntó Theo.

Ambos buscaron en los ficheros las referencias de los libros que necesitaban.

—Nivel C —dijo Violet mirando su tarjeta—. ¿Y los tuyos?

—También. ¿Necesitas un chaperón?

Violet se rio. Los archivos de la Widener eran un laberinto y era fácil perderse ahí. La biblioteca tenía seis niveles arriba de la planta baja, y otros cuatro niveles subterráneos. Poco más de ochenta kilómetros de estantes para más de tres millones de volúmenes. Pero, siendo auxiliar de biblioteca, Violet conocía el lugar como la palma de su mano, así que podía calcular sin problema cuánto tiempo les llevaría caminar de la entrada este a la oeste, y del nivel A al nivel C.

—Trabajo aquí, ¿lo recuerdas? Así que no necesito chaperón, Theo. Pero con gusto podemos ir juntos.

Theo metió la ficha en su bolsillo, siguió a Violet y juntos bajaron la escalera.

—¿Qué llevas en la bolsa? —preguntó Theo, alegre, jalándola un poco—. ¿Un tablero de Monopoly?

—No exactamente.

Violet podía sentir la mirada de Theo, que intentaba descifrar la escritura en el tablero.

—¿Entonces qué es? Anda, dime.

Violet permaneció callada y apresuró el paso.

Al fin llegaron al nivel C. El techo bajo y las luces tenues generaban un ambiente como de catacumba. Violet estaba tan ansiosa por encontrar su material de investigación y regresar a su dormitorio que casi sale corriendo hacia los estantes donde estaban los libros del Ghost del Trinity College.

—Ey, más despacio, necesito ver dónde está mi libro —dijo Theo jalando una de las asas de la bolsa de Violet para detenerla. Entonces echó un vistazo al interior—. ¿Un tablero de ouija?

—Sabía que te burlarías de mí —dijo Violet jalando su bolsa—. Déjame en paz, ¿okey?

—Vamos, no me estoy burlando. Ni siquiera sé nada sobre eso.

—Sí, bueno, de cualquier forma la ouija no funcionó.

Estaban solos frente a uno de los largos estantes de metal, llenos de libros marcados con las etiquetas de catalogación en sus lomos.

Una brisa fresca pasó por el conducto de ventilación. Todos los libros tenían un pedazo de papel entre las páginas en el que estaba anotado su número de catalogación. En ese momento, todos los papeles se movieron al unísono. Violet sintió un escalofrío.

—Qué extraño —dijo Theo—. Nunca antes había visto algo así. Casi se podría pensar que hay un fantasma rondando por aquí —agregó riendo.

Sin embargo, Violet no se rio. Lo miró, preguntándose qué tanto podía confiar en él.

Fue Theo, y no Violet, quien sugirió que buscaran un lugar en el archivo donde nadie pudiera verlos.

—Vamos a intentarlo otra vez —sugirió cuando ella le contó que había intentado usar la ouija en su dormitorio pero que no había funcionado—. Despertaste mi curiosidad —dijo—. ¿El fantasma de Harry Widener?

—Sé que suena descabellado —respondió.

—Pensé que me ibas a decir que tratabas de comunicarte con Hugo.

—Eso tendría más sentido. —Lanzó un suspiro—. Pero solo tengo esa sensación de que hay alguien conmigo cuando estoy en la biblioteca, sobre todo en la sala conmemorativa. Es como si Harry me observara o algo por el estilo.

Theo hizo una pausa, no dijo nada.

—Crees que estoy loca, ¿verdad?

—No, Vi. No lo creo. Supongo que yo también tengo que confesarte que mi mamá va con una psíquica de vez en cuando. Mi papá lo odia. Pero a mí me parece genial.

Violet sonrió.

—Gracias.

—Bien, pues hay que ver si ese tablero funciona —dijo Theo—. No perdemos nada con intentarlo una vez más.

—¿Estás seguro? —Violet sintió esperanzas al ver que Theo era tan abierto—. Es probable que solo sea una pérdida de tiempo.

—Deja que sea yo quien lo juzgue —respondió, siguiéndola a través de los estantes.

Encontraron un lugar más allá de los cubículos de estudio, en uno de los corredores de una sección de libros que Violet creía que no eran muy populares.

—Hasta donde sé, la confección de herramientas en el medioevo no llama mucho la atención —bromeó Violet.

—No sé —respondió Theo, mirando alrededor—. He escuchado que algunos chicos traen a sus novias aquí para besarlas. Quizá esta parte de los archivos es más popular de lo que crees.

Violet miró a su alrededor.

—No veo a nadie, ¿tú? Aparte, es martes por la noche, no viernes o algo así.

—Cierto.

Encontraron un sitio tranquilo y se sentaron. Violet metió la mano a la bolsa, sacó la caja y la abrió.

—¿Eso es todo? —preguntó Theo—. Tengo que preguntarle a mi mamá si alguna vez usó uno de estos.

—Sí, es bastante básico.

Violet puso el tablero en el piso y colocó el puntero sobre él. Desconcertado, Theo miró las imágenes del sol y la luna con los letreros de «SÍ» y «NO» debajo, y los caracteres del alfabeto en la parte inferior, escritos con una tipografía antigua.

—No va a funcionar, Theo. Es solo un juego estúpido.

—Anda, hay que intentarlo una vez más. Por lo menos tendremos algo de qué bromear cuando nos reencontremos algún día: la vez que intentamos comunicarnos con un fantasma en las entrañas de la biblioteca Widener.

—Okey. Intentémoslo una vez y luego empacamos todo y salimos de aquí —accedió Violet.

Con delicadeza, puso los dedos sobre el puntero y le dijo a Theo que hiciera lo mismo. Ambos cerraron los ojos.

—Harry, ¿estás aquí? —preguntó Violet. Su voz sonaba cansada, como si no esperara respuesta—. Si el fantasma de Harry Widener está aquí con nosotros, ¿podría hacérnoslo saber?

Otra brisa fresca recorrió los estantes. Esta vez, tanto Theo como Violet se estremecieron.

Ambos abrieron los ojos, su mirada se quedó fija en el puntero triangular que se deslizaba hacia la esquina superior derecha, donde estaba escrita la palabra «SÍ».

Theo y Violet se paralizaron. Ambos habían sentido cómo se desplazaba el puntero, y ninguno de los dos había hecho ningún

esfuerzo por moverlo.

—Esto es una locura —murmuró Theo—. Vamos, Vi, haz otra pregunta.

Ella no lo dudó.

—Harry Widener, ¿por qué estás tratando de comunicarte conmigo?

El triángulo se movió con rapidez sobre el tablero y deletreó una respuesta simple, pero poderosa:

«A-M-O-R».

Capítulo 44

La iluminación tenue, las sillas tapizadas de seda y las paredes cubiertas de espejos nos dieron la bienvenida a Ada y a mí cuando entramos en el restaurante.

Nos guiaron hasta una mesa privada que estaba en un rincón. Cuando nos sentamos, nos miramos y sonreímos.

—Es un poco peculiar, ¿no? —dijo Ada al tiempo que ponía la servilleta sobre su regazo—. Pasamos casi toda la tarde juntos, solo nos separamos por un poco de tiempo, pero ahora que te veo con tu esmoquin me parece que es como si fuera la primera vez.

Reí. Quería decirle que yo sentía lo mismo, que estar con ella me renovaba. En su lugar, le dije lo hermosa que se veía.

—Ah, señor Widener —dijo en tono coqueto al tiempo que sus mejillas se ruborizaban—, me hace sonrojar.

—Solo digo la verdad —respondí.

El mesero nos ofreció la carta y pedí una botella de champaña.

—Me siento muy afortunado de que hayas sido tú quien se haya quedado a cargo de la correspondencia entre Quaritch y yo. Mi verdadero premio no fue el último libro que compré, sino conocerte.

—¿Ni siquiera el Bacon? —dijo en un murmullo, inclinándose hacia adelante con los ojos bien abiertos.

—Bueno, si debo decirlo… sí, incluso el Bacon.

Ambos reímos.

Esperé que nos sirvieran la comida antes de hablar de su viaje en el *Titanic* con el valioso libro enjoyado, destinado al propietario neoyorquino. Si Ada iba a ser la chaperona oficial, debía reservar su boleto en el transatlántico de vapor lo más pronto posible. No sabía

con certeza cuántos camarotes aún estaban disponibles, pues mi padre había reservado los nuestros casi en el momento en el que anunciaron la fecha en que zarparía.

—Entonces, ¿puedo dar por sentado que sigues dispuesta a llevar el *Rubaiyat* en el *Titanic*? —pregunté.

Ada sonrió y tomó un bocado de su plato.

—Por supuesto que me encantaría hacerlo. ¿A quién no le gustaría viajar en el crucero más lujoso que jamás se haya construido?

—Leí la información sobre él, y en verdad parece increíble. Incluso tiene una pista de boliche.

—Suena como si fuera un hotel flotante con todos los lujos posibles —dijo.

—Sí, como vacacionar en el mar —comenté—. Tu única responsabilidad sería entregar el libro, sano y salvo, en Nueva York. —Dejé el tenedor sobre el plato—. Y, por supuesto, yo estaría ahí en caso de que te toparas con algún problema.

—¿Tú acudirías en mi rescate, Harry?

—Claro —respondí inflando el pecho—. Aunque mis habilidades serán más útiles para ayudarte a pasar la aduana cuando lleguemos que en algo náutico durante el trayecto.

Ambos tomamos un sorbo de champaña. Sus ojos brillaron sobre el borde de la copa de cristal.

—Para ser estadounidense, eres muy divertido, ¿sabes?

—¿Para ser estadounidense? —reproché—. Me parece que puedo defenderme ante cualquiera de esos hombres de Oxford y Cambridge —dije mirando alrededor.

Ella también echó un vistazo en derredor y luego asintió.

—Solo puedo juzgar por las pocas risas que escucho de las damas en este lugar —dijo, antes de dar otro sorbo a su copa.

—Entonces, ya tomaste una decisión —continué—. En ese caso, tendremos que presionar al señor Quaritch para que hable con Sangorski sobre los preparativos del viaje.

—Ahora tiene muchas cosas en las que pensar —agregó—. Si entrar a la puja por el Rossetti…, si debe apoyarme para que yo lleve

el libro en el *Titanic*.

Alcé mi copa y ella hizo lo mismo.

—Brindemos para que todo salga bien.

Chocamos nuestras copas y nos sonreímos antes de vaciarlas.

Esa noche nos quedamos más tiempo del que habíamos esperado: fuimos la última pareja en salir del restaurante. Hubiera podido hablar con ella toda la noche y me entristecí cuando el jefe de meseros nos lanzó varias insinuaciones de que ya debían cerrar.

—Mañana pasaré a la librería —dije sacando mi cartera—. Déjame acompañarte a tu casa para que al menos puedas tener algunas horas de descanso bien merecido.

Había hecho los preparativos para que todas mis compras, salvo el Pequeño Bacon, fueran enviadas a Lynnewood Hall, por lo que no era extraño que regresara a la tienda de Quaritch la mañana siguiente para asegurarme de que mi cuenta estuviera saldada y que todos los formularios para el envío y la aduana tuvieran la información correcta.

El rostro de Ada fue el primero que vi cuando entré a la tienda.

—Señor Widener —me saludó formal, pero sus labios esbozaron una sonrisa.

Sabía bien que nunca me llamaría por mi nombre en la librería ni mencionaría que habíamos pasado tantas horas juntos el día anterior. Pero tenía tantas ganas de besarla en ese mismo momento. El sentimiento era tan fuerte que sentía que hervía en mi interior.

En su lugar, me limité a mirarla con la esperanza de poder comunicarnos en nuestro propio lenguaje, uno que trascendía las palabras.

Su sonrisa me animó, pero ella era mejor que yo en esto.

—Es un placer verlo de nuevo. ¿En qué puedo ayudarlo?

—Vine a saldar mi cuenta y a hablar de algunos asuntos con el señor Quaritch.

—Está en la trastienda —dijo y dejó una carpeta sobre el escritorio —. Temo que hemos estado muy ocupados esta mañana —agregó. Luego se inclinó hacia mí y dijo en un murmullo—: El señor Quaritch no aceptó lo del libro Rossetti.

—Entonces, ¿alguien más pujará por él? —pregunté.

—Me informaron que el vendedor ya rechazó una oferta de ocho libras.

Advertí la decepción en su rostro antes de que cambiara de expresión.

—Como sabe, estas cosas pasan en el mundo de los libros. —Su voz recobró el tono anterior. Señaló hacia el pasillo—. Venga. Permítame llevarlo a la oficina del señor Quaritch.

Bernard Alfred estaba sentado frente a su escritorio, al lado de una pila de libros encuadernados en piel. Parecía jovial, y mi plan de convencerlo para que le dijera a Sangorski que había encontrado a la chaperona perfecta para llevar el invaluable libro enjoyado fue mucho más fácil de lo que había esperado.

—Ya lo hablé con él —dijo Quaritch, relajándose sobre el respaldo de su silla—. Al principio, mi viejo amigo se resistió, no quería confiarle el libro a una joven. ¡Ni siquiera cuando le afirmé que, en mi opinión, nadie en el mundo era más capaz y confiable que Ada!

—Estoy de acuerdo en eso —afirmé.

—Sin embargo, accedió cuando supo que usted estaría pendiente de ella y que había prometido cuidar el libro cuando pasara la aduana en Nueva York. —Quaritch juntó sus manos rosadas y sonrió—. Ahora, Sangorski solo necesita reservar el pasaje de la señorita Lippoldt. Accedió a pagar un boleto de segunda clase, que no es nada barato, lo cual le brindará una seguridad y comodidad adecuadas.

Hice una mueca: mi preocupación era evidente. Sabía que los pasajeros de segunda clase en el *Titanic* no se mezclaban con los de

primera clase, y tenían comedores y espacios para socializar separados. Esto evitaría que Ada y yo estuviéramos juntos, los dos solos, en el barco. Por lo tanto, Quaritch tendría que asegurarse de que Ada obtuviera un ascenso de clase, de lo contrario, la razón principal por la que yo quería que hiciera el viaje se vería frustrada.

—¿El señor Sangorski va a asegurar el libro? —pregunté.

—Eso creo —respondió Quaritch—. Sería absurdo no hacerlo con un objeto tan valioso.

—Bueno, antes de reservar el pasaje, yo averiguaría qué condiciones pueden estipular los del seguro para el transporte —sugerí.

Por supuesto que yo estaba más preocupado por la comodidad y la seguridad de Ada que del libro, pero no podía decirlo sin levantar sospechas sobre el afecto que sentíamos el uno por el otro. Entendía lo suficiente como para darme cuenta de que debía concentrarme en lo que Quaritch y Sangorski creían que era lo más valioso de los dos, es decir, el *Rubaiyat*.

—Voy a hablar con él de nuevo —dijo Bernard Alfred al tiempo que sacaba un puro del cajón. Era evidente que lo había inquietado lo suficiente—. Ese maldito libro —dijo antes de encender el puro y darle una buena calada— solo ha traído problemas a quienes lo han tocado. Es como si estuviera maldito.

Capítulo 45

Sobrevolé en la biblioteca, observando cómo Violet y Theo miraban fijamente la palabra de cuatro letras que había deletrado para ellos.

—Lo sabía —dijo Violet.

Theo entrecerró los ojos.

—¿Qué sabías? ¿Qué el fantasma de Harry Widener está enamorado de ti?

—Nada de eso. —Miró el tablero, pensando en cómo formular sus ideas—. Creo que hace falta una parte de la historia de Harry. Y por alguna razón él me eligió para sacarla a la luz.

—¿Por qué lo crees?

—Bueno, en realidad nadie sabe más que lo básico sobre él, ¿cierto? Sabemos que se graduó de Harvard en 1907. Sabemos que amaba los libros y empezó a coleccionar con avidez en su tercer año en la universidad y que un hombre llamado A. S. W. Rosenbach lo ayudó a adquirir gran parte de su colección.

—De hecho, yo no sabía nada de eso antes de que me lo dijeras —dijo Theo riendo—. Pero me estoy poniendo al día. Y recuerdo que en el recorrido de la universidad nos dijeron que había muerto en el *Titanic*, al parecer porque regresó por un libro que estaba en su camarote en lugar de subirse al bote salvavidas con su madre.

—Sí. Cierto. Es la versión de su vida que dan en el recorrido. —Violet sacudió la cabeza—. Sin embargo, si nos atenemos a los hechos, sí, sabemos que se ahogó en el *Titanic* y que, tiempo después, su madre mandó construir la biblioteca Widener en su honor.

—¿Y eso es todo?

Theo parecía incrédulo.

—Son solo los detalles básicos. Sé que Madeline ha estado estudiando las cartas de Rosenbach para ver si puede encontrar algo

que otros académicos hayan omitido antes. Pero, francamente, casi no hay más información. Es un completo misterio.

—Qué extraño —dijo Theo mientras le ayudaba a Violet a doblar el tablero y meterlo a su bolsa.

—Exacto. Entonces, dime, ¿por qué deletrearía la palabra *amor* de no ser porque él mismo lo vivió?

Theo se encogió de hombros.

—No tengo idea, Vi.

—Te diré por qué. Porque quería que supiéramos que estuvo enamorado. Y creo que para él es importante que el mundo al fin lo sepa.

Capítulo 46

Cualquier bibliófilo dirá que leer un libro es abrirse a un mundo nuevo. Quienes no son curiosos nunca conocerán el placer, la comodidad o la sabiduría que están contenidas entre sus tapas. Pero mi Violet lo sabía desde lo más hondo de su ser. Y yo sabía que, si intentaba comunicarme con ella, al final elegiría el conocimiento sobre de la ignorancia; que si persistía, muy pronto ella se daría cuenta de que todo esto provenía de un lugar sagrado.

El amor.

Antes de Ada, nunca había conocido el amor romántico. Conocía el amor de mi madre, fuerte e incondicional. Conocía el amor de mi abuelo, tan sincero y evidente por los muchos libros valiosos que compró para mí. El amor de mi padre era más discreto, del tipo que se demostraba con moderación. El de mis hermanos era más como un murmullo, un amor que daba por sentado y que siempre estaba ahí.

Antes, cada vez que leía sobre algún personaje que se enamoraba, me parecía algo abstracto. Una exageración de las emociones que me era por completo ajena, algo que aún no tenía la capacidad de comprender.

Pero, como con todas las buenas sorpresas, me llegó cuando menos lo esperaba. Si el papel puede nacer de la madera y la celulosa, si se pueden crear libros a partir de las palabras impresas para luego encuadernarlos, entonces el amor puede surgir de sus propios ingredientes misteriosos en cualquier momento.

Fue Ada quien abrió mi corazón. Las fibras que nos vincularon en esas primeras cartas llegaron a ser una conexión tan fuerte que no podía pensar en nada más que en llevarla a casa conmigo en el glorioso *Titanic*.

Mi madre fue la primera en advertir el cambio en mí. Lo observó, comentó sobre el rubor en mis mejillas. Sobre la mirada distante que le devolvía cuando estábamos solos en su habitación en el Ritz; aunque estaba presente, era claro que me encontraba muy lejos.

—Pareces distraído, querido —me dijo mientras escrutaba mi expresión en busca de pistas.

Creo que ni siquiera le contesté. Amalie dispuso el carrito del servicio de té que el personal de servicio había llevado a la suite de mi madre. Me lanzó una sonrisa irónica cuando me pasó la taza.

—Amor de juventud —murmuró Amalie—. Le sienta bien, señor Widener —agregó con un guiño.

Cuando recuerdo esos últimos días en Londres, puedo decir con franqueza que fueron los más felices de mi vida. Cuando estás en el extranjero, gozas de cierto tipo de libertad que te permite deambular por las calles de manera anónima, absorber los alrededores con una nueva mirada. Incluso el café de la mañana sabe diferente cuando cruzas el océano. Los sentidos se despiertan. Lo que alguna vez fue opaco, se ilumina. Lo extraordinario reemplaza a lo ordinario. Yo amaba cada día por la novedad que me brindaba.

En casa, mi rutina era como el mecanismo de un reloj. Desde el café matutino con mi familia en el desayunador color durazno y verde salvia en Lynnewood, hasta el acompañar a mi padre a la oficina familiar en la ciudad cada tantos días. Nunca fui una persona arriesgada; era un hombre que únicamente encontraba aventuras en los capítulos de un libro o en mi cacería para adquirir uno nuevo. Pero, en ese momento, mi vida empezaba a semejar lo que antes solo había vivido en las páginas. Mi corazón estaba ansioso. No podía pensar bien porque me sentía distraído. Cualquier cosa, todo, parecía volver a Ada. Y eso era tan estimulante como exasperante al mismo tiempo.

Faltaban menos de dos semanas para que zarpáramos a Nueva York, y yo me sentía tanto aliviado como emocionado de que Ada estuviera en el barco conmigo. Y, aunque me gustaría decir que no me seducía todo el bombo y platillo entorno al primer viaje del *Titanic*, la emoción era contagiosa. Los periódicos estaban repletos con titulares sobre el buque más grande del mundo en los que se mostraban innumerables fotografías del barco en Southampton. Su exterior elegante y distinguido; sus ojos de buey resplandecientes.

Se decía que el barco medía casi novecientos pies de largo y, según algunos reporteros, se requirieron más de tres millones de remaches y varias toneladas de hierro y acero para crear su casco de veintiséis mil libras. Los folletos elogiaban su lujo suntuoso, con todas las comodidades disponibles para sus invitados de primera clase: alberca con calefacción, baños turcos, baños de electroterapia y cuartos de vapor. Canchas de squash y un gimnasio completamente equipado que incluía máquinas de remo, bicicletas estáticas, un caballo y dos camellos eléctricos. Dejando de lado el opulento comedor para todos los pasajeros de primera clase, el barco también contaba con un restaurante a la carta que ofrecía platillos aún más extravagantes, así como con una sala de fumadores para los pasajeros varones.

El lujo no me era ajeno y estaba familiarizado con todas las comodidades del viaje por mar. Hicimos nuestra travesía hacia Inglaterra en el *Mauretania*, que había sido considerado la joya de la corona de la naviera White Star hasta que dieron a conocer el *Titanic*, aunque seguía siendo el más rápido de la flota de la compañía. Pero la energía con la que hablaban de la partida del *Titanic* daba la impresión de que era algo por completo distinto.

Era imposible no sentirse parte de un nuevo amanecer en la historia, una época en el que la ingeniería y los sueños del hombre podían hacer cualquier cosa posible. Un mundo flotante al alcance de la mano. Podrías encontrar cualquier cosa que necesitaras o desearas, desde la elegancia de un café parisino hasta una partida de boliche. Me entristecía pensar que Ada estuviera en un camarote de segunda

clase, así que empecé a imaginar todo tipo de escenarios en los que le enviaba un telegrama a mi abuelo pidiéndole fondos adicionales de mi fideicomiso para poder asegurarme de que el viaje de Ada fuera cómodo.

Pero al final no fue necesario ya que, unos días después de que hablé con Quaritch, recibí un nuevo mensaje suyo en el Ritz. Era corto y tenía buenas noticias:

> *El seguro de Sangorksi estipula que el libro debe viajar con la señorita Lippoldt en primera clase para que pueda guardar el libro en la caja fuerte de primera clase. Compraron su boleto esta mañana.*
>
> *B. A. Q.*

Capítulo 47

Para gran decepción de Violet, a excepción de los libros, solo pocos objetos personales de Harry habían sido donados a Harvard. Aparte de su lámpara de escritorio, una charola con un monograma y la fotografía de su madre, el objeto más notable era su tintero de cristal. Esta solitaria reliquia de familia, cuya tapa tenía un pequeño reloj de plata hecho a la medida, era la favorita de los bibliotecarios de la Widener y de quienes conocían bien la sala, porque era un objeto muy personal.

Muchos de los trabajadores de la biblioteca creían que encarnaba el espíritu del joven. Era fácil imaginarlo sentado frente a su escritorio, mirando la hora antes de sacar su pluma fuente para escribir una carta. Un lunes, a tan solo unos días de las vacaciones por Acción de Gracias, el reloj dejó de funcionar. Violet venía de entregar un libro en la Houghton cuando se encontró con Madeline y escuchó la noticia.

—Es muy extraño —dijo Madeline—. Hace unos años también dejó de funcionar y lo mandé limpiar. Los engranes, los resortes… cada uno de los mecanismos. El relojero dijo que funcionaría bien por mucho tiempo.

—¿Quizá solo hay que reemplazar la batería?

Madeline hizo una mueca.

—Violet, es de 1905. No usa batería. Solo se le da cuerda. Ya intenté hacerlo varias veces, pero no logré que volviera a funcionar.

—Ah. —Violet se sonrojó—. No pensé…

—No te preocupes —la interrumpió Madeline—. ¿Me puedes hacer un favor y pedirle a Pete, de la biblioteca Lamont, que venga a verlo? Él sabe cómo darle cuerda; quizá yo no lo estoy haciendo bien. Pero tenemos que hacer que funcione otra vez. Nuestra tarea es cuidar de

Harry, así que somos responsables de esa habitación y de todo lo que está en ella.

Violet llamó a Pete a la Lamont. Luego de unos minutos llegó, vestido con una camisa de franela y pantalones de pana.

—Es una locura que casi nadie sepa cómo darle cuerda a un reloj —dijo—. Y eso que estamos en Harvard.

Violet no se atrevió a admitir que había pensado que funcionaba con una batería de cuarzo, como su Swatch.

Pete se sentó frente al escritorio de Harry y abrió el cajón inferior.

—Según recuerdo, la llave del reloj está aquí.

Sacó dos llaves que estaban en un aro. Una era muy pequeña y la otra un poco más grande. Un listón rosa desteñido las unía.

—Es extraño, pero nunca he podido averiguar para qué sirve esta otra llave, la grande —comentó acercando el tintero de cristal hacia él —. Veamos si recuerdo cómo abrir bien esto… —Sus palabras se convirtieron en un canturreo mientras examinaba la caja de plata del reloj que fungía como tapa del tintero—. Sí, aquí está.

Pete metió una uña en la muesca para abrir la parte posterior del reloj.

—No es tan difícil, Violet. Mira —dijo—. Solo en caso de que la próxima vez tú tengas que hacerlo.

Luego tomó la llave pequeña para darle cuerda, la insertó en el orificio y la hizo girar lentamente. Muy pronto, el reloj volvió a la vida.

—No fue tan difícil —anunció con un pequeño ademán.

Luego adelantó las manecillas para poner la hora correcta.

Violet miró la segunda llave en el aro, que era más grande y de una forma por completo distinta a la de la otra.

Pete metió las llaves en el cajón y lo cerró.

—Pero ¿para qué servirá la otra llave? —le preguntó Violet. Desde que se encontró a Theo en la biblioteca, no había dejado de buscar más pistas de la historia de Harry. No podía evitar sentirse intrigada ahora—. Debe ser de algo…

Pete se encogió de hombros.

—Como dije, es lo mismo que siempre me he preguntado. Pero es solo otro misterio de Widener —agregó riendo—. Quizá lo único que tenemos que hacer es preguntarle a su fantasma.

Violet alzó las cejas.

—¿En verdad crees que hay un fantasma en la Widener?

Pete se rio.

—No, estaba bromeando. —Le dio una palmadita en el hombro, luego comparó el reloj que ya funcionaba con su reloj de pulsera—. Dile a Madeline que no tiene nada. Solo había que darle cuerda bien.

—Lo haré —dijo Violet—. Gracias.

Inmediatamente después de que Pete se marchara, Violet se acercó al cajón.

El reloj mostraba la hora. Eran las 10:07, lo que significaba que Violet solo tenía unos minutos para llegar a la clase de Psicología.

Miró alrededor, no había nadie más en la sala conmemorativa. Incapaz de controlar su curiosidad, abrió el cajón y sacó el juego de llaves.

La pequeña fue la que Pete usó para darle cuerda al reloj, pero la grande era la que llamaba su atención. Era del tamaño de su pulgar, con dos hendiduras planas en el extremo. Ambas llaves estaban bastante deslustradas, pero la más grande tenía un diseño hermoso en la cabeza. Violet pasó su dedo sobre ella. El cerrajero había forjado dos pequeños pájaros en el extremo. Al mirar más de cerca, pudo ver que parecían dos estorninos y que sus picos se tocaban en un beso.

Con cuidado, Violet volvió a meter las llaves en el cajón. Ya eran las 10:12 y solo tenía unos minutos para estar a tiempo en su seminario. Si caminaba rápido, podría llegar al James Hall, donde tenía la clase, en menos de diez minutos.

Recogió sus cosas y se apresuró hacia la puerta.

Cuando se dirigía hacia el oeste por la calle Kirkland, hacia la avenida Quincy, el aire del exterior olía a hojas húmedas de maple y rastros de café matutino. El James Hall era uno de los edificios menos atractivos del campus. Con su techo plano y blanco, y la fachada funcional de la década de los sesenta hecha de paneles de concreto, evocaba un modernismo austero que parecía fuera de lugar

comparado con los edificios de Harvard de estilo clásico. Pero ahora Violet se preguntó si el arquitecto encargado del diseño se habría inspirado en el mismo William James. ¿El exterior era austero a propósito para que contrastara con la energía intelectual que desbordaba el interior? ¿Muy similar a la manera en la que el cuerpo humano era una cáscara del alma?

Violet analizó el edificio bajo una nueva luz. William James había desafiado los límites de la academia debido a su postura frente a la vida después de la muerte. Violet se preguntó si, tras el fallecimiento de su hijo, había recurrido a un médium famoso por curiosidad intelectual o debido a su dolor y su desesperación.

Quizá por ambas razones. En cuanto a ella, sabía que no solo era la muerte de Hugo lo que motivaba su curiosidad sobre si habría una manera de comunicarse con el mundo espiritual. Tampoco se debía a su creencia de que Harry trataba de hablar con ella ni a su esperanza de que Hugo pudiera también comunicarse algún día. Se dio cuenta de que quería encontrar evidencias que apoyaran algo más profundo.

¿El alma era inextinguible? ¿Era posible que una parte de nosotros trascendiera la muerte? Violet deseaba creer, igual que William James y los miembros del Ghost Club del Trinity College, que el espíritu perduraba.

Capítulo 48

El profesor James se jubiló el año que yo me gradúe de Harvard. Era bien conocido en el campus, un docente estimado y muy aclamado en su campo.

Recuerdo una noche en que regresé a mi recámara en el Westmorly Court tras un largo día de clases, mi buen amigo estaba en el área común, leyendo uno de los últimos escritos del profesor James.

Dejó el libro y me hizo esta pregunta:

—¿Crees que el espíritu y el alma son lo mismo, Harry? Hoy me hicieron esta pregunta en clase y, francamente, no tengo idea.

Estaba cansado en ese momento y no pude dar una respuesta inteligente.

—No lo sé —respondí—. Usamos ambas palabras de manera indistinta, ¿o no?

—Pero James insiste en que hay una diferencia, aunque la respuesta me elude.

Dejé a mi amigo con su lectura y subí a mi recámara. Recuerdo que pensé que la pregunta era compleja. ¿Cómo saberlo, a menos que estuvieras muerto?

Pero ahora lo sabía muy bien.

Ambos coexisten, igual que el sol y la luna. Escucha cómo tocan una sinfonía y entenderás.

El espíritu es la luz cálida que tenemos en el interior, la linterna que brilla con intensidad. Por su parte, el alma es su sombra más temperamental. Se mueve como el agua que se arrastra. Rumia y llora. Ruge y aúlla.

Cuando era joven no hubiera podido ponerlo en palabras; sin embargo, en retrospectiva, me doy cuenta de que presentí la respuesta cuando escuché por primera vez la música de Dvořák. El vibrato de un

violín tenía el poder de hacerme ascender al paraíso y remover en mi interior un destello de estar vivo. Pero era el sonido del violonchelo, tan exuberante y grave, el que me llegaba a la médula.

Ahora entiendo la razón por la que el violonchelista desliza el arco sobre su corazón cuando toca su instrumento: es ahí donde se libera la melodía del alma.

Esos últimos días en Londres con Ada, sentí que mi propio corazón cantaba. Me percibí más vivo que nunca. Nos reuníamos en secreto en los cafés. Incluso nos aventuramos a ir a Newnham a visitar su antigua universidad en Cambridge, donde me enseñó la biblioteca en la que trabajó por primera vez.

Caminando entre las hileras de libros, observé cómo cambiaba su expresión cuando tocaba con un dedo uno de los lomos o cuando me compartía alguna anécdota de sus días de estudiante.

Más tarde, nos sumergimos en la librería en la que descubrió su primer tesoro, el que ella pensó que podía usar para adquirir el volumen Rossetti. Tres días antes, visité de nuevo a Emilie Barrington y hablé con ella en privado sobre el libro. No quería insultar a Ada ofreciéndole pagar la diferencia, pero tampoco quería que perdiera la oportunidad de poseer el libro que amaba.

—Me preguntaba si era posible que llegáramos a un acuerdo —dije —. La señorita Lippoldt desea ese libro por razones personales, no como una inversión. Quizá podríamos encontrar la manera de hacerlo posible.

Ella me miró a través de sus anteojos de armazón metálico. Detrás de su mirada opaca, creí advertir un destello de diversión.

—Vaya, es muy caballeroso venir aquí para intentar negociar en nombre de ella.

—Gracias. —Reí—. Intento ser un caballero.

—Supongamos que le pidiera solo pagar la diferencia —dijo—. Tengo la vaga sospecha de que lo haría.

No lo negué.

—¿Puedo preguntarle si alguien más se ha interesado en el libro? —pregunté en lugar de responderle.

—No, y presiento que usted, un experto coleccionista de libros, se da cuenta de que es el momento oportuno para hacer un trato.

Sonreí.

—Solo le pido que sea un poco flexible con ella.

—Como bien sabe, el dinero no me interesa para mí. Mi único objetivo es que los fondos se utilicen para remodelar la casa del señor Leighton. Es una tristeza la manera en la que la han despojado.

—Entiendo —le aseguré—. Pero, si puedo ser franco, parece que usted tiene un profundo respeto por el lugar al que pertenecen los amados objetos del señor Leighton. ¿Cree que él desearía que su libro de poesía quedara en manos del mejor postor o en las de una joven que verdaderamente ama sus palabras?

Se quedó muda.

Unos minutos después, sus ojos me dieron la respuesta. No me pidió que pagara la diferencia.

Al día siguiente se comunicó con Ada y le dijo que el libro era suyo.

Ada se puso muy feliz cuando supo que Emilie había cambiado de opinión. Recibió una nota escrita con la elegante caligrafía de Emilie:

Estimada señorita Lippoldt:

Tras una atenta consideración, creo que usted debería ser la siguiente propietaria legítima de este libro. Mi instinto me dice que el señor Leighton estaría de acuerdo. Usted tiene el mismo cabello pelirrojo que la amada de Rossetti, Elizabeth Siddal.

El libro debería ser suyo.

Atentamente,
Emilie Barrington

Esa tarde fuimos juntos a recogerlo y, una vez que estuvo seguro entre las manos de Ada, regresamos al Holland Park, donde leímos algunos pasajes en voz alta mientras las parvadas de palomas sobrevolaban encima de nosotros.

Los días siguientes, de Kensington a Cambridge, nuestras conversaciones fueron cada vez más profundas. Hicimos a un lado la formalidad. Cuando estaba con Ada me invadía una suerte de ingravidez. Me sentía libre de expresar mis pensamientos más íntimos. Pero lo más extraño y grato al mismo tiempo era que también podíamos permanecer en silencio estando juntos. Y en esas raras pausas nunca sentí que la ofendía o que me excedía. Por el contrario, el silencio parecía unirnos aún más.

Incluso más que nuestras palabras.

Capítulo 49

Dos días antes de zarpar en el *Titanic* me reuní con Quaritch para despedirme.

—Aún tengo el Bacon en mi bolsillo —dije dando unas palmaditas sobre mi pecho—. Y le prometo que me aseguraré de que la señorita Lippoldt tenga un viaje seguro y esté bien atendida —agregué estrechando su mano.

—Se tomó la mañana libre para terminar unos asuntos de última hora antes del viaje —me informó—. Pero llegará en cualquier momento. ¿Le gustaría ver el *Rubaiyat*? Sangorski acaba de enviarlo, está en mi oficina.

—Me conoce lo suficiente como para saber la respuesta —dije riendo—. Por supuesto.

Seguí a Quaritch a su oficina. Ahí, en la gran mesa de madera frente a su escritorio, estaba el libro, envuelto en varias capas de papel de estraza para su protección.

—Debo apreciarlo mucho, Harry. Usted es una de las pocas personas a quien se lo he mostrado —dijo al tiempo que deshacía el empaque con destreza para no romperlo.

Cuando al fin quedó expuesto el volumen ornamentado, mis ojos se abrieron como platos. Era un espectáculo digno de contemplar.

Quaritch lo sostuvo en sus manos. Los cálidos rayos de luz que entraban por la ventana hacían brillar la tapa enjoyada; su opulencia tan pura era enceguecedora.

—¿Sabe quién lo compró al final? —pregunté cuando vi los dos pavorreales repujados en la portada.

Sabía que ya había mencionado antes que el coleccionista era de Nueva York.

—Un hombre llamado Gabriel White —respondió.

—No reconozco el nombre.

—Yo tampoco —admitió Quaritch. Ambos miramos las turmalinas azules y verdes de la portada—. Pero no creo que White sea un coleccionista de libros, sino más bien un coleccionista de objetos hermosos y valiosos en general.

Me dio gusto pensar que Quaritch me considerara coleccionista de libros, de lo contrario no se hubiera permitido compartirme esa indiscreción.

—En cualquier caso, la señorita Lippoldt lo cuidará bien —dijo y empezó a envolver el libro otra vez.

—No tengo ninguna duda —admití.

Salimos de la oficina y nos dirigimos a la salida. Cuando el secretario me estaba entregando mi abrigo y mi sombrero, Ada cruzó la puerta.

—Señor Widener —dijo mirándome a los ojos—. ¿Ya va de salida?

—Sí, por desgracia. Pero usted debe tener muchas cosas qué hacer ahora que el gran viaje comienza en tan solo unos días —dije sonriendo.

—Ya empaqué mi baúl. Solo me falta el *Rubaiyat*.

—Quizá lo mejor sea que lo recoja cuando ya vaya de camino a Southampton el miércoles temprano —sugirió Quaritch—. Sé que la pensión donde vive es respetable, pero solo es para evitar riesgos.

—Estoy de acuerdo, señor Quaritch —dijo con dulzura—. Siempre es mejor ser precavido.

—A propósito, ¿puedo recogerla de camino a la estación de tren esa mañana? —pregunté.

Había reservado un coche para que me llevara del Ritz a la estación de Waterloo, donde tomaríamos el tren a Southampton. De ahí, otro coche nos llevaría hasta el muelle. El *Titanic* estaba programado para zarpar de ahí a mediodía.

—¿No se va a quedar en el Grand Hotel la noche anterior? —preguntó Quaritch con ligero tono de sorpresa.

Si bien había considerado llegar a Southampton un día antes para facilitar el embarque, al final decidí no hacerlo. Mis padres ya no estaban conmigo, pues se habían ido una semana antes a Francia porque mi madre quería comprar más cosas en París para el ajuar de mi hermana, y mi padre deseaba reunirse con unos amigos en Cap Ferrat. Habían arreglado todo para abordar el *Titanic* en Cherbourg, Francia, la segunda parada del buque.

—Quería aprovechar al máximo mi tiempo en Londres, y el barco zarpa hasta mediodía. Habrá tiempo suficiente para llegar ahí en la mañana.

Ada captó mi mirada y sonrió.

—Estaré lista y con todo preparado —dijo—. Le agradezco su generoso ofrecimiento.

—Es un placer —insistí.

Intentaba propiciar momentos en los que ella y yo estuviéramos solos, tantos como pudiera. Cada minuto adicional me parecía un regalo.

Capítulo 50

Avanzamos a toda prisa por las calles de Londres en dirección a la estación. En el asiento trasero del coche, Ada llevaba sobre su regazo el *Rubaiyat* envuelto.

Mi padre y mi abuelo me habían enseñado a tener siempre un plan. Por lo tanto, mientras Ada estaba sentada cómodamente a mi lado, sin que me resultara extraño, empecé a imaginar diferentes escenarios en los que pudiera alargar su estancia en Estados Unidos, quizá incluso que pospusiera su regreso a Londres de manera indefinida.

—¿Alguna vez considerarías trabajar como bibliotecaria personal? —le pregunté.

—¿Como Belle da Costa Greene?

—Sí. Sé que la conociste cuando fuiste a Nueva York la última vez. Sin exagerar, es una de las mujeres profesionistas más célebres de la ciudad. No deja de impresionarme cada vez que coincidimos.

Inclinó la cabeza hacia la ventana, su perfil afilado era como el de un camafeo cortado contra el vidrio. Su cabello pelirrojo brillaba como un penique de cobre reluciente bajo la luz del sol.

—Siento un enorme respeto por la señorita Greene y por lo que ha logrado, en particular porque es una de las pocas mujeres en el campo. En la actualidad, el señor Morgan tiene una de las bibliotecas más codiciadas del mundo… y gran parte se debe a la experiencia de la señorita Greene.

—Y al respeto de Morgan por el conocimiento que ella tiene.

—Sí, exacto. —Fijó su mirada en la mía—. Sería una tonta si no tomara en cuenta una oferta similar.

Sin decirlo de manera explícita, sentí que ella sabía por qué había hecho la pregunta. Ofrecerle un puesto de bibliotecaria de nuestra

familia sería la solución perfecta para mantenernos cerca. Pero también estaba profundamente consciente de que esa posibilidad tenía sus propias limitaciones. Quería que Ada se quedara en Estados Unidos porque deseaba con ansias tener un futuro con ella. Quería tener la oportunidad de cortejarla frente a las demás personas. Pero, si se volvía empleada de mi familia, la brecha social entre nosotros solo se ensancharía más, y aumentaría los chismes desagradables y los titulares salaces en las páginas de sociales. Y aunque sabía que yo podía tolerarlo, deseaba encontrar una manera de evitarle a Ada la mayor angustia posible.

Lo que en verdad necesitaba era encontrar una forma sutil de presentarles a Ada a mis padres y dejar que ellos descubrieran por sí mismos su finura, su inteligencia y su encanto, tal como yo lo había hecho. Su falta de posición social o de riqueza familiar no podría determinar la opinión de mis padres por mucho tiempo. ¿Cuántas veces mi padre y su hermano fueron despreciados por las antiguas familias adineradas de la Costa Este debido a los orígenes humildes de mi abuelo? En varias ocasiones, hasta mi propia hermana se quedó sin invitación para los bailes más codiciados de Nueva York y Newport. Sin duda mis padres no podrían caer en la falta de mostrarle el mismo desprecio a alguien a quien yo adoraba. Confiaba en que solo necesitaba encontrar la situación correcta para presentarla. Y que, entre la comodidad y los lujos del *Titanic*, encontraría la oportunidad.



Un casco negro brillante, cubiertas blancas resplandecientes y volutas de humo que se elevaban de sus cuatro chimeneas: el *Titanic* nos dio la bienvenida con todo su majestuoso esplendor.

—No puedo creerlo. Es mucho más hermoso de lo que había imaginado.

Ada tomó mi mano. Desde detrás del parabrisas del coche, nos alimentamos con la maravilla de sus gráciles líneas.

—Parece infinito, Harry.

De nuevo, había elegido la palabra perfecta. En verdad parecía interminable. De casi novecientos pies de largo, el navío daba la impresión de extenderse hasta la eternidad.

—Y solo lo hemos visto por fuera —agregué.

Como mi padre había invertido en la línea naviera White Star, a menudo lo escuchaba elogiar la tecnología que se empleó en su costosa construcción.

—Cuenta con la mejor ingeniería hasta el día de hoy —le expliqué —. El barco tiene dieciséis cámaras herméticas que pueden cerrarse en caso de que el casco se perfore.

—Es sencillamente increíble —exclamó, sonriendo sin dejar de admirarlo.

Cuando nuestro coche se acercó, vimos que los flashes del camarógrafo del periódico destellaban en la cubierta.

—Te dejaré salir primero. El chofer se asegurará de que un maletero suba tu baúl.

Aunque no lo dijéramos, ambos sabíamos que lo mejor era que no nos fotografiaran juntos y así evitar chismes innecesarios incluso antes de salir de Southampton.

—Gracias —dijo—. El señor Quaritch ya me dio instrucciones de llevar esto a la caja fuerte del barco tan pronto como abordara.

—Estaba a punto de sugerirlo —respondí.

Cuando el coche se detuvo, el chofer fue a buscar a un maletero. Por un momento nos quedamos por completo solos.

—Se supone que llegaremos a Cherbourg después de las seis esta tarde —dije.

—Sí, en ese momento tus padres abordarán. Imagino que esta noche estarás ocupado con ellos.

—Preferiría cenar contigo.

Ella sonrió.

—Tendremos casi una semana en el barco. Estoy segura de que habrá mucho tiempo para compartir una comida.

—Quizá cuando ya te hayas instalado podemos encontrarnos en la biblioteca —sugerí—. Tengo curiosidad de ver qué tiene el *Titanic* en sus libreros.

—Yo también. Qué trabajo debe ser tener que satisfacer tantos gustos distintos a bordo. ¡Quizá debería presentar mi candidatura para ser la bibliotecaria del barco!

—¡Buena idea! —exclamé dando una palmada en mi rodilla.

Se rio. A ambos nos divertía pensar en lo maravilloso que sería ese empleo.

—Señorita Lippoldt, un maletero la está esperando para acompañarla a la cubierta —nos informó nuestro chofer al abrirle la puerta.

El sol de la mañana entró y el aire salobre llenó el coche.

—¿Nos vemos en la biblioteca en una hora? —preguntó, abrazando el *Rubaiyat* contra su pecho antes de irse.

—Sí —respondí.

Mientras se dirigía a la plancha de embarco, yo aún podía escuchar su risa en mis oídos, diáfana como campanas.

Hubiera deseado grabar esos primeros momentos al abordar el *Titanic* con Ada. La hermosa escalera labrada. El domo de cristal. Los pisos de mármol. Incluso para alguien como yo, que ya había estado en algunos de los lugares más lujosos del mundo, era embriagante.

Un grupo de músicos tocaba melodías animadas y se ofrecían copas de champaña en charolas de plata. Mujeres con abanicos y sombreros adornados con plumas se deslizaban como cisnes en los vestíbulos. De inmediato reconocí a algunos amigos de mis padres, John y Marian Thayer viajaban con su hijo de diecisiete años, Jack. La señora Thayer me saludó con calidez y preguntó dónde estaban mis padres.

—Abordarán en Cherbourg y estarán aquí para la cena.

—Tenemos muchas ganas de verlos.

Marian se inclinó hacia mí y me besó en la mejilla. Su perfume contribuía con un toque adicional de gardenias a la fragancia del aire.

—Tu padre se fumará un puro conmigo esta noche —me dijo el señor Thayer, quien se acercó y me dio una palmada en la espalda—. El mejor humidificador lo espera. Al menos eso fue lo que escuché.

—Eso le agradará —respondí.

Lo único que podía hacer era esperar a liberarme de estas personas bienintencionadas para ir a refrescarme antes de encontrarme con Ada en la biblioteca.

Mientras avanzaba por el largo pasillo blanco hacia mi camarote de lujo, inhalé el embriagador aroma a barniz y pintura fresca. Todo en el *Titanic* olía a nuevo.

—Buenas tardes, señor Widener —me saludó un joven vestido con el uniforme de White Star—. Acaban de desempacar su baúl.

Abrió la puerta de mi camarote con un ademán ostentoso. Entré y descubrí una habitación tan hermosa como lo prometía el folleto. Paredes recubiertas de madera satinada, mobiliario estilo renacentista y un techo con casetones meticulosamente tallados. Enfrente, justo debajo de la ventana, había un escritorio de caoba y una silla, que hacía juego, tapizada de seda azul zafiro.

—Espero que sea de su agrado —dijo el sobrecargo—. Por favor, no dude en informarme si necesita algo más. En este momento están planchando su esmoquin.

En efecto, el camarote C-82 era de mi agrado. Tenía todo lo que hubiera podido desear en altamar. En la esquina, había una cama matrimonial majestuosa, con cabecera y piecera labrados. El colchón y las almohadas estaba cubiertos con sábanas y fundas de algodón egipcio, blancas como la nieve.

—Es perfecto —dije.

Por la única ventana entraban haces de luz dorada. Todos los accesorios de latón y cristal brillaban inmaculados. Me invadió una

sensación de novedad al saber que yo sería el primer pasajero que dormiría en esta habitación.

Lo que no le dije al auxiliar era que al camarote le hacía falta algo: Ada.

La suite de mis padres era adyacente a la mía, así que quizá estaba bien que la habitación de Ada se encontrara en la cubierta D; Sangorski había reservado para ella un camarote de primera clase mucho más modesto.

Estas últimas tres semanas y media en Londres me habían dado una certeza: me dolía no tener a Ada a mi lado. Quería recorrer el mundo con ella, examinar cada biblioteca y librería en el mundo como pareja. Quería verla sonreír en la mañana al despertar y escuchar su risa como música todos los días. Ya había tomado mi decisión: quería que la señorita Ada Lippoldt fuera mi esposa.

La biblioteca del *Titanic* estaba convenientemente ubicada en el mismo piso que mi camarote, pero en el otro extremo del barco, menos atractivo, que daba a la cubierta de popa. Era el lugar ideal para que Ada y yo nos reuniéramos, no solo porque tenía la selección más grande de libros para los pasajeros del barco, sino también porque, podría decirse, servía como la sala de reunión de todos los pasajeros de segunda clase. Dudaba que alguna persona del círculo social de mis padres se presentara aquí; en su lugar, optarían por la sala más íntima y suntuosa en primera clase, ubicada en la cubierta A, a un lado de la hermosa gran escalera.

No obstante, era un lugar encantador para reunirnos. Con sus detalles neoclásicos y paredes hechas de panales de caoba y de sicomoro que hacían contraste, el espacio era cálido y acogedor. Cuando llegué, Ada ya estaba instalada en una de las cómodas sillas en un extremo de la habitación.

—Llegaste temprano —dije mirándola. Se había puesto un nuevo vestido, uno de delicada seda malva con botones de perlas—. Espero

que no me hayas esperado mucho tiempo.

Parpadeó.

—Quería ganarte en la cacería. Tenía que ver primero qué hay en los estantes.

Reí.

—Me gusta tu espíritu competitivo. ¿Y qué descubriste?

—Edith Wharton, James Fenimore Cooper, lo de siempre. Pero también hay un libro muy especial que me sorprendió ver.

Me incliné en su dirección.

—Ya despertó mi curiosidad, señorita Lippoldt. —Vi que tenía el libro bajo las palmas de sus manos—. Enséñeme.

Levantó las manos.

—Me atrevería a decir que el bibliotecario del *Titanic* es un poco romántico.

Sonreí. El volumen de *Melodías hebreas* de lord Byron yacía en el regazo de Ada. Contenía su poema más famoso, «Ella camina en la belleza». No pude resistir recitarle los primeros versos:

> *Ella camina en la belleza, como la noche*
> *De climas sin nubes y cielos estrellados…*

—¿Sabías que Quaritch acaba de vender una primera edición de este libro? —dijo—. Envidié mucho al comprador.

—No tenía idea —respondí.

Por un momento me pregunté si debía contarle que Rosenbach me había ayudado hacía poco a adquirir varios libros, e incluso algunos bocetos, de Byron.

—Sí. ¡Quería que fuera mío!

Sin que me lo dijera en voz alta, me di cuenta de que estaba creando su propia biblioteca de poetas románticos. Si bien Dante Gabriel Rossetti era técnicamente un prerrafaelita, su poesía tenía influencia de algunos de los grandes románticos como John Keats y William Blake.

—Ahora puedo imaginar tus libreros con más claridad —dije. Todos estos pequeños detalles de Ada se unían para darme un

panorama más claro—. Quizá un ejemplar del *Valperga* de Shelley será tu próxima adquisición.

Nos miramos a los ojos.

—Me entiendes bien, Harry —dijo.

Esas palabras eran el mayor halago de todos. Nuestros libros eran pistas hacia nuestras almas. Cada día, nuestra vida se cargaba de obligaciones, formalidades y restricciones; sin embargo, en nuestras bibliotecas, en nuestros pensamientos y deseos, teníamos un lugar para respirar. En esa bóveda sagrada éramos libres.

En la comodidad y la paz de la biblioteca, Ada y yo observamos una variedad de pasajeros que jugaban cartas, leían libros e incluso escribían tarjetas postales en los pequeños escritorios diseminados por toda la sala.

Fue Ada quien sugirió que nosotros también jugáramos algo.

—¿Sabías que Dante Gabriel Rossetti y su hermana Christina inventaron un juego de palabras cuando eran niños?

—No lo sabía —admití.

—¡Sí! Y, supuestamente, eso fue un gran apoyo para Christina cuando estuvo enferma.

—Mi madre y yo jugábamos «escalera de palabras» con la obra de Lewis Carroll cuando yo estaba enfermo y no iba a la escuela. —No había pensado en eso en años; ahora, el recuerdo me reconfortaba.

—A mí también me encantaba jugar a eso —dijo sonriendo—. Pero los hermanos Rossetti eran un poco más ambiciosos. Inventaron su propia versión de *bouts-rimés*, en la que se desafiaban para componer un soneto en cuestión de minutos. Así…

Ada parecía extraer las palabras de las nubes:

Acompáñame, entretejamos juntos,
solo tú y yo,
una palabra o dos.

Ada era muy ingeniosa e inteligente. Hice un intento por inventar mi propia réplica poética lo más rápido posible, a pesar de que las campanadas del reloj de la chimenea me distraían.

No deseo más que aligerar el ambiente
con palabras de libros que hablen de amor
a la mujer de cabello refulgente.

Al decir estas palabras, sentí que el espacio entre nosotros cambiaba. Ella también lo sintió. La distancia que nos separaba se acortó. Casi podía saborear la dulzura de su aliento.

El reloj dejó de repicar.

—Sé que tienes que reunirte pronto con tus padres.

Asentí, pero cada parte de mí se rehusaba a separarse de ella.

—¿Nos podemos encontrar aquí en la noche? Es probable que tenga que tomar una copa con mi padre en la sala de fumadores después de la cena, pero quizá pueda escaparme después de eso.

—Sí, claro. —Volvió a poner el volumen de Byron sobre su regazo —. Tengo más que suficiente para leer y mantenerme ocupada — agregó mirando los estantes.

—Y esta noche podremos continuar nuestro juego en donde lo dejamos —comenté—. Quizá para el final del viaje tengamos nuestro propio libro de sonetos.

—Me encantaría —respondió.

—Todavía llevo el Pequeño Bacon aquí —dije dando una palmadita sobre el bolsillo del pecho—. Pero una versión miniatura de nuestro propio libro de poesías sería algo que en verdad me gustaría tener siempre junto a mi corazón.

Capítulo 51

El perfume de un enorme ramo de flores invadía la suite de mis padres. Gardenias blancas, rosas rosadas y narcisos amarillos. Mi madre amaba las flores. Nuestro vasto jardín en Lynnewood Hall, del cual algunos decían que podía rivalizar en belleza con los jardines de Versalles, se diseñó para garantizar que siempre hubiera flores en su esplendor: desde las interminables hileras de tulipanes franceses en variedad de tonos rosados que florecían en abril hasta los iris que florecían en junio. En esos cálidos días de primavera, mi madre adornaba todas las habitaciones con sus arreglos personales. En el escritorio de mi despacho, a menudo llenaba el pequeño florero; el aroma de las flores era mi compañía cuando leía.

—¡Harry! —exclamó abriendo los brazos en mi dirección—. ¡Te extrañé! París no fue lo mismo sin tu compañía.

Sus manos blancas como la leche me sujetaron mientras plantaba un beso en cada una de mis mejillas.

Ya estaba vestida para la cena. Su cabello color ceniza, recogido con peinetas de carey y concha marina. Su cuello, envuelto en sus valiosas perlas.

Observé la habitación. La suite de mis padres era una de las principales del barco, por lo que era mucho más espaciosa y lujosa que la mía. Recubrimientos de oro y bronce, armarios con espejos en las puertas y dos cubrecamas de damasco adornaban cada una de las dos camas. Todas las suites de las cubiertas B y C estaban diseñadas en once estilos de épocas diferentes para elección de los pasajeros: desde la época jacobina, georgiana, estilo Luis XV hasta el Renacimiento, que fue la que yo elegí para mi camarote. Mi madre escogió un estilo moderno, con muebles de Harland & Wolff y toques de terciopelo de

un morado exuberante. Todas estas suites tenían un baño completo privado con agua caliente.

—El señor Ismay quería asegurarse de que tu madre estuviera contenta —dijo mi padre sonriendo al tiempo que señalaba el arreglo floral—. Debió mandarlas pedir esta mañana cerca de Cherbourg.

Era cierto. Ambos sabíamos cuánto amaba mi madre las lilas y cómo lamentaba que solo florearan unos días. Bruce Ismay, el presidente de la línea White Star, iba a bordo para este primer viaje y no había duda de que se esmeraba en darle una atención especial a los pasajeros importantes.

—¿Estuviste ocupado en Londres? —preguntó mi madre.

—Mucho. —Sonreí—. Todos los días había un nuevo libro, un nuevo hallazgo.

—Qué bueno que te quedaste —dijo mi padre mientras miraba hacia afuera por una de las dos ventanas de la habitación—. Tu madre pasó cada hora comprando cosas para la boda de Ellie. Me alivia saber que los próximos cinco días en altamar evitarán que haga una sola compra más durante un tiempo.

Mi madre le dio un golpecito juguetón.

—George —se quejó—. Solo tenemos una hija.

—Ah —exclamó mi padre sonriendo—. Tienes razón. —Se inclinó y besó su frente—. Entonces, no escatimes en gastos para nuestra niña.

Esa noche cenamos en el suntuoso restaurante a la carta. Mi madre estaba en su elemento, rodeada de muebles finamente labrados y candelabros brillantes de cristal, mientras la orquesta tocaba preludios suaves al fondo. La mayoría de los pasajeros de primera clase comía en el comedor principal, donde ofrecían un menú establecido y la comida estaba incluida en el precio del boleto; en cambio, el restaurante a la carta, a cargo del afamado restaurantero Luigi Gatti, no solo ofrecía la oportunidad de disfrutar lo mejor de la alta cocina francesa por un costo adicional, sino que también, y quizá era lo más

importante para los comensales, permitía separar a los pasajeros ricos de los verdaderos millonarios.

Recorrí la sala con la mirada y vi a muchos conocidos de mis padres. En un rincón al otro extremo, John Jacob Astor IV estaba sentado con su nueva prometida. Ben Guggenheim estaba sentado en silencio junto a una de las columnas de yeso acanaladas con una joven que, según mi madre, no era su esposa, sino su amante, la cantante francesa Léontine Aubart. En la mesa que estaba más cerca de los músicos se encontraban Isidor e Ida Straus, con las manos amorosamente entrelazadas mientras se mecían al unísono, al ritmo de la melodía.

El mesero nos llevó una torre de ostiones frescos y champaña para empezar nuestra primera comida a bordo.

Cuando el capitán se acercó a nuestra mesa, mi madre le hizo saber de inmediato que estaba organizando una pequeña fiesta en su honor.

—¿El domingo le queda bien? —preguntó—. Déjeme todo a mí. ¡Será muy divertido!

—Una noche inolvidable, estoy seguro —respondió. Sus ojos brillaron al aceptar su invitación.

—Maravilloso —dijo mi madre, juntando las palmas—. Empezaré con la lista de invitados.

Después de que se fue, mi madre volteó hacia mi padre y sugirió invitar a John y Marian Thayer, William y Lucile Carter, y al comandante Butt.

—Un buen grupo —opinó mi padre tomando un ostión—. ¡Esto está tan bueno que casi puedo saborear el mar! —agregó después de comérselo.

El alma se me cayó a los pies. Quería presentarles a Ada a mis padres, pero ahora, con la fiesta de mi madre el domingo, tendría que pensar cuándo sería el mejor momento. No quería que cenara sola en el comedor principal durante varias noches o, peor aún, que otro caballero la invitara a comer.

—¿Les molestaría si no asisto a la fiesta? —pregunté indeciso.

Mi madre me miró con sospecha.

—¿Qué quieres decir? ¿Por qué no asistirías?

—Quizá tenga otros planes.

—¿Con quién? —Me miró incrédula, como si le hubiera robado algo justo frente a sus narices.

—Con alguien que Quaritch me presentó.

—No, sin duda puedes invitarlo a él también, Harry.

Después de la cena, mi padre y yo fumamos puros; yo no dejaba de mirar el reloj. A las nueve de la noche, le dije que quería sacar un libro de la biblioteca.

—Entonces, no te retengo más —dijo lanzando aros azulados de humo en el aire.

El comandante Archibald Butt se reunió con nosotros después de la cena; él y su mejor amigo, el pintor Frank Millet, mantenían una conversación animada. Mi padre estaría en buena compañía y no se quedaría solo.

Ada ya me esperaba cuando regresé a la biblioteca.

—Disculpa mi retraso —me disculpé al sentarme—. Espero que tu primera comida a bordo haya sido buena.

—Mucho. Me senté con una mujer llamada Ella, que viaja sola como yo. Y con un caballero mayor, un señor William Stead, de Londres. ¡Qué hombre tan interesante! Era editor de un periódico y luego se interesó por el espiritualismo. Nos contó a Ella y a mí que se dirige a Nueva York para dar una plática sobre cómo el alma vive después de la muerte. Él ha tenido sus propias experiencias, ha escuchado a gente de ultratumba que se ha comunicado con él.

—Qué interesante —comenté con voz plana.

—En realidad, Harry, fue estimulante escucharlo hablar —dijo al percibir mi cinismo—. Bueno, a mí me parece fascinante. Quiero creer que aún podemos comunicarnos con nuestros seres queridos cuando ya no estamos.

—Me parece bien —respondí—. Pero esperemos que eso no pase muy pronto. Y, mientras sucede, hay asuntos más importantes en los

qué concentrarse. Quiero presentarte a mis padres. Están organizando una fiesta con el capitán para el domingo en la noche.

Ada me miró con ternura.

—Me gustaría mucho conocer a tus padres. Pero quizá no sea lo mejor hacerlo en la fiesta que está organizando tu madre y en la que estarán todos sus amigos.

Estaba agradecido de que tuviera las mismas reservas que yo y que también pensara que la fiesta no era el momento ideal para un primer encuentro. Quería ser un caballero y asegurarme de que supiera que estaba invitada, pero ambos sabíamos que los comentarios desagradables al principio podrían estropear cualquier futuro que pudiéramos tener.

—Quizá podría organizar una cena el sábado. Eso les daría algunos días a mis padres para adaptarse al viaje y que den lo mejor de sí mismos cuando te conozcan.

—Creo que tu madre podría estar distraída la noche anterior a su fiesta —opinó con dulzura.

—Pero odio pensar que cenarás sola todo ese tiempo.

—No seas tonto —dijo Ada—. El responsable del comedor se asegurará de que no me siente sola. No hay una sola persona que no sea interesante en todo el barco. Es estimulante conocer nuevas personas.

—¿Qué tal el lunes? —sugerí.

El barco estaba programado para llegar a Nueva York el siguiente miércoles, así que una cena ese día nos daría tiempo suficiente para que mis padres vieran por ellos mismos por qué estaba tan enamorado de Ada.

—Eso me gustaría —respondió.

—Y debes prometer que yo seré el único con quien mirarás las estrellas en la noche. Encontraremos un lugar en una de las cubiertas traseras donde nadie pueda vernos.

—Lo prometo —dijo sonriendo.

Estábamos solos en la biblioteca. Me acerqué a ella y acaricié su mejilla con los dedos. Su beso me supo a canela y miel.

Capítulo 52

—Los archivos nos hablan —le dijo Madeline a Violet—. Los verdaderos académicos entienden que en realidad es un diálogo. Y lo que falta a menudo también revela algo.

—La verdad es que ya empecé a darme cuenta de ello —admitió Violet.

Sus palabras despertaron la curiosidad de Madeline.

—Entonces, dime, ¿qué te dicen los archivos?

—Quizá piense que estoy equivocada, pero me he estado preguntando algo que falta por completo en los archivos de Harry Elkins Widener. —Violet respiró hondo—. Gracias a usted, he tenido la suerte de leer mucho de la correspondencia de Harry con Rosenbach. Es claro que los unía su amor por los libros. —Dudó antes de continuar—. Pero ¿alguna vez alguien investigó si existen cartas de amor en algún lugar?

Madeline sonrió.

—¿Quieres decir que si alguien se ha preguntado alguna vez si Harry tuvo un amor de algún tipo?

—Sí —respondió la chica—. Después de todo tenía veintisiete años cuando murió. En esa época no era demasiado joven como para que considerara sentar cabeza. Y supongo que debió ser un excelente partido, en términos de matrimonio. Era rico, apuesto, educado en Harvard.

—Por supuesto, ya ha habido discusiones sobre eso. Creo que todos los curadores que han estado a cargo de la colección de Harry aquí en la universidad han intentado darle vida. Pero, si te soy sincera, incluso después de todos estos años no sabemos casi nada de su vida personal. Existen cartas dirigidas a las personas de su círculo más íntimo, en particular a sus amigos que entendían su pasión por los libros, como Luther Livingston y Rosenbach. Y tenemos cartas que él

le envió al presidente Lowell después de su graduación y, de tanto en tanto, a algunos de sus antiguos compañeros. Sin embargo, el resto del material es muy escaso cuando se trata de revelar algo sobre él que sea siquiera remotamente más personal.

—Ya veo —dijo Violet.

—Así que, para responder a tu pregunta, no existen documentos aquí que sugieran que estuvo enamorado y, hasta donde yo sé, nadie ha encontrado ningún tipo de artículo de sociales que diga que lo vieron o que estaba relacionado con alguna mujer en particular. —Sacudió la cabeza—. A lo largo de los años, algunas personas han pensado que quizá era homosexual. —Madeline se encogió de hombros—. La verdad es que no sabemos nada. Supongo que es otro secreto que se hundió con el *Titanic*.

—Tengo la sensación de que hay algo que se nos está escapando a todos —dijo Violet.

Madeline entrecerró los ojos.

—Si tienes una corazonada y deseas investigarla, Violet, te apoyaré de la manera que pueda.

—Gracias, pero todavía no tengo ninguna evidencia concreta. Es solo una corazonada. Y sé que eso no significa nada en el mundo de la academia.

—A veces, esas pequeñas chispas dentro de nosotros son las que motivan las mejores investigaciones. Necesitamos algo que nos mueva de manera personal. Eso nos lanza a lo desconocido, nos hace querer buscar las respuestas. Espero con ansias ver lo que sea que descubras, Violet.

Violet no podía dejar de pensar en la segunda llave que estaba en el listón en el escritorio de Harry. Pete dijo que no tenía idea de para qué servía cuando usó la otra llave para darle cuerda al reloj de escritorio. La misteriosa llave era muy singular, con los dos estorninos que se besaban en un extremo. Violet jamás había visto nada parecido. Tenía

algo de romántico, era innegable. ¿Se debía al beso de los pájaros o al listón desteñido de grogrén?

Pero la intuición de Violet le decía que debía haber más que eso. Puesto que la llave con los estorninos se había mantenido guardada todos esos años junto con la que le daba cuerda al reloj de Harry, tenía la fuerte sospecha de que debía abrir algo realmente importante para él.

Entre más pensaba en qué uso podría tener la llave, más segura estaba de que se relacionaba con una historia que Harry quería que ella descubriera de alguna manera.

—¿Puedo hacerle una pregunta? —le dijo Violet a Madeline unas horas más tarde, mientras empujaba el carrito para transportar los libros hacia el elevador en el túnel debajo de la Houghton.

Encima de la pila de libros, descansaba un volumen ilustrado del siglo XVIII de dibujos palladianos que un académico visitante había solicitado.

—Claro, si es rápido. Encontramos otro libro destruido en los estantes. —Su rostro mostraba angustia.

—Lo siento —se disculpó Violet.

Sabía cuánto le mortificaba a Madeline y a sus compañeros bibliotecarios no haber averiguado aún quién era el vándalo.

—Es una pregunta rápida. ¿Sabe para qué sirve la segunda llave que está en el escritorio de Harry? La que está junto a la llave para darle cuerda al reloj. Pete me dijo que creía que nadie sabía.

—Pete tiene razón. No lo sabemos, aunque muchas de las personas aquí han especulado durante años. —Hizo una pausa—. Pero hay una cosa que sí sabemos: cada una de las habitaciones de Lynnewood Hall tenía su propia llave. Así que había una teoría de que la llave debía de pertenecer a una de las habitaciones, quizá incluso al despacho de Harry.

—Interesante —dijo Violet.

—Al parecer esa idea se descartó muy pronto. Flora Livingston, la segunda curadora de la colección Widener, era amiga de Eleanor Widener. Cuando donaron todos los objetos relacionados con Harry y

Flora estaba a cargo de la curaduría, se comunicó con Eleanor para documentar todo. Y fue la misma Eleanor Widener quien le dijo que ella tampoco sabía de dónde era esa llave.

—Qué extraño. Me pregunto qué simbolizan los estorninos —murmuró Violet para sí.

Estaba bastante segura de que eran estorninos, por la cola plana, el pico puntiagudo y las características alas triangulares.

—Me impresiona que te hayas dado cuenta de que son estorninos, Violet —dijo Madeline sonriendo—. Nunca hubiera pensado que fueras una ornitóloga en ciernes.

—Una amiga me explicó una vez qué los distingue de los otros pájaros.

—Entonces estoy segura de que tu amiga te dijo que pueden significar muchas cosas distintas dependiendo de la cultura y la sociedad. Se sabe que representan la libertad, la conexión espiritual y el amor, pero con más frecuencia simbolizan la comunicación.

—Exacto. A menudo se cree que son mensajeros —añadió Violet, más como afirmación que como pregunta.

—Sí, eso creo —dijo Madeline—. Si tan sólo tuviera algunos estorninos que me mostraran quién es este maldito vándalo.

Horas después de que Violet hablara con Madeline sobre la llave, su mente no dejaba de volver a cierto recuerdo de Hugo, durante el otoño del segundo año de universidad. Los árboles a lo largo de la ribera del río Charles ya habían perdido casi todas sus hojas, pero las puestas de sol eran cada vez más hermosas conforme el clima se hacía más frío. Hugo acababa de terminar su entrenamiento de remo y ella lo alcanzó en el cobertizo de las canoas con dos croissants de chocolate.

Se habían acostado en una de las áreas verdes, con la mochila de gimnasia de Hugo bajo la cabeza, los labios aún manchados de azúcar y migajas sobre el pecho. Sobre ellos, en el brillante cielo color chabacano, una gran parvada revoloteaba y giraba con un patrón de vuelo perfectamente sincrónico. Primero, los pájaros volaron en

picada, luego ascendieron, se elevaban y caían para elevarse por los cielos, repitiendo el movimiento una y otra vez. Violet y Hugo se sentían como si estuvieran viendo una nube creada por cientos de alas que batían.

—¿Qué es eso? —preguntó Violet asombrada.

—Creo que se llama una murmuración de estorninos —dijo Hugo.

—¿Murmuración?

—Sí, es algo muy raro. Una vez lo vi con mi abuelo. Me explicó que los estorninos se reúnen al anochecer para intercambiar información y que volar así, tan juntos, los ayuda a mantener el calor en el aire nocturno. —La abrazó y la acercó a él—. Así —susurró en su oído—.

Violet sintió el calor que emanaba desde debajo de la chamarra de Hugo.

—Me pregunto que se dicen entre ellos —susurró ella a su vez.

Hugo permaneció en silencio, contemplando a los pájaros que se arremolinaban para comenzar a elevarse.

No solo era un espectáculo increíble de ver, pues el sonido que emitían los pájaros era igual de impresionante. Con la combinación de sus graznidos agudos y la vibración de varios cientos de alas batiéndose, sonaban como olas que se estrellan contra la costa.

—Creo que no solo se comunican entre ellos, sino también con nosotros —dijo Hugo al final—. Nos recuerdan que nunca estamos solos.

Capítulo 53

Ada rozó mi manga con su muñeca cuando estábamos en la cubierta de popa mirando dos golondrinas blancas que sobrevolaban. Parecían estar suspendidas a medio vuelo, navegando en el viento que generaba el túnel de aire de nuestro barco descomunal al deslizarse por el Atlántico.

—Qué hermoso debe ser estar allá arriba, mirándonos desde el cielo —dijo Ada.

Había otros pasajeros entre nosotros en esta cubierta, pero sabía que Ada y yo podíamos hablar con libertad porque el círculo de mis padres solo se paseaba en la de primera clase.

—Y este aire —agregó—. Me gustaría poder embotellarlo y llevármelo a mi casa en Londres. Siento que todo el esmog ha desaparecido de mi nariz, de mi mente. ¡Ahora pienso más claro que nunca!

Quería decirle que para mí no era así. Solo estar cerca de ella me distraía. Lo único que quería hacer era besarla de nuevo.

Era nuestra tercera tarde a bordo en el *Titanic*. La brisa del océano era fresca y cada espacio parecía estar animado por un conjunto musical u otro. Había música al entrar al Patio de Palmeras, así como en la cafetería Veranda, en el comedor y en todas las otras áreas sociales del barco. Adonde uno fuera, notas efervescentes danzaban en el aire.

—El señor Ismay le dijo a mi padre que quizá batiremos el récord para cruzar el Atlántico. Incluso podríamos llegar a Nueva York un día antes —le informé a Ada.

—¡Vaya! —Alzó la barbilla y cerró los ojos; el escozor de la brisa nocturna hizo que se ajustara la capa sobre los hombros—. Pero en

parte deseo que pudiéramos quedarnos un poco más en este barco.

—Necesitarías más libros.

—En efecto. —Abrió los ojos y en su rostro se dibujó una sonrisa —. Muchos más.

Alzó la mano y la presionó contra mi pecho.

—Es verdad que no te has apartado de él —dijo al sentir el Pequeño Bacon al interior del saco de mi esmoquin.

—No. Le dije a Quaritch que no lo haría.

—No cabe duda de que es un romántico, señor Widener.

—¿Por qué lo dices?

—Todas las señales están ahí, escritas.

—¿Dónde? —pregunté juguetón.

—Ahí arriba —respondió señalando.

—Bueno, el cielo nunca miente —dije.

Puso su mano sobre mi pecho otra vez.

—No, no miente.

—¿Sería horrible si confieso que no quiero que regreses a Londres?

—¿Y qué haría en ese escenario? —preguntó—. Tengo responsabilidades. Quaritch confía en mí. He trabajado mucho como para renunciar a todo.

—Creo con firmeza que todo empezará a acomodarse cuando atraquemos en Nueva York.

Se sujetó del barandal y alzó la mirada hacia el laberinto de constelaciones.

—Ahí arriba, en algún lugar, hay un mapa. —Sonrió—. Confío en que nos lleve adonde tenemos que ir.

Mi madre pasó la mayor parte de la mañana del domingo revisando los detalles de su fiesta. Había acabado con el menú y la selección del vino. Eligió un arreglo floral como centro de mesa, compuesto de violetas y rosas color lavanda. Yo le había dicho que asistiría, pero que no podría quedarme mucho tiempo. Necesitaba reunirme con mi amigo justo después del postre.

—Tu amigo secreto —dijo mi madre riendo, en un intento por provocarme para revelarle quién era—. No me gusta que tengas secretos conmigo.

—No es un secreto. Mañana haré las presentaciones.

—Muy bien —dijo—. Sabes cuánto me gustan las sorpresas. —Sus ojos brillaron.

—Algún día, tu madre nos sorprenderá a todos —bromeó mi padre.

—No lo dudo —admití.

Sabía que mi madre, a pesar de que parecía ser como todas las personas de la alta sociedad, con su cabello perfectamente peinado, sus plumas de avestruz y sus joyas, era fuerte como el acero. Solo no tenía idea de que haría falta una tragedia para poner a prueba su fortaleza. Que pronto se canalizaría en la creación de una biblioteca de mármol, piedra caliza y ladrillo.

Capítulo 54

Era la última tarde en el *Titanic*. Podría escribir un libro con todos los detalles. Podría hablar de la conversación significativa que tuve con el joven Jack Thayer, el hijo de diecisiete años de los queridos amigos de mis padres, quien me confió su emoción y nerviosismo porque se iba a graduar de la preparatoria Haverford esa primavera y dejaría el cómodo nido de la casa de sus padres para ir a la universidad.

Podría contar que me encontré a Bruce Ismay, quien me enseñó un telegrama que había recibido en el que le informaban la presencia de hielo más adelante, pero que no llegaríamos a esa ubicación hasta después de las nueve de la noche. O podría compartir la auténtica dulzura que provocaba ver a Isidor e Ida Straus cuando se paseaban en la cubierta A con las manos entrelazadas.

Recuerdo haber pensado que yo quería envejecer con Ada igual que los Straus; mirarla a los ojos y verla siempre hermosa y atemporal. Isidor miraba a Ida como si la viera por primera vez: joven, llena de novedad.

La cuestión es que esa mañana y esa tarde estuvieron llenas de pequeños fragmentos de vida en aquel buque magnífico, el cual nos había prometido toda la seguridad e ingeniería de primer nivel junto con el lujo y buen ambiente.

Mi madre estaba muy ocupada con todos los detalles de su velada. Se sentía francamente emocionada por organizar una fiesta en honor del capitán Smith. Por mi parte, yo solo esperaba que terminara. Odiaba no poder disfrutar la compañía de Ada de manera más pública. Quería llevarla a tomar el té en el Patio de las Palmeras o a comer en el café parisino del *Titanic*. La cena del día siguiente era lo que me tenía nervioso y emocionado. Mis padres pensaban que quizá

llevaría a un compañero de la escuela o a un nuevo amigo. No tenían idea que se trataba de Ada.

El plan daba vueltas en mi cabeza y, con cada hora que pasábamos en el barco, Ada y mi historia empezaron a volverse más complejas.

—Quiero mostrarte algo.

—Por favor —respondí extendiendo las manos, divertido

—Te lo enseñaré después de la fiesta de tu madre. ¿A qué hora empieza?

La manera misteriosa en la que Ada se comportaba solo aumentaba mi curiosidad.

—A las ocho.

—Entonces hay que vernos en la biblioteca poco después de las diez —propuso.

—Estaré esperando que llegue ese momento. Casi tanto como la cena de mañana —respondí.

La miré a los ojos y vi mi futuro. Vi hijos, vi vejez.

Pero no hice ningún comentario. Solo pude decir:

—Me emociona que mis padres te conozcan.

En la compacta elegancia de mi camarote, me preparé para la fiesta de mi madre. Edwin, el ayuda de cámara de mi padre, se había asegurado de que nuestros esmóquines estuvieran planchados. En mi neceser de piel tenía a mi alcance todo lo que necesitaba: el peine y el cepillo de plata, la lima de uñas y las tijeras, y el rastrillo con mango de ébano. Mi padre prefería que Edwin lo rasurara, pero yo disfrutaba hacerlo por mí mismo.

Apliqué una capa de crema de afeitar, incliné la cabeza y pasé la navaja sobre mi rostro y la mandíbula, asegurándome de que el filo de acero cortara todo el vello. Refresqué mis mejillas con mi colonia favorita. Peiné mi cabello negro hacia atrás y lo alisé con pomada.

Observé mi reflejo en el pequeño espejo. En Harvard siempre me consideré tímido y torpe, en particular comparado con mi compañero de cuarto, Ed, quien era siempre el alma de las fiestas. Sin embargo,

esta noche sentía que una nueva confianza se apoderaba de mí. Al fin me sentía cómodo conmigo mismo.

—¡Nos sentimos honrados de que nos acompañe esta noche!

Mi madre se puso de pie para darle la bienvenida al capitán Smith, quien llegó varios minutos después que el resto de los invitados a la fiesta.

—Señora Widener —dijo irguiéndose, con su prístino uniforme de la Marina. Tomó la mano de mi madre entre las suyas y agregó:— Ha hecho un trabajo maravilloso.

Mi madre sonrió.

—¿Todo bajo control en el puente de mando? —bromeó el comandante Archibald Butt al tiempo que el capitán se sentaba—. No nos gustaría que hubiera algún problema mientras el capitán está lejos de su tripulación.

Marian Thayer le dio un golpecito en la muñeca a Archibald.

—Deja de molestar al pobre hombre.

Mi padre llamó al mesero para que llenara la copa del capitán Smith.

—Estamos en manos muy capaces. ¡Y tenemos que brindar por él! Mis amigos de la línea White Star me dicen que se va a jubilar una vez que lleguemos a Nueva York. —Mi padre alzó su copa de champaña —. ¡Por su última travesía! —exclamó con una gran sonrisa.

Todos levantaron sus copas en dirección del capitán.

—Gracias —dijo él—. Ha sido un honor trabajar para White Star durante tantos años.

Lucile Carter se inclinó hacia el capitán y le preguntó algo que no pude oír, mientras su esposo miraba el reloj. Al parecer, los dos deseábamos estar en otro lugar.

Me encontré con Ada en la biblioteca poco pasadas las diez. En cuanto entré a la sala, alcancé a distinguir su perfil. Llevaba el mismo vestido que se puso la primera noche; su cabello estaba sujeto en un chongo

sencillo, pero para mí era tan etérea y hermosa como si hubiera salido de uno de los lienzos de Frederic Leighton.

—¿Cómo estuvo la cena? —pregunté después de darle una palmadita en el hombro.

—Muy agradable. Cené otra vez con el señor William Stead y la señora Stonington, una viuda de Boston. De nuevo, la conversación fue fascinante —respondió—. Después fui a asegurarme de que el *Rubaiyat* siguiera guardado y a salvo en la caja fuerte. Así que todo está como debe estar.

—Casi —dije—. Después de mañana estará mejor. No quiero que tengas que cenar una vez más con desconocidos.

—Ya no son desconocidos para mí, Harry. Son nuevos amigos —me corrigió—. No tienes que preocuparte por mí. Ya llevo algún tiempo cuidándome sola.

Callé. En ese momento me di cuenta de que una de las razones por las que me sentía tan atraído por Ada era porque no se parecía a ninguna otra mujer que hubiera conocido hasta entonces. Aunque mi madre me parecía igual de fuerte e intrépida, aun así creció en un mundo que le ofrecía todo lo que necesitaba y más. Pasó de la mansión Elkins a la Widener, y cada transición le brindó comodidades y protección en abundancia.

—¿Qué era lo que me querías enseñar? —pregunté.

Mi curiosidad no había disminuido desde que lo mencionó horas antes.

—Sé que es escandaloso sugerirlo —dijo sonrojándose—. Y quizá sea el vino que tomé en la cena, pero quiero hacerte una petición atrevida. Prefiero mostrártelo en privado. Si prometemos ser cuidadosos, ¿te importaría venir conmigo a mi camarote?

En efecto, era escandaloso, y sabía que debía ser sumamente cuidadoso para que no me vieran. Por suerte, también estaba en el mismo tono, puesto que me había tomado una copa con mi padre antes de la cena.

Ada salió primero de la biblioteca. Esperé quince minutos antes de levantarme y dirigirme a su camarote. Sangorski le había reservado

uno sencillo, no uno de lujo, que hubiera sido demasiado caro. Pero por, treinta libras, pudo tener su propia habitación privada con baño compartido al final del pasillo.

El camarote de Ada estaba en la cubierta E, lejos de los camarotes de lujo de mis padres y sus amigos.

Di unos golpecitos en la puerta, y me invitó a entrar.

Al interior de la habitación inmaculada, encontré a Ada con un telegrama en la mano.

—Quería que lo leyeras aquí, para poder ver tu reacción.

> Posibilidad de alargar su estancia en Nueva York. Coleccionista privado interesado en que lo representemos en subasta. Envíe telegrama al llegar.
>
> A. A. Q.

Mi rostro se transformó mientras leía el telegrama de Quaritch. Cuando alcé la vista, Ada estaba de pie junto a mí y podía oler su perfume.

—¡Son noticias maravillosas! —exclamé.

Mi mente giraba a toda velocidad, pensando cómo ese tiempo adicional podría permitirme cortejarla oficialmente.

Me acerqué. Nuestros rostros estaban a solo centímetros de distancia.

—Lo son —respondió y me dejó besarla.

Estiré las manos para tocar su cabello y luego el aterciopelado lóbulo de su oreja.

Bese su cuello. Besé su clavícula. Todo en Ada me parecía nuevo. Sus labios sabían a durazno fresco. El ritmo de su respiración era como una melodía.

—Harry —dijo mi nombre en un susurro que apenas pude oír.

Quería inhalar cada parte de ella. Respirarla profundo en mis pulmones. Y, cuando su vestido de seda cayó al piso, por primera vez en mi vida me quedé sin palabras.

No había pasado ni siquiera una hora cuando ambos nos sorprendimos al descubrir que el barco se sacudía. La pantalla de la

lámpara junto a la cama de Ada empezó a vibrar, y sentí que de pronto el bote se inclinaba hacia un lado.

—¿Qué sucede?

Ada estaba acurrucada contra mí, su mano descansaba en mi pecho. No supe qué contestarle.

—¿Nos detuvimos?

Su rostro estaba alarmado y jaló la cobija para pegarla más contra su cuerpo.

—Quédate aquí —dije tratando de esconder mi preocupación.

Tomé mi reloj de bolsillo del buró y vi la hora. Eran casi las 11:45 p. m. Me vestí y metí el reloj en el bolsillo de seda, junto al Pequeño Bacon.

—Voy a ir a ver qué pasó —dije rápidamente mientras me ponía los zapatos.

Me miré una última vez en el espejo que estaba encima del lavabo de porcelana y salí. A pocos metros del camarote me encontré con un maletero.

—¿Por qué pararon las máquinas? —pregunté.

No era el único que se había dado cuenta del cambio súbito: el barco había dejado de moverse y los motores se detuvieron de manera abrupta. Otros hombres empezaron a salir de sus camarotes, haciendo la misma pregunta. Ya todos nos habíamos acostumbrado al sonido constante de las máquinas. Pero el silencio era ahora inquietante, alarmante.

Antes de que el maletero pudiera responderme, los motores volvieron a encenderse, pero esta vez muy lentos. Sonaba más como un coche que tiene algún problema que como un enorme transatlántico. Luego, con la misma rapidez, volvieron a apagarse.

Vi cómo la expresión del maletero titubeó con inquietud por un momento.

—Señor —dijo, eligiendo conservar la calma y la confianza en la ingeniería del *Titanic*—. Todo está bien. No tiene de qué preocuparse.

Sin embargo, ese breve titubeo me inquietó, así que caminé rápido hacia el camarote de mis padres.

Conforme avanzaba por los pasillos, vi a varios hombres salir de sus camarotes con pantuflas y bata.

Me encontré con el comandante Butt, quien me dijo que estaba tratando de averiguar qué tipo de falla mecánica había ocurrido.

—Acabo de ver a tu padre subir hacia la cubierta —me informó con la autoridad de un militar—. Cuando lo encuentres, ¡permanezcan juntos! —me advirtió.

Recuerdo bien el frío helado de la noche al subir a cubierta y ver algunos fragmentos de hielo diseminados sobre la superficie de madera. La temperatura había bajado significativamente durante la noche y muchos pasajeros varones de primera clase iban en pantuflas con abrigos gruesos sobre las batas de noche. Habían dejado a sus esposas dentro del camarote, donde aún tenían comodidad y calidez.

Crucé mi mirada con la de mi padre, quien conversaba con John Thayer.

—Harry —dijo—. Fui a tu camarote, pero no estabas ahí.

—¿Sabes qué pasó? —pregunté para dirigir la conversación a los asuntos más apremiantes.

—John me está diciendo que escuchó al señor Andrews decir que chocamos con un iceberg.

Al igual que mi padre y el señor Thayer, esta noticia no me inquietó demasiado. Nos habían dicho que el barco «no podía hundirse». Tenía dieciséis compartimentos herméticos para mantenerlo a flote en caso de que el casco se dañara.

No obstante, quería regresar con Ada para darle las noticias y asegurarle que no había motivo para alarmarse. Nuestro pequeño grupo empezó a hacerse más grande a cada minuto; yo intentaba encontrar una pausa en la conversación para marcharme. Luego, solo minutos más tarde, un poco después de la medianoche, los sobrecargos empezaron a decirle a todo el mundo que fueran a vestirse y ponerse los chalecos salvavidas que estaban en los camarotes.

—Tenemos que avisarle a tu madre —dijo mi padre sacudiendo la cabeza.

Yo no pensaba para nada en mi madre. Solo pensaba en Ada.

Seguí a mi padre por la escalera, hacia nuestros camarotes; iba calculando cuánto tiempo me llevaría llegar a la habitación de Ada desde ahí. Me dije que solo serían unos minutos más.

—Vístete rápido, Eleanor —gritó mi padre al entrar a la suite—. Ponte el chaleco salvavidas y saca tu abrigo más caliente.

Vi cómo sacaba del armario dos chalecos de tela con bloques de corcho cosidos al interior. Le dio uno a ella.

No escuché el resto de su conversación, pues me apresuré a mi propio camarote y tomé mi chaleco salvavidas y un abrigo.

Cuando me asomé a su camarote de nuevo, vi cómo mi madre se abrochaba el collar de perlas alrededor de su cuello.

—Deja todo lo demás —insistió mi padre.

—Escúchalo —insistí aún asomado en la puerta—. Los veré en cubierta.

—¿Adónde vas, Harry?

Escuché la voz de mi madre, febril, aguda. El miedo rezumaba en cada una de sus palabras.

—Solo serán unos minutos —respondí.

Luego salí corriendo por el pasillo.

Los corredores ya estaban abarrotados de pasajeros con los rostros aún hinchados del sueño. Algunas mujeres llevaban a sus hijos de la mano, con la mirada aterrada. Como yo, algunos hombres seguían vestidos de esmoquin. Parecía un rebaño de trasnochados cansados a los que habían sorprendido entre una noche de fiesta y el sueño. Ninguno de nosotros estaba preparado para desembarcar en botes salvavidas en medio del helado océano Atlántico.

Mientras avanzaba en sentido contrario a todos, un sobrecargo me detuvo y me recordó que me pusiera el chaleco salvavidas que llevaba en los brazos.

—Señor, no será de mucha ayuda a menos que se lo ponga —dijo.

Me lo puse de prisa y até la cuerda alrededor de mi cintura. Luego me dijo que iba en la dirección incorrecta.

—Señor, por favor, es por allá —dijo señalando hacia donde todos se dirigían—. Estamos tratando de asegurarnos de que todo el mundo suba a la cubierta superior.

No lo escuché. Me alejé y aceleré el paso. Casi corría cuando llegué al camarote de Ada.

Toqué a la puerta, cada vez con más fuerza. Pero nadie respondió. Grité su nombre. Volví a tocar aún más fuerte.

—Señor —me interpeló otro sobrecargo para detenerme—. Ya evacuaron todos los camarotes. Por favor, siga a los demás a cubierta. Ya empezaron a preparar los botes salvavidas.

El pánico me inundó cuando entendí que Ada y yo nos habíamos separado. No podía dejar que pensara que me había olvidado de ella, ni siquiera un segundo.

Caminé tan rápido como pude hacia la gran escalera. Detuve a todas las mujeres que tenían el mismo cabello rojizo que ella, su estatura, su complexión delgada, esperando que fuera ella.

Subí la escalera abriéndome paso entre la multitud de pasajeros y al fin la vi.

—¡Ada! —grité sobre la muchedumbre.

Mi corazón latía a toda velocidad cuando me abalancé hacia ella. Extendí la mano para tocar su hombro.

—Ada —exhalé de nuevo, casi desplomándome sobre ella, aliviado —. Gracias a Dios.

La mujer dio media vuelta, pero su rostro no era el de Ada. Sus ojos no eran azules como los Ada. No puedo recordar su color. Pero hasta hoy, recuerdo el miedo que había en ellos.

Eran casi las doce y media, y la tripulación ya había empezado a preparar los botes salvavidas; ya habían disparado las bengalas de emergencia hacia el cielo de la noche. En ese momento no lo supe, pero la historia registraría que el primer oficial Murdoch ya había

lanzado el segundo bote salvavidas de estribor, aunque iba lleno solo a la mitad, cargado con varios pasajeros varones.

Sin embargo, sí puedo recordar que había muchos pasajeros de primera clase amontonados en la sala para fumadores y en la rotonda fuera del comedor, mientras el cuarteto de cuerdas tocaba para los invitados. Las mujeres llevaban puestos sus mejores vestidos, y sus esposos disfrutaban de un puro; todos se sentían recelosos de subirse a los botes salvavidas donde tendrían que soportar temperaturas heladas sin saber si los rescataría otro barco ni cuándo llegaría.

Entré al salón de primera clase y escruté los rostros, esperando que Ada se encontrara ahí, refugiada del frío con los demás.

Sin embargo, bajo del dosel de luz de los candelabros, que aún seguían encendidos, no pude encontrarla en ningún sitio.

Pasé de un salón a otro, todos abarrotados, y seguí buscando a Ada sin resultados.

—¡Harry! —Una mano me detuvo por el brazo. Era Lucile Carter —. Tus padres te han estado buscando. Tu madre está histérica.

Lucile llevaba un abrigo de pieles sobre su bata de noche y un bolso con todos sus objetos de valor; caminaba hacia la cubierta B. El señor Carter iba unos pasos atrás de ella.

—Los encontraré pronto —prometí.

Sabía que mis padres estaban juntos. Ada, en cambio, estaba sola. No descansaría hasta saber que estaba segura.

Capítulo 55

El frío del inminente invierno había llegado al campus, y Violet ansiaba regresar a casa para Acción de Gracias y poder acurrucarse en su cama de infancia durante unos días y relajarse. Desde su última conversación con Madeline, había empezado a pensar cada vez más en la misteriosa segunda llave. Debía servir para algo.

—Es una locura —le dijo a Theo cuando se encontró con él—. Pero tú estabas ahí, fuiste testigo. Harry dijo que tenía que ver con el amor.

—Sí estaba ahí. Pero no estoy muy convencido del resto.

—Hay que vernos de nuevo en la biblioteca esta noche —insistió —. Llevaré el tablero. Quiero hacerle otra pregunta y ver si responde. Tengo que averiguar si en verdad está tratando de comunicarse conmigo.

—Está bien —asintió Theo—. Mentiría si no admitiera que siento curiosidad. Ya te conté que mi madre cree en todo esto. Su psíquica incluso predijo que yo entraría a Harvard.

—¿En serio? —respondió Violet riendo.

—Sí, pero, considerando que mi papá y mi abuelo estudiaron aquí, la predicción no es tan sorprendente, ¿no?

Violet asintió.

—No deja de ser genial que tu mamá esté abierta a esto.

—Supongo. Mi mamá en serio jura que es real —me dijo con empatía—. ¿A qué hora quieres que nos veamos?

—¿Te parece a las ocho de la noche? En el mismo lugar, en las estanterías.

—Suena bien —respondió acomodándose la mochila en el hombro antes de marcharse a su clase.

Faltaba solo una semana para Acción de Gracias y, mientras que casi todos en el campus se preparaban para el partido de Harvard contra Yale el fin de semana, la mente de Violet estaba en otro sitio. Aún debía terminar algunas tareas y tenía que escribir un ensayo para la clase de Poesía Anglosajona y Elegías. Sin embargo, reunirse con Theo en la biblioteca no le pareció una idea absurda, ya que de ahí podría regresar con facilidad a terminar su trabajo. Aunque muchas personas pensarían que tratar de comunicarse con Harry Elkins Widener entre las estanterías era sin duda algo absurdo.

—¿Quieres cenar temprano hoy? —le preguntó Sylvia, antes de que Violet saliera del Emerson Hall—. Creo que necesito una dosis de carbohidratos antes de empezar con estos libros.

—¿Nuestro menú tradicional de exámenes finales? ¿Puré de papa seguido de helado? —agregó Violet sonriendo.

—¡Por supuesto! Como en nuestro primer año.

—Suena bien. Después iré a la Widener a estudiar.

—Ya deberían ponerte una cama ahí. Pasas más tiempo en ese lugar que en ningún otro. —Rio y la miró de reojo—. Vamos, solo bromeaba, Vi. Sabes que no creo esas tonterías que andan diciendo por ahí Jenny y Lara de que escuchas al fantasma de Harry Widener en tu cabeza o que tú eres quien vandaliza los libros.

Violet se paralizó.

—Espera, ¿eso le están diciendo a la gente?

—No creo que nadie tome en serio lo que dicen. Francamente, Jen sigue enojada por la vergüenza que pasó cuando la tubería explotó sobre ella en la fiesta del Owl. Si me preguntas, solo está tratando de desviar hacia ti toda esa atención que no quiere.

—Genial. —Violet contuvo el aliento—. Justo lo que necesito: que mis compañeras de departamento hablen de mí a mis espaldas.

Apenas habló con Sylvia mientras comían su puré de papa y, cuando ella se alejó para servirse helado, Violet no la siguió. Había perdido el apetito por completo.

—Por favor, no te enojes conmigo, Vi.

—No estoy enojada contigo. Es solo que no soporto vivir con ellas dos.

Syl miró su tazón de helado de chocolate y dejó la cuchara recargada en el borde. Parecía un poco incómoda.

—Yo tampoco imaginé que sería así. Lo siento. Pueden ser unas verdaderas idiotas.

Violet asintió.

—Sin duda. Si empiezan a esparcir rumores como esos, podría perder mi trabajo. —Palideció—. Y eso es lo único que me hace feliz aquí desde que Hugo murió.

—No vas a perder tu trabajo. Nadie en Harvard toma los chismes como hechos. Lo sabes.

—¿Bromeas? Si me despiden, Syl, no voy a poder superarlo.

Capítulo 56

No podía encontrar a Ada entre la turba de pasajeros y, con cada minuto que pasaba, el ambiente en el barco se enardecía más, el peligro se sentía más real.

Personas que no se conocían hablaban entre ellas, contándose los rumores que habían escuchado: la oficina de correspondencia se había inundado, el agua entraba a la sala de máquinas e incluso a algunos de los camarotes de tercera clase. Junto al barandal de la gran escalera, el señor Guggenheim intentaba llevar a su amante a los botes salvavidas, pero ella parecía estar paralizada y sin disposición a ir.

Mientras me abría paso hacia la cubierta principal, mi padre me vio y me tomó por la manga.

—¿Dónde has estado? —preguntó enojado, con un tono severo que jamás había usado conmigo.

A su lado estaba mi madre, blanca como el mármol.

—¡Harry! —suplicó mi madre—. Quédate cerca. No quiero perderte otra vez.

Aunque yo ya era un adulto, su voz estaba cargada de todo el miedo y el amor de una madre que no pensaba en nada más que en proteger a su hijo.

—Tenemos que llevarte a ti y a Amalie a un bote salvavidas ya, Ellie —dijo mi padre—. No quiero arriesgarme.

La doncella de mi madre también estaba lívida, parada detrás de ella.

—Tú y Harry también —insistió mi madre.

Mi padre no respondió; ella comunicó su terror con la mirada y en la manera en la que me sujetaba por la muñeca. Aún puedo recordar la fuerza con la que sus dedos me apretaban. No quería dejarme ir.

Era poco más de la una de la mañana. Aunque los primeros cuatro botes salvavidas habían partido por estribor, nos indicaron que

fuéramos a babor, de donde, según nos informaron, saldría el siguiente lote de botes.

Con una mano, mi padre sujetaba la de mi madre y, con la otra, me retenía con firmeza por el hombro. No tenía intenciones de permitir que nos separáramos otra vez.

El barco siguió emitiendo sonidos horribles. Bajo nuestros pies todo parecía vibrar como en un terremoto.

El señor Andrews nos vio y nos hizo una seña.

—Los botes salvavidas se están llenando rápido, no pierdan tiempo. ¡Por favor, lleve a la señora Widener ahí lo más pronto posible! —nos conminó—. Vayan al bote número cuatro —ordenó alzando la voz por encima de todo el estrépito, señalando la lancha de madera que aún colgaba de sus cuerdas.

La cubierta, que esa mañana había sido un refugio de calma en el que las parejas paseaban tomadas de la mano y los niños jugaban, ahora estaba repleta de pasajeros desesperados que se abalanzaban sobre los botes salvavidas que se preparaban para partir; muchos de ellos ya estaban llenos y a punto de ser echados al mar. Los comprometidos músicos de la White Star habían salido a tocar en el exterior para ofrecer un poco de consuelo con su melodía.

—¡Por aquí! —gritó Edwin, el ayudante de mi padre.

Nos fue guiando y, de alguna manera, encontró un camino entre la multitud para que pudiéramos pasar.

No veía a Ada por ninguna parte y empecé a rezar por que hubiera hecho lo prudente, que hubiera subido ya a uno de los varios botes que comenzaban a descender hacia el mar.

Cuando al fin nos acercamos al bote salvavidas número cuatro, vimos a Jay Astor, vestido con un abrigo de pieles. Inclinaba la cabeza, en una intensa conversación con el segundo oficial Lightoller, quien estaba a cargo del embarque de mujeres y niños en el bote.

—Mi esposa… Su condición es extremadamente delicada —murmuró Astor con discreción, insinuando que su prometida, Madeleine, estaba embarazada—. Es frágil y está muy asustada. ¿Podría hacer una excepción y permitirme acompañarla?

Lightoller lo miró con severidad.

—Solo mujeres y niños, señor.

Astor no insistió. Cuando vio que nos acercábamos, asintió en dirección de mi padre y se hizo a un lado para que mi madre se reuniera con Madeleine en la fila.

Sin embargo, en lugar de avanzar hacia la fila, mi madre disminuyó el paso hasta detenerse. Por un momento incluso pareció que retrocedía.

—Nellie —dijo mi padre con paciencia a pesar del caos que había a nuestro alrededor—. Un paso frente al otro —le recordó. Cuando al fin pudo guiarla hacia el bote, tomó su mano, la llevó a su boca y la beso con ternura—. Querida, nunca olvides lo valiente que eres.

En ese instante, mi madre desvió la mirada en mi dirección. La desesperación ardía en sus ojos. ¿Dijo «¡No sin mi hijo!» o fue una de las otras mujeres en el perímetro, también una madre, quien grito esas palabras al viento? No podría decir quién lanzó primero esas palabras, pero sé que todas las mujeres a bordo que tenían un hijo o una hija con ellas pensaban lo mismo, aunque no lo gritaran.

Mientras las mujeres esperaban para abordar, Marian Thayer sujetaba la mano de su hijo adolescente, Jack. Otra amiga de mis padres, Emily Ryerson de Filadelfia, estaba ahí con sus dos hijas pequeñas y su hijo John, de solo trece años. A John le prohibieron subir al bote salvavidas con su madre y sus hermanas.

—Solo mujeres y niños —le repitió Lightoller a la mujer.

Luego le ordenó a John que permaneciera en la cubierta y que no siguiera a su madre.

—Oficial, ¿está loco? —exclamó el padre, Arthur—. Mi hijo solo tiene trece años. ¡No es un hombre, es un niño!

De nuevo, Lightoller se negó.

—¡No es un niño, señor! ¡Estos son niños! —replicó señalando a una joven madre que subía al bote con un bebé en un brazo y un niño pequeño en el otro. Amalie, la doncella de mi madre, ayudaba a otra joven madre con su bebé que estaba muy alterado.

—Este bote no se va a menos que se lleve al niño —espetó el señor Ryerson, más como una orden para Lightoller que como una petición

—. ¡Ahora!

El oficial cedió y permitió que Emily Ryerson subiera a la lancha con sus tres hijos.

La señora Thayer miró a su esposo. Su hijo, Jack, que solo tenía diecisiete años, no era aún un adulto.

—¡Todavía hay lugar en el bote! —gritó una mujer que ya estaba sentada en la lancha.

Señaló a Jack, pero este retrocedió para quedarse junto a su padre. Luego me señaló a mí.

—Harry… —dijo mi madre con voz quebrada.

No me suplicó que subiera: después de todo, a mis veintisiete años, era innegable que yo ya era un hombre. Pero pronunció mi nombre con tanto amor y con tanta angustia, que el recuerdo aún me persigue.

Mi padre y yo acompañamos a mi madre hasta el borde, donde otro sobrecargo la ayudó a subir al bote. Amalie la siguió. Mi madre se volvió y me miró una última vez. En ese momento quise decir algo que pudiera aliviar su dolor. Quería darle esperanza.

—Madre, subiré en el siguiente bote —le prometí—. Tengo que regresar a mi camarote por un libro…

Capítulo 57

No tenía que regresar por el libro. El Pequeño Bacon seguía en el bolsillo de mi saco. Tampoco se trataba del *Rubaiyat* enjoyado que estaba en la caja fuerte del buque. Regresé por Ada. Tenía que hacer todo lo posible para asegurarme de que no seguía en el barco.

Mi padre debió sospechar que buscaba a una mujer. Después de todo, era un hombre que se fijaba en los detalles y debió pensar que no era normal en mí haberlos dejado sin ninguna explicación unas horas antes, al inicio de la evacuación. Estoy seguro de que advirtió lo distraído que estaba, la manera en la que escrutaba las multitudes mientras acompañábamos a mi madre al bote salvavidas.

Cuando ella ya estaba a salvo en la lancha y la tripulación empezó la difícil maniobra para bajarla al mar, mi padre se volvió en mi dirección.

—Harry, quien quiera que sea… ve por ella —imploró. Su formalidad acostumbrada había desaparecido y ahora se rendía a sus emociones. Abrió los brazos y me rodeó entre ellos—. Quiero que sepas que ha sido un honor ser tu padre.

—Y para mí ser tu hijo —respondí, percibiendo aún el aroma característico de tabaco de su pipa en sus solapas cuando nos separamos.

Lo dejé junto a la barandilla de babor. Tomé su consejo a pie juntillas y me abrí paso entre la multitud, entre el caos y el miedo, en busca de la mujer a la que amaba.

Para entonces, la cubierta parecía más caótica que nunca. Innumerables pasajeros de segunda y tercera clase, desesperados por escapar del barco, que ya estaba condenado, llegaron a la cubierta superior solo para descubrir la verdad: la línea White Star no contaba con botes salvavidas suficientes para todos los pasajeros.

Con cada minuto que pasaba, la proa del buque se hundía más y más en el agua. Mientras me esforzaba por avanzar hacia la popa con todos los demás, de reojo vi algo que, al principio, me pareció un espejismo. Detrás de una de las columnas blancas vi un destello morado oscuro. Era el mismo tono inconfundible del abrigo color ciruela de Ada, el que llevaba cuando cenamos por primera vez en el Delmonico's y después, cuando viajamos de Londres a Southampton juntos en el coche. Era demasiado característico, no había duda de que era el de Ada. Sin embargo, al acercarme vi que no era ella quien estaba bajo la tela de lana: ¡era una mujer alta de cabello negro!

Me acerqué a ella. Tomaba de la mano a una niñita asustada que llevaba un camisón de algodón. Lo que parecía ser la bufanda de Ada envolvía sus hombros para mantenerla caliente.

Entre todo el frenesí, sin tiempo que perder, le pregunté a la joven madre si el abrigo era de ella.

—No, señor —respondió la mujer que llevaba el abrigo de Ada—. Una señorita muy amable me lo ofreció porque la pequeña y yo estábamos temblando de frío.

La mujer y la niña estaban muertas de miedo. Supe que debía ayudarlas.

—¡Por favor! —grité sobre los alaridos que llenaban el aire—. ¡Vengan conmigo!

Aunque era posible que nunca volviera a ver a Ada, quise asegurarme de que la madre y su hija se salvaran, si todavía era posible.

Me asomé desde debajo de un alero y forcé la vista para ver si aún había algún bote salvavidas. Aunque aparentemente todas las lanchas de madera habían zarpado, parecía que a la distancia Lightoller y algunos otros miembros de la tripulación se apresuraban para colgar una balsa salvavidas plegable.

—¡No, señor, no podemos! ¡La mujer del abrigo tiene a mi bebé! Está tratando de convencer a alguien de la tripulación que nos deje subir al bote a los chiquillos y a mí, ¡aunque solo somos de tercera clase!

Comprendí que Ada no solo intentaba mantener caliente a la mujer. Esperaba que su elegante abrigo pudiera convencer a uno de los sobrecargos de que la joven madre era pasajera de primera clase y le permitiera subir al bote.

Ahora que sabía que todos estábamos relacionados, insistí en que vinieran conmigo. Y en ese momento vi a Ada, corriendo hacia nosotros. Llevaba al bebé de la mujer en sus brazos, jadeaba por el esfuerzo.

—Regresaste por mí —gritó. Luego le entregó el bebé a la mujer y me abrazó.

—Te he buscado por todas partes —dije apretándola con fuerza contra mi pecho.

—Perdóname, Harry. Cuando me dijeron que saliera del camarote no sabía lo crítica que era la situación. Pensé que debía ir por el *Rubaiyat* a la caja de seguridad…

La miré, incrédulo.

—¿Regresaste por el libro?

—Sí, me lo confiaron, Harry. Le prometí a Quaritch que lo cuidaría. —Hablaba rápido para poder contarme todo—. Pero fue inútil, nadie pudo ayudarme. Fue en ese momento que me dirigí a la cubierta principal y me encontré con Lolly y su dilema.

—Para, no tenemos tiempo, eso no importa. Tenemos que llevarlas a ellas y a ti a la balsa de inmediato.

Tomé a la niña de Lolly en mis brazos. Sabía que si yo la cargaba llegaríamos más rápido a la balsa.

A esas alturas, la inclinación de la popa era mucho más pronunciada. La gente empezaba a caerse; el mobiliario se deslizaba hacia la proa; las luces del barco parpadeaban.

Con la niña en un brazo y sujetando a Ada con la otra mano, las guie hacia Lightoller.

—¡Señor! —dije—. ¡Tengo a dos mujeres y dos niños pequeños aquí! ¿Se los puede llevar, por favor?

Él y otro miembro de la tripulación de White Star se esforzaban en acomodar las cuerdas para bajar la balsa al mar, pero esta se sacudía

con violencia contra la cubierta, que ya no estaba paralela al océano, sino que se inclinaba hacia arriba. Casi veinte personas se apiñaban en su interior.

—Será un milagro si podemos echarla al mar —gritó—. ¡No sé si todavía hay espacio!

Volví a echar un vistazo a la balsa en busca de espacio. Cualquier resquicio. Era peligrosa la manera en la que la popa se levantaba cada vez más. Ya casi no quedaba tiempo. Un terrible crujido resonó en toda la embarcación.

En el último segundo, vi que una mujer tomó a su hijo de su asiento y lo puso sobre su regazo. Dos otras pasajeras se apretujaron para hacer un poco más de espacio en la balsa. Si Ada y Lolly cargaban cada una a uno de los niños, quizá hubiera lugar para ellas. Apenas.

—¡Prepárense para lanzarla! —gritó Lightoller a la tripulación.

La mano de Ada seguía en la mía. La jalé hacía mí y mis labios encontraron los suyos. La besé. La llené con mi aliento e inhalé el suyo hasta mi alma. Como tinta en el papel, mi amor se grabó en ella.

Me quité el saco y se lo puse sobre los hombros.

—Tómalo, no quiero que tengas frío. Piensa que te llevas mi corazón contigo.

—Harry —dijo—. No quiero dejarte.

—Nunca lo harás.

Le pasé a la niña y luego me aseguré de que Lolly y el bebé subieran a la balsa.

Segundos después, Lightoller y su tripulación se las arreglaron para lanzar el bote al mar, que ahora se alzaba hacia la cubierta de los oficiales.

Lo último que recuerdo de mi última noche con vida fue la violenta oleada final que golpeó el puente de mando. Alcé mi rostro y miré las estrellas, destellantes y enceguecedoras. Respiré por última vez y el agua me cubrió, jalándome al fondo del mar.

Capítulo 58

Desde la muerte de Hugo, Violet tenía el sueño recurrente de que se ahogaba. Eran diferentes versiones de la misma pesadilla. A veces estaba en el agua con Hugo, después de que su cuerpo se había sumergido en el lago, y ambos se hundían como piedras. Otras veces estaba sola, luchando bajo la superficie azul verdosa, buscándolo antes de que ella también se hundiera en las turbias profundidades.

Algunas mañanas despertaba con un inexplicable sabor de mar en la lengua, algo que no tenía sentido, puesto que Hugo se había ahogado en agua dulce, no salada.

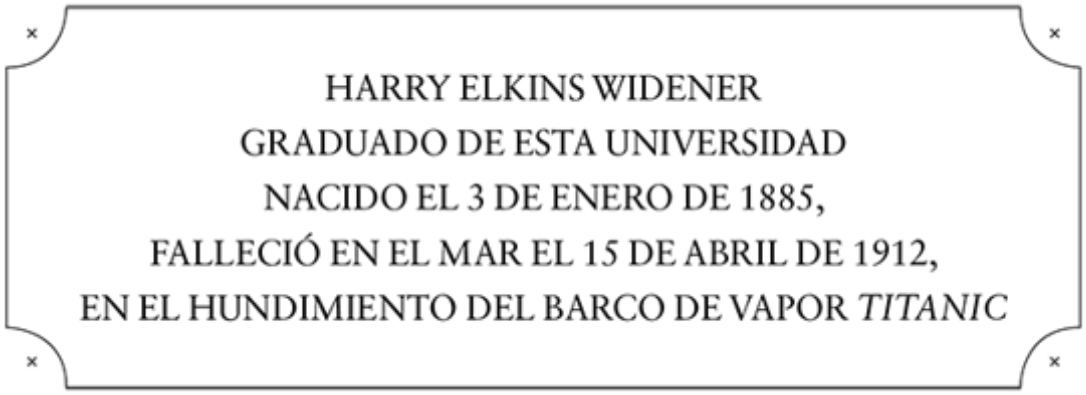
El terapeuta que su familia había insistido que consultara tras la muerte de Hugo le dijo que era normal soñar con el ahogamiento después del trauma que había vivido.

—Tu mente está tratando de darle sentido a todas las emociones. Es un gran esfuerzo procesar la pérdida de un ser querido —le había dicho el terapeuta—. Tus sueños te recuerdan eso.

Aunque ella entendía la explicación psicológica de lo que su subconsciente intentaba decirle, eso no hacía que los sueños fueran menos desconcertantes.

Habían pasado varias semanas desde la última vez que había tenido una de esas pesadillas, pero la noche antes de que se encontrara con Sylvia, Violet soñó que estaba en un barco que se había partido por la mitad.

Cuando entró a la Widener, volteó en dirección de la placa conmemorativa de mármol que estaba a la izquierda de la entrada.



Había pasado frente a esta placa cientos de veces. Sabía que Harry Widener había muerto en el *Titanic*. Incluso había leído una carta que Quaritch le envió a Rosenbach los días siguientes al trágico hundimiento del transatlántico en la que decía que Harry le había informado que no tenía intenciones de separarse nunca del Pequeño Bacon. «Quizá podría ser útil para identificarlo si encuentran un cadáver con un libro en el bolsillo del saco», había escrito el vendedor de libros.

Pero lo que parecía diferente en este último sueño fue la fractura del barco. Violet no ignoraba que el *Titanic* se había partido por la mitad antes de hundirse en el fondo del Atlántico. Pero en su sueño, su cuerpo caía entre ambas partes y se quedaba ahí atrapado.

—¿Trajiste el tablero de la ouija?

Theo se encontró con ella en el mismo lugar entre las estanterías. Ella aún no lo había sacado de su bolsa, en caso de que Theo no se presentara.

—Aquí lo tengo —respondió, sacando la caja de su bolso y poniéndola en el piso.

—Casi no vengo. Tengo mucho trabajo antes de las vacaciones —dijo mirándola—. Pero no quise decepcionarte.

—No me hubieras decepcionado. Lo entiendo. Esto es una locura de todas formas.

—¿No has pensado que podría ser Hugo el que está tratando de decir algo? No dejo de pensar que quizá no debería estar aquí si él está intentando comunicarse contigo.

Violet se quedó callada un segundo, mirando el tablero que estaba entre ellos. De nuevo tuvo ese extraño sentimiento de estar fungiendo como una suerte de puente. La imagen de sí misma entre las dos partes del barco cruzó de nuevo por su cabeza.

—Me gustaría decir que siento a Hugo desde el otro lado… que era él quien trataba de comunicarse conmigo. Pero, cuando estoy aquí en la Widener, en realidad no siento a Hugo para nada. Ese es el problema. De hecho, es lo contrario. Este es uno de los pocos lugares en los que siento algo de alivio, aquí no pienso tanto en lo mucho que lo extraño.

—Supongo que tiene sentido… Y hacerle preguntas a un tablero de ouija entre los estantes de la biblioteca Widener no está por completo fuera de lugar. Se supone que las bibliotecas son lugares en los que aprendemos cosas que no sabíamos, ¿cierto?

—Absolutamente —admitió.

Se sentaron y Violet sacó el tablero de la caja, lo abrió sobre el piso y colocó el puntero sobre él.

—¿Sabes lo que quieres preguntarle? —dijo Theo inclinándose hacia adelante.

Ella asintió.

—Sí. Lo sé.

Violet colocó las manos en un lado del puntero y Theo puso las yemas de los dedos suavemente en el otro. La palabra *amor* fue la última que había aparecido deletreada cuando se comunicaron con Harry. Pero no habían recibido ninguna información adicional. Violet necesitaba ser más específica la próxima vez que hiciera una pregunta.

—Harry Elkins Widener…, ¿alguna vez estuviste enamorado de alguien?

El puntero salió disparado hacia una esquina del tablero, justo debajo del dibujo del sol, donde estaba escrita la palabra «Sí».

Theo abrió mucho los ojos. Incluso él sintió la energía que se movía bajo sus dedos sobre el tablero.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Violet en segundo lugar.

El puntero volvió a moverse. Esta vez más rápido.

Deletreó el nombre *Ada*.

—¿Ada? —Theo miró a Violet—. ¿Eso te dice algo?

—No —respondió sacudiendo la cabeza—. Nunca me he topado con ese nombre en ninguno de los archivos.

—Pregúntale si Ada tiene un apellido —la instó Theo.

De nuevo, ambos pusieron los dedos sobre el puntero.

—Harry, ¿puedes decirnos el apellido de Ada?

Hubo unos segundos de pausa.

Luego, el puntero apuntó veloz a la otra esquina del tablero, debajo del dibujo de la luna donde estaba escrita la palabra «no».

Theo apartó sus manos del triángulo de plástico.

—¿Qué fue eso? —exclamó molesto—. ¿Solo tenemos la mitad del nombre? ¿Qué podemos hacer con eso?

Violet calló. La reacción de Theo la había sorprendido. Una de ella parte creía que él había ido a la biblioteca solo para complacerla y ser un buen amigo. Sin embargo, ahora parecía verdaderamente frustrado por no tener más respuestas.

—Quizá hay una razón —dijo—. Después de todo, estamos en una biblioteca. Tenemos que recordar que las mejores historias se desarrollan de las maneras más inesperadas.

Theo sonrió.

—Bueno, en ese caso, tratemos de hacer avanzar la trama un poco más rápido. ¿Puedo hacerle una pregunta a Harry antes de irnos?

—Por supuesto. ¿Por qué no?

Ambos pusieron las manos otra vez en el puntero.

—Harry… ¿dónde podemos obtener más información sobre Ada?

El triángulo se mantuvo estático por un momento. Luego, las luces de la habitación parpadearon. Theo miró a Violet y luego al tablero.

De pronto, el puntero señaló la letra *L*, luego bajó un poco y volvió a la *L*, después la *A*, la *V* y, por último, la *E*.

—¿Llave? —Theo parecía perplejo—. Vi, ¿eso tiene sentido para ti?

Violet abrió mucho los ojos.

—Sí, de hecho sí tiene sentido.

—Sé exactamente lo que significa —dijo mientras guardaba el tablero —. Y confirma mis sospechas.

—¿Tus sospechas de qué?

Sabía que estaba prohibido llevar a Theo al estudio de Harry. Él no era auxiliar de biblioteca, y la habitación estaba vedada a todos, salvo al personal. Pero tenía que enseñarle la llave.

—Sé que dijiste que solo tenías hasta las ocho y media para estar conmigo esta noche, pero ¿puedes darme unos minutos más? Quiero enseñarte la llave de la que creo que habla.

Theo miró su reloj.

—Creo que Ciencias Políticas puede esperar unos minutos más. Enséñamela.

La siguió por el corredor, hasta el rellano de la escalera de caracol, y subieron al área de circulación y préstamo.

—Mira, este es el plan. —Violet lo frenó—. Iremos a su despacho. Yo entraré y sacaré la llave del escritorio de Harry. Tú solo acércate lo más que puedas a la cuerda de terciopelo y te la mostraré. —Miró alrededor para asegurarse de que estaban solos—. Si alguien viene y pregunta qué estoy haciendo ahí, puedo usar la excusa de que quería ver si las flores de su escritorio necesitaban más agua.

—Entendido —respondió. Luego la siguió hacia la rotonda de mármol donde se encontraba el despacho de Harry.

Violet pasó por debajo de la cuerda y fue directo al escritorio. Como sabía que había cámaras de seguridad en la parte superior del techo, se dirigió a las flores, levantó el florero y miró el nivel del agua. Luego lo dejó sobre la mesa.

Después, abrió rápido el cajón y sacó el llavero con las dos llaves de plata. Tomó la que tenía los pájaros y la sacudió en el aire para que Theo pudiera verla, luego volvió a dejarla en su lugar.

—¿Viste que es mucho más grande y que tiene muchos adornos? ¿Los dos pájaros en el extremo?

—Sí, ¿para qué es?

—Esa es la cuestión. —Violet lo animó a avanzar por la escalera principal hacia la salida—. La llave pequeña es para darle cuerda al reloj que está sobre el tintero de cristal de Harry. Pero nadie en la biblioteca sabe para qué sirve la grande.

—Mmm… —Theo analizaba lo Violet le había dicho—. Entonces… ¿qué estás pensando?

—Creo que la llave abre algo que es importante para Harry.

—¿Crees que está relacionado con Ada? —preguntó con un brillo en los ojos.

—Sí. Y también con lo que ya nos contó. Con el amor.

Capítulo 59

La muerte fue rápida. Conforme la enorme popa del *Titanic* se alzaba sobre el mar, las páginas de mi historia se precipitaron hacia su fin. Mis manos ya no pudieron aferrarse al barandal de la cubierta. Cuando mis dedos lo soltaron, salí volando hacia la línea media del barco, justo cuando el navío se partía por la mitad. Mi cuerpo se vio absorbido por el vórtex de agua helada, que me hizo girar y retorcerme con tal violencia que no recuerdo nada más antes de que todo se oscureciera.

Lo que sucedió después solo puedo explicarlo como trascendente. De pronto estaba sobre mi cuerpo; observé cómo se posaba sobre el cieno oscuro del fondo del Atlántico. Escombros y cadáveres seguían hundiéndose alrededor de mi cuerpo sin vida.

Puedo decir que, en el momento en el que me convertí en uno de los cientos de personas que perecieron en altamar esa noche, un sentimiento de paz se apoderó de mí. No miré los restos de mi padre cuando mi alma se elevó de las profundidades del océano hacia el cielo estrellado. A los muertos no les importan otros muertos. Son los vivos, en particular aquellos a quienes amamos, a quienes deseamos reconfortar.

Vi a mi madre apiñada en el bote salvavidas con muchas de las mujeres que, tan solo horas antes, habían estado en su fiesta. Cada uno de los rostros pálidos tenía grabados la conmoción y el terror al ver cómo se hundía el barco frente a sus ojos.

Los lamentos de quienes se agitaban en el océano más tarde fueron descritos por un sobreviviente como el sonido de grillos en una noche de verano. Sus gritos llenos de angustia motivaron a quienes estaban a bordo del bote salvavidas a tratar de salvar a los que aún estaban vivos.

Sabía que mi madre quería creer que mi padre y yo habíamos sobrevivido de alguna manera, que podíamos ser de los afortunados que su bote salvavidas pudiera sacar del mar. Pero al final, solo lograron salvar de las aguas congeladas a ocho miembros de la tripulación. Las súplicas se hicieron cada vez más tenues hasta ser reemplazadas por un silencio estremecedor.

La balsa plegable de Ada y Lolly era mucho más vulnerable que las lanchas de madera, ya que sus costados eran de tela. Las olas la golpeaban sin piedad, hasta casi volcarla. En un momento dado, la niña de Lolly se resbaló de su regazo y casi cae por la borda. Sin embargo, otro bote salvavidas vino en su ayuda y amarró la balsa a su embarcación, más sólida, para que tuvieran una oportunidad de luchar contra los elementos.

Cinco horas más tarde, mi madre, Ada y todos los otros botes salvavidas serían rescatados por el *RMS Carpathia*.

A bordo de este nuevo buque, llevaron a mi madre y a su amiga Marian Thayer al camarote privado del capitán, donde pudieron calentarse frente a la chimenea, aunque la charola de comida quedó intacta.

Ada durmió con Lolly y sus hijos en uno de los muchos camarotes que compartieron los pasajeros de primera y segunda clase del *Carpathia*, quienes en un gesto generoso se mudaron a los de tercera.

Las dos mujeres que más amaba en el mundo, cuya conversación siempre me deleitó, se habían quedado sin palabras. Silenciosas, afligidas, aterradas. Y ahora era incapaz de aliviar su dolor.

Capítulo 60

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Theo cuando salieron de la Widener—. Tengo que admitir que al principio solo te estaba siguiendo la corriente… ¡pero ahora quiero saber para qué sirve esa llave!

—Lo sé, es muy desconcertante, ¿verdad?

—¿Quieres que le pida a mi mamá que nos agende una sesión con su psíquica? Podríamos reunirnos en las vacaciones de Acción de Gracias. Lo haría por nosotros sin dudarlo.

—Quizá…

Un año antes, Violet nunca hubiera pensado hacer algo semejante; sin embargo, ahora sentía que estaba abierta a cualquier cosa. Además, la casa de Theo en Delaware no estaba muy lejos de la de sus padres en Filadelfia.

—Pero estas vacaciones no tenemos mucho tiempo —agregó Violet. Sabía que ambos se irían el miércoles del campus y que debían regresar el domingo.

—Mira, déjame preguntarle a mi mamá si Lux tiene tiempo de vernos el viernes. Si tomas el tren a Wilmington, puedo recogerte y de ahí vamos juntos a verla.

—¿Lux? —preguntó Violet divertida—. ¿Como *luz* en latín?

—Sí.

—Qué chistoso —dijo riendo—. El nombre perfecto para una psíquica. —Era agradable que la conversación se aligerara un poco—. Nos movemos hacia la luz.

—Mi mamá también dice eso. Aunque papá sienta vergüenza ajena.

—¡Uy! Mis padres tendrían la misma reacción. Para el caso, también mis compañeras de departamento.

Theo sonrió y sus hoyuelos se proyectaron como dos hendiduras diminutas en sus mejillas. Luego miró su reloj.

—Tengo que correr, pero le llamo a mi mamá y te aviso qué me dice de que nos reunamos con Lux.

—Me parece bien —respondió Violet.

Se preguntó si algo de esto la ayudaría con su tesis del próximo año sobre el Ghost Club del Trinity College y William James. Muchos académicos del siglo XIX se habían abierto a la posibilidad de que había ciertas personas, únicas, que poseían el don de acceder al reino espiritual. Y, si se les escuchaba, era posible encontrar nuevo conocimiento.

Violet esperaba que Lux fuera una de esas personas.

Para el martes, Theo le dijo a Violet que su madre estaba encantada de que le pidiera ayuda para agendar la reunión con Lux.

—Entonces, si puedes venir a mi casa, ¡adelante! —le dijo mientras empujaba su bicicleta para caminar al lado de ella.

—Encontraré el tiempo.

Violet estaba emocionada.

—Había pensado ir a Bartley's por una hamburguesa. ¿Te gustaría venir conmigo?

Bartley's era un punto de referencia en la avenida Massachusetts. Un letrero rojo y blanco colgaba sobre sus puertas, anunciando con orgullo que servía hamburguesas desde 1960. Innumerables estudiantes de Harvard habían comido allí a lo largo de los años, incluida Violet. En su segunda cita, Hugo y ella habían compartido un plato de papas fritas y habían pedido los famosos frappés. En otras ocasiones, pedían una hamburguesa con queso y un refresco de cola. No había ido en todo el semestre porque pensaba que eso la entristecería.

Hizo una pausa tras la invitación de Theo, quien de inmediato entendió su expresión.

—Lo siento. Sé que Hugo amaba ese lugar. Él era el único de nuestro equipo que pedía un café frappé para acompañar su hamburguesa con queso. —Metió las manos en los bolsillos de su pantalón—. Quizá mejor prefieras ir al Hong Kong por un chow fun.

Violet sonrió. Le agradecía a Theo que fuera empático con sus sentimientos. La verdad era que Hugo y ella habían ido al restaurante Hong Kong, otra institución culinaria que tenía menús pegajosos y manteles de plástico, con tanta frecuencia como al Bartley's. Lo más probable era que Theo no pudiera sugerir ningún lugar en el que no hubiera estado con Hugo en algún momento.

—Está bien. Una hamburguesa con papas me parece maravilloso.

Cruzaron sin prisa la Dexter Gate y caminaron por la avenida Massachusetts hacia el Bartley's. Cuando llegaron al letrero rojo y blanco, Theo abrió la puerta para dejarla pasar. Al instante encontraron una mesa y se sentaron.

—Dios, muero de hambre —exclamó Theo—. No tuve tiempo para comer y estoy despierto desde las cinco y media de la mañana.

Violet recordaba que Hugo se quejaba de lo mismo. Nunca entendió cómo le hacía para levantarse cuando aún estaba oscuro para ir al cobertizo de las canoas.

—Gracias a Dios que las próximas semanas el trabajo escolar será más relajado, antes del periodo de repaso y exámenes —dijo Violet.

—Sí… aunque es horrible tener exámenes regresando de las vacaciones de invierno. Arruina un poco la Navidad.

Violet asintió y, de reojo vio que la mesera se acercaba. Ambos pidieron una hamburguesa con queso y papas fritas.

—Y un frappé de fresa para mí —añadió Theo.

—Y uno de chocolate para mí —agregó Violet mientras la mesera recogía sus menús. Luego miró a Theo, divertida—. Creo que nunca he venido aquí con alguien que pidiera un frappé de fresa.

—Pensé que podía probar algo nuevo —explicó encogiéndose de hombros.

—En general pides café, ¿no?

—No, quiero decir…

—Está bien —lo interrumpió—. Agradezco tu empatía, en todo. En especial por no pensar que soy un bicho raro con todo esto del fantasma.

—Bueno, Vi, a estas alturas también tendrías que incluirme en esa descripción. Soy yo quien organizó la reunión con una psíquica el próximo fin de semana —respondió riendo.

La mesera llegó con su orden.

—Mejor hablemos sobre lo que le vamos a preguntar a Lux —dijo Theo levantando su vaso de frappé de fresa para darle un gran sorbo con el popote.

—Sí. Buena idea. —Violet abrió su mochila y sacó un cuaderno y una pluma—. Podemos escribirlo aquí —sugirió, dando unas palmaditas a la hoja en blanco—. Es extraño. Siento como si estuviéramos en un cuento y que no tenemos la más mínima idea de cómo va a terminar todo esto.

Capítulo 61

El *Carpathia* atracó en el puerto de Nueva York con poco más de setecientos pasajeros del *Titanic* a bordo. Ahí, mi tío George esperaba a mi madre y la acompañó en nuestro vagón privado tipo Pullman que los llevó a casa, en Lynnewood Hall.

Ada se fue sola al hotel Martha Washington, donde ella y yo habíamos cenado juntos, y felices, tan solo unas semanas antes.

En la recepción la esperaba un telegrama de Quaritch.

> Por favor, confirme llegada a Nueva York y que está a salvo tras catástrofe del Titanic. Enviaremos fondos para sus necesidades en N.Y. Alargue estancia según lo acordado.
>
> B. A. Q.

Ada envió su respuesta.

> Llegué a Nueva York. Temo que Harry Elkins Widener se perdió en el mar.
>
> A. Lippoldt

No mencionó la pérdida del *Rubaiyat* enjoyado. Como su telegrama informaba con claridad, solo estaba interesada en haberme perdido a mí.

Cada mañana en el hotel Martha Washington, los titulares de los periódicos le recordaban a Ada la tragedia. Las confirmaciones de los muertos junto con los testimonios de quienes se habían salvado ocupaban páginas y páginas de los diarios.

Ada dormía a ratos durante la noche y profundamente durante el día. Comía muy poco: solo tomaba té y comía un poco de pan en su

cuarto. Su mente repasaba una y otra vez el hundimiento del barco y nuestra despedida apresurada.

El tercer día al fin pudo escribirle a Quaritch para agradecerle los fondos que le había enviado para su estancia en Estados Unidos y también para informarle que el *Rubaiyat* se había hundido en el océano junto con el *Titanic*.

Trataba de cumplir con sus obligaciones con Quaritch y les escribió a sus patrocinadores en la Costa Este. Programó reuniones con Belle da Costa Greene; con el vendedor de libros George Smith, a quien Quaritch consideraba amigo y rival, así como con Theodore Schulte, una supuesta estrella en ascenso en el mundo de los libros de Manhattan. Sin embargo, las canceló todas una hora antes de la cita.

La tarde del 27 de abril, tras casi dos semanas de permanecer resguardada en su habitación, salió a tomar el aire. Cuando regresó al hotel, la recepcionista le dio varios telegramas que se habían acumulado en su buzón.

Los subió a su habitación y los hojeó. Casi todos eran de Quaritch, quien le rogaba que lo mantuviera informado de sus actividades al otro lado del mar. Los primeros mostraban un gran sentido de empatía, que luego se volvió frustración. El último telegrama, fechado esa tarde, escalaba en el tono:

> Preocupado. Telegramas previos sin respuesta. Supe que canceló citas. Avíseme si necesita ayuda. Oficina confirmó recepción del telegrama. Sangorski quiere presentar reclamo a su compañía aseguradora. Por favor responda lo más pronto posible.
>
> B. A. Q.

Prometió responderle a Quaritch al día siguiente. Hizo un gran esfuerzo por levantarse de la cama a pesar de lo que se había convertido en una fatiga debilitante. Se dijo que debía encargarse de sus responsabilidades, y lo primero que debía hacer era vestirse.

Ada se paró frente al espejo de cuerpo completo de su habitación de hotel y miró su reflejo. La blusa blanca de seda que le dieron cuando estuvo a bordo del *Carpathia*, que entonces le quedaba un

poco grande, ahora le apretaba en el pecho. Sus senos estaban sensibles e hinchados. Le resultaba difícil abrochar los botones.

En ese momento, el miedo se apoderó de ella; la conciencia de que quizá era mucho más que solo el dolor lo que se había enraizado en su interior.

Posó las palmas sobre su estómago y rezó por que solo fuera fruto de su imaginación. Ada se había labrado una carrera gracias a su capacidad de observación y sus fuertes instintos. Sospechaba que no se equivocaba.

La tarde siguiente, Ada sintió que una nueva adrenalina la motivaba. La fatiga no había disminuido y su ciclo mensual llevaba ya varios días retrasado, pero el miedo de su estado la empujó a la acción. Sabía que debía empezar a prepararse para un cambio en su historia. ¿Sería correcto presentarse ante la madre de Harry en Lynnewood Hall? ¿Le agradaría saber que Ada llevaba en el vientre al fruto de su querido hijo? Pero antes tenía que lidiar con otro asunto: ¿cómo se lo explicaría a Quaritch?

Se sentó y respondió los telegramas, usando su tono más profesional.

Estimado señor Quaritch:
En primer lugar, debo disculparme por la negligencia con mis obligaciones laborales tras mi llegada a Nueva York. Me ha llevado mucho más tiempo del que pensaba el poder recuperarme de ser testigo del horror del hundimiento del Titanic, donde se perdieron tantas vidas inocentes.

Aunque no llevaba mucho tiempo de conocer al señor Harry Widener, su pérdida, tanto para su familia como para el mundo de los libros, es terrible. Creo que quizá debería considerar hacerle una visita a su amigo el doctor Rosenbach, en Filadelfia, con la esperanza de asegurarnos de que nuestra relación con la familia y su colección de libros permanezca sólida. Agradecería su consejo.

Entretanto, envíeme instrucciones en cuanto a las declaraciones que debo proporcionar a la compañía de seguros de Sangorski. Lamento no haber podido traer el Rubaiyat a Nueva York sano y salvo, como estaba planeado, pero como sabe las circunstancias lo hicieron imposible.

Atentamente,
Ada Lippoldt

En los días que siguieron, Ada sintió que su estómago se tensaba, y las náuseas se hicieron más frecuentes. Su habitación no tenía baño privado y, como quería ocultar su malestar matutino para evitar chismes, se aseguraba de jalar la cadena antes de vomitar en el inodoro de porcelana.

Se dio cuenta de que unas cuantas galletas secas podían ayudarla a aguantar durante el día y así poder asistir a sus citas. Por fin pudo reunirse con Belle da Costa Greene en el Hotel Plaza. La bibliotecaria iba vestida con un hermoso abrigo verde pino y un sombrero que hacía juego.

—Vaya, señorita Lippoldt, me preocupa su palidez. Está casi tan verde como mi abrigo —comentó—. Quizá aún no ha superado su terrible experiencia en el mar.

—Voy mejorando cada día, señorita Greene. Pero sí ha sido difícil.

Pidieron té. Belle estaba inquieta con todo lo que se decía de las personas que habían muerto, sobre todo quienes pertenecían al mundo del libro.

—Es una tragedia lo que le sucedió al joven Harry Widener —dijo —. El señor Morgan sentía un gran respeto por él, y yo siempre disfrutaba nuestras conversaciones cuando visitaba nuestra biblioteca. Es una gran pérdida.

—En efecto. —Ada apartó la vista para evitar llorar.

—¿Es cierto que el llamativo *Rubaiyat* se hundió junto con el barco?

—Así es —confirmó Ada.

—Bueno, esa pérdida no es tan dolorosa. Pero el Bacon miniatura de la venta Huth… Eso es devastador. Y escuché que el señor Widener

le había dicho al señor Quaritch que nunca se separaría de él. Si alguna vez un bibliófilo pudiera llegar a convertirse en leyenda, ¡sin duda ahora es el difunto señor Widener!

Ada sintió que el estómago le daba un vuelco y pensó que vomitaría ahí mismo si no se disculpaba y se marchaba al instante.

—Solo necesito un momento —dijo y se levantó para ir al baño a tranquilizarse.

Cuando regresó, trató de cambiar el tema.

—Como estoy segura que de ya sabe, no hay icono más apreciado que usted para las mujeres amantes de libros en estos círculos exclusivos en los que trabajamos. Por eso quería pedirle un consejo, señorita Greene —dijo—. Quiero aprovechar al máximo mi tiempo aquí en Estados Unidos, quizá incluso ampliar mi estancia más de las tres semanas que se supone que debo estar aquí. —Tomó un sorbo de té y forzó una sonrisa—. Como podrá imaginar, no tengo mucha prisa para subir otra vez a un barco.

—Eso puedo imaginarlo sin problema —dijo Belle.

—Le agradezco su comprensión —respondió Ada—. Espero que no le moleste que le haga una pregunta relacionada con mi carrera. La admiro mucho a usted y todo lo que ha logrado.

Belle sonrió.

—No, por favor, dígame. Siéntase libre de preguntar. La curiosidad es señal de verdadera inteligencia.

—¿Conoce algún lugar que necesite a alguien como yo en el mundo de la colección de libros en Estados Unidos?

Belle reflexionó antes de responder.

—Bueno, usted sabe que aquí empieza a haber algunos cambios emocionantes para nosotras las mujeres. Hace ya algunos años que Ruth Granniss es la bibliotecaria del Club Grolier a pesar de que no aceptan a miembros mujeres. Y está llena de conocimientos y experiencia. Por supuesto, adquiere libros para el club, pero ella es una coleccionista sofisticada por derecho propio —enfatizó Belle—. Tan solo el año pasado, una joven llamada Rachel McMasters Hunt me escribió una carta en la que me hablaba de su curiosidad por mi

trabajo en el mundo de los libros. —Belle bebió otro sorbo de té—. Después, esta Navidad recibí una tarjeta de ella en donde me decía que había acudido a su primera venta de libros y que compró un ejemplar de *Jardin d'Hyver ou Cabinet des Fleurs*, de Jean Franeau, porque quería empezar su propia biblioteca personal de libros de botánica.

Ada permaneció callada. No estaba muy segura de lo que Belle le estaba sugiriendo.

—Si yo fuera usted, señorita Lippoldt, consideraría cultivar las relaciones con las mujeres coleccionistas de libros en la ciudad. Hay muchas, se lo puedo asegurar. Y gran parte de ellas cuenta con medios considerables y muestran casi tanta pasión por sus colecciones como mi señor Morgan. Le aconsejo que investigue un poco y estoy segura de que encontrará al menos algunas que se beneficiarían con su experiencia.

Ada sintió que Belle le había dado un regalo. Nadie se interesaba por estas mujeres ni por sus gustos en temas de libros. Belle da Costa Greene tenía el singular empleo de comprar libros para uno de los hombres más adinerados de Estados Unidos. Pero ¿qué pasaría si ella pudiera hacer lo que Belle le sugería y se ganaba el favor de esas mujeres que eran prácticamente invisibles pero contaban con el conocimiento y los medios?

Sería algo que con toda probabilidad le desagradaría al señor Quaritch. Pero ¿Rosenbach? Ada tenía la corazonada de que quizá él, como todo buen estadounidense, lo vería como una oportunidad de expansión. Después de todo, en verdad sí era una nueva frontera.

Capítulo 62

El telegrama llegó unos días después de su cita con Belle da Costa Greene.

> Su idea es excelente. Visite a Rosenbach. Sugiero compartir la lista de libros que Harry quería, pero no compró en su último viaje. Quizá, en el futuro, la familia Widener quiera completar su biblioteca como él la había imaginado.
>
> B. A. Q.

Tomó el telegrama y lo puso en el escritorio de su habitación de hotel. Luego se recostó. Su agotamiento siempre era peor a mediodía. Empezaba a llorar cuando estaba lejos de las miradas de otros. Igual que con las náuseas y los vómitos subsecuentes, se había vuelto una experta para esconderlo hasta que estaba sola.

La mañana siguiente se sentó en su escritorio, sacó del cajón una hoja membretada del hotel Martha Washington y le escribió a Rosenbach.

Estimado doctor Rosenbach:
Mi nombre es Ada Lippoldt y trabajo para Quaritch Ltd. en Londres, Inglaterra.

Por desgracia, iba a bordo del RMS Titanic cuando sucedió la tragedia y se perdieron tantas almas buenas e inocentes, como la de su amigo y cliente Harry Elkins Widener. Él lo mencionaba a menudo y siempre con gran cariño.

Aunque no conocía al señor Widener de mucho tiempo, fue una gran alegría poder ayudarlo durante las últimas semanas de su vida con algunas de las compras que hizo en Quaritch Ltd. Sé que él deseaba agregar esos libros, y muchos otros más, a su biblioteca personal en Lynnewood Hall. Como permaneceré en Manhattan por algún tiempo, el señor Quaritch pensó que sería conveniente que lo visitara en su oficina en Filadelfia para hablar de la colección de libros del señor Widener, así como de una idea para ampliar

su clientela que creo que le parecerá interesante. Por favor, avíseme si tiene disponibilidad en su agenda la próxima semana.

Atentamente,
Ada Lippoldt

Dos días más tarde tomó el tren rumbo a Filadelfia. Escondió su dolor y su secreto bajo la ropa nueva que había comprado. Entró a la tienda de Rosenbach, en la calle Walnut, e inhaló el mismo aroma de papel, tinta y piel que me daba la bienvenida cada vez que yo entraba.

—Soy Ada Lippoldt —dijo extendiendo la mano.

—Hacía mucho tiempo que esperaba conocerla —respondió Rosenbach, invitándola a pasar a su oficina—. Es un gran placer conocer a otra amiga de Harry Widener.

Sentada en una de las sillas de respaldo alto tapizadas de terciopelo, Ada miró a Rosenbach, quien había tomado su lugar frente a su gran escritorio.

—Sigo sin poder creer que Harry desapareció en el mar —dijo—.Es una tragedia incomprensible. No solo para mí, sino para el mundo de los libros en general.

—El señor Widener hablaba de usted no solo como un amigo, sino también como su mentor —dijo Ada.

—Gracias —dijo Rosenbach con un suspiro—. Lo extraño. Ayudarlo a crear su biblioteca fue un gran honor.

—Puedo imaginarlo —comentó Ada con los ojos llenos de lágrimas.

Su estómago dio un vuelco. Esa mañana se había obligado a comer pan seco y té negro para prevenir las náuseas matutinas, pero seguían viniendo en oleadas.

—Se ve un poco pálida, señorita Lippoldt. ¿Todo estuvo bien en su viaje? En general es un trayecto sencillo de Manhattan a Filadelfia.

—Ah, sí. Es solo que he tenido problemas para dormir desde que llegué a tierra firme. Estoy un poco cansada, eso es todo.

—Déjeme traerle un poco de té.

Rosenbach se levantó y la dejó sola en la oficina, lo que le permitió a Ada recobrarse.

Miró la oficina. Los cuadros en las paredes, los estantes llenos de libros, los muebles de madera sólida. La conmovió ver la similitud con la oficina de Quaritch.

Rosenbach regresó pronto.

—Le pido disculpas por no tener quien me ayude, tendrá que conformarse con mis habilidades culinarias de soltero. ¡Esta debe ser la peor taza de té que jamás haya probado! —dijo con una risita al sentarse.

Ada tomó un sorbo y sonrió.

—Está delicioso, gracias.

—Bueno, hizo todo este viaje para verme. ¿En qué puedo ayudarla, señorita Lippoldt?

Ada puso su taza y el platito sobre la mesita junto a ella.

—Como le mencioné, tuve la oportunidad de pasar una cantidad considerable de tiempo con el señor Widener mientras estuvo en Londres. Desde el momento en el que lo conocí, sentí que estaba con un viejo amigo.

—En efecto, él era así —admitió Rosenbach—. Se negaba a conformarse con la riqueza o los laureles de su familia. Era humilde y solo quería dejar su huella en este mundo a través de sus libros.

Ada asintió.

—Es lo mismo que pensamos el señor Quaritch y yo. No sé si usted sabe que Harry nos había dado una lista bastante larga de los libros que esperaba añadir a su biblioteca. Algunos no los teníamos y le prometimos estar atentos con nuestros diversos contactos y en las siguientes subastas. —Tomó un sorbo de té—. También estaba interesado en varios volúmenes que teníamos en la tienda y nos informó que con toda probabilidad los compraría más adelante.

Rosenbach conocía bien mis hábitos de compra.

—Sí, a pesar de la enorme fortuna familiar de Harry, él nunca rebasaba su presupuesto. Aunque su madre o su abuelo lo sorprendían

a veces con algunos de los libros que estaban en su lista de deseos que más anhelaba poseer.

Ada sonrió.

—¡Estaba muy emocionado cuando escuchó que su abuelo le había comprado la Biblia de Mazarino para él! Me comentó que ansiaba regresar a casa para verla.

—Así es. Otra cosa que añadir a la tragedia es que no tuvo la oportunidad de hacerlo.

Ada tragó saliva.

—Después de lo que he vivido, empiezo a tomar en serio la idea de no lamentarse por las oportunidades perdidas. Esa es una de las razones por las que estoy aquí hoy: para compartir una nueva oportunidad con usted.

—¿De qué se trata? —preguntó Rosenbach.

—Quiero explorar la posibilidad de que usted trabaje con el señor Quaritch para saber si la familia Widener está interesada en completar la biblioteca que Harry esperaba tener. Estamos seguros de que usted tiene listas similares a las nuestras de lo que él quería agregar a sus estantes.

—Sí, las tengo. Sin embargo, el luto de la señora Widener es todavía muy reciente. No sería correcto tocar este tema con ella antes de que haya tenido tiempo para llorar su pérdida.

—Por supuesto. El señor Quaritch solo pensó que sería buena idea mencionárselo a usted en este momento porque yo estaré en el país dos semanas más.

Ada calló y bajó la mirada hacia su regazo, parpadeando para evitar las lágrimas.

—¿Por qué siento que hay algo más que no me está diciendo, señorita Lippoldt?

Ada sabía que no podía confesar la verdadera razón por la que estaba tan alterada, así que le compartió a Rosenbach algo que también era verdad.

—Como puede imaginar, aunque Londres es mi hogar, no tengo mucha prisa en tomar un barco y atravesar el Atlántico para regresar.

—Es bastante comprensible —respondió Rosenbach con un tono lleno de compasión.

Ada concentraba todos sus esfuerzos en ganarse a Rosenbach para que la apoyara en su causa y así poder permanecer cerca de Lynnewood Hall.

—También creo que podría serle útil, personalmente, para desarrollar un nuevo mercado de compradores de libros antiguos. Es una oportunidad que no ha sido explotada aquí en Estados Unidos, si puedo atreverme a sugerir.

—Despierta mi curiosidad. Continúe…

—El otro día me reuní con la señorita Belle da Costa Greene. Me compartió su idea de que en Estados Unidos hay varias mujeres jóvenes con abundantes recursos que están interesadas en ampliar sus bibliotecas personales. Mencionó a Rachel McMasters Hunt y a Sarah Gildersleeve Fife, por ejemplo. Quizá tengan la misma edad que tenía el señor Widener cuando usted lo conoció. —Hizo una pausa—. Pensé que quizá yo podría trabajar de manera privada con ellas para armar sus colecciones.

Rosenbach dejó escapar una risita.

—Tiene un buen espíritu empresarial. Si continúa con ese proyecto, señorita Lippoldt, ¿significa que ya no trabajará para el señor Quaritch?

—Creo que si le explicara que necesito estar más tiempo en Estados Unidos para recuperarme de lo que pasó con el *Titanic* me entendería. Sobre todo si ustedes dos pueden llegar a un arreglo y compartir las responsabilidades —explicó Ada—. Por ejemplo, usted podría estar a cargo de la compra en nombre de estas mujeres en las subastas de Nueva York, y él se encargaría de las de Londres. Yo me reuniría directamente con ellas para asegurar su privacidad.

—Debo admitir que la idea me parece bastante innovadora. —Rosenbach parecía estar encantado—. ¡La condesa de Pembroke era una increíble coleccionista de libros! Harry le compró un ejemplar

raro de *La arcadia*, de sir Philip Sidney. —Reflexionó por un momento —. Déjeme pensarlo unos días. ¿Ya se lo comentó a Bernard Alfred?

—No —respondió—. Primero quería saber si usted estaba interesado.

—Quizá yo debería hablar con él del asunto. Si podemos llegar a un acuerdo, uno de los dos se lo hará saber.

—Por supuesto.

Rosenbach abrió un cajón y sacó una pipa. Tomó una lata de tabaco y metió un poco en la cazoleta, luego la encendió, le dio unas caladas profundas y, finalmente, lanzó una gran bocanada de humo.

El olor golpeó de inmediato a Ada, y ella se sintió mareada. El aroma no solo disparó en ella su nueva sensibilidad a los olores, sino que también removió su nostalgia y su dolor por Harry.

—¿Usa la misma mezcla de tabaco que el señor Widener? —preguntó, cambiando el tema.

—Qué olfato tan fino. Hacía que Leavitt and Peirce me lo enviaran como regalo. Ellos perfeccionaron la mezcla para él cuando estaba en Harvard.

—Es extraño —agregó con voz temblorosa—. Ahora que lo huelo es como si él estuviera vivo y estuviera aquí con nosotros.

Capítulo 63

Violet y Theo salieron del Bartley's y empezaron a caminar por la avenida Massachussets.

—¿Hueles eso? —preguntó Violet deteniéndose en seco.

—Estamos enfrente de Leavitt and Peirce, así que, claro, huele a tabaco.

—Pero es una mezcla específica —dijo—. Ya la he olido antes. Cuando estaba en el despacho de Harry en la Widener.

—Pues qué raro —respondió—. ¿Quizá alguien estuvo ahí antes que tú, alguien que fuma pipa y usa la misma mezcla? —supuso—. No es inconcebible. Leavitt es la mejor tienda en los alrededores si te gustan esas cosas.

—No lo creo —dijo—. La primera vez que lo olí, yo era la única persona que estaba ahí. Y la segunda, estaba en la sala de lectura y seguí el olor hasta el despacho de Harry. ¡Hasta temí que hubiera un incendio en la biblioteca!

—Eso sería un desastre. Mucho peor que el vándalo de libros.

—No empecemos con ese tema —dijo sacudiendo la cabeza—. ¿Tienes tiempo para entrar?

Violet alzó la cabeza hacia la figura labrada que colgaba en la fachada de la tienda. Era una mujer que tenía unos puros en la mano derecha.

Theo sonrió.

—Por supuesto.

Entraron en la pequeña tienda que parecía haberse detenido en otra época. Todo el perímetro estaba revestido de largas vitrinas que exhibían toda una gama de pipas distintas elaboradas con una gran variedad de maderas exóticas, así como accesorios antiguos para

afeitarse, barras de jabón y frascos de colonia. Algunos de esos objetos podían remontarse al año de la fundación de la tienda, es decir, 1884.

En las paredes colgaban fotografías en blanco y negro de hombres de Harvard, muchos de ellos de principios del siglo XX. Tanto Violet como Theo buscaron una en la que apareciera Harry, pero no lo encontraron por ninguna parte.

—Es curioso. Aunque este lugar es de los clásicos en Harvard Square, nunca antes había estado aquí —admitió Theo.

Recorrió con la mirada los balones de futbol americano que se exhibían en un estante cerca del techo y que con letras blancas conmemoraban los marcadores de los partidos entre Harvard y Yale a lo largo de los años. En otra área, de la pared colgaban los remos de las pasadas regatas Head of the Charles.

—Yo vine aquí una vez con Hugo —dijo Violet—. Le compró tabaco a su abuelo como regalo de Navidad. Arriba hay un lugar donde se puede jugar ajedrez. Trató de enseñarme a jugar.

Se adentraron en la tienda y ella señaló la escalera que llevaba al segundo piso.

—Hugo me contó que antes había una sala de billar allá arriba.

—Es probable que no haya cambiado mucho desde que Harry estuvo en Harvard. Los hombres siguen viniendo a comprar su tabaco favorito o un nuevo frasco de colonia.

Su mirada se posó en los grandes frascos de vidrio que estaban sobre una mesa en la que había una gran variedad de esencias: Cherry Cavendish, Blond Shag, Twain-Berry y Black Ribbon. Levantó una de las tapas e inhaló el aroma.

—Te voy a hacer una pregunta extraña: ¿el olor del tabaco que oliste en la biblioteca y afuera de la tienda es el mismo del tabaco que compró Hugo?

—No. De hecho, recuerdo bien lo que Hugo pidió para su abuelo porque había una historia graciosa relacionada con él. Se llamaba Cakebox: caja de pastel.

—¿Caja de pastel? ¿Es tabaco con glaseado o algo así?

—No —respondió Violet riendo. Luego llevó a Theo a una de las vitrinas y llamó al joven empleado—: ¿Es posible que mi amigo huela un poco del Cakebox?

—Por supuesto —dijo el vendedor.

Abrió el frasco y sacó una pequeña cantidad que le ofreció a Theo para que la oliera.

Violet sonrió.

—Si recuerdo la historia correctamente, esta mezcla particular se creó cuando los dueños dejaron abierta una lata de sobras de tabaco sobre la barra que estaba junto a la estufa. Después de experimentar con las sobras durante un tiempo, resultó que sin querer habían creado una mezcla que se hizo muy popular entre los estudiantes.

Miró al vendedor y sonrió.

—¿Lo recordé bien? —preguntó.

El joven se rio.

—La mayor parte, sí. Pero omitió lo principal. Se llama Cakebox porque lo empacaron en cajas de hojalata para pasteles para llevárselo a casa.

—Ah —exclamó Theo—. De ahí el nombre.

—Sí —respondió el vendedor cerrando el frasco—. ¿Puedo ayudarlos en algo en particular?

—De hecho, sí… —A Violet le brillaron los ojos—. Al pasar frente a la tiene noté el olor de una mezcla característica de tabaco. No es el Cakebox. ¿Cuál es?

—Va a ser difícil saberlo. Tenemos cientos de mezclas.

—¿Alguien fumó hace poco dentro de la tienda?

—No —respondió negando con la cabeza—. No permitimos que los clientes fumen adentro. ¿Me lo podría describir?

—No soy experta, pero quizá me recordó hojas de roble. ¿O vainilla? No estoy segura.

—Sí, hay algunas con ese olor —dijo.

—¿Es posible que Leavitt and Peirce tenga registros de los pedidos de sus clientes a lo largo de los años? —preguntó Violet—. Sé que eso

es algo que quizá hacen ahora, pero ¿lo hacían al inicio? ¿En la primera década de 1900?

—Es posible que tuvieran un registro que llamaban «Cuentas de los caballeros». Ya saben, donde los estudiantes universitarios compraban a crédito, y luego su cuenta se la enviaba a sus padres para que la saldaran. Pero no estoy seguro. Tendrían que preguntarle al dueño —explicó al tiempo que escribía el número de teléfono—. Pueden llamarlo sin problemas, le encantan este tipo de preguntas.

Violet dobló el papel.

—Lo haré, gracias.

Necesitaba saber si el aroma del tabaco que no dejaba de percibir era en realidad el de Harry. Quizá uno no podía ver a los fantasmas, pero eso no quería decir que no dejaran rastros de sí mismos en el aire.

Capítulo 64

Rosenbach le dio una calada a su pipa y exhaló otra nube de humo. La fragancia a roble llenó el aire.

—Bueno, retomemos esta idea después de que Bernard Alfred y yo hayamos hablado de la viabilidad de tal empresa.

—Por supuesto —dijo Ada dejando la taza de té sobre la mesita. Luego se levantó—. Fue un placer conocerlo al fin y espero con ansias escuchar cuál fue su decisión.

—¿Puedo pedirle un taxi?

—Si no es problema —respondió.

—Claro. Después de lo que vivió, usted merece todas las comodidades.

Ada asintió resignada. La hora que había pasado con Rosenbach la había agotado casi por completo.

—¿A qué hora sale su tren?

—A las tres —mintió.

Rosenbach miró su reloj.

—Entonces, no perdamos tiempo —dijo.

Cuando Ada se sentó en el cómodo asiento del taxi, sintió como si estuviera traicionando a Harry, puesto que las familias Elkins-Widener habían creado el elaborado sistema de tranvías de esa ciudad.

—¿A la estación de trenes, señorita? —preguntó el chofer, repitiendo lo que Rosenbach le había dicho.

—¿Podemos desviarnos un poco? —respondió—. Necesito visitar otro lugar antes de irme.

—A donde usted me diga —respondió—, siempre y cuando pueda pagar la tarifa. Eso es lo maravilloso de Estados Unidos —bromeó.

—Tengo que ir a Lynnewood Hall.

—¿La propiedad de los Widener en Elkins Park? No está muy cerca. Señorita…, no creo que haya tiempo suficiente para ir y regresar sin que pierda su tren.

—Es un viaje necesario —dijo—. No sé si regresaré a Filadelfia y tengo que asegurarme de llegar ahí. —Luego continuó en voz más baja —: De hecho, mi tren sale hasta las seis. Seguro me confundí cuando se lo dije al doctor Rosenbach.

Ada observó el paisaje de Pensilvania que se desplegaba por la ventanilla del taxi. Conforme la ciudad desaparecía a la distancia, disfrutó el dosel arbóreo de los caminos, creado por los primeros brotes de los árboles y floraciones de primavera. Cuando se acercaron a Elkins Park, el taxi disminuyó la velocidad.

—Hace mucho tiempo que no venía hasta acá —dijo el chofer—. Sin duda es muy hermoso. Tiene sentido que se necesite tener mucho dinero para vivir aquí.

—No lo dudo —respondió Ada.

—La familia Widener es una de las más ricas en la zona —explicó —. Esta casa apareció en todos los periódicos cuando la terminaron. Es la mansión más grande en toda el área. Como el palacio de Buckingham. —Lanzó una carcajada—. Nunca he estado en Inglaterra, así que tendrá que decirme cuál es más bonita.

—Supongo que la del rey Jorge —dijo—, pero yo tampoco he entrado, así que su suposición es tan válida como la mía. —Sonrió.

—Qué terrible la tragedia para la familia —comentó el chofer—. Padre e hijo murieron en el mar. Supongo que, al final de cuentas, el dicho es cierto: cuando llega el momento, hay cosas que ni el dinero puede comprar.

Unos minutos después, bajó aún más la velocidad, pues se aproximaron a las rejas negras de hierro.

—Llegamos, señorita.

La enorme fachada neoclásica era impresionante. La construcción, de piedra caliza y con un tejado de estilo palladiano y dos majestuosas

columnas que flanqueaban la puerta, se extendía a lo largo de una vasta y pulcra superficie como un halcón que extiende sus alas.

—Es lo más cerca que puedo dejarla —explicó el chofer—. A menos que tenga una cita con los Widener, claro está.

Ada miró la pequeña caseta del guardia encargado de que no entraran visitantes no deseados.

—No, por desgracia no la tengo. Pero tenía que verla. —Lanzó un suspiro—. Significaba mucho para alguien a quien amaba.

Capítulo 65

La mañana siguiente, Violet decidió ir a ver a Lottie a la florería. Durante los meses anteriores, la había visitado algunas veces para agradecerle su ayuda para escoger las flores de cada semana. Ahora que a finales de semana sería el día de Acción de Gracias, quería asegurarse de que el arreglo del día siguiente reflejara la calidez de la celebración, aunque ella estaría en camino a Filadelfia en la tarde y no podría verlo.

Una campanilla en la puerta anunció su llegada y Lottie salió de la trastienda, vestida con su mono verde de trabajo y sosteniendo un ramo de campanas de Irlanda.

—¡Violet! —dijo—. ¡Qué gusto verte!

—Gracias, Lottie. Siempre es un gusto verte a ti y todas tus flores…

Miró la caja refrigerada en la que había cubetas con rosas de tallo largo de diferentes tonos, margaritas, dalias y lirios de los valles.

—¡Y siempre huele bien aquí! —agregó

Los ojos azules de Lottie brillaron bajo su blanco cabello corto.

—Los dos mejores lugares para trabajar son una panadería y una florería, justo por esa razón.

—Cierto —admitió Violet—. Ayer estuve en Leavitt and Peirce, y ahí hay una variedad muy distinta de aromas.

—Ah, otro emblema de Harvard Square. Me alegra que haya sobrevivido al paso del tiempo. Mi abuelo y mi padre compraban su tabaco ahí —recordó—. Pero me estoy distrayendo. ¿Qué deseas pedir para el ramo de mañana, querida?

—Teniendo en cuenta el afecto que la señora Widener tenía por su hijo, quería que las flores de esta semana tuvieran un toque especial para las festividades.

—Es muy considerado de tu parte, querida. No podría estar más de acuerdo. Las flores tienen su propio lenguaje, ¿verdad?

—Sí —admitió Violet—. Y usted lo habla con mucho mayor fluidez que yo.

—¡Gracias! Eres muy amable. Déjame ver… ¿Qué haría yo si quisiera honrar el recuerdo de mi hijo en Acción de Gracias? —se preguntó, reflexionando—. Tengo unos ranúnculos que llegaron esta mañana.

Dejó las campanas de Irlanda sobre el papel de estraza que estaba extendido sobre la mesa de trabajo y regresó a la trastienda. Unos minutos después, regresó con un ramo de ranúnculos color borgoña, magenta y oro.

—Podríamos hacer un arreglo con astilbes y algunos cardos. Quedaría hermoso.

Cuando vio en las manos de Lottie las flores delicadas y coloridas como joyas, Violet supo de inmediato que era perfecto.

—¿Quieres que te lo envíe al final del día? Sé que siempre lo mandamos los miércoles, pero probablemente te irás mañana para las vacaciones, ¿no?

—Sería perfecto —respondió Violet—. A Madeline no le gusta que nadie más que yo ponga las flores en el despacho. Iba a tener que pedirle que las recogiera ella en la recepción para ponerlas en su lugar. Pero así es mucho más fácil.

—Magnífico —exclamó Lottie—. Es una pena que no hayan

encontrado aún a la persona que está destruyendo esos libros en la biblioteca. Leí en un artículo en el *Globe* que la policía había ido a investigar.

—Sí. —Violet frunció el ceño—. Nos tiene muy tensos a todos los que trabajamos ahí.

—No puedo imaginar quién podría hacer algo semejante. —Lottie sacudió la cabeza—. Eso es lo bueno de tener una tienda pequeña como la nuestra: puedo tener registro de todos mis clientes y así es fácil saber quién entra y quién sale.

—Es sabio hacer eso —dijo Violet—. Hablando de registros…Un amigo mío y yo nos vamos a ver en Leavitt and Peirce en unos minutos para revisar sus antiguos registros con el dueño. Vamos a averiguar si podemos descubrir qué tipo de tabaco pedía Harry cuando estudiaba en Harvard.

—¿Tienen eso en sus registros? ¡Qué maravilla! —Lottie parecía encantada—. ¡Esa es una tienda de la vieja escuela!

—Sí —dijo Violet sonriendo—. Sin duda lo es.

—Pero ¿por qué quieres saber qué tipo de tabaco fumaba? ¿Estás pensando regalarle un poco a alguien?

—Algo así —respondió Violet.

Adoraba a Lottie, pero tenía poco tiempo y no estaba segura de que una mujer de casi ochenta años aprobara su verdadera razón. Ella y Theo habían pensado llevar una lata de ese tabaco a su reunión con Lux, la médium.

Tenían muy poco tiempo, pero Theo y Violet habían acordado reunirse con el propietario de Leavitt and Peirce antes de irse de vacaciones. Por fortuna, el señor MacKay sintió curiosidad cuando Violet lo llamó y aceptó mostrarles los archivos que tenía en la tienda.

—Me alegro de que esto haya funcionado —dijo Theo mientras esperaba a Violet frente a la tienda—. Mañana temprano tomo el tren para ir a casa.

—El mío sale a mediodía, pero sí, será maravilloso ver si tienen algún registro de lo que Harry compraba aquí cuando estaba en la universidad.

Entraron a la tienda y preguntaron por el señor MacKay.

—Usted debe ser Violet —saludó sonriendo.

Iba vestido con traje elegante y corbata: una encarnación del caballero chapado a la antigua.

—Y yo soy Theo. Gracias por tomarse el tiempo de vernos —dijo Theo extendiendo la mano.

—Con gusto. Algo maravilloso de administrar esta tienda es su historia. Los propietarios originales, Fred Leavitt y Waldo Peirce, conservaban registros meticulosos. De modo que, cuando me llamaron, sabía que había una gran posibilidad de encontrar algo para ustedes.

—Esperábamos que nos dijera eso —respondió Violet emocionada.

Lo siguieron a la trastienda.

—Bien, ¿por dónde empezar? —dijo—. Puedo decirles que el negocio empezó a aumentar sus ventas aproximadamente en la época en la que el señor Widener estaba aquí. Las ganancias del señor Leavitt casi se duplicaron.

—¿Sabe por qué? —preguntó Theo.

—Si no me equivoco, hasta 1900 o algo así, a Harvard asistían en su mayoría jóvenes varones solo del área de Nueva Inglaterra. Pero, alrededor de la época en la que llegó el señor Widener, en 1904, empezaron a aceptar a hombres de todas partes, incluido el medio oeste e incluso de la Costa Oeste. Aunque no muchos del sur. —Sonrió —. Perder la Guerra Civil fue un trago amargo para muchas familias sureñas.

—Tiene sentido —intervino Violet.

—En fin, en 1908, el año en el que, como usted me dijo, se graduó el señor Widener, la tienda tenía registros de los clientes que compraban a crédito. Y de hecho teníamos registros separados para los estudiantes inscritos en Harvard… quizá porque algunos de ellos pagaban sus cuentas directamente, en tanto que, para otros, era su familia quien saldaba la deuda; eso facilitaba la contabilidad.

El señor MacKay se acercó a un gran escritorio donde había un empolvado libro de registro con cubierta café y les hizo una seña a Violet y a Theo para que se acercaran.

—Miren. —Despacio, pasó las páginas color pergamino—. Pude encontrar a su señor Elkins Widener. Se le menciona de manera constante entre la clientela.

—¡Es increíble! —exclamó Violet juntando las palmas.

—Mejor aún —dijo, pasando a la información concerniente a Harry—. Al parecer era constante en la elección de su mezcla. La creamos específicamente para él; una combinación de roble, vainilla, bourbon y café. Incluso le puso un nombre, se llama Isla del tesoro.

—¡Era uno de sus libros favoritos! —exclamó emocionada—. Es totalmente lógico.

—¿Podría prepararla para nosotros? La compraríamos, por supuesto —propuso Theo.

MacKay observó el papel.

—Creo que no tendríamos ningún problema. Vengan conmigo —dijo haciendo una seña para que volvieran hacia la tienda.

Violet y Theo siguieron al hombre hasta el mostrador. Observaron cómo tomaba una pizca de tabaco de varios frascos, acercando su nariz de vez en cuando al papel de estraza para asegurarse de que la proporción era correcta.

—¿Cuánto desean? ¿Unos gramos?

Violet asintió.

—Suena bien. Es solo un regalo de la suerte para alguien.

—Acá les cobro —dijo el señor MacKay, al tiempo que los tres avanzaron hacia la caja registradora antigua que se encontraba cerca de la puerta de entrada.

—Muchas gracias. —Theo sacó su cartera y pagó la pequeña cantidad.

—Espero que a su amigo le guste —dijo.

—Es *La isla del tesoro* —comentó Violet con una sonrisa—. Creo que le va a encantar.

Capítulo 66

Quaritch y Rosenbach no tardaron mucho tiempo en llegar a un acuerdo. Al cabo de dos días, Ada recibió un telegrama de Londres.

> Rosenbach y yo llegamos a un acuerdo. Vaya a Filadelfia si desea continuar con lo que hablamos. Puede volver a nuestras oficinas cuando le parezca conveniente.
>
> B. A. Q.

Ada puso el pedazo de papel sobre el escritorio y se sentó en la cama, colocando la palma de su mano sobre su abdomen. Hacía ya casi un mes desde el hundimiento del *Titanic*, y no había habido un segundo en el que no recordara todos los momentos que había compartido con Harry a bordo del barco. Desde las primeras horas idílicas que pasaron en la privacidad de su camarote hasta los horribles minutos en los que se despidieron.

Todo le parecía un sueño febril. Sin embargo, cuando miraba al futuro, sabía que muy pronto tendría que tomar otra decisión angustiante. ¿Podría conservar la única encarnación viva de su amor por Harry? ¿O tendría que verse obligada a renunciar a ella? No necesitaba haber leído todas esas novelas en su juventud para saber que las expectativas para una madre que no estaba casada eran nefastas. Quaritch nunca le permitiría trabajar en la tienda en ese estado tan escandaloso, y suponía que Rosenbach tampoco, aunque no lo conocía bien.

Se recostó en la cama y trató de calmar sus nervios y aliviar las náuseas. Su constante malestar matutino era como una espada de doble filo. Las oleadas de náuseas eran similares al mareo que se sentía en un barco, una sensación que invariablemente la llevaba de vuelta a la balsa salvavidas y al horror de ver a Harry hundirse con el buque.

Pero también le recordaba el amor que la había llevado hasta su situación actual. La ironía no le era ajena. Trató de imaginar a Harry a su lado, diciéndole que ella era fuerte, que era inteligente, que encontraría la salida.

¿No había sido eso lo que le dijo la primera vez que pasearon por el Holland Park, que ella era todo eso y más?

Katharine Stephen, su mentora en la Universidad Newnham, le había dicho una tarde, mientras ella ayudaba en la biblioteca:

—Sé la heroína de tu propia historia. No dejes que nadie más que tú la escriba.

Ada cerró los ojos y pensó que las palabras de la señorita Stephen eran un buen consejo.

Capítulo 67

—¿Quieres llevarte el tabaco o me lo llevo yo? —le preguntó Violet a Theo—. Como sea, tenemos que llevarlo el viernes que nos reunamos con Lux.

—Yo me lo llevo —respondió—. Así lo tendré y podré enseñárselo en caso de que algo te impida llegar.

—Nada me impedirá ir. Ya le dije a mi mamá y a mi papá que tengo que estar en Wilmington todo el día. No les agradó mucho, pero les alivió saber que no me quedaría en cama, deprimida.

—Las vacaciones pueden ser difíciles —dijo Theo y luego hizo una pausa—. Suena tonto, pero cuando perdimos a nuestro *golden retriever*, Acción de Gracias, Navidad… Cuando Sundance murió todas las festividades eran horribles. Mi mamá nos dijo que la razón por la que era tan doloroso era porque extrañábamos el amor.

Violet asintió. Aunque no había pasado un día de Acción de Gracias o la víspera de Navidad con Hugo, desde el primer año de universidad había sido parte de sus días festivos. Siempre se aseguraban de empezar cada uno juntos: se iban a Boston en el mismo tren de la empresa Amtrak, Hugo bajaba en Old Saybrook, Connecticut, y ella continuaba hasta Filadelfia. Luego se reunían el día después de las celebraciones con la familia. Desde que entró a Harvard, este sería el primer día de Acción de Gracias en el que no tendría ninguno de esos momentos compartidos con él.

—Eso lo resume a la perfección —comentó Violet.

Theo la miró.

—Lamento que sea tan difícil para ti.

—Tú lo haces un poco más fácil —dijo Violet con una pequeña sonrisa—. Esta reunión con Lux es una buena distracción. ¿Hugo,

Harry, mi abuela Helen? ¿Alguno de ellos hablará a través de ella? Muero de ganas de escuchar lo que tiene que decirnos.

Al final del día, Violet entró a la Widener y se dirigió directamente a la recepción para recoger las flores que habían enviado. Tal como Lottie lo había descrito, el arreglo floral era una hermosa combinación de flores de colores brillantes que habían sido elegidos no solo con cuidado, sino también con afecto.

Subió los escalones de mármol hacia el despacho de Harry, saltó la cuerda de terciopelo y entró al espacio sagrado. Dejó las flores sobre el escritorio e inhaló el aroma de los libros que se combinaba con el perfume de las rosas frescas y el olor terroso de las hojas de cardo que Lottie incluyó. ¿Percibía también el olor a tabaco, la mezcla que Leavitt and Peirce creaban solo para Harry?

Violet aspiró profundo de nuevo antes de que Madeline la interrumpiera.

—Violet…, qué bueno que te encontré antes de que te fueras de vacaciones.

Madeline estaba inusitadamente nerviosa.

—Hice que nos enviaran las flores de Harry un día antes. Quería asegurarme de que tuviera un arreglo especial para Acción de Gracias —explicó Violet, mirando el ramo colorido con una sonrisa—. Pensé que es lo que la señora Widener hubiera querido.

Madeline parecía tensa.

—De eso quería hablarte, Violet. Me has ayudado mucho, además de tu trabajo como asistente, también con la *miniscula* y las transcripciones, y asegurándote de que las flores se pidan y entreguen a tiempo. Pero empieza a preocuparme un poco que te acerques demasiado a todo.

—¿Qué quiere decir? —preguntó Violet confundida—. Solo hago lo que me pidió.

—Lo sé, pero incluso el lenguaje que acabas de usar… «Las flores de Harry», «Lo que la señora Widener hubiera querido». Siento que te estás imaginando una relación personal con ellos que no tiene base en la realidad.

—Sigo sin entender por qué está molesta conmigo. —A Violet se le quebró la voz—. No he hecho nada malo, ¿o sí?

Madeline parecía muy incómoda.

—La cuestión es que hubo otro acto de vandalismo en la biblioteca. Encontramos un libro al que le arrancaron una página. Garabatearon en él unas palabras que son demasiado inquietantes.

—Lamento escuchar eso —dijo Violet—. Pero yo no tengo nada que ver con eso.

—Ahí está el asunto —respondió Madeline—. El libro que vandalizaron fue solicitado apenas la semana pasada, y en los registros dice que fuiste tú quien lo reportó como faltante en la estantería.

—No comprendo —dijo Violet—. ¿Qué libro vandalizaron?

—Una edición del siglo XIX de *El libro de las horas*.

—¿El francés con las ilustraciones? Lo recuerdo. No pude encontrarlo en ningún lugar cuando lo solicitaron la semana pasada.

—Pues lo encontramos en la rotonda en el primer piso. Estaba destruido. —Madeline tragó saliva—. El vándalo escribió con un marcador negro grueso en la página del título: «Los fantasmas están por todas partes». Me hizo pensar en la vez en la que tú y yo hablamos sobre la posibilidad de que el fantasma de Harry estuviera en la biblioteca. Claro, yo estaba bromeando —dijo nerviosa—. Pero me pregunto si tú también.

—¿Qué está diciendo? ¿Cree que yo podría ser quien vandaliza los libros?

—No te estoy acusando, Violet. Es solo que… bueno… tenemos que considerar a todas las personas que tienen acceso a la biblioteca, y tú tienes más acceso que la mayoría.

—Yo y todos los otros asistentes… ¿También les preguntó a ellos?

—Por favor, no te molestes. Yo solo estoy haciendo mi trabajo, Violet.

—¿Me está despidiendo?

—No —aclaró Madeline.

Violet contenía las lágrimas.

—Pero creo que la policía querrá interrogarte otra vez. Como medida de precaución. —Se aclaró la garganta—. No te voy a despedir, eso es seguro, pero creo que lo mejor será que te tomes un descanso de tu trabajo en la biblioteca hasta que todo esto se aclare. Voy a sugerir a la oficina de empleo estudiantil que te permitan hacer algunas horas en el Centro de Visitantes durante ese tiempo.

—No entiendo de dónde viene todo esto —agregó Violet. Una mezcla de indignación y cólera bullía en su interior. Su voz se quebró —. ¿No he hecho bien mi trabajo desde que empecé como asistente?

—Claro que sí. —Madeline la miró con verdadera compasión—. Haz hecho un excelente trabajo con las transcripciones de Rosenbach y también como asistente. Pero has mencionado al fantasma de Harry más de una vez… —Respiró profundo—. Y ahora otras personas creen que últimamente eso te preocupa cada vez más.

Violet se puso roja. Sospechaba que Lara había empezado el rumor sobre su salud mental y que de alguna manera llegó a oídos de los administradores de la biblioteca.

—Estoy segura de que todo esto se resolverá después de las vacaciones. La universidad solo quiere ser muy cautelosa hasta que lleguemos al fondo del problema. —Madeline prosiguió con una voz más suave—. En serio, trata de no preocuparte demasiado.

Capítulo 68

La preocupación de Ada aumentaba con cada día que pasaba. Estaba en un país nuevo, sin amigos ni familia. Había convencido a Quaritch y a Rosenbach de que era capaz de cultivar una nueva clientela femenina interesada en comprar libros; sin embargo, casi no conocía a nadie en el lugar. Lo más angustiante era que ya era el segundo mes sin ciclo menstrual, lo que significaba que su profunda sospecha de su embarazo quedaba confirmada.

Semanas antes, le rentó una habitación a una mujer mayor que dirigía una casa de huéspedes en el sur de Filadelfia. Su casera, la señora McFay, había dejado muy claro que mantenía un estricto código de conducta para todas las jóvenes que vivían en su casa.

—Ninguna visita o llamada de caballeros. No puede llegar a casa después de las ocho de la noche. Yo cierro la puerta con llave a las ocho con quince y no doy otra oportunidad después de la primera falta —le informó a Ada—. Si rompe las reglas tendrá que buscar alojamiento en otro lugar.

—No lo haré —prometió Ada, aunque sabía que ya había roto la más inmoral, solo que su casera no podía darse cuenta todavía.

Trató de hacer a un lado la realidad de su situación, pero Ada sabía que, por más que se esforzara en ocultar su embarazo, llegaría el momento en el que sería imposible ignorarlo.

La tienda de Rosenbach, en la calle Walnut, era cálida y acogedora, no muy distinta a la de Quaritch, donde había pasado tantas horas feliz, trabajando tras bambalinas. El doctor Rosenbach la dejó trabajar en una pequeña habitación al fondo, a unos pasos de su propio despacho, amueblado de manera muy elegante. Muy pronto, él se sintió bastante

contento de tener a una mujer cerca para que le preparara té o le llevara el periódico de la mañana.

—Me consiente mucho, señorita Lippoldt.

Sonrió al aceptar la taza de té caliente. El perfume de las hojas de Darjeeling mezclado con el aroma de los libros viejos era lo que hacía más feliz a Ada.

—No es ninguna molestia —respondió—. Quería hablar con usted de una edición de *Mercado de duendes*, de Christina Rossetti que salió a la venta. Tenemos al menos un cliente que podría quererlo para su biblioteca.

Rosenbach solo asintió. Rossetti no era una poetisa por la que valiera la pena desviar su atención del periódico.

—Y tengo otras excelentes noticias que compartir con usted —agregó Ada sonriendo—. La señorita de Costa Greene fue muy amable y me hizo una carta de presentación para la señora Isabella Stewart Gardner.

Rosenbach conocía el nombre.

—¿La coleccionista de arte en Boston?

—La misma. —Ada estaba encantada de por fin haber atraído la atención de Rosenbach—. La señora Gardner desea aumentar su colección de manuscritos raros ilustrados.

—Eso sí es música para mis oídos —exclamó Rosenbach haciendo a un lado el periódico—. Creo que una parte de la primera riqueza de la familia provino de la importación de pimienta de Sumatra —dijo como si estuviera contando una historia exótica—. Me dejaría muy impresionado si puede agregarla a nuestra lista de clientes. ¡Quaritch también estaría asombrado!

Ada esbozó una gran sonrisa. Su objetivo no solo era probar que podía serle de ayuda a Rosenbach, sino llegar a ser invaluable para él y así poder quedarse en Filadelfia el tiempo necesario.

—Y algo más —continuó—. También me preguntaba si desea que empiece a organizar todos esos papeles que están al fondo. Vi varios montones a los que les vendría bien un poco de orden.

—Vaya, es usted un verdadero ángel, señorita Lippoldt. ¡Gracias! Me ha sido muy difícil encargarme de todo eso, y mi hermano no es mucho mejor que yo para intentarlo.

—No es ningún problema. Me gusta organizar y crear un sistema que funcione para todos.

Ada solo había visto brevemente al hermano mayor de Rosenbach, Philip, quien se encargaba de los objetos artísticos y las antigüedades del negocio, no de los libros raros.

—No entiendo cómo Quaritch estuvo de acuerdo en que se quedara conmigo —dijo dando otro sorbo a su té—. Ya ni siquiera extraño mi café.

Ada rio.

—Cuando empecé a trabajar en la tienda, su hermana, Charlotte, me dijo que la única manera de garantizar que no te reemplacen es asegurarse de volverse irremplazable.

Las siguientes semanas, Ada concentró sus energías en la búsqueda de mujeres con independencia financiera que estuvieran interesadas en crear sus bibliotecas. Conforme junio se acercaba, dejó de sentir náuseas, pero su cintura había empezado a engordar un poco. En las noches, cuando se quitaba el vestido y la camisola, se daba palmaditas en el estómago. Era como si se hubiera tragado una pequeña hogaza de pan.

Se mantenía atenta a cualquier mención de Eleanor Widener.

—¿Ha tenido noticias de la señora Widener? —le preguntó con cautela a Rosenbach una tarde a principios de junio—. Vi que recibimos un telegrama del señor Quaritch en el que informaba que había obtenido uno de los volúmenes de Cruickshank que estaba en la lista de deseos del señor Widener.

—No quiero buscarla para hablar sobre ese tema antes de la boda de su hija, que será la próxima semana. Su dolor sigue siendo inmenso. —Sacudió la cabeza—. La señora Widener estuvo planeado una enorme serie de festividades por meses, antes de la tragedia. Pero

ahora será una pequeña ceremonia en Lynnewood Hall a la que solo asistirá la familia inmediata.

—Entiendo —dijo Ada.

No había regresado a Lynnewood Hall después de ese día que vio de lejos la casa en el taxi, la primera vez que visitó a Rosenbach. Cada noche, cuando llegaba a su recámara y por fin tenía tiempo para acostarse, se imaginaba sentada en una sala con la señora Widener, informándole que estaba embarazada de su hijo. En algunas versiones, fantaseaba con que la señora Widener la abrazaba; en otras, la echaban de ahí y la llamaban mentirosa. Era una historia cuyo final no estaba definido.

—Sigo extrañando mucho a Harry —dijo Rosenbach en un raro momento de intimidad entre ellos—. Para mí, era más que un cliente. Es difícil creer que ya no va a cruzar esa puerta y tomar asiento ahí.

Ada asintió, conteniendo las lágrimas. Cuánto deseaba poder decirle a Rosenbach la verdad sobre sus propios sentimientos por Harry. Que ella también lo extrañaba mucho y que para ella también era más que un cliente. Que en verdad lo amó.

—Siempre atesoraré ese breve periodo en Londres que pasé con él y los pocos días en el *Titanic* —dijo en su lugar—. Siempre recordaré todas nuestras conversaciones sobre libros —agregó con la voz quebrada.

—No llore —Rosenbach se levantó de la silla de su escritorio y le ofreció su pañuelo—. Harry no querría que ninguno de los dos sufriéramos por él. Le alegraría mucho saber que está trabajando aquí, ayudándome. Imagino que eso lo haría muy feliz.

Ada se enjugó el rostro con el pañuelo de lino y sonrió.

—Disculpe —dijo.

—Venga, siéntese —propuso con amabilidad, acercando una silla —. ¿Sabe? Harry acostumbraba sentarse en esta misma silla. —Dio una palmadita en el reposabrazos—. Recuerdo que poco antes de que se fuera a Inglaterra, me compró algo que me pareció muy extraño: un libro infantil sobre hadas. —Rio al evocarlo—. Me dijo que no era para él, sino para un amigo.

Ada sabía exactamente a qué libro se refería. Con la característica tipografía dorada y la hadita repujada en la cubierta. Se sintió muy feliz cuando Harry se lo regaló por sorpresa. Lo había dejado en el librero en su recámara en Londres y le escribió a la hermana de Quaritch para preguntarle si podía empacar y almacenar sus pertenencias durante un tiempo en la tienda mientras ella estaba en Estados Unidos.

Rezaba que aún estuviera ahí, esperándola, guardado en una caja junto con las cartas de Harry y el poemario de Rossetti que él le había ayudado a obtener. Todo lo que le importaba ahora parecía estar empacado. Incluso la vida que crecía dentro de ella y que había empezado a camuflar con blusas más largas y bandas anchas alrededor de la cintura. Mientras trabajaba en las noches en los archivos de Rosenbach, poniendo cada papel en su lugar, deseaba que las diferentes partes de su vida se organizaran con la misma precisión y facilidad.

Capítulo 69

El viernes en la mañana, Theo estacionó su coche frente a la estación de tren de Wilmington para esperar a Violet.

—¿Cómo estuvo tu día de Acción de Gracias? —le preguntó cuando ella se sentó a su lado en el asiento del copiloto.

—Aparte de que me dijeron que por el momento estoy de baja en la Widener, bastante bien.

—¿Qué? ¿Cómo sucedió eso? —Theo estaba atónito.

—Ni me preguntes. No quiero arruinar nuestra tarde, pero digamos que quizá es una combinación del estrés por el hecho de que el vándalo atacó de nuevo y que una de mis compañeras de departamento cree que estoy loca y hablo con fantasmas en mi cuarto.

—Vaya, qué mal. Estoy seguro de que solo es temporal, hasta que encuentren al responsable.

—Eso espero —respondió—. Estoy muy molesta, pero no quiero que eso arruine nuestros planes de hoy.

—Bien. Pero quiero que sepas que yo nunca le dije nada a nadie. Lo juro.

—Lo sé —dijo.

—Tenemos mucha comida que sobró, si tienes hambre —dijo Theo tratando de cambiar de tema.

—Perfecto, muero de hambre.

Theo miró el reloj del coche.

—Nos tardaríamos como veinte minutos en llegar a la casa de Lux, y nuestra cita es hasta las dos de la tarde. Eso nos deja como una hora libre. ¿Quieres que vayamos a mi casa para que comas algo y de ahí nos vamos?

—Claro —respondió—. Suena bien. Y no podemos olvidar el tabaco.

Theo extendió el brazo frente a ella para abrir la guantera.

—Lo puse aquí para no olvidarlo —dijo con una sonrisa.

Violet prendió la radio y el ambiente se llenó de música.

—No puedo dejar de preguntarme si esta reunión con Lux va a ser increíble o si resultará una verdadera decepción. Tengo miedo de tener muchas esperanzas.

—Bueno, no pasa nada —dijo Theo—. Lo peor que puede pasar es que tengas que pasar toda la tarde conmigo.

Cuando llegaron a casa de Theo, se prepararon sándwiches con las sobras y las comieron en el exterior para aprovechar el buen clima, atípico en la temporada. Cuando se acomodó en una de las mismas sillas Adirondack en las que se había sentado cuando estuvo ahí de visita con Hugo, la invadió una nostalgia agridulce.

—Es extraño estar otra vez aquí —dijo respirando el aire fresco.

Theo le dio una mordida a su sándwich y miró los árboles desnudos.

—Es mi culpa. Mientras manejaba, me di cuenta de que quizá no era lo mejor que regresaras aquí.

—Está bien —dijo—. Has sido muy buen amigo, y te lo agradezco.

—Yo también lo extraño.

—No se necesita ser médium ni nada por el estilo para saberlo.

—Hablando de eso…, ya deberíamos irnos. —Tomó el plato de Violet y ambos se dirigieron hacia la puerta de vidrio cerca de la cocina—. No queremos hacer esperar a Lux.

—No, no queremos. —Sonrió—. Sabría que no tenemos excusa.

Theo conocía el camino a casa de Lux, ya que había llevado a su madre algunas veces. Cuando se acercaron a la casa, a Violet le sorprendió que Theo se estacionara frente a una construcción en desniveles que estaba en una calle de los suburbios.

—¿Este es el lugar? —preguntó—. Esperaba la fachada de una tienda o algo parecido.

—¿Con cuentas de colores colgando del umbral? —respondió él, riendo.

—Sí, algo así.

—A mí también me sorprendió la primera vez que traje a mi mamá. Pero Lux solo trabaja en su casa.

Violet se encogió de hombros.

—Por mí no hay problema, siempre y cuando no sea un fraude.

Theo metió la llave del coche en su bolsillo, abrió la guantera y le dio a Violet la bolsa de tabaco.

—Tú deberías dársela, pues eres tú quien la relaciona con Harry.

Violet la tomó y asintió.

—Gracias.

A ella nunca le había gustado el olor a cigarro o puro, pero el tabaco de pipa era diferente; tenía algo especial, algo personal, como la manera en la que un perfume revela algo de la persona que lo usa.

—Tengo mucha curiosidad de escuchar lo que va a decir —agregó.

Theo tocó el timbre, y Lux los recibió en la puerta. No llevaba ni caftán ni turbante, como Violet había imaginado. La mujer de mediana edad que estaba frente a ellos iba vestida de forma sencilla, con jeans y una blusa de franela, y tenía el cabello cano muy corto.

—Eres igual a tu madre —dijo sonriéndole a Theo—. Tienes sus hoyuelos. Pasen —agregó haciendo una seña y dirigiéndose a la sala.

En la casa no había casi nada que revelara algo de su persona. Ninguna fotografía, ningún cuadro. Solo paredes blancas y un sofá beige, una mesita de centro y algunas sillas.

—La sesión es para ti, ¿verdad? —le preguntó a Violet cuando todos se sentaron.

—Sí —contestó Violet.

—Han sido tiempos difíciles para ti, ¿cierto? —dijo Lux mirando fijamente a Violet.

—Sí —susurró en respuesta—. Es cierto.

Lux se llevó sus los dedos índice a las sienes y empezó a masajearlas, con los ojos cerrados.

—Traes contigo la sensación de agua —afirmó—. Percibo que el elemento del agua está relacionado con una muerte muy personal para ti.

Violet se estremeció.

—¿Me equivoco? —preguntó Lux.

¿Esto se iba a convertir en una sesión sobre Hugo? Violet no se había preparado para eso.

—Espera un minuto… —agregó levantando un dedo en el aire—. Siento dos muertes relacionadas con el agua. Ambas tragedias terribles… Una de ellas es reciente. Alguien a quien amabas.

El estómago de Violet dio un vuelco. Volteó a ver a Theo, mirándolo con una expresión casi de miedo.

—Es correcto —respondió al fin.

Lux dejó escapar un suave quejido.

—Este joven. Su nombre empieza con *H*. ¿Sí?

Violet asintió.

—Está tratando de decir algo…, pero no puedo recibir un mensaje claro. No ha pasado por completo. —Lux entrecerró más los ojos—. Lo siento. A un alma puede llevarle varios meses, incluso un año, pasar por completo al otro lado.

Violet miró a Theo. Hugo no había pasado al otro lado todavía. Eso explicaba por qué no había recibido ninguna señal de él.

Lux volvió a respirar profundo y puso sus manos sobre su rostro.

—Pero esta otra muerte… —Inhaló con fuerza—. Esta persona… Su presencia es muy fuerte. —Se mordió el labio—. Su nombre también empieza con *H*.

—Sí —dijo Violet.

Theo extendió la mano para tomar la de ella.

—Dice que me trajiste algo.

—Es cierto —respondió Theo—. Trajimos una mezcla del tabaco que creemos que él fumaba.

Violet metió la mano al bolsillo de su abrigo y le dio la bolsa a Lux. Ella se la llevó a la nariz e inhaló.

—Voy a poner un poco en el cenicero y lo quemaré un momento. Quizá me ayude a conectarme mejor.

Theo y Violet asintieron.

Lux regresó con un cenicero y un encendedor. Puso un poco de tabaco en el platito y lo encendió. De inmediato, el aire se llenó de la misma fragancia que Violet había olido en el despacho de Harry y también afuera de la sala de lectura de la Widener.

Lux ahuecó las manos sobre la voluta de humo para acercarlo a su rostro. Luego cerró los ojos y permaneció en silencio varios segundos.

—He… Harry. Dice que quiere que vayas a casa —informó.

Violet estaba confundida.

—Un momento, ¿quiere que yo regrese a casa?

Lux sacudió la cabeza.

—No. Su mensaje es muy claro. Harry quiere que vayas a su casa.

Violet miró a Theo.

—¿Lynnewood Hall? —preguntó solo moviendo los labios.

—También dice algo sobre una llave… Necesitas llevarte una llave específica.

—Pero ¿para qué es la llave? —exclamó Violet—. ¿Una recámara? ¿Una caja fuerte? ¿Una caja? —Su voz se agudizó hasta volverse febril —. ¿No puede darnos más información?

Lux apretó los puños sobre su regazo y volvió a entrecerrar los ojos, esforzándose por obtener más información del otro lado.

—Veo la letra *A* —agregó—. ¿Eso significa algo para ti?

—¿Ada? —preguntó Violet.

—No —dijo Lux negando con la cabeza—. Está diciendo otro nombre: Amalie.

Capítulo 70

Amalie recibió a Rosenbach y a Ada en la puerta.

—Bienvenidos —saludó—. Tendrán que disculparme, hoy nuestro personal está limitado porque es domingo, pero la señora Widener quería que yo los recibiera personalmente.

—Le traje esto a la señora Widener —dijo Ada y le entregó un ramo de rosas color lavanda a la doncella.

Entraron al gran vestíbulo de techo abovedado. Columnas corintias talladas en alto relieve rodeaban la habitación y varios nichos arqueados estaban adornados con guirlandas labradas. En uno de ellos, un enorme jarrón imperial se exhibía orgulloso sobre un pedestal de bronce.

Ada observó un tapiz de brocado que colgaba del segundo piso, sobre el gran cubo de la escalera cubierta con una lujosa alfombra roja. A cada costado de los barandales de hierro forjado, había unos imponentes candelabros dorados que hacían que la opulenta entrada fuera digna de la realeza.

—Se reunirá con ustedes en la sala de recepción —dijo Amalie—. Por aquí.

Ambos la siguieron hasta una habitación que estaba después del gran vestíbulo. Amalie abrió con cuidado las puertas francesas.

El lugar era hermoso, decorado con muebles y detalles lujosos estilo Luis XVI. Los paneles de madera estaban decorados con ornamentos dorados y revestidos de terciopelo verde oscuro. Un enorme espejo ovalado colgaba sobre la chimenea de mármol. Candelabros de amatistas pendían del techo y bañaban la sala con una luz suave color lavanda.

—Doctor Rosenbach —saludó Eleanor en voz baja—. Es muy amable en visitarme.

Su voz era apenas un susurro, como si al salir la hubieran envuelto en algodón.

—Es un placer —respondió bajando la mirada en señal de respeto.

—Por favor, siéntense.

Cada uno se sentó en uno de los dos sillones de seda amarilla. Su color brillante parecía discrepar con el sentimiento sombrío que envolvía la habitación.

—Le debo una disculpa, doctor… La última vez que vino, no era yo misma. —Se enderezó y volteó a ver hacia la ventana—. Uno no puede prepararse para el dolor. Simplemente se apodera de la persona de la misma manera en la que una enredadera puede ahorcar hasta el árbol más robusto.

—Ha sido muy fuerte, señora Widener. Y el mundo admira su fortaleza.

—Qué sabe el mundo de mi fortaleza… o de mis lágrimas —espetó, antes de recomponerse—. Amalie, ¿serías tan amable de poner esas flores en agua y traer un refrigerio para nuestros invitados?

—Sí, señora —respondió Amelie y salió de la habitación.

—Gracias por las flores, no era necesario que trajera nada —le dijo a Rosenbach.

—En realidad fue idea de la señorita Lippoldt… Ella tuvo la amabilidad de informarme que el color lavanda es especial. Embellece cualquier tez o cualquier habitación. —Lanzó una risita—. Yo no tenía idea.

—Una mujer inteligente —dijo Eleanor con una sonrisa.

—En efecto —admitió Rosenbach—. La señorita Lippoldt está trabajando conmigo por el momento. —Rosenbach la presentó—. De hecho, trabajó con Harry en las últimas compras que hizo en la tienda del señor Quaritch, en Londres. —Hizo una pausa—. Y también estuvo en el *Titanic*.

Eleanor fijó la mirada en la de Ada.

—¿Conoció a mi Harry?

—Sí. Lo ayudé en la adquisición del libro de los ensayos de Bacon y también en la compra de otros libros.

—¿Y por qué estaba en el *Titanic*?

Ada respiró profundo.

—Tenía la misión de cuidar un ejemplar muy caro del *Rubaiyat*.

—¿El que tiene todas esas joyas?

Eleanor se inclinó un poco hacia adelante, de modo que su collar de cuentas de luto casi roza su regazo.

—Sí, ese mismo.

La señora Widener se recargó en el respaldo de su silla en el momento en el que Amalie entraba con una charola. Esperó a que Amalie terminara de servir el té y los refrigerios para continuar.

—Harry me habló de ese libro. Solo que no mencionó que la chaperona era una joven.

—Yo no era la parte importante de la historia —explicó Ada—. El libro lo era.

—Eso es algo que mi Harry hubiera comentado. —Eleanor asintió. De nuevo, Ada sintió que la mujer la escrutaba—. Supongo que el libro no sobrevivió.

—Así es —dijo Ada.

Eleanor suspiró.

—No pasa una sola hora del día en la que no me quiebre la cabeza tratando de entender lo definitivo que es lo que sucedió. Me sigue pareciendo incomprensible que nunca más volveré a ver a mi esposo o a mi hijo. —Se enjugó las lágrimas con un pañuelo—. O que la última vez que los vi fue en la cubierta de ese barco.

A Ada se le cerró la garganta. Tenía muchas ganas de decirle a Eleanor que ella también recordaba una y otra vez esos últimos momentos con Harry. Que ella tampoco podía entender lo categórico de su muerte. Pero permaneció en silencio.

—Algunas tardes me quedo horas sentada en su despacho —agregó Eleanor—. Puedo sentirlo ahí, entre sus libros. Sé que debe sonar

absurdo, pero a veces pienso que, si me quedó ahí el tiempo suficiente, va a entrar por la puerta y sentarse a mi lado.

—No es absurdo —dijo Ada—. Es el duelo.

—Sí —intervino Rosenbach—. Y es lógico que sienta más la presencia de Harry cuando está cerca de sus libros.

—Tengo la intención de dedicar toda mi energía en crear un último legado para Harry —explicó Eleanor, antes de tomar un sorbo de té—. ¿Sabía que escribió su testamento hace solo tres años?

Rosenbach negó con la cabeza.

—No, no compartió conmigo esa información.

—Sus libros eran muy importantes para él. Estipuló que quería que su colección se donara a Harvard. Pero también escribió que sería necesario asegurarse de que hubiera un lugar adecuado para ellos.

Su voz mostraba el profundo orgullo que sentía de que su hijo le hubiera confiado a ella el cuidado de sus libros.

—Supongo que es una bendición que Harry dejara claros sus deseos, incluso a una edad tan joven —agregó Rosenbach.

Eleanor puso la taza de té sobre la mesa.

—Ya escribí a Harvard. Les hablé de la posibilidad de construir una nueva biblioteca en nombre de Harry.

—Me parece una idea magnífica —dijo Rosenbach—. Si le interesa completar la biblioteca de Harry según él la imaginó, quiero que sepa que la señorita Lippoldt y yo estamos a su servicio. Ella tiene una lista de su empleador en Londres con los libros que Harry esperaba comprar algún día y, por supuesto, yo tengo la mía. Queríamos ofrecerle nuestros servicios, si es algo con lo que desea continuar.

—Eso deseo, gracias.

Eleanor miró por la ventana, y sus ojos se posaron un momento en dos pequeños petirrojos que saltaban en el pasto.

—A veces, cuando veo a los pájaros siento que de alguna manera él me está diciendo que voy por buen camino. —De repente se sintió más tranquila—. Así que estoy segura de que este proyecto es en el que tengo que centrar mi energía. Me ayudará a canalizar mi dolor. —Calló un momento—. Será mi último regalo para mi hijo.

Capítulo 71

Rosenbach y Ada no tuvieron noticias de Eleanor Widener inmediatamente después de esa tarde que estuvieron con ella. Ada siguió trabajando con diligencia, ampliando sus contactos dentro del círculo de coleccionistas mujeres y ayudando a mantener al día el papeleo de la oficina. Pasaron varias semanas antes de que llegara una carta por correo en la que los invitaban a ambos a Lynnewood Hall.

Estimado doctor Rosenbach:

Por favor, acepte mis disculpas por haberme tomado algunas semanas para comunicarme con usted. He estado muy ocupada con mis planes para construir una biblioteca en Harvard en honor a Harry. Este gran proyecto me ha brindado una nueva vitalidad, pero también ha requerido toda mi atención. Ya empecé a analizar algunas ideas preliminares para el edificio con el señor Trombauer. Como sabe, él fue el arquitecto que diseñó Lynnewood Hall y también mi casa en Newport. Al igual que usted, él cuenta con mi entera confianza y será maravilloso trabajar a su lado.

Me gustaría reunirme pronto con usted y con la señorita Lippoldt para hablar sobre la compra de algunos de los libros que Harry quería incluir en su biblioteca. ¿Podrían venir el próximo martes a las tres de la tarde?

Por favor, confirme con mi secretaria. Espero verlos a ambos en esa fecha.

Atentamente,

Eleanor E. Widener

Cuando Rosenbach le enseñó la carta a Ada, su mente se aceleró. ¿Sería posible que ella y la señora Widener pudieran cultivar una amistad si trabajaban juntas para completar la biblioteca de Harry?

¿Surgiría una oportunidad en la que por fin pudiera revelar su secreto, decirle que llevaba al hijo de Harry en su vientre?

Se dio cuenta de que todas estas preguntas eran ilusiones vanas, pero no podía evitar aferrarse a esas esperanzas cuando la realidad de ser una madre soltera se presentaba tan angustiante, vergonzosa y desesperada.

Cuando llegó el martes, se vistió con modestia para su reunión con la señora Widener. Ada se abrochó la faja debajo del vestido —una suerte de corpiño que ocultaba su vientre ligeramente abultado— y luego amarró las cintas. Se miró de perfil en el espejo. Todavía nadie, incluidos Rosenbach y su casera, sospechaba lo que escondía.

Era la primera semana de julio. El calor y la humedad habían llegado a Filadelfia y, de camino a Lynnewood Hall, Ada odió el sudor que formaba gotas entre la ropa y su piel.

Al entrar a la mansión, el techo abovedado y las paredes de mármol le ofrecieron un alivio refrescante.

—La señora Widener los espera en el salón de té —anunció el mayordomo que los recibió, guiándolos hacia la gran escalera.

Cuando la puerta se abrió, encontraron a Eleanor sentada en una habitación de paneles blancos con bordes dorados.

En lo alto, el tragaluz Tiffany, compuesto de una paleta de azules y lilas iridiscentes, bañaba con una luz diáfana los tonos crema del interior. Una colección de porcelanas chinas decoraba los estantes. En un sofá con tapiz de seda color azul cielo, sentada con el vestido oscuro extendido frente a ella, Eleanor Widener parecía un cisne negro en duelo.

—Muchas gracias a ambos por venir esta tarde —dijo—. Normalmente les ofrecería té —agregó—, pero quizá lo mejor para este día sean bebidas frías. ¿Podrías, por favor, preparar unas bebidas frías para nuestros invitados? —le preguntó al mayordomo, quien salió en silencio de la habitación.

»Lamento haberlos hecho venir hasta aquí en un día tan caluroso —se disculpó—. Tuve que pedirle al jardinero que hoy les pusiera más agua a las flores. Temía que mis rosas se marchitaran con el sol.

—Siempre es un placer verla —respondió Rosenbach—. Nunca había estado en esta sala. Es hermosa —añadió levantando la cabeza hacia el vitral en el techo.

—Sí. Esta habitación siempre me levanta el ánimo y, además, permanece sorprendentemente fresca.

Les hizo una seña para que tomaran asiento y luego tomó un papel que estaba sobre la mesita a su lado. Ada advirtió la manera tan diferente, mucho más animada y decidida, en la que se comportaba Eleanor en comparación con la vez que la había visto tan solo unas semanas antes.

—Me alegró recibir la lista que me envió. Tuve la oportunidad de revisarla y me gustaría saber si es posible comprar estos. —Le ofreció la hoja a Rosenbach—. Subrayé los que me gustaría que compráramos primero.

Rosenbach metió el papel doblado en el bolsillo superior de su saco.

—También les agradezco mucho que se hayan ocupado de todas las ofertas que Harry dejó pendientes antes de partir. Me alegra saber que obtuvimos todo lo que quería.

Después dirigió su atención a Ada y le dio un papel.

—Y, señorita Lippoldt, también tuve la oportunidad de revisar los libros que Harry le mencionó al señor Quaritch. Hay dos que me gustaría adquirir si todavía podemos. El volumen autografiado del *Jubileo de 1809*, de George Cruikshank, y la primera edición de *Cantos de inocencia*, de William Blake.

—Ambas me parecen elecciones excelentes —respondió Ada. Se le levantó el ánimo cuando Eleanor le habló directamente a ella—. Recuerdo que el señor Widener estaba muy emocionado con esos dos en particular.

—No dejo de pensar en el libro enjoyado que mencionó la última vez que vino… el que estaba bajo su cuidado.

—Sí, era una inversión importante —añadió Ada—. Traté de encontrar a alguien que lo sacara de la caja fuerte justo después de que el barco se estrellara con el iceberg, pero, como usted bien sabe, la tripulación tenía asuntos más importantes que atender.

—En efecto —comentó Eleanor con voz seria. Luego volvió a mirar a Ada.

—Mi hijo mencionó que quería presentarnos a mi marido y a mí a un amigo que iba a bordo del barco. Nos comentó que se trataba de una persona que compartía su entusiasmo por los libros.

El mayordomo llegó con una charola en la que llevaba una jarra de limonada fría. Le dio un vaso a cada uno y salió de la sala. Eleanor puso el suyo en la mesita.

—Siempre di por sentado que ese amigo era un caballero que estaba involucrado en el mundo de los libros. Pero, desde su visita, se me ocurrió que quizá, señorita Lippoldt, mi hijo se estaba refiriendo a usted.

Ada se paralizó.

No solo sintió la mirada de Eleanor sobre ella, sino también la de Rosenbach. Trató de calmarse bebiendo un sorbo de su limonada.

—Es muy posible que se haya encontrado con otra persona a bordo que fuera su amigo y también coleccionista de libros. La lista de pasajeros del *Titanic* contaba con muchas personas exitosas y eruditas —afirmó con tranquilidad.

—Pero ¿la invitó a cenar con nosotros? Eso es lo que me pregunto…

Ada se sintió acorralada. No esperaba que la conversación tomara este rumbo. Todo se aceleraba demasiado rápido. La señora Widener todavía no había tenido la oportunidad de conocerla mejor, de encariñarse con ella. Ada podía sentir que Eleanor estaba intentando darle sentido a todos y cada uno de los últimos momentos que había compartido con Harry. Él había dejado sueltas algunas piezas del rompecabezas, y Eleanor lo intuía.

—El señor Widener siempre habló de usted y de su padre con mucho afecto —respondió al fin—. Y es cierto que compartíamos el mismo amor por los libros.

Alzó la mirada; sin embargo, por mucho que intentó reprimir sus emociones, empezó a llorar.

—Lo siento mucho —dijo mientras buscaba un pañuelo en su bolso, pero había olvidado echar uno—. No sé qué me pasa.

—Veo que la incomodé —intervino Eleanor—. Discúlpeme. Al parecer mi imaginación me hizo sobrepasarme.

Rosenbach sacó un pañuelo de tela del bolsillo superior de su saco y se lo ofreció a Ada.

—Todos aquí sabíamos cuánto amaba Harry rodearse de bibliófilos, y todos aquí lo somos —dijo él, tratando de aminorar las intensas emociones que rezumaban en la habitación.

Rosenbach tomó el papel del regazo de Ada.

—Obtendremos estos para usted de inmediato. Y, como siempre, la señorita Lippoldt y yo estamos para ayudarla con cualquier compra futura de libros para la biblioteca de Harry en Harvard. Alabo la maravillosa tarea que ha emprendido. No puedo pensar en una mejor conmemoración para él.

El día siguiente, Rosenbach recibió una carta de Eleanor.

Estimado doctor Rosenbach:

Debo disculparme por mi comportamiento de ayer. El dolor es un monstruo peculiar. Puede apoderarse de uno de la forma más inesperada e inoportuna. Durante nuestra reunión, me angustió mucho imaginar que la señorita Lippoldt podría ser la amiga que Harry quería presentarnos a mí y a su padre cuando estábamos a bordo del Titanic. Si bien no tengo evidencias que respalden esta sospecha, me consterna mucho.

Verá, de pronto me siento presa al pensar en todos los «nunca» que ahora son parte de la vida tan breve de Harry. Nunca se casará. Nunca

tendrá hijos. Nunca envejecerá. Como madre, saber que le arrebataron todas esas alegrías es un trago muy amargo.

Sin que fuera su intención, al parecer la señorita Lippoldt ha estimulado muchas de estas reflexiones. Aunque dudo que haya habido un romance entre ella y mi hijo, ya que después de todo vienen de lugares muy diferentes en la vida, su presencia, ver a esa joven brillante que ama los libros tanto como lo hizo mi hijo, es un recordatorio doloroso para mí de la vida plena que Harry jamás llegará a vivir.

Sé que es injusto de mi parte pedirle lo siguiente, porque ella no ha hecho absolutamente nada que me haya ofendido. Pero, por favor, no vuelva a Lynnewood Hall con la señorita Lippoldt de nuevo. Veámonos nosotros solos para hablar de los nuevos libros para su colección.

Cordialmente,
Eleanor Elkins Widener

Dobló la carta y la metió al cajón de su escritorio; luego llamó a Ada a su oficina.

—Acabo de recibir una carta de la señora Widener —le informó—. Sé que usted admiraba a Harry y que disfrutó de una amistad breve pero de respeto mutuo con él. —Se aclaró la garganta—. Por desgracia, al parecer su presencia altera a la señora Widener.

—¿La altera? —preguntó Ada con la voz quebrada—. No entiendo. ¿Qué fue exactamente lo que hice?

—No es lo que hizo, Ada. Es solo que… —Sacó la carta y leyó una parte, con las palabras exactas de Eleanor—. Dice que su presencia «es un recordatorio doloroso para mí de la vida plena que Harry jamás llegará a vivir».

Ada palideció.

—Entonces, ¿no quiere volver a verme?

Rosenbach volvió a meter la carta en el cajón.

—Estoy seguro de que no es nada personal, Ada.

Ella parpadeó para reprimir las lágrimas.

—¿Cómo puede decirme eso? Claro que lo es.

Capítulo 72

—¿Cuándo podemos ir a Lynnewood Hall? —preguntó Violet cuando salieron de casa de Lux y entraron al coche.

Desde su terrible conversación con Madeline, era la primera vez que se sentía verdaderamente animada.

—Está a solo veinte minutos en coche de la casa de mis padres, en Filadelfia. —Abrió la guantera y sacó un mapa—. ¿Crees que podamos ir hoy? ¿Mañana? —La adrenalina corría por sus venas—. Voy a llegar al fondo de esto… y también voy a recuperar mi trabajo.

—Tranquila, Vi —dijo Theo, levantando la mano—. Creo que tendremos que esperar hasta las vacaciones en invierno. Mis padres me matarían si solo estoy con ellos el día de Acción de Gracias en estas vacaciones. Y, de todos modos, tenemos que regresar a la escuela pasado mañana.

Violet se desplomó en su asiento.

—No quiero esperar tanto…

—Además, ni siquiera tenemos la llave —señaló Theo.

El rostro de Violet se desencajó.

—Vaya, había olvidado ese pequeño detalle.

—Mira. Solo faltan un par de semanas para las vacaciones de invierno. En ese momento, podremos ponernos de acuerdo un día para ir después de Navidad. Será un descanso, bien merecido, de tener que pasar todas las vacaciones estudiando para los exámenes finales.

—Está bien —resopló Violet, poniéndose el cinturón de seguridad —. Supongo que también tenemos que ver si siquiera podemos entrar a la casa —añadió—. Creo que Madeline mencionó que Lynnewood Hall ahora está a cargo de una iglesia o algo así.

—Buen punto. No quiero ir hasta allá solo para dar media vuelta en cuanto lleguemos.

Violet encendió la radio. La canción *Talkin' Bout a Revolution* de Tracy Chapman inundó el carro, y los dos empezaron a cantarla.

—Muchas gracias por hacer todo esto conmigo —dijo Violet cuando la canción terminó.

Había sido un fin de semana de Acción de Gracias mucho más agradable de lo que había pensado. La gratitud surgió de la pena.

—Estoy contigo —dijo Theo cuando paró el coche frente al semáforo en rojo.

Luego le lanzó una sonrisa alegre y ella no pudo evitar devolvérsela.

Capítulo 73

—Necesitamos esa llave.

Violet estaba concentrada en su objetivo cuando se reunió con Theo en la puerta del centro de atletismo. El clima había enfriado y, a pesar de que solo eran las seis de la tarde, ya estaba oscuro. Se ajustó la chamarra contra el cuerpo para calentarse. El cabello de Theo seguía húmedo por el baño que había tomado después de su práctica.

—No quiero que me expulsen por robar una llave, Vi, y tu tampoco deberías querer eso —dijo mientras ella lo seguía por la escalera—. Debe haber una mejor solución que robarla.

Violet calló un momento antes de responder.

—Tengo una idea. Puesto que no puedo pedírselo a Madeline directamente, porque las cosas entre nosotras están raras, ¿por qué no le pido a Pete, que trabaja en la Lamont, que haga una copia con un cerrajero o algo así? Fue él quien logró hacer funcionar el reloj de Harry, y está familiarizado con las llaves.

Theo se encogió de hombros.

—Tal vez. ¿Crees que lo haría?

—No quiero cenar en Lowell esta noche —dijo, cambiando el tema —. Preferiría evitar a mis compañeras de departamento, si no te molesta.

—Claro, como quieras. Podemos ir a comprar algo a Kirkland si quieres. —Hizo una pausa y luego añadió—: O podemos ir por un queso asado a The Tasty.

The Tasty era una antigua cafetería en la que había bancos giratorios de metal frente a la barra y, detrás, una parrilla. Eran los mejores en queso asado de la zona. Era otra institución de Harvard Square, igual que las hamburguesas de Bartley's.

—Pues la decisión es fácil. The Tasty, por supuesto…

Theo sonrió.

—Podemos planear el gran atraco de la llave entre queso asado y refrescos de cola.

—Bonnie y Clyde, tengan cuidado —bromeó ella—. Aquí vamos.

Urdieron el plan durante la cena. Violet le pediría a Pete que le hiciera una copia de la llave. Theo llamaría al teléfono principal del seminario de Teología, en Lynnewood Hall. Era necesario que ambas partes del plan estuvieran concluidas antes de que se fueran a casa para las vacaciones de invierno en dos semanas.

—Tengo que admitir algo —dijo Theo mientras se comía el último bocado de queso asado—. Esta búsqueda para averiguar para qué sirve esa llave…, el misterio de si Harry Widener tenía un amor secreto… Has logrado hacer que quiera llegar al fondo de esto. Pero lo que me causa más curiosidad… —La miró directo a los ojos—. Si en verdad vamos a creer que Harry Widener se está comunicando desde ultratumba, ¿por qué te escogió a ti para buscar las respuestas?

—No tengo idea —admitió Violet.

—Sé que eres maravillosa y todo eso —dijo riendo—. Y sé que amas los libros y tu labor en la biblioteca. Pero sin duda, en todos estos años, ha habido cientos de personas que han trabajado en la Widener que también se ajustan a ese perfil.

—Eso es verdad —admitió—. No lo puedo explicar. Antes ni siquiera creía en los fantasmas. Pero desde el momento en el que tuve acceso al despacho de Harry sentí ahí su presencia.

—Una pieza más del rompecabezas de Harry —dijo Theo encogiéndose de hombros. Sacó su cartera para pagar la cuenta—. No pude evitar preguntarte.

Durante todo el tiempo que Violet llevaba en Harvard, Pete había trabajado en el escritorio de préstamos, en la biblioteca Lamont. No estaba segura de cómo le había hecho para convertirse en la persona designada a darle cuerda al reloj en el escritorio de Harry cuando

dejaba de funcionar, pero lo que sí sabía era que compartía su curiosidad sobre la misteriosa llave grande.

La tarde siguiente, fue a la Lamont después de clase.

—Pete, quería hacerte una pregunta —dijo acercándose al escritorio donde él estaba sentado—. ¿Recuerdas cuando estábamos en la sala conmemorativa hace unos días y tú arreglaste el reloj de Harry?

—Sí —contestó Pete.

—Te pregunté para qué servía esa otra llave, la que tenía los pájaros, y me respondiste que no sabías.

Pete se rio.

—Sí, me acuerdo. Cuando trabajaba en la Widener, Madeline siempre me pedía a mí que le diera cuerda al reloj porque era el único que sabía hacerlo. Y, cada vez que lo hacía, me preguntaba para qué serviría la otra llave. Un par de veces incluso traté de ver si abría algún cajón del escritorio o algún otro mueble en el estudio.

Violet estaba contenta de que él sintiera tanta curiosidad como ella.

—Bueno, no sé si escuchaste, pero estoy en baja temporal de mi trabajo como auxiliar. Al parecer, el vándalo no solo arruinó los libros, sino también mi trabajo.

—Lo siento —dijo Pete—. Estoy seguro de que estarás de regreso cuando acaben la investigación. En este momento es un caos.

—Sí —asintió Violet—. Es horrible. —Lo miró decepcionada—. Pete, la cuestión es que regreso a Filadelfia para las vacaciones y quería ver si podría llevarme esa otra llave a Lynnewood Hall para saber si pertenece a una habitación o a otra cosa. Pero ahora no puedo pedírselo a Madeline.

—Dudo que te la diera, aunque siguieras trabajando en la Widener. Es parte de la colección, no puede salir del lugar.

—Cierto —admitió Violet, decepcionada—. Pero tuve una idea. ¿Y si alguien más hiciera una copia de la llave?

Pete levantó las cejas.

—¿Por qué tengo la sensación de que me estás pidiendo que yo lo haga?

—Madeline recurre a ti para darle cuerda al reloj, así que no creo que se moleste si tomas las llaves para sacarles una copia. Si algo le

pasara a las originales, podrías seguir dándole cuerda con la copia que tuviste la previsión de mandar hacer.

—No creo que le guste mucho esa idea.

—Pero tú mismo lo dijiste: siempre te has preguntado para qué sirve.

—Me daba curiosidad, Violet, pero no la suficiente como para arriesgarme y meterme en problemas por sacar algo de la sala conmemorativa sin pasar por los canales necesarios.

—¿Y si te dijera que creo que la llave está relacionada con la historia de amor no contada de Harry?

Pete se rio.

—No cabe duda de que estás dispuesta a todo. ¿Crees que descubriste que Harry Elkins Widener tuvo un amor secreto? ¿Y que la llave te ayudará a encontrar algo en Lynnewood para probarlo? —Lanzó otra risita—. Quizá puedo decirle a Madeline que creo que tenemos que sacar una copia de ambas llaves. Podría decirle que me parece buena idea tener un repuesto en caso de que las originales se rompan, ya que son muy viejas. —Hizo una pausa—. O como precaución en caso de que el vándalo de libros lograra entrar al despacho y sacarlas del escritorio de Harry.

Capítulo 74

Ada se volcó en su trabajo. A veces, en las noches cuando Rosenbach ya se había marchado, entraba a su oficina para leer una carta que había llegado ese día en la mañana de parte de Eleanor Widener.

Sabía que no estaban destinadas a ella, pero, cuando sacaba el papel del sobre ya abierto, Ada buscaba en las palabras de Eleanor cualquier pista nueva sobre la evolución de la biblioteca de Harry en Harvard. Leer sobre el desarrollo de los detalles del diseño le ayudaba a aligerar su aislamiento.

Estas cartas la llevaban a un mundo del que había sido dolorosamente excluida. Un lugar en el que, si todo hubiera sido diferente, habría podido expresar su dolor; donde hubiera podido canalizar su pérdida hacia algo público y respetado. Le preocupaba que eso nunca fuera posible ni para ella ni para el niño que crecía en su vientre.

Ada se concentró en cada línea.

Estimado doctor Rosenbach:

Este proyecto de la biblioteca me ha dado una razón para despertar por las mañanas. Como le comenté en nuestra última reunión, al principio imaginé una pequeña biblioteca conmemorativa que integrara únicamente la colección de Harry.

Sin embargo, Lowell, el presidente de Harvard, me habló de la necesidad de una biblioteca más vasta para la universidad. Aunque al principio pensé que esa tarea sería demasiado agobiante para mí, ahora la idea me parece estimulante. Hemos hablado de construir una sala especial, que sea parte de un espacio mucho más grande, en la que estará la colección de libros raros de

Harry. Esta propuesta me anima sobremanera porque la imagino como el corazón del edificio…

En otra carta escribió sobre lo molesta que estaba con la prensa.

Estimado doctor Rosenbach:
Por supuesto que puede entender la angustia que me provocan esos artículos en el periódico que afirman, de manera errónea, que mi suegro es quien está cubriendo el costo de la nueva biblioteca. Aunque el abuelo de Harry comparte mi dolor, la prensa debería reconocer que esta biblioteca es un regalo mío para mi hijo, financiado en su totalidad e indiscutiblemente por mí…

Ada volvió a meter ambas cartas en sus sobres y cerró la puerta de la oficina de Rosenbach. En la tenue luz difusa de la tarde de verano, las habitaciones en la calle Walnut eran su refugio. En su casa de huéspedes casi no había luz. Una angosta escalera en el edificio conducía a su pequeña habitación abarrotada, que tenía una única ventana hacia un ducto de aire.

Compartía el baño con otras tres mujeres. Dos de ellas trabajaban como lavanderas; Ada casi nunca las veía porque se despertaban mucho más temprano que ella y regresaban a casa directamente a dormir, cuando todavía era de día. Pero Fanny, una inmigrante irlandesa que trabajaba en una fábrica de ropa, siempre se mostraba accesible y amable con ella. Dormía en la habitación al lado de la suya.

—Aquí estoy si alguna vez necesitas a alguien con quien hablar —le dijo a Ada una noche en el pasillo. Luego bajó la mirada hasta el vientre de Ada con una expresión compasiva—. Quiero que sepas que no estás sola. Yo también he estado donde tú estás ahora.

Desde que llegó a Estados Unidos, Ada tuvo problemas para acostumbrarse a la franqueza con la que la gente se hablaba.

Al principio, fingió no haber oído las palabras de Fanny; sin embargo, una noche que llegó a casa de la oficina de Rosenbach, cerró la puerta de su habitación y lloró sobre su almohada. Estaba a poco más del cuarto mes y, aunque ya les había quitado las pretinas a sus faldas, ya casi ninguna le quedaba. Sabía que pronto no sería capaz de ocultar su embarazo.

Escuchó unos golpes suaves en la puerta.

—Ada, ¿estás bien? —Era la voz de Fanny—. Por favor, déjame entrar.

Ada abrió la puerta con un crujido y dejó ver su rostro enrojecido.

—Solo estoy un poco nostálgica —mintió—. Estaré bien.

Fanny la miró directo a los ojos.

—Por favor, Ada. Déjame ser tu amiga.

—No tienes que decir nada —dijo Fanny avanzando unos pasos al interior de la recámara para sentarse en la cama de Ada—. Sé que es algo difícil de hablar con alguien.

—No sé a qué te refieres —respondió Ada, enjugándose los ojos con un pañuelo.

—Soy costurera. La mayoría de las personas no se da cuenta cuando una mujer usa cinturones más anchos para ocultar su vientre o cuando de pronto empieza a ponerse una faja debajo del vestido. Pero yo sí.

Ada seguía negándose a admitir la situación.

—No te juzgo; en realidad es lo contrario. El año pasado yo estuve en la misma situación. Me enamoré de alguien que no me amaba.

Fanny apartó la vista y fijó la mirada en un pedazo de pared en el que la pintura estaba descascarada.

—Renunciar a mi bebé ha sido lo más difícil que jamás he hecho en mi vida. —Su voz se quebró—. Y me hizo falta una amiga con quién hablar cuando estaba muy deprimida —dijo y luego volteó a ver a Ada —. Me prometí que, si alguna vez veía a otra mujer en el mismo

apuro, le mostraría la bondad que hubiera querido que alguien me brindara en ese momento.

Ada se retorció los dedos sobre el regazo.

—Gracias.

—No te preocupes por tu ropa las siguientes semanas. Puedo ajustar cualquier cosa si tengo una aguja y un poco de hilo —agregó dando unas palmaditas en la mano de Ada—. Pero ¿qué hay del problema más grande? —dijo en un susurro—. ¿Tu novio tiene intenciones de hacer lo correcto? ¿O reaccionó como el mío y te abandonó con el problema? —preguntó Fanny chasqueando la lengua.

A Ada se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Nunca lo supo. Murió.

—Dios mío —exclamó Fanny abriendo mucho los ojos—. Lo siento mucho. Es horrible.

—Sí —admitió Ada.

No quería explicarle las circunstancias: mencionar el *Titanic* solo provocaría chismes.

—¿Cuántos meses tienes? ¿Cinco?

—La próxima semana cumpliré cinco, sí.

—Dependiendo de cómo avance tu embarazo el próximo mes, quizá puedas retrasar el momento de ir al hogar para madres solteras hasta el séptimo u octavo mes. Pero debes tener mucho cuidado. Nuestra casera no te dejará quedarte aquí si sospecha algo.

Ada bajó la mirada hacia su regazo. No podía imaginar renunciar a su hijo.

—Te ayudaré —prometió Fanny—. Puedo darte el nombre del lugar al que yo fui. Ahí encontrarán un buen hogar para tu bebé. Es la única opción, el hospital no admite a mujeres solteras. —Su voz tembló—. No atienden por compasión, según me dijeron.

Ada hizo una mueca. Sabía que, al hablar de su propia experiencia, Fanny vivía de nuevo todo su dolor. Pero su mano permanecía firme sobre la de Ada.

—En el hogar para madres solteras de St. Anne me prometieron que encontrarían a una buena familia para mi niña. ¿Qué otra opción

nos queda? Hay que creerles.

Capítulo 75

Las cartas de Lynnewood Hall seguían llegando. El arquitecto se esforzaba en perfeccionar los planos; estaban consiguiendo los materiales de mármol, ladrillo y piedra caliza en Europa y Estados Unidos. Rosenbach le informó a Ada sobre los planes de la señora Widener para recrear el despacho de Harry en el centro de la sala conmemorativa dentro del edificio.

—Qué tributo tan conmovedor —le dijo Rosenbach a Ada cuando leyó los planes de Eleanor.

—Sí —asintió al tiempo que le entregaba unas carpetas que le había pedido.

—Su fortaleza es impresionante —agregó mientras tomaba las carpetas de manos de Ada—. Al igual que su determinación de ver finalizada la biblioteca de Harry.

—En efecto —dijo Ada en voz baja—. Es una mujer formidable.

Rosenbach alzó la vista y escrutó la expresión de Ada.

—Por favor, no le guarde rencor. Su dolor es inmenso, y necesita protegerse lo más posible de todos los pensamientos que la puedan alterar.

Ada sintió una patadita en el abdomen. En los últimos días, había sentido esos movimientos sutiles, casi imperceptibles.

—Por supuesto. —Forzó una sonrisa—. Es bastante comprensible.

Ada se disculpó y volvió a su escritorio al fondo del edificio. Se sentó y colocó las palmas sobre su estómago para sentir la vida que crecía en su interior.

Cerró los ojos e imaginó al bebé con los rasgos Harry, su cabello negro y sus cálidos ojos castaños.

Jamás podría darlo en adopción: ya lo amaba.

Una extraña calma la invadió. ¿No le debía al hijo de Harry al menos que su abuela supiera que existía?

Ada era consciente de que nunca podría criar sola a su hijo. No tenía los medios suficientes para pagar un lugar que le rentaran a una mujer soltera con un bebé, incluso si mintiera y afirmara que era viuda. Y Rosenbach jamás le daría empleo si supiera que estaba embarazada, ya que sería una deshonra para su negocio. Sabía que la falta de dinero y el estigma social le harían imposible ofrecerle a este bebé todo lo que se merecía. Sin embargo, si Eleanor Widener aceptara la situación, quizá le posibilitaría ser madre de ese bebé.

No podía hacer una cita. La señora Widener ya había dicho que no quería volver a verla. Pero decidió que ella también enfocaría su energía en algo importante para su hijo. Se lo debía a sí misma y a su niño nonato, al menos debía intentarlo.

Esa tarde, Ada se sentó a escribir una carta.

Estimada señora Widener:
Por favor, disculpe mi atrevimiento al escribirle. Entiendo que no quiera verme o escuchar de mí desde mi última visita a Lynnewood Hall. El doctor Rosenbach me informó que mi presencia le provocaba una pena grave y, por ello, le ofrezco disculpas. Esa nunca fue mi intención.

Preferiría decirle todo esto en persona, pero, como no me es posible, me veo forzada a comunicarle algo que considero que tiene el derecho de saber. Su hijo y yo nos amábamos y hablamos de compartir un futuro juntos. Harry tenía la intención de decírselos cuando estábamos todos juntos en altamar y esperaba que ustedes aceptaran nuestro amor a pesar de mis orígenes.

Poco después del hundimiento del Titanic, descubrí que llevo en mí al hijo de Harry. El mundo es muy cruel y severo con las mujeres que se encuentran en una situación como la mía, pero acudo a usted con la esperanza de que le muestre al hijo nonato de Harry el mismo valor que está empleando en la creación de la biblioteca en su honor.

En verdad espero que considere reunirse conmigo al menos una vez más. Sin duda debe haber alguna manera en la que podamos garantizar que este bebé crezca seguro y sabiendo que es muy amado.

Respetuosamente,
Ada Lippoldt

Selló el sobre, escribió el remitente y le puso un timbre. Cuando la metió al buzón de camino a la oficina de Rosenbach esa mañana, Ada rezó por que la señora Widener no la juzgara con mucha dureza. Esperaba que Eleanor se conmoviera con la noticia que Ada se había visto forzada a compartir con ella.

Capítulo 76

La brisa fresca de septiembre soplaba fuera de Lynnewood Hall. Amalie le llevó a Eleanor el correo vespertino en una pequeña charola de plata. La carta de Ada descansaba hasta arriba del montón.

—¿Qué es esto? —preguntó Eleanor sosteniéndola hacia la luz y leyendo el remitente—. Le pedí expresamente al doctor Rosenbach que no quería tener ningún contacto con la señorita Lippoldt —agregó con frialdad y tiró el sobre sin abrir al bote de basura.

Eleanor sacudió la cabeza y revisó el resto de la correspondencia. Abrió cada sobre y leyó su contenido. Apiló a la izquierda las que necesitaban respuesta inmediata; las otras, que no requerían respuesta, se las dio a Amalie para que las quemara.

Durante la siguiente hora, con diligencia respondió las cartas que había apartado. Dejó para el final la carta para Rosenbach.

Estimado doctor Rosenbach:

Sé que fui muy clara cuando le escribí para indicarle que no deseaba tener más contacto con la señorita Ada Lippoldt. Sin embargo, esta misma tarde recibí una carta de su parte. Por favor, sepa que considero por completo inaceptable que una persona a su servicio ignore con tanta desvergüenza mi solicitud. Tiré la carta sin leer su contenido, pero quería asegurarme de que usted estuviera consciente de que la señorita Lippoldt parece adjudicarse el suficiente atrevimiento como para ignorar las órdenes que confío que usted le dio.

Atentamente,
Eleanor Elkins Widener

Cuando la tarde siguiente llamaron a Ada a la oficina de Rosenbach, no fue necesario que él le informara cuál era el contenido de la carta que estaba sobre su escritorio. Su rostro estaba escarlata. Sus mejillas redondas, infladas.

—¿Cómo pudo ignorar lo que le dije? —espetó golpeando el escritorio con el puño.

Ada permaneció de pie en la oficina, incapaz de moverse. Esperó que las siguientes frases salieran volando de la boca de Rosenbach con la misma furia. Que formulara su incredulidad de que le hubiera escrito a Eleanor para revelarle que estaba embarazada de Harry.

Cerró sus pequeños puños a los costados, preparándose para el torrente de insultos; en su lugar, Rosenbach solo le reprochó el haber puesto en peligro su relación con Eleanor Widener.

—Se da cuenta de que hizo enojar a mi mejor cliente, ¿verdad? Debió considerarlo al menos un poco cuando se sentó a escribirle —dijo negando con la cabeza, incrédulo—. ¿Y qué razón tenía siquiera para hacerlo? —Abrió mucho los ojos—. ¡A mí no se me ocurre ninguna!

Ada estaba rígida, como se estuvieran enfrentando a un pelotón de fusilamiento. Rosenbach no conocía el contenido de la carta. ¿Eleanor decidió no decirle?

Su mente empezó a acelerarse. ¿Podría decirle que llevaba en el vientre al hijo de Harry? Él nunca emplearía a alguien que se encontrara en una situación tan comprometedora. El riesgo de enfrentarse a escándalos y chismes era demasiado grande.

—Lo siento mucho, mucho —dijo Ada, sin poder formular más que esas palabras.

—¿Lo siente? Y, sin embargo, sigue sin decirme por qué lo hizo. —Enojado, revolvió algunos papeles sobre su escritorio—. Señorita Lippoldt, tenía tanto potencial aquí. —Extendió la mano en su dirección, con la palma hacia arriba, para que le entregara las llaves—. Todo esto es extremadamente desafortunado. Es una verdadera vergüenza. Espero que entienda que no me deja otra opción. Necesito pedirle que se marche.

Capítulo 77

Justo antes de que empezaran las vacaciones de invierno, Pete le dio a Violet una copia de la llave.

—Hice dos juegos —le explicó al dárselas—. Los repuestos oficiales están en la caja fuerte de la oficina de Madeline.

—Gracias —dijo tomando la llave.

—Solo avísame si descubres lo que estás buscando, Violet —dijo Pete—. En serio espero que lo hagas.

—No sé si mi corazonada es correcta, pero creo que debo intentarlo. Mi amigo Theo ya hizo una cita para nosotros la próxima semana en Lynnewood Hall.

—Genial. —Pete sonrió—. Entonces, que tengas unas vacaciones de invierno interesantes.

Ese año el día de Navidad caía en un miércoles, y Theo y Violet, como la mayoría de los alumnos de Harvard, habían terminado las clases el miércoles anterior.

Todos estaban ansiosos por regresar a casa y celebrar las fiestas antes de tener que estudiar para los temidos exámenes finales que los esperaban a su regreso.

Theo había decidido aceptar la propuesta de Violet de quedarse en la casa de su familia en Filadelfia el jueves 19 para acudir a su cita en Lynnewood Hall la mañana del viernes. Theo había dejado todo listo. Su plan era que él y Violet se reunirían con uno de los administradores de la Primera Iglesia a las nueve de la mañana. El seminario cerraría poco después para consagrarse a las misas de Navidad, de modo que las personas ajenas no podrían entrar hasta después de Año Nuevo. Para esas fechas, los dos ya tenían que estar de regreso en el campus. Por lo tanto, esa reunión del viernes temprano era crucial.

El jueves en la mañana, sentados uno al lado del otro de camino a Filadelfia, compartieron un pretzel con mostaza que compraron en un carrito de comida junto con dos refrescos de cola.

—Me emociona conocer a tus padres —dijo Theo partiendo un pedazo del pretzel para llevárselo a la boca.

—Prepárate para estar en habitaciones mucho más pequeñas que las que tienes en tu casa —le advirtió—. Y quizá lo mejor será que no le menciones a ninguno de mis padres que fuimos a ver a una psíquica. Ellos no son como tu mamá con ese tipo de asuntos.

—Claro, no hay ningún problema —respondió—. Solo prométeme que comeremos uno de esos sándwiches de filete con queso del sur de Filadelfia antes de que tome el tren de regreso.

—Eso te lo puedo prometer —dijo Violet sonriendo, luego se limpió los dedos que tenía manchados de mostaza y sal.

La casa de Violet estaba en los límites de Fishtown, el histórico vecindario de la clase trabajadora de Filadelfia. La pequeña casa adosada al noreste del centro de la ciudad era modesta pero acogedora. Theo parecía no notar lo cohibida que estaba Violet cuando entraron al estrecho vestíbulo.

El olor del guisado de su madre llenaba el ambiente. Sobre la estufa había albóndigas y espagueti hirviendo. Su papá salió de inmediato y la abrazó con fuerza; ella dejó caer su mochila al piso.

—Bienvenida a casa, mi niña —dijo dándole un beso en la frente—. Y tú debes ser Theo… —saludó extendiendo la mano para estrechar la de Theo con fuerza—. Nos alegra que te quedes con nosotros un par de días. Supe que están haciendo una investigación en la antigua casa de los Widener. No he ido por esos rumbos desde que era niño.

—Sí —respondió Theo—. Tenemos muchas ganas de verla.

Esa noche, durante la cena, la madre de Violet se disculpó de que la recámara en la que se quedaría Theo no estaba tan recogida como hubiera querido.

—Espero que no te importe, pero es como una carrera de obstáculos ahí adentro. —Le lanzó una mirada medio divertida a Violet—. Mi querida hija lleva toda una vida prometiéndome que revisará los libros de mi madre para escoger los que quiere quedarse. Puedes imaginarte lo bien que va el asunto…

—No importa. —Theo sonrió—. Estoy feliz de estar aquí. —Tomó otro bocado de una de las albóndigas que había preparado la madre de Violet—. La comida está deliciosa, quizá no quiera irme nunca.

Después de la cena, Violet y Theo subieron al segundo piso.

—Disculpa que el cuarto de invitados esté lleno de cajas. En serio necesito revisarlos —se disculpó Violet—. Como puedes ver, no hay mucho espacio en mi recámara.

Dejó que Theo echara un vistazo a su habitación. El tapiz de las paredes era de botones de rosas rosas y verdes. A ambos lados de la ventana que estaba sobre el escritorio de madera de cerezo colgaban unas cortinas cuadriculadas de colores rosa y blanco ya descoloridos. Era una recámara que había sido decorada para una niña pequeña, pero que con los años se había visto rebasada por un nuevo interés: el genuino amor que Violet sentía por los libros. Todo el perímetro de la pequeña habitación estaba atiborrado de estantes de madera llenos de ellos. Sobre el buró, había una pila de libros de bolsillo y, alrededor de la cama, había más torres de libros.

—Si Eleanor Widener viera esto, creo que se inspiraría para construir una segunda biblioteca —comentó Theo riendo.

—Es probable que el caos no le gustara mucho. —Violet sonrió.

—¿No fue Da Vinci quien dijo: «Las habitaciones pequeñas disciplinan la mente mientras que las grandes la distraen»?

—Entonces mi mente debe ser muy aguda —respondió riendo.

—De una inteligencia aguda. —Theo le dio un golpecito en la cabeza—. Pero sí sabes que con gusto te puedo ayudar a revisar esas cajas esta noche, ¿no? —agregó extendiendo el cuello hacia la puerta abierta de la recámara de invitados—. ¿Tu abuela prefería leer novelas?

—La verdad es que le gustaba leer de todo —explicó—. Pero sentía un afecto particular por los cuentos de hadas. —Pensó un momento—. Mi abuela me contó que cuando vivía en el orfanato, cada año le regalaban un nuevo libro de cuentos de hadas en su cumpleaños. Todos están en una de esas cajas de allá —dijo señalando uno de los montones—. Pero hay un volumen en especial que le encantaba. La directora del orfanato se lo regaló antes de que la adoptaran. Mi abuela insistió en dármelo antes de morir porque era muy especial para ella.

—Me gustaría mucho verlo —dijo—. Se lo dieron su último día en el orfanato, eso suena como un pasaje de una novela de Dickens. —Se rio.

—Mejor aún, no es necesario que busquemos en todas las cajas —explicó Violet—. Sé exactamente dónde está ese. Lo tengo en uno de los estantes en mi cuarto.

Theo la siguió al interior, y ella fue directo al estante que estaba más cerca del escritorio.

—Aquí está. Es este.

Sacó el libro del estante y se lo dio a Theo.

—Y es violeta —comentó, acariciando la portada color lavanda desteñida. Sobre la tela había letras doradas repujadas—. ¿Por eso te llamas Violet?

La chica se sonrojó. Su madre siempre le contaba que, el día que nació, la miró y dijo que no se parecía al nombre que habían elegido para ella. Su abuela la tomó en sus brazos y sugirió Violet.

—No sé, pero mi abuela Helen amaba mucho ese libro. Y el lavanda siempre fue su color favorito.

Theo lo abrió despacio. Miro con atención sus coloridas ilustraciones; pasaba cada página con cuidado. Cuando llegó al final, preguntó por el dibujo del pajarito en la esquina de la última hoja.

—¿Tu abuela dibujó esto? —preguntó.

—¿Sabes? Ya lo había visto, pero siempre olvidé preguntarle —admitió—. Por desgracia, ahora es demasiado tarde.

Theo acercó el libro a sus ojos para examinar el dibujito más de cerca.

—¿Tu abuela se llamaba Helen?

—Sí. ¿Por qué?

—Me lo preguntaba porque, si lo miras de cerca, hay dos letras en las patas de los pájaros. Y ninguna de ellas es una *H*. Parecen más una *A* y una *L*.

Violet lo miró de cerca.

—Tienes razón, ahora que lo veo con más cuidado. —Sacudió la cabeza—. Hasta donde sé, en nuestra familia no hay nadie cuyo nombre empiece con *A* o *L*.

Capítulo 78

La mañana siguiente, Theo y Violet despertaron para encontrar una ligera capa de nieve que había caído durante la noche. Afuera, en la entrada, el Toyota de su madre estaba cubierto de blanco.

—Es una señal propicia —dijo Theo—. Un pequeño regalo del cielo.

—Es curioso, la primera nevada de la temporada siempre me hace sentir como si fuera una niña otra vez —admitió Violet mientras servía café caliente en dos tazas termo.

—Me hace pensar que la Navidad está a la vuelta de la esquina.

Theo tomó una de las tazas.

—¡Y así es! —Violet se rio.

—Voy a quitarle la nieve al coche —dijo Theo mirando el reloj de la cocina—. Dijimos que estaríamos allá a las nueve, así que ya tenemos que irnos.

—Solo tengo que ir por mi abrigo. ¿Tienes la llave del coche?

—En mi bolsillo. —Sacó una bolsa Ziploc con una llave adentro—. Me gustó tu nota en el espejo del baño donde decías que no la olvidara. —Theo dejó su café en la mesa de la cocina y se puso el abrigo—. Nos vemos afuera.

—Perfecto —dijo ella—. Salgo en un segundo.

Algunos reflejos de luz brillaban en el camino mientras Violet manejaba el coche de su madre hacia Lynnewood Hall.

Escuchaban un casete de Van Morrison mientras pasaban por la calle East Girard y luego se dirigían al norte por Broad, siguiendo las indicaciones que su padre le había dado sobre la ruta más corta a Elkins Park.

—Me pregunto en qué condiciones estará la casa —dijo Theo, bebiendo de su café en la taza termo.

—Yo también. Pensar que alguna vez fue una de las propiedades más grandes de los Años Dorados en todo Filadelfia. No puedo imaginar en qué podría usar una iglesia las ciento diez habitaciones.

—Supongo que muchos sacerdotes los visitan —respondió Theo encogiéndose de hombros.

—Me siento un poco nerviosa —admitió Violet.

—No tienes por qué ponerte nerviosa —dijo él para tranquilizarla —. La llave abrirá algo o no lo abrirá. Solo estás haciendo un poco de trabajo de campo, recuérdalo.

Violet lo miró y le sonrió.

—¿Qué era lo que el profesor Gupta siempre citaba en clase? «¡La curiosidad es, en las mentes grandes y generosas, la primera pasión y la última!».

—Creo que es de Samuel Johnson —dijo él—. Es buena.

—Lo es —afirmó Violet.

—Pues, sin duda despertaste mi curiosidad con todo esto —agregó mientras subía el volumen del estéreo del coche—. Y también tengo mucha curiosidad de saber qué restaurante hace los mejores sándwiches de filete con queso: Geno's o Pat's.

—Es algo que espero debatir contigo al final del día —respondió, mientras seguía manejando en dirección a Lynnewood Hall.

Capítulo 79

No es fácil ser testigo del abandono de la casa de tu familia. Cuando el coche de Violet y Theo cruzó las dañadas rejas de hierro de mi finca ancestral; a través de sus ojos, que veían el lugar por primera vez, sentí la tristeza que provocaba ver su deterioro.

La fachada de piedra caliza que otrora era de un blanco luminoso ahora estaba manchada y cenicienta. Ya no corría agua en la gran fuente de la entrada con los querubines esculpidos de bronce que cazaban una garza angustiada. Ahora, lo que les daba la bienvenida era una pileta oval astillada llena de hojas marchitas; las esculturas que antes eran deslumbrantes estaban oxidadas y habían adquirido un indigno color verde negruzco. Sin embargo, sobre el umbral, esculpido en el frontón, seguía intacto el simbólico reloj de arena que mi abuelo quería que sus herederos recordaran.

Cuando tocaron el timbre y entraron al edificio, tuve una sensación extraña al ver que Violet llegaba al lugar donde viví más de la mitad de mi vida. Esos eran los techos abovedados bajo los cuales caminé innumerables veces. Habían quitado las obras de arte que decoraban los nichos de alabastro y lo único que quedaba eran manchas desgastadas donde alguna vez colgaron los grandes marcos dorados que encuadraban las obras de los antiguos maestros de mi abuelo.

Conforme Violet avanzaba por el piso frío de mármol del gran vestíbulo, pensé en mi madre y en mi abuela, quienes cruzaron con elegancia esta entrada palaciega en innumerables ocasiones. Violet extendió la mano para saludar a la adusta administradora que había sido asignada para recibirlos; luego Theo hizo lo mismo.

—Soy Eileen Elderkin —se presentó la mujer a cargo—. ¿Cómo puedo ayudarlos? —Su voz sobresalía por encima de la música de

órgano que provenía de una habitación alejada en la casa—. Si no me equivoco, mi colega mencionó que ambos son estudiantes de Harvard y que están haciendo una investigación para la biblioteca Widener.

—Sí, estamos indagando sobre la vida de Harry Elkins Widener para un proyecto —explicó Violet—. Hemos sido afortunados de tener acceso a muchos archivos de investigación en Hardvard, pero estamos tratando de llenar algunas lagunas sobre su vida personal.

—No estoy segura de que podamos ayudarlos con eso. Como verán, el seminario Faith ha estado capacitando aquí a ministros y líderes cristianos durante décadas. No hay ningún archivo en la propiedad sobre la familia Widener. Todos nuestros documentos están relacionados con nuestra iglesia.

—No queremos consultar archivos —intervino Theo—. En realidad, tenemos una llave y queríamos saber si pertenece a alguna habitación o armario en esta propiedad. —Theo sacó la llave de su bolsillo—. Es una copia de la que está en la biblioteca conmemorativa en la universidad. La original tiene unos pájaros grabados en la cabeza, pero el cerrajero hizo una copia más sencilla.

La señora Elderkin negó con la cabeza.

—Temo que quizá esto sea una misión imposible. En Lynnewood Hall hay más de cien habitaciones.

Pero Violet estaba decidida.

—Pensábamos ir a las habitaciones que fueron más personales para Harry. Quizá la biblioteca, su despacho y su recámara.

—Supongo que eso restringe la búsqueda. —La señora Elderkin miró su reloj—. Puedo atenderlos antes de mi siguiente cita. Síganme, por favor.

Los guio por el largo corredor hacia dos puertas francesas que se abrían a uno de los salones más grandes de la casa. Violet y Theo echaron un vistazo al interior.

—Me dijeron que este salón era originalmente la biblioteca.

El espacio era amplio, las paredes estaban cubiertas por paneles de madera y detalles dorados, y en ellas había ventanas que abrían al jardín; en el techo, enmarcado en un círculo, había un fresco de nubes color pastel y figuras rosadas.

—Pero, después de que se hundió el *Titanic*, la familia Widener lo convirtió en un salón de baile y sacaron todos los libros. Ahora es el santuario de nuestra iglesia —agregó, señalando un gran altar al frente de la habitación.

El lugar, que había sido escenario de innumerables bailes a lo largo de los años, ahora estaba lleno de bancas rústicas de madera y una larga mesa rectangular cubierta con un mantel blanco y un crucifijo ornamentado en el centro.

—¿Le molesta si echamos un vistazo para saber si la llave funciona en alguno de los paneles de madera? —preguntó Violet.

—Adelante —respondió la señora Elderkin, dejando que ambos recorrieran el perímetro de la habitación.

Observé cómo Violet y Theo exploraban la sala donde alguna vez se alojaron tres mil libros de mi colección personal. Cuando estaba vivo, este lugar había sido un oasis suntuoso para mí, con sus paredes recubiertas de terciopelo rojo, alfombras persas y sofás mullidos para leer.

En un intento por sacar a mi familia de las profundidades del luto tras mi muerte, mi tío Peter sugirió que convirtieran la biblioteca en un salón de baile. Ahora que yo ya no ocupaba este espacio y que todos los libros habían sido prometidos a un nuevo lugar a kilómetros de distancia, esperaba que al reinventar esa sala mi familia mirara hacia el futuro, que se vieran forzados a imaginar de nuevo noches de bailes y alegría después del dolor de tanta tragedia. Era una sugerencia práctica, y mi desconsolada madre estuvo de acuerdo.

Pero Theo y Violet no descubrirían ninguna cerradura secreta en los paneles de caoba con ribetes dorados. Y la llave tampoco entraría en el pestillo de las puertas francesas que estaban en la entrada.

—Parece que no corresponde a ninguna de estas cerraduras —concluyó Violet echando un último vistazo alrededor.

—Bien —dijo la señora Elderkin y guio a Violet y a Theo hacia mi despacho y mi recámara.

Sabía que se acercaban y me armé de la paciencia que había cultivado durante una eternidad. Me obligué a esperar.

Capítulo 80

No puedo decir si, cuando Amalie empacó esa llave junto con todos mis otros efectos personales que enviaron a Harvard, lo hizo a propósito o no. El listón que sujetaba la llave para dar cuerda al reloj de mi escritorio también tenía la llave que abría el cajón de mi armario. Yo siempre las guardé juntas en el cajón de mi escritorio para encontrarlas con facilidad.

El «armario del estornino» que estaba en mi recámara había sido parte de un conjunto que mi madre adquirió en Francia, en uno de sus viajes para hacer compras, justo antes de que cambiara de habitación. Me pasé de la recámara que estaba junto a la de mi abuelo, en el segundo piso, a un área más privada en la planta baja cuando regresé de la universidad. Tanto el alto gabinete como la cabecera de la cama tenían dos pájaros labrados en la cresta. Mi despacho estaba diseñado con un estilo clásico: sus paneles de roble, libreros y molduras labradas habían sido importados de Londres, y mi escritorio y silla también los habíamos conseguido con comerciantes británicos. Sin embargo, para mi recámara mi madre había decidido un tono más extravagante.

—El lugar donde sueñas, Harry, debe ser diferente del lugar donde estudias —me dijo mientras desembalaban los muebles que ella había elegido para mí—. Y qué mejor manera de lanzarte en tus ensoñaciones cada noche que con la evocación de los pájaros.

Me agradaba tener estas dos habitaciones tan contrastantes. Un lugar en el que pudiera concentrarme en mis libros, mi correspondencia y mi colección; luego, tan solo a unos pasos, pasando a través de una puerta que los interconectaba, otra donde pudiera descansar mi mente por las noches y recuperarme.

Sin duda hubiera podido guardar las cartas de Ada en el compartimento secreto de mi escritorio, en mi despacho. En el que tenía mi valioso segundo volumen de *La isla del tesoro*. Pero quería tenerlas cerca de mí mientras dormía. Cuando los pájaros me liberaban en la noche, era Ada a quien quería llevar conmigo en mis sueños.

Esa tarde en la que mi madre tiró la carta de Ada al bote de basura, Amalie regresó después para recuperarla.

En lugar de permitir que se quemara con la basura de la propiedad, la metió en su bolsillo, fue a mi estudio y sacó de mi escritorio el listón que sujetaba las dos llaves; luego fue directamente a mi recámara.

Habían conservado el lugar tal como yo lo había dejado el día que partimos a Londres. Un candelabro colgaba del techo de yeso blanco. Mis trajes estaban acomodados en una hilera perfecta en el armario. Una de las sirvientas había hecho mi cama, ahuecado las almohadas de plumas y extendido la cobija de brocado.

Sosteniendo entre dos de sus dedos la llave con los dos estorninos, Amalie se arrodilló para abrir el cajón inferior del armario. Ahí, junto a mis camisas blancas dobladas, había una caja laqueada, exactamente como le había informado una de las sirvientas que una mañana me había visto leer las cartas de Ada. Amalie abrió la tapa y vio que la caligrafía en todas las otras cartas era la misma que la de la carta que tenía en la mano.

Amalie nunca abrió la última carta de Ada. Solo la metió a la caja y cerró el cajón con llave, encerrándola como una piedra en el fondo del océano. ¿Por qué lo hizo? Una pregunta válida para la que no tengo respuesta. Quizá no tuvo el corazón para deshacerse de una parte de mi historia. O tal vez pensó que un día mi madre lamentaría haber tirado la carta de una joven que, ella sospechaba, había atrapado mi corazón. Una vez que cerró el cajón, fue a mi despacho y puso de nuevo las llaves en el escritorio.

Después, cuando mi madre le dijo a Amalie que empacara todo lo que había en mi despacho, ella obedeció.

Sacaron los papeles de mi escritorio. Empacaron mis libros de contabilidad y los enviaron a los archivos de Harvard. Sacaron del cajón el listón con las dos llaves y las envolvieron junto con el tintero de cristal con el reloj.

Cuando desempacaron todo, el primer curador de la sala conmemorativa sugirió guardar la llave que daba cuerda al reloj en el cajón de mi escritorio para que no se perdiera. Pero nadie dedicó mucho tiempo y esfuerzo a pensar en el significado de la otra llave que estaba en el listón. Tendría que pasar más de un siglo hasta que la querida Violet sospechara que se trataba de la llave que se encontraba más cerca de mi corazón.

Capítulo 81

Violet y Theo siguieron a la señora Elderkin. Bajaron las escaleras y avanzaron por un corredor largo y estrecho revestido con estantes. Esos gabinetes de madera y puertas de vidrio que en alguna época estuvieron llenos de mis libros ahora estaban repletos de biblias y libros religiosos para el seminario. Vi como Violet tocaba una de las manijas de latón y percibí su deseo de querer tocar algo que mi mano había sujetado infinidad de veces.

—Los llevaré primero a su oficina —dijo cuando pasaron por mi recámara para entrar a la habitación que estaba después.

Cuando entraron a mi despacho y empezaron a moverse en su interior, mi espíritu comenzó a ilusionarse. Ese siempre había sido mi santuario, el lugar en el que pasaba mucho tiempo. Al fin, Violet había llegado adonde yo me sentía verdaderamente en casa.

—Ofrecemos alojamiento a los sacerdotes y estudiantes que nos visitan —explicó la señora Elderkin—. Tratamos de utilizar todas las habitaciones de la casa, o por lo menos las que no están dañadas por las fugas de agua. Si bien este era su despacho, en el seminario lo usamos como otra recámara.

Violet rozó con la mano la superficie de las paredes. El techo de yeso estaba cuarteado y descascarado. Junto a una de las paredes, había un camastro de metal con un colchón delgado y, al lado, una pequeña mesa con una lámpara barata.

—Trato de imaginarlo aquí —le dijo Violet a Theo—. El despacho de Harvard está muy bien conservado. Ver esto me entristece.

Theo sacó la llave de su bolsillo para ver si abría alguna de las puertas de vidrio de mis otros gabinetes.

—No entra —dijo.

Frustrado, siguió buscando una cerradura alrededor de la habitación, pero no encontró nada.

—Lamento no poder ayudarlos —dijo la señora Elderkin—, pero me parece que a estas alturas va a ser casi imposible averiguar a dónde pertenece esa llave.

Violet suspiró.

—¿Al menos podemos ver su recámara?

La señora Elderkin asintió.

—Por aquí. —Los hizo cruzar el umbral que conectaba ambas habitaciones—. Esta todavía tiene algunos de los muebles originales —explicó, señalando el marco de la cama y el gran armario.

—¿Este es el vestidor original? —preguntó Theo mientras abría una de sus puertas.

—Eso creo, sí —respondió la señora Elderkin.

Theo entró a mi vestidor y encontró un gabinete pintado. Tuvo la sospecha correcta de que ese podía ser un lugar donde yo guardaba mis papeles importantes.

—Diablos, en verdad pensé que entraría aquí —dijo cuando la llave se negó a moverse dentro de la cerradura—. ¿Violet? —la llamó.

—Aquí estoy. —Violet se paró frente al armario—. ¿Puedo abrirlo? —le preguntó a la señora Elderkin.

Pasó su dedo por encima de la ranura que dividía las dos puertas, en busca de una cerradura, pero no encontró ninguna.

—Sí, nadie se está quedando aquí por el momento —respondió—. Debería estar vacío.

Violet abrió las grandes puertas. Estaba completamente vacío, no había nada adentro. Sin embargo, su mirada se vio atraída hacia la cresta del armario.

—Dios mío —le dijo a Theo—. Mira, hay dos pájaros…

Theo giró en su dirección.

—Estaba a punto de decirte que vi dos pájaros tallados en la cabecera de la cama.

Violet examinó el armario de arriba abajo hasta que al fin encontró el cajón en la parte inferior. Se arrodilló para abrirlo.

—Tiene llave —dijo al advertir la cerradura en el centro.

Theo abrió mucho los ojos. Ninguno de los dos dijo nada cuando él le entregó la llave.

Violet la insertó y sintió cómo se abría la cerradura. Respiró profundo y, poco a poco, abrió el cajón.

Sus ojos se posaron de inmediato en la caja negra laqueada que descansaba junto a un pequeño montón de camisas de vestir amarillentas.

—¡Hay una caja! —dijo en voz más alta.

La señora Elderkin y Theo estaban justo a sus espaldas, con la mirada fija en el cajón.

Violet la sacó y la llevó al centro de la recámara.

—Ponla aquí —sugirió Theo, señalando un pequeño escritorio de madera.

Violet la puso ahí y levantó la tapa. La carta que Ada le había enviado a Eleanor Widener descansaba en la parte superior.

—Esta sigue cerrada —dijo.

—El que lo encuentra se lo queda —respondió Theo—. Anda, ábrela.

Capítulo 82

Dejé escapar una enorme explosión de energía cuando Violet empezó a leer. Las delgadas cortinas en la habitación se estremecieron. El aire se perfumó con el aroma que Violet y Theo ahora reconocían como el de mi tabaco. Quería que ella supiera que yo estaba ahí a su lado mientras se concentraba en las palabras.

Al principio, estaba absolutamente emocionada por haber confirmado su fuerte sospecha.

—¡Su nombre era Ada Lippoldt! —exclamó con el rostro exaltado de alegría—. ¡Yo tenía razón!

Conforme siguió leyendo en voz alta, no pudo contener el entusiasmo al enterarse de lo que Ada quería revelar.

—Dios mío —exclamó llevándose una mano a la boca—. ¡Ada estaba embarazada de Harry! —dijo.

—Si ese sobre seguía cerrado —comentó la señora Elderkin—, significa que la señora Widener nunca lo supo.

Ahora ella también se había contagiado de la emoción del descubrimiento.

—Jesús —dijo Theo, antes de darse cuenta de que no era la mejor palabra que hubiera podido escoger frente a la señora Elderkin—. Disculpe. Quise decir ¡caray!

Violet leyó despacio las otras cartas y se las pasaba a Theo conforme las terminaba.

—Mira esta. —Violet la aplanó sobre la mesa—. Dice que Ada está muy contenta de saber que Harry tiene un compartimento secreto en su escritorio donde guarda un segundo ejemplar de *La isla del tesoro*.

—Un cajón secreto… en su escritorio… —Theo se asomó para leer él mismo.

—No hay duda de que van a devolverte tu trabajo en la biblioteca cuando les enseñes todo esto, Vi. Quizá el libro sigue ahí.

—Tal vez… —dijo Violet—. No estaría nada mal, ¿no?

Theo le dio la vuelta a la carta para ver la firma de Ada. Frunció el ceño y se acercó el papel al rostro. No podía creer lo que estaba viendo.

—Espera —dijo alzando una mano—. ¿Viste esto al reverso, donde firmó? —preguntó Theo—. Mira aquí.

Violet tomó la carta y miró el lugar en el que Ada había escrito su firma. Junto a ella, estaba un dibujo idéntico al que había en el libro de cuentos de hadas de su abuela Helen: un pequeño pájaro con las letras *A* y *L* que conformaban sus patitas.

Capítulo 83

—Váyase —le dijo Rosenbach a Ada—. Empaque sus cosas. Dejaré que usted le informe a Quaritch por qué ya no puede trabajar conmigo.

Ada se sonrojó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Tal vez se lo merecía. Soltera, embarazada y sola. Si le hubiera confesado todo esto a Rosenbach la primera vez que lo vio en Filadelfia, la hubiera echado a la calle en ese momento.

Protegió su vientre con una mano. Podía soportar las dagas que salían volando de los ojos de Rosenbach, pero ahora solo pensaba en proteger a su hijo. Necesitaba dinero. Un techo sobre su cabeza. No quería renunciar a lo que amaba más en el mundo.

—Por favor —suplicó—. Fue un error escribirle. Pero tuve mis razones.

—¿Razones? ¿Cuáles son esas razones?

—Quería… yo… —Las palabras se atoraron en su garganta.

—¿Qué quería hacer?

Podía ver que él imaginaba todos esos libros que suponía que ella quería venderle directamente a la señora Widener en un futuro, con lo que lo descartaría a él como intermediario. Era muy posible que su relación con Eleanor Widener se hubiera dañado. Él no podía ver la verdad, que a ella le parecía evidente estando ahí de pie frente a él: tenía miedo y estaba embarazada.

—No es lo que usted piensa —dijo al fin con la voz quebrada como el vidrio.

Él respiró profundo y bajó la mirada hacia su escritorio.

—Le pagaré esta semana porque soy un caballero —dijo. Luego levantó una mano para indicarle que se marchara.

Ada se fue. «Caballero», pensó. No había nada de caballeroso en todo eso. La había expulsado a la tormenta.

Amor. Crecía como una enredadera con miles de zarcillos diferentes. Antes de Harry, Ada solo había amado los libros. En ellos encontraba un santuario, con ellos se ganaba la vida. Habían creado un puente entre ella y quienes estaban por encima de sus modestos orígenes. ¿Harry se habría enamorado de ella si no amara el papel y la tinta tanto como él?

Sabía que nunca hubiera sido así. Los libros habían sido su mundo hasta ahora. Había leído todo tipo de libros con finales muy diferentes entre ellos. Los felices; los tristes. Sin embargo, pocos autores habían pensado en describir los finales más difíciles de soportar. Los que suceden todos los días en el mundo real sin que nadie se dé cuenta. El final silencioso. Basado en lo que todo artista, poeta y romántico sabe que es la sentencia de muerte del arte: el pragmatismo.

La faja de Ada estaba húmeda de sudor cuando al fin llegó a la casa de huéspedes. Los broches le apretaban tanto que se le clavaban en la piel.

Tocó en la puerta de Fanny.

La mujer abrió; ya sabía lo que Ada le iba a decir.

—Ya es hora, ¿verdad? —dijo Fanny en voz baja.

Ada asintió.

—Necesito ir adonde tú fuiste. No recuerdo el nombre.

—El hogar para madres solteras de St. Anne —respondió, al tiempo que hacía entrar a Ada a su recámara y cerraba la puerta.

—No quiero hacerlo, Fanny. —Lágrimas gruesas surcaban sus mejillas—. Pero no tengo otra opción. Hoy perdí mi trabajo.

Fanny permaneció en silencio.

—Aunque pudieras trabajar otro mes… o incluso dos, tarde o temprano tendrás muchos otros problemas. El bebé no dejará de crecer. —Tomó la mano de Ada con fuerza—. Y eso, de hecho, es algo hermoso.

—Quería escribir un final diferente para mi historia —dijo Ada entre lágrimas—. Quería que su madre leyera mi carta, que se

compadeciera de mí. Quería que entre las dos encontráramos una manera de criar a este niño juntas para que pudiera ser amado.

—Lo sé… —Fanny pasó un brazo sobre sus hombros—. Lo sé.

—Pero ahora, ¿qué opción me queda?

—En ese lugar son amables. Incluso me dieron un mechón del cabello de mi hija cuando nació. —Fanny le dio unas palmaditas a un guardapelo que llevaba al cuello—. Nunca me lo quito, así ella siempre está conmigo. Podemos ir mañana cuando salga de la fábrica. Yo te acompañaré. —Luego habló con una voz más suave—. No quiero que hagas esto como yo lo hice. No está bien vivirlo sola.

Al día siguiente, Ada le avisó a su casera que tenía que marcharse, dando como excusa que debía regresar a Londres antes de lo que esperaba. En parte se sintió aliviada de que la señora McFay estuviera más preocupada por perder a una inquilina, y el ingreso que eso suponía, que por notar su vientre abultado.

Ada empacó su maleta. Era ligera. Había llegado a Nueva York sin nada más que la ropa que le habían dado esa terrible noche después de que la rescataron y, por supuesto, lo que más atesoraba: el saco del esmoquin de Harry. Las pocas prendas que había agregado en los últimos meses cabían sin problema en la maleta de piel.

Lo más fácil era no hacerle demasiadas preguntas a Fanny. Era más tolerable vivirlo un paso a la vez. Cuando Fanny regresó del trabajo, se subieron a un tranvía y luego caminaron algunas cuadras en una zona que a Ada le era desconocida.

La oficina en el hogar para madres solteras de St. Anne estaba a unos pasos del orfanato. Era un pequeño edificio de ladrillo en cuya entrada había una estatua blanca de la Virgen con el niño Jesús.

—Es por aquí —dijo Fanny haciendo una seña hacia la entrada lateral que estaba bajo la sombra de unos árboles.

Paredes desnudas. Mobiliario café. El crucifijo oscuro detrás del escritorio de la hermana Alice Rose era un recordatorio, no muy sutil, para los que se sentaban ahí de que la vida y el sacrificio estaban siempre entrelazados.

—Su nombre, por favor —preguntó la hermana Alice Rose.

—Ada Lippoldt —respondió.

—Nombre del padre.

Ada permaneció en silencio.

—¿Desea que permanezca anónimo?

—Sí. Murió. No es necesario.

La hermana Alice Rose alzó la mirada.

—¿Está segura? —preguntó—. Nuestros archivos son confidenciales; la información nunca sale de aquí.

—Necesito pensarlo —dijo Ada.

—Muy bien. Entonces solo necesitamos un poco más de información. —Miró sus notas.

—¿Fecha de concepción?

—El 14 de abril —contestó.

—El día anterior al hundimiento del *Titanic* —afirmó la hermana Alice Rose—. Lo sé porque recibimos a dos huérfanos del barco.

Ada no dijo más. Era probable que su hijo fuera concebido minutos antes de que el barco se estrellara contra el iceberg.

Pero no tenía ninguna intención de compartir esos detalles de su historia.

Capítulo 84

Una vez llegó un libro a la tienda de Quaritch que tenía en medio varias hojas en blanco. De acuerdo con los expertos, ese error de impresión en particular hacía que el volumen fuera más valioso.

Ada llevaba unas cuantas semanas de haber empezado a trabajar en la tienda; recién se había graduado de la universidad.

—No existe ningún otro volumen de *Tristán e Isolda* al que le falte el octavo capítulo, como a este —había dicho Quaritch mientras pasaba una hoja en blanco tras otra—. Eso es parte de la historia particular de este libro.

Pero ahora, mientras yacía sola en la sala de recuperación, con un dolor insoportable entre sus muslos y su abdomen ya vacío de los movimientos de vida, su mente había vuelto a ese libro tan único.

Pensó que quizá había momentos en una historia que eran demasiado dolorosos de escribir o registrar. Deseaba que esta parte de la narrativa de su vida pudiera borrarse por completo de su memoria porque el dolor era demasiado para soportarlo.

Cuando la enfermera entró para darle hielo para la hinchazón, Ada levantó la cabeza de la almohada.

—¿Es una niña o un niño? —preguntó con voz quebrada.

—Lo mejor es dejar que solo Dios lo sepa —respondió la hermana —. Es más fácil así.

—Por favor —insistió—. Necesito saber.

—Una niña —confesó la mujer en voz baja.

—¿Está sana?

—Mucho —dijo la hermana.

—¿Puedo cargarla?

—No se recomienda.

—Por favor —suplicó—. Solo una vez.

Habían envuelto a la bebé en una tela blanca limpia. Tenía el rostro sonrosado. Ada la sostuvo en sus brazos, y su hija recién nacida buscó su pecho para comer. Cuando su boca diminuta atrapó el pezón, Ada se aferró a cada minuto que estuvieron unidas, piel con piel.

—Regresaré pronto —dijo la enfermera y cerró la puerta.

Su hija tenía una pelusa castaño rojizo, los ojos claros. Cuando Ada extendió un dedo, la pequeña lo sujetó con fuerza en su manita.

—Chiquita —murmuró Ada tomando el pie de su bebé. Era tan pequeño, como el pajarito con el que ella firmaba su nombre—. Deja que mamá te cuente un cuento.

Así, en esa habitación sin color, en un hogar muy alejado de donde empezó su propia infancia, Ada le contó a su hija la historia que siempre amó más.

—El hada más feliz —dijo— nació con alas tan brillantes como la luna; su piel brillaba como la luz de las luciérnagas y poseía una sonrisa tan radiante como el sol.

Capítulo 85

Ada trató de impregnarse con cada detalle de su hija, cada leve sonido que hacía, cada rasgo. La mullida capa de cabello cobrizo, los párpados como dos conchitas que dejaban fuera el mundo de manera tan pacífica solo para abrirse después y revelar una maravilla perfecta, completa.

—¿Puedo al menos darle un nombre? —preguntó Ada cuando le arrebataron a la niña de los brazos.

—Cuando complete el acta de nacimiento podrá darle el nombre —le informó la hermana Mary—. Pero las personas que la adopten le darán otro en un acta de nacimiento enmendada cuando se procese la adopción.

—¿Alguna vez sabrá que yo soy su madre? —dijo Ada con voz quebrada.

La hermana Mary negó con la cabeza.

—Esa información es confidencial y se queda aquí. Ella nunca tendrá acceso a nuestros registros.

Un gemido escapó de los labios de Ada.

—Cuando salga de aquí, debe tratar de olvidar todo esto. Es mejor así, hija.

Ada sintió una oleada de rabia remontar desde sus entrañas. Supuraba en el hueco que su hija había dejado vacío. ¿Cómo podría olvidar algún día que esto había sucedido? ¿Y cómo podría olvidar alguna vez a esta bebé a la que ya amaba tanto? Sería igual de imposible que pedirle que viviera sin un corazón que latía.

Le dieron una hoja de papel color sepia con líneas donde escribir su nombre y el del padre. Una de las monjas ya había escrito la fecha, la hora y el lugar de nacimiento de su hija.

Ada llenó la información más fácil primero: su propio nombre. Cuando llegó a la línea donde le pedían el nombre del padre, titubeó. ¿Podría poner aquí el nombre de Harry? La enfermera dijo que el certificado sería confidencial.

Habría sido fácil escribir «Harry Elkins Widener, finado»; sin embargo, el apellido Widener era famoso en esa zona. Le preocupaba que pudieran sacar provecho de su hija en el futuro; que las personas que la adoptaran no lo hicieran por amor o por las ganas de tener un hijo, sino para llenar sus propios bolsillos si sabían que podían hacerse de una niña relacionada con una de las grandes fortunas de Filadelfia.

¿Y si lo escribía en clave?

Garabateó el nombre «Jim Hawkins».

¿Y para su hija? Eso era fácil. Cabello pelirrojo. Los ojos verdes con una mirada que parecía perforar el corazón. Harry había estado ahí cuando ella compró los poemas de Rossetti; muchos de ellos fueron escritos para su musa, Elizabeth Siddal, una artista por derecho propio.

Ada sabía qué nombre le quería dar a su bebé. Tomó la pluma y escribió despacio y con sumo cuidado «Elizabeth Hawkins».

Capítulo 86

Había dos libros en su bolso. Uno de ellos había llegado de Inglaterra junto con las escasas pertenencias que había dejado en su pensión. Sacó el ejemplar de *El libro de cuentos del hada feliz* que Harry le había regalado y, con letra diminuta, escribió sus iniciales al interior e hizo un dibujito de un pájaro debajo de ellas.

—Por favor, ¿podría darle esto a Elizabeth? —le preguntó a la hermana Mary—. Para mí es muy importante saber que tiene al menos algo mío.

—No tenemos permiso de darles nada que tenga mensajes o notas de ningún tipo. Igual que usted, la niña debe empezar un nuevo capítulo cuando sale de aquí.

—No hay ningún mensaje. Es mi libro favorito de la infancia, eso es todo.

Dudaba que las hermanas advirtieran el pequeño monograma que había inscrito discretamente en la esquina de la parte interior de la cubierta.

La hermana Mary tomó el libro de manos de Ada.

—Lo puedo poner en el bolso de la bebé, junto con la Biblia que siempre les damos a los padres adoptivos cuando se llevan al niño a casa. Pero, como podrá imaginar, no puedo controlar lo que ellos hacen con él a partir de ese momento.

Ada parpadeó para no llorar.

—Lo entiendo. Gracias.

Para evitar la subida de leche, Ada siguió el consejo de las monjas: se untaba aceite de menta en los pechos y se colocaba hojas frescas de col en su brasier, las cuales debía reemplazar luego de unas horas.

Sin embargo, el día que tuvo que salir del hogar para madres solteras, sus emociones fueron tan fuertes que empapó su vestido con sus lágrimas.

No quería irse sin su hija. La idea de separarse la paralizaba. Sentía como si estuviera otra vez a bordo del *Titanic* y tuviera que abandonar de nuevo a la persona que más quería.

Cerró su maleta y miró la puerta.

Ada no tenía idea dónde estaban los cuneros. Sabía que no estaban cerca de las habitaciones en donde alojaban a las madres solteras. Las hermanas consideraban que escuchar el llanto de los bebés recién nacidos no era bueno para esas mujeres que ahora estaban de luto por haber perdido su maternidad. Pero Fanny llegaría a recogerla hasta dentro de una hora. Era tiempo suficiente para que Ada pudiera investigar dónde estaba su bebé.

Abrió la puerta, decidida. No se iría sin Elizabeth.

Las paredes color mantequilla fuera de su habitación parecían incongruentes con el fuerte olor a desinfectante en el pasillo.

—¿Adónde va, señorita Lippoldt?

La hermana Agnes, una de las monjas más severas y de mayor edad de entre todas las que trabajaban en el hogar para madres solteras, la detuvo cuando llegó a la puerta que llevaba a la escalera.

Ada se paralizó, como un animal sorprendido que se queda quieto por el terror.

La hermana sacó un pequeño reloj que colgaba de su cuello en una cadena.

—Me parece que alguien va a venir por usted dentro de una hora.

En ese momento, el más terrible de los lamentos escapó de los labios de Ada. Se desprendió de su rígida crianza británica, de las expectativas sociales de no mostrar tus emociones incluso bajo gran presión. Ada se desplomó en el piso.

—Vamos —dijo con firmeza la hermana Agnes, ayudándola a levantarse—. Debe controlarse. Piense en la niña. Seguro está

consciente de que es imposible que usted pueda darle una buena vida.

Esas palabras se le clavaron como un cuchillo en una herida: aceradas, frías, afiladas.

Una mano helada tomó la suya y, con rapidez, regresó a Ada a su habitación. Sin embargo, esta vez la hermana Agnes sintió la necesidad de recordarle que toda acción tiene consecuencias. Al salir, cerró la puerta con llave.

—Hice lo que me dijiste y usé el dinero que me diste por la venta del libro de poesía que tanto amabas para comprarte un boleto de regreso a casa —dijo Fanny.

Ada asintió. Había devuelto el boleto inicial que tenía para volver a Inglaterra desde hacía meses, cuando decidió establecerse en Filadelfia y no sabía si algún día regresaría, ni cuándo.

Cuando le enviaron el libro Rossetti que estaba en su habitación en Londres, junto con el libro de cuentos de hadas que Harry le regaló y algunos otros objetos personales, esperaba venderlo para tener el dinero que le permitiera conservar a su bebé. Pero, tras la terrible experiencia con Rosenbach, supo que ya no podría recurrir a él para que comprara su querido ejemplar a un precio justo. De este modo, Ada no tuvo más opción que venderlo a otro comerciante que le ofreció menos de la mitad de su valor. Ni de lejos era suficiente para poder criar sola a su hija.

—Pude comprarte un boleto de tren para la ciudad de Nueva York —dijo Fanny cuando la abrazó en la recepción y tomó su maleta—. Y también el pase de abordar para el barco que zarpa mañana en la tarde a Inglaterra. Sale del puerto de Nueva York.

Le dio los papeles a Ada.

—Me siento mal de que te vayas tan pronto, quería ayudarte a que te recuperaras —agregó.

—Lo mejor es que regrese a Londres —dijo Ada en voz baja—. No soy ciudadana estadounidense y ya había extendido el plazo de mi estancia trabajando para el señor Rosenbach. Es lo mejor.

Fanny extendió la mano y tocó el hombro de Ada.

—Sé que ahora sientes todo en carne viva. No voy a mentirte y decirte que vas a dejar de sentirlo, pero aprenderás a soportarlo.

Ada sintió un nudo en la garganta y reprimió las lágrimas.

—Tengo una sensación horrible, Fanny —dijo al fin—. Como si mi bebé pateara en mi vientre. Como si aún estuviera dentro de mí, aunque sé que no es cierto.

Fanny bajó la mirada.

—Yo sentí lo mismo. Cuando trabajaba con mi máquina de costura, estaba segura de sentir esas palpitaciones en mi vientre. —Calló un momento—. Para ser franca, todavía me sucede, Ada.

—Es cruel —respondió—. El recuerdo constante de lo que he perdido.

Fanny dejó la maleta de Ada en el suelo y la abrazó.

—Quizá necesitas verlo de otra manera… como si aún estuviera contigo.

—Sí —asintió Ada.

—Puedo acompañarte a la estación de tren —ofreció Fanny.

—Es mejor que vaya sola —respondió—. Me espera una gran travesía.

Fanny asintió y le dio la maleta a Ada.

La gratitud que sentía por Fanny era enorme. Había tanto que deseaba decirle a su amiga, pero no quería perder la compostura. Y algo que sí sabía con certeza era que, después de todo lo que habían compartido, el vínculo entre ellas trascendía las palabras.

Capítulo 87

—¿Estás sugiriendo lo que creo? —preguntó Violet, con la carta que Theo le había dado en la mano.

—¿Cuál es la probabilidad de que le dieran a tu abuela un libro que era lo único que la vinculaba con su madre biológica y que tiene el mismo dibujo y las mismas iniciales que esta carta?

Violet hizo un esfuerzo por procesar lo que él estaba diciendo.

—¿En serio crees que mi abuela Helen podría ser la hija de Harry y Ada?

Theo se encogió de hombros.

—Pues sí. Parece una completa locura, pero te han pasado muchas cosas extrañas en la biblioteca. Quizá es lo que siempre sospechaste… que Harry quería que fueras tú quien lo supiera.

—No entiendo lo que está pasando aquí —interrumpió la señora Elderkin—. ¿Creen que hay algo en estas cartas que la relacionan a usted con la familia Widener?

Violet palideció.

—Es posible… La verdad es que no estoy segura.

—¿Cuál es la fecha de nacimiento de tu abuela, Vi?

—El 5 de enero de 1916.

Theo hizo rápido un cálculo mental.

—Nueve meses después del hundimiento del *Titanic*. Vamos, es absolutamente posible. A ver, primero lo primero. Tenemos que ver si podemos encontrar el acta de nacimiento original de tu abuela Helen. Quizá su madre biológica puso ahí el nombre de Harry… —Theo pensaba a toda velocidad, imaginaba que tal vez muy pronto la vida de Violet se transformaría por completo como posible heredera de la fortuna Widener—. Dios, es la historia más descabellada que jamás

haya escuchado. ¡Un milagro navideño! —exclamó juntando las palmas.

—Cálmate —dijo Violet—. Todo esto va muy rápido. —Volteó a ver a la señora Elderkin—. ¿Quién es el verdadero dueño de estas cartas? ¿La iglesia?

Esta se encogió de hombros.

—La iglesia compró todos los muebles existentes y el contenido de Lynnewood Hall cuando adquirió la propiedad. Así que creo que, legalmente, somos los propietarios. Pero quiero creer que nos gustaría hacer lo correcto y donarlo a los archivos de la Widener. —Se irguió un poco—. Tendría que hablar con mis superiores y comunicarme después con usted.

—Dime otra vez el nombre que recuerdas del lugar donde adoptaron a tu abuela —le preguntó Theo cuando regresaron al coche.

—Todo lo que sé es que su adopción se hizo a través del orfanato St. Joseph. Mencionó ese detalle varias veces.

—Okey, entonces tenemos que ir allá y ver si aún tienen en sus registros el acta de nacimiento de tu abuela.

Violet se sintió aliviada de que Theo mantuviera la cabeza fría y tomara las decisiones; la de ella giraba a toda velocidad tratando de darle sentido a lo que acababa de pasar.

—¿Ese tipo de documentos no son confidenciales?

—Lo dudo. Ya pasaron ochenta años. Es probable que a estas alturas se consideren solo documentos históricos.

Violet encendió el motor del coche. La nieve de la mañana se había derretido, y ahora el camino en la entrada de Lynnewood Hall era solo aguanieve resbaladiza.

—¿Regresamos a casa y les llamamos antes? —preguntó sobre el zumbido del motor que estaba arrancando.

—No, vamos directo —respondió—. Mis padres me pidieron que regrese a casa esta noche y quiero estar contigo cuando lo averigüemos.

Capítulo 88

—Somos alumnos de Harvard y estamos haciendo una investigación —dijo Theo sacando su credencial de la universidad para mostrársela a la recepcionista—. ¿Este edificio era el orfanato St. Joseph?

—Sí —contestó la mujer—. Empezó a eliminarse gradualmente en 1984, cuando los Servicios Sociales Católicos se establecieron aquí.

—Estamos buscando un acta de nacimiento de una persona que, según creemos, fue adoptada aquí en 1916. ¿Sabe dónde podrían estar esos registros?

La recepcionista le sonrió a Theo.

—Es probable que aún estén en el sótano —explicó sacudiendo la cabeza—. Es un laberinto, pero nunca se tiró nada que tuviera que ver con las adopciones.

—¿Cree que podríamos echar un vistazo para ver si encontramos lo que estamos buscando?

La mujer se ajustó los lentes a la nariz.

—Déjenme hacer una llamada y preguntar. ¿La adopción fue en 1916?

—Sí —respondió Violet.

—Entonces debe estar en los archivos, no en los registros de adopción más recientes, que son confidenciales. Un momento —dijo levantándose—. Voy al fondo a revisar. Es su día de suerte —les informó cuando regresó—. Solo tengo que ver sus identificaciones y registrarlos. Luego, bajen las escaleras y una de las hermanas los atenderá.

Los recibió la hermana Rose, quien parecía emocionada por la búsqueda de los chicos.

—Estamos trabajando en un proyecto relacionado con la biblioteca Widener —explicó Theo; no quería mentirle a una monja.

—Tenemos que ver todas las actas de nacimiento originales de los niños adoptados en este orfanato cuya fecha de nacimiento sea el 5 de enero de 1916 —agregó Violet.

—Muy bien —asintió—. No debe de haber muchos. Déjenme ir a ver qué encuentro.

Regresó quince minutos más tarde con un folder color manila en las manos.

—Tres niños nacieron ese día. Una niña y dos niños, si eso les ayuda.

—Sí ayuda —dijo Violet—. Mucho. ¿Podemos ver el acta de la niña?

Se dirigieron a una pequeña mesa de metal, y la monja abrió la carpeta para enseñarles dos actas de nacimiento; la de adopción, enmendada, estaba arriba.

Violet la tomó para leerla. La página amarillenta era de la mitad del tamaño de una hoja legal. La tinta negra estaba descolorida, pero aún se podían leer sin problemas los nombres de sus bisabuelos maternos, Alice y Joseph McDougal, como los nuevos padres de Helen Rose McDougal, nacida el 5 de enero de 1916.

Los latidos de su corazón se aceleraron cuando dejó esa acta sobre la mesa y tomó la que estaba debajo.

En ese documento, el nombre de su abuela estaba registrado como Elizabeth; su madre era Ada Lippoldt, y el nombre del padre era Jim Hawkins.

Violet sintió que su estómago daba un vuelco.

—¿Jim Hawkins? —dijo Theo, quitándole el papel de las manos—. Tu abuela es hija de Ada, como sospechamos. Pero ¿quién es Jim Hawkins?

A Violet se le llenaron los ojos de lágrimas.

—Es de *La isla del tesoro*, Theo. —Extendió la mano para tocar su brazo—. Es el protagonista del libro favorito de Harry.

Cuando regresaron al coche, Theo y Violet apenas podían hablar.

—Entonces, no hay pruebas de que tú seas una Widener —dijo Theo—. ¿Por qué demonios no puso su nombre en el acta de nacimiento? La monja dijo que en ese entonces también eran confidenciales. Nunca nadie hubiera sabido.

—Quizá tenía miedo. Tal vez pensó que alguien podría ver el apellido y que la adopción no sería producto del amor, sino del lucro. No tengo idea…

—Lo siento, Vi.

Violet no tenía la energía para manejar hasta su casa. El día había sido un torbellino de emociones, y ella seguía tratando de ordenarlo todo en su mente.

—No te sientas mal por mí. La verdad es que yo me siento mal por mi abuela. Siempre quiso saber de dónde venía… y esta historia es increíble.

—Bueno, algo sí me queda muy claro. Había una razón por la que el fantasma de Harry trataba de comunicarse contigo. Eres su bisnieta, por todos los dioses.

Violet sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas.

—Ahora entiendo por qué dijo que la razón por la que quería comunicarse era el amor.

Capítulo 89

El semestre de invierno comenzó en el campus. Violet y Theo ya habían acordado un plan para reunirse.

Cuando Theo la vio en el vestíbulo de la Widener, llevaba un ejemplar de la última edición del *Crimson* en la mano.

—¿Viste esto? —le preguntó.

Ella asintió.

—No puedo creer que hayan encontrado al vándalo durante las vacaciones —agregó—. Hasta el FBI estuvo implicado.

Violet estaba aún más sorprendida. Conocía al culpable. Era el conserje del turno vespertino, el señor Berns.

—Al parecer, encontraron varios libros robados en su departamento. —Theo señaló uno de los párrafos en el periódico.

—Y también arruinó muchos otros que eran invaluables —dijo Violet.

—Y pensar que sugirieron que podrías ser tú —exclamó negando con la cabeza—. Me enfurece.

—Yo solo me siento aliviada. —Exhaló—. Francamente, estoy más enfocada en saber si lo que leímos en la carta de Ada es cierto, que hay un cajón secreto en el escritorio de Harry.

—Apuesto a que en el interior hay un ejemplar de *La isla del tesoro* —dijo Theo—. No puedo esperar a ver lo que Madeline va a hacer cuando entres a su oficina con esa información. —Sonrió—. Y con las fotocopias de las cartas de Ada que encontramos en Lynnewood Hall.

Subieron la gran escalera hacia la sala conmemorativa de Harry. Cada uno sabía lo que tenía que hacer.

—Okey. Quédate al pendiente —dijo Violet cuando llegaron a la rotonda.

Theo esperó afuera mientras Violet pasó rápidamente debajo de la cuerda. Tenía solo unos cuantos minutos para intentar encontrar el cajón y ver si había algo escondido en el interior.

Caminó hacia el escritorio y fue directamente al panel izquierdo, luego pasó la uña por la ranura en busca de una suerte de muesca que abriera el cajón.

Pasó el dedo una y otra vez debajo del borde del escritorio hasta que lo encontró.

El cajón se abrió y Violet metió la mano.

En el interior encontró lo que esperaba: una edición desgastada de *La isla del tesoro*. Pero junto a ella, había una sorpresa: un libro mucho más pequeño y antiguo.

Cerró el cajón y se apresuró a salir para enseñarle a Theo lo que había descubierto.

—Dios mío —exclamó Theo, mirando fijamente lo que Violet sostenía en cada mano.

Luego la envolvió en sus brazos; la calidez de ese abrazo la sorprendió.

—Vi, no hay duda de que ahora vas a recuperar tu trabajo en la Widener.

Ella se rio.

—No puedo esperar a ver la cara de Madeline cuando se los enseñe.

De pronto, Violet se distrajo. Comenzó a olfatear.

—Theo, ¿hueles eso?

Él hizo lo mismo.

—Sí. Es el tabaco de Harry.

Violet tomó a Theo de la mano y juntos siguieron el aroma, tratando de descubrir su fuente. Muy pronto llegaron a una ventana que daba a una de las partes laterales del Yard. Se asomaron.

—¡Mira! —Theo señaló el cielo.

Cientos de pájaros bajaban en picada siguiendo una formación en V. Su aleteo era tan estruendoso que se podía escuchar incluso adentro de la biblioteca.

—Es un murmullo de pájaros —susurró Violet, mirando a Theo—. Hugo me enseñó esa frase.

Esta vez, cuando dijo su nombre en voz alta, ya no sintió dolor. En su lugar, el recuerdo la hizo sonreír.

—Y son estorninos —agregó Theo apretando su mano.

Ambos sabían que era Harry comunicándose con ellos una vez más.

Sin embargo, Violet sabía que ese espectáculo era mucho más que solo su bisabuelo expresando su felicidad de que al fin ella supiera toda la historia de Ada y él.

Nunca tendría la certeza, pero también sintió que Hugo le estaba pidiendo que liberara el dolor que sentía por él. Algo era seguro: cientos de pájaros sobrevolaban, e indudablemente era un mensaje de amor.

Epílogo

Universidad de Harvard
1962

Subir los escalones para llegar a la biblioteca Widener no fue fácil para Ada, pero se las arregló para lograrlo de la misma manera en la que hacía todo en su vida: con una quieta determinación. Tenía ya más de setenta años, era una experta en poesía prerrafaelita y autora publicada de varios libros.

Tras su regreso a Londres se había labrado una carrera fecunda. Primero como ayudante de Emilie Barrington en su esfuerzo por restaurar la casa Leighton. Luego retomó sus estudios en Oxford a los treinta y tres años, cuando la universidad permitió oficialmente que las mujeres estudiaran ahí. Se convirtió en una de las primeras mujeres en hacer un doctorado en Literatura Inglesa.

A pesar de las constantes invitaciones académicas que llegaban a su escritorio desde que regresó a la Universidad Newnham como docente, Ada Lippoldt nunca regresó a Estados Unidos.

—Tengo mis propias investigaciones que hacer —les decía a sus colegas. «Lo lamento, pero tengo otras obligaciones», les escribía a los organizadores de los eventos en Estados Unidos. Pero ahora había llegado el momento. Estaba vieja, su cabello cobrizo se había encanecido. Los huesos le dolían.

«¿Cuántas oportunidades más tendría para regresar?», pensó mientras sostenía con ambas manos la última invitación.

Esta solicitud también era distinta a todas las otras: provenía de la Universidad de Harvard. Ada observó el membrete rojo y blanco de la carta que había llegado por correo. «Veritas», decía el sello de la escuela. La palabra latina para *verdad* le pareció especialmente

conmovedora al contemplar la historia de su vida y su propia mortalidad, que no dejaba de aproximarse.

Se prometió no visitar la biblioteca Widener hasta que estuviera lista. Y si bien se sentía aliviada de que esta vez viajaría a Norteamérica en avión y no en un barco aterrador, sabía que el objetivo de su viaje no solo sería la conferencia que daría a los académicos de Harvard y de otras instituciones aledañas sobre el romanticismo y la pasión por la alegoría que vinculaba a los poetas Dante Gabriel Rossetti, Christina Rossetti o William Morris. Ada tenía ahora una razón mucho más apremiante para ir.

Reservó su viaje de Londres a Filadelfia y decidió tomar el tren de ahí a Boston. Se dijo que el primer lugar al que tenía que ir era a donde había perdido lo más valioso para ella. Hizo una reservación en un pequeño hostal con desayuno incluido, no lejos de la calle Walnut, y se despertó temprano solo para pasar frente a la antigua oficina de Rosenbach. Cuando llegó ahí, descubrió que otra tienda de antigüedades ocupaba su lugar.

Ada entró. A pesar de que las lámparas decorativas y los muebles en la recepción principal eran nuevos, muchos detalles del interior seguían siendo los mismos. Incluso el aire le recordó el tiempo que había pasado ahí.

—Trabajé aquí cuando era la tienda de los hermanos Rosenbach —le dijo al hombre que estaba detrás del mostrador.

—Yo llevo aquí como una década —respondió él continuando la plática—. Abraham y su hermano murieron solo con un año de diferencia, y la tienda cerró después de eso.

Ada asintió. Había leído el obituario de Abraham en una de las revistas de comercio de libros hacía una década.

—La casa de su familia es ahora una biblioteca y un museo —explicó el hombre—. Está en la calle Delancey, si le interesa.

Ella le agradeció. Dejaría la visita al museo para otro momento. Quería ir a otro lugar antes de tomar el tren a Cambridge.

El pequeño edificio amarillo con la Virgen de alabastro y el niño en sus brazos que flanqueaba la entrada ya no era el hogar para madres solteras de St. Anne. Ada subió despacio la escalera y vio que ahora era una oficina de la diócesis de Filadelfia. Se había imaginados cientos de veces cruzando estas puertas y había soñado con este lugar miles de noches. Durante esos momentos nocturnos, Ada reinventaba lo en realidad había pasado. Las patadas fantasma que sentía en el interior de su vientre apenas eran perceptibles mientras salía del edificio hacia la enceguecedora luz del sol. Porque, en su sueño, Ada seguía cargando en brazos a su hermosa bebé pelirroja.

Su conferencia era el lunes en la tarde, en una gran sala en el Emerson Hall, tan solo a unos pasos de la biblioteca Widener. Ada había llegado temprano al campus a propósito. Como se lo indicaron, se registró en el Centro de Visitantes, donde le dieron un pase para poder entrar a todos los edificios de Harvard. Lo metió en su bolso, junto con las cosas que consideraba esenciales: su cartera, un cepillo y un libro.

Se paró al pie de la escalera de la Widener y observó su majestuosa estructura, los imponentes muros de ladrillo y las doce columnas de mármol impresionantes. Debajo de la cornisa decorativa, grabadas en el friso de piedra caliza, las palabras «Biblioteca Conmemorativa Harry Elkins Widener» provocaron que su mirada se nublara. Cuando llegó a la entrada, le faltaba el aliento. Abrió la puerta de latón y entró.

Eleanor se había superado con este monumento a Harry y a sus libros. Ada se enjugó las lágrimas cuando el guardia de seguridad la dejó pasar, y se detuvo en el vestíbulo de mármol durante varios segundos. Sus ojos siguieron la escalera de mármol hacia la entrada a

la sala conmemorativa de Harry, donde se podía ver su retrato incluso desde la planta baja.

Avanzó despacio hacia la imagen. El cuadro lo había preservado para siempre tan joven como era el día en que murió. Ada sonrió al recordar de nuevo lo apuesto que era.

En la rotonda afuera del despacho, miró furtivamente en todas direcciones. No había nadie a la vista. La habitación era como siempre la había imaginado: paredes de roble oscuro y repisas llenas de libros encuadernados en piel de colores intensos. Su mirada cayó en el escritorio. «La esquina izquierda». Recordó sus palabras exactas. Ahí encontraría el cajón secreto.

Ada se agachó para cruzar la cuerda y entrar al despacho. Colocó la uña en el lugar que él le había descrito aquella noche en el Delmonico's. Estaba discretamente escondido, por lo que solo quienes sabían que existía podrían encontrarlo con la misma facilidad que ella.

Sacó el libro de su bolso, era tan pequeño que cabía en la palma de su mano.

El amado Pequeño Bacon de Harry. Lo había conservado desde que él puso el saco del esmoquin sobre sus hombros esa última noche fatídica. Él le había dicho que lo que había sido más cercano a su corazón ahora la mantendría caliente, y ella no se había dado cuenta de que le había dado el libro deliberadamente cuando se vieron obligados a separarse. Solo horas después, cuando la rescató el *Carpathia*, vio lo que había en el bolsillo interior de seda.

Adentro del cajón se encontraba el ejemplar de *La isla del tesoro* de su infancia, tal como él lo había descrito. Ada puso el Bacon encima y cerró rápidamente el cajón.

—¿Señora? —Un guardia de seguridad la vio inclinada sobre el escritorio—. No se permiten visitas dentro de la sala conmemorativa.

Ada parpadeó para contener las lágrimas.

—Lo siento —dijo—. Siempre quise ver esta habitación. Es tan hermosa como imaginé.

El hombre asintió y esperó hasta que ella saliera.

Ada se impregnó de todo. La lámpara Tiffany, las flores en el escritorio, el retrato con los cálidos ojos castaños de Harry que hubiera podido mirar toda una eternidad.

Las palabras de Eleanor durante esa primera reunión en Lynnewood Hall hicieron eco en sus oídos: «El arquitecto quiere recrear el despacho que tanto amaba Harry», había dicho. «Esa habitación será el corazón de la biblioteca».

Ada respiró hondo y se permitió encontrar paz. Finalmente, después de todos esos años, supo que había hecho lo que Harry hubiera querido: devolvió al despacho otra parte de su corazón.

Nota de la autora

Las primeras semillas de inspiración de *El coleccionista de historias* me las ofreció mi hija, quien, como participante de un programa de enriquecimiento durante el verano, hizo un recorrido por la Universidad de Harvard. Mientras estaba en la escalera de la majestuosa Biblioteca Conmemorativa Harry Elkins Widener, el guía les dijo que Harry, graduado de Harvard y bibliófilo apasionado, había muerto a bordo del *Titanic*.

De acuerdo con el conocimiento tradicional, Harry, que viajaba con sus padres para comprar libros en Europa, no subió al bote salvavidas cuando el *Titanic* se estrelló contra el iceberg. En su lugar, decidió regresar a su camarote para recuperar un libro invaluable. Luego de su trágica muerte, su madre, Eleanor Widener, decidió honrar su memoria creando una nueva biblioteca en su alma máter y, así, asegurarse de que su colección de libros siempre tuviera un hogar y de que tanto estudiantes como académicos pudieran disfrutarla.

Cuando mi hija me contó esta historia, de inmediato pensé en la separación física y emocional de una madre y su hijo. Pensé que seguramente Harry le dijo a su madre que iba a regresar a su camarote para aliviar su desesperación y, sí, también para asegurarse de que ella se subiera al bote y se salvara. Pero, conforme pasaron las semanas, seguí pensando en esa escena. Empecé a preguntarme si de verdad era creíble la idea de que Harry poseyera un libro tan valioso que estuviera dispuesto a arriesgar su vida para salvarlo. De ser así, ¿de qué libro se trataba?

Mi investigación me llevó a descubrir que era una edición rara de 1598 de los *Ensayos*, de Francis Bacon, que al parecer era tan pequeña

que cabía en la palma de la mano. Harry acababa de comprarlo en Londres con el reputado vendedor de libros Bernard Alfred Quaritch, antes de abordar el *Titanic*.

Con la ayuda de la archivista de Quaritch, Katherine Thorn, pude leer las cartas relacionadas con Harry que aún son propiedad de la tienda. En particular, es digna de consideración una de Bernard Alfred Quaritch a A. S. W. Rosenbach en la que menciona que Harry le había dicho en broma que tenía la intención de conservar el Bacon en el bolsillo junto al pecho, pues, en caso de naufragio, tendría algo que leer.

Mi investigación comenzó a florecer de manera muy abundante. Motivada por explorar las leyendas que rodeaban a Harry, así como el hermoso gesto detrás del monumento que resultó del profundo dolor de una madre, me comuniqué con cuanto experto pude. Me beneficié mucho de la ayuda del increíblemente informado director de la Lynnewood Preservation Society (Fundación para la Preservación de Lynnewood), Edward Thome, quien a pesar de que en la actualidad la propiedad está cerrada al público por renovación, me mostró las habitaciones de Lynnewood Hall, incluidas la recámara y el despacho de Harry. También quiero agradecer a los maravillosos curadores y bibliotecarios de la Universidad de Harvard, incluidos Thomas Hyry y el curador de la Biblioteca Conmemorativa Harry Elkins Widener, Peter Xavier Arrado, quienes compartieron conmigo más detalles sobre la historia de la sala conmemorativa de Harry y también me ayudaron a construir el personaje de Violet como auxiliar de biblioteca.

Con ellos también aprendí que existió un «vándalo de libros» en la vida real, que destruyó cientos de obras invaluables en la biblioteca Widener a principios de la década de 1990. Por fortuna, ninguno de esos ejemplares era de la colección de Harry, la cual permanece bajo llave. No obstante, el incidente aterró a la comunidad librera hasta que el culpable, un miembro del personal de seguridad de la Widener, fue detenido.

La idea de que Ada fuera la encargada de llevar el ejemplar enjoyado del *Rubaiyat*, de Omar Khayyám, por el Atlántico se basó en el hecho de que en verdad le pidieron a Harry que él pasara el libro por la aduana estadounidense, pero rechazó la solicitud. Este libro invaluable fue otro tesoro que se hundió con el *RMS Titanic*.

Sin duda, Eleanor Widener fue una implacable protectora del legado de su hijo y emprendió la gran hazaña de construir su biblioteca conmemorativa ella sola, sin ayuda del patriarca de la fortuna de los Widener, el abuelo de Harry, P. A. B. Widener.

Las alusiones a su espíritu tenaz y aventurero son un preludio de lo que marcaría los años posteriores a la muerte de su hijo. En la ceremonia de inauguración de la biblioteca de Harry en 1915, Eleanor Widener conoció a Alexander Hamilton Rice, un profesor de Harvard y reconocido explorador de Sudamérica. Luego de casarse con Rice, Eleanor lo acompañó en varias expediciones, incluidas dos a la selva del Amazonas. A pesar de las nuevas aventuras que le brindó su segundo matrimonio, Eleanor no dejó de asegurarse de que la biblioteca de Harry se mantuviera en perfectas condiciones. Está documentado que a menudo visitaba la sala conmemorativa para sentarse frente al escritorio y recordarlo. Según sus instrucciones a la universidad, la solicitud de Eleanor Widener de que cada semana se enviaran flores frescas sigue en pie hasta el día de hoy. Un recordatorio conmovedor del amor entre una madre y su hijo.

Acerca de la autora

Alyson Richman. Es una reconocida autora de *bestsellers*, además de ser una talentosa pintora. Entre sus obras destacan *Los amantes de Praga* (Planeta, 2017), *Las horas de terciopelo* (Planeta, 2020), *El jardín italiano* (Planeta, 2022) y *La melodía de la memoria* (Planeta, 2023). Se graduó de Wellesley College con un título en Historia del Arte y Cultura Japonesa. Sus novelas, que han sido traducidas a más de dieciocho idiomas, combinan su profundo amor por el arte, la historia y los viajes. En la actualidad vive en Long Island con su esposo y sus dos hijos.

Título original: *The Page Turner*

© 2025 por Alyson Richman Gordon

Traducido por: Yara Trevethan Gaxiola
Diseño de portada: Patrick Sullivan
Imágenes de portada: Bridgeman Images / Shutterstock.com / spacezerocom / Wieland Teixeira

Derechos reservados

© 2025, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial PLANETA M.R.
Avenida Presidente Masaryk núm. 111,
Piso 2, Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: noviembre de 2025
ISBN: 978-607-39-3274-5

Primera edición en formato epub: noviembre de 2025
ISBN: 978-607-39-3588-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright.*

Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de Inteligencia Artificial (IA).

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal del Derecho de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal Federal).

Si necesita reproducir o imprimir algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPro (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, http://www.cempro.org.mx).

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros México, donde podrás:

- Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- Votar, calificar y comentar todos los libros.
- Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

Planeta

EXPLORA DESCUBRE COMPARTE

Table of Contents

Portadilla
Índice
Dedicatoria
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28

Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64

Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72
Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77
Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Epílogo
Nota de la autora
Acerca de la autora
Créditos
Planeta de libros